

EL AREA 18

R. FONTANARROSA



eBook



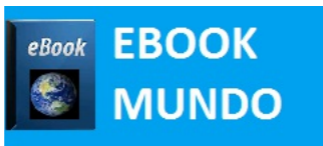
ebookmundo.com

Congodia, un joven y pequeño país africano, ha logrado su independencia y su desarrollo apostando al triunfo en los encuentros que disputa su invicto equipo nacional de fútbol.

Pero Congodia se halla en una estratégica situación geográfica y las apuestas, por tanto, se tornan más y más importantes. Así lo comprende una poderosa corporación multinacional, que decide armar un conjunto capaz de obtener la victoria en el mismísimo

clima infernal del estadio Bombasí.

Para ello, recluta a una pandilla de desesperados bajo la capitanía del único hombre que puede conducirlos al éxito: Best Hama Seller, el controvertido aventurero internacional sirio.



Roberto Fontanarrosa

El área 18

ePUB r1.0

GONZALEZ 22.03.13

© 1982, Roberto Fontanarrosa

Fotografía de tapa: Norberto Puzzolo

ePub base r1.0

más libros en Ebookmundo.com

CAPÍTULO 1

Al fondo, a cien o a lo sumo doscientos metros por delante de la nariz de caprichosa curva de Seller, debía aparecer la salida. Tenía que aparecer. El aire estaba sorprendentemente fresco y, quizás, enrarecido. No podía deberse a la profundidad porque, según recordaba el sirio, no habían descendido demasiado. Las pequeñas luces del techo, protegidas con mallas de alambre, se mostraban cada vez más espaciadas y el grupo de hombres, al caminar, debía atravesar ahora cortos tramos de sombra.

Desde el momento en que habían entrado al túnel, el silencio se había apoderado de ellos como una consigna. Sólo se escuchaba sobre el piso de cemento el resonar de las pisadas, el disparate golpeteo de los tacones. En el sensitivo oído de Seller, capaz de captar el crepitar de la brasa de un cigarro, discurría también el respirar agitado de Obdan, el polaco, detrás suyo, aún no recompuesto tras la violenta sesión de calistenia previa, allá arriba. Seller había logrado normalizar el ritmo de sus inspiraciones con el simple recurso de comprimir el aire que circulaba por su pulmón derecho contra la vena subclavia

y luego rebatirlo, violentamente, contra las paredes de la tráquea. Este procedimiento, que le enseñara un monje lama en Quito, Ecuador, le devolvía de inmediato el pulso normal y su respiración tornaba a ser calma y mansa como la de un niño.

La voz estentórea de Dagomir, el cimbreante negro original de Florianópolis, al sur de Brasil, les sobresaltó.

—¡Escuchen! —repitió Dagomir—. No se oye nada.

Era cierto, el estruendo, aquel ensordecedor estruendo que les llegara permanentemente desde arriba desde

hacía casi dos horas, había cesado. Lo había reemplazado un silencio denso y sólido, que oprimía los oídos y, podía decirse, vibraba.

—Se callaron —aventuró Seller.

—¿Qué les pasa? —masculló Obdan.

—¡Sigán, sigán! —desde atrás, estentórea, llegó la orden de Muller—. ¡No se detengan, no hagan caso a nada, sigán!

El grupo continuó la marcha. Bajo el olor penetrante del aceite verdusco que brillantaba las piernas de los hombres, tras el agrio tufo a sudor, entre el vaho a almíbar limonado que despedía su

propia colonia, Seller atrapó ahora un espeso aroma a fruta podrida, a aguas estancadas, a pescado levemente descompuesto que llegaba desde adelante, desde allá al fondo, quizás desde la salida, flotando por el aire como embalsamado y ya caliente.

—¡Hace calor acá! —gritó Renault.

—Debemos estar pasando cerca de las calderas —aclaró alguien atrás.

—¿Cuánto hace que estamos caminando?

Eso era bueno, reflexionó Seller. Que hablaran. Que se animaran a hacerlo. Estaban recuperando el ánimo. Estaban volviendo a manejar la

particular excitación gozosa y enervante previa a los grandes acontecimientos.

—¡Los hijos de puta nos han mandado por otra parte! —se rió, atrás, Pedro.

Salvo Seller, todos rieron e insultaron en voz alta. Alguien empezó a palmear. Era el momento de cantar. Seguramente quien palmeaba era Muller. Sí, pensó Seller, si aquella caminata se prolongaba, mejor para ellos. Llegarían a la salida eufóricos, desbordados, agresivos y feroces como un pelotón de rinocerontes enardecidos, como una piara de chanchos salvajes. Así le habían contado que lanzaban los toros a

la lidia.

Palmeó al compás y abrió la boca para atacar la canción marcial. Fue cuando de repente, arriba, estalló en mil pedazos el silencio y un fragor alucinante sacudió incluso la tierra, rebotó acrecentándose entre las paredes del túnel, desgarró los tímpanos de todos y llegó a despeinar el prolijo cabello de Obdan, el polaco. Se detuvieron como si hubiesen chocado contra la misma masa sonora que caía desde allá adelante, cual una inmensa y ensordecedora ola, golpeándoles.

Dagomir giró la cabeza y miró hacia atrás; su piel negra había tomado la

tonalidad de la pizarra, de la mica muy ajada o la de una roca de basalto que ha perdido el feldespató. La gritería, tremenda, aunque pareciese imposible, seguía in crescendo dando la impresión de que en cualquier momento las gruesas paredes del túnel se partirían pulverizadas por el ruido.

Seller sintió que le tocaban el hombro. Se dio vuelta y vio cómo Obdan le gritaba algo. Gritaba a tres centímetros de su cara, pero no le escuchó. Era como intentar comunicarse en el vórtice del tifón «Magdalena» de las Azores o en la pista central de «Mármara», la restallante discoteca de

Estambul. Acercó su oído a la boca de Obdan.

—¡Sigan, sigan! —le señaló Obdan hacia el frente. Seller golpeó el hombro de Jerry, delante suyo, y con la mano le indicó que continuaran el camino. Jerry se volvió para gritarle algo, pero Seller no lo escuchó, sólo vio las flácidas facciones del yanki agitándose en el aire, como un pez abisal, tal vez insultando. Jerry Kaminsky había sido piloto de prueba del F-14 y su rostro, achatado, estrujado y distendido por las velocidades superiores al Mach 2, nunca había recobrado la tonicidad muscular original. Especialmente desde aquella

dura tarde en que una gallineta montera reventó el vidrio de su carlinga.

El grupo había reiniciado la marcha. Seller volvió la cabeza y observó a Dagomir. Se lo notaba nervioso y retorció entre sus dedos el collar de cola de iguana. Mister Muller, conocedor de ciertas flaquezas anímicas del moreno, había encomendado a Seller la custodia y el respaldo moral de Dagomir Lula Mario Lobo Marchessi. La vista experta de Seller se fijó solamente en los lagrimales mórbidos y rosáceos del negro. Contó las palpitaciones. Se tranquilizó: Dagomir resistiría.

El sirio tropezó de repente contra la

espalda de Jerry. De nuevo se habían detenido. Adelante, el pasadizo se abría en dos direcciones. No se veía ninguna indicación y por otra parte la luz era cada vez más escasa. Dagomir y también Gianni pretendían pedir instrucciones hacia la retaguardia del grupo. Era totalmente imposible hacerse oír. Seller giró su enrulada cabeza buscando con la mirada a Muller. Lo vio semioculto por Ted, congestionado bajo su gorra a cuadros, haciendo señas de que debían tomar el túnel de la derecha.

—¡A la derecha, a la derecha! —se desgañitó Seller innecesariamente, porque ya Renault había continuado la

marcha hacia ese lado.

El estruendo no había disminuido absolutamente nada. Sin dejar de caminar, el sirio introdujo su mano derecha por debajo de una de sus medias y arrancó del reverso del protector de aluminio que cubría su pierna diestra una mata de algodón apelmazado. Lo separó en dos pedazos y se los introdujo en las orejas. La opresión del fragor no desapareció, pero al menos ya no parecía que tuviese el cráneo ceñido por un aro de acero ardiente. Esa precaución debería haberla tomado Billy «el Asqueroso», antes de salir, maldijo Seller.

En ese instante volvieron a detenerse. Dagomir intentaba explicarle algo y gesticulaba como poseído, señalando hacia la pared. Adheridos a ésta se veía cerca de una docena de voluminosos hongos blanquecinos, acanalados en la base y con la piel tan rugosa como la de un hipopótamo. Chorreaban una melaza densa que había formado un charco junto a la pared. Seller se abrió paso energicamente hacia los primeros hombres y observó los hongos ante la atención de todos. Cortó uno de los más pequeños y lo masticó. Sabía a orín y su consistencia era la misma que hubiese resultado de

masticar un batracio nonato. Seller reprimió una arcada. Tiró el resto del hongo.

—¡Ya pasamos por aquí! —gritó—. ¡Son los mismos hongos!

No pudieron escucharlo, pero los gestos del sirio eran por demás gráficos. El desconcertado grupo tornó sobre sus pasos.

—¡Hemos estado dando vueltas en círculo! —casi lloriqueó Zorba.

Tras el giro, Muller había quedado al frente de la expedición, pero al percatarse de ello, se recostó contra una de las paredes dejando pasar a todos para mantener un puesto en la

retaguardia, junto a Billy «el Asqueroso».

El férreo ordenamiento previo se había perdido. Mister Muller había previsto un pelotón encabezado por un cuarteto de choque constituido por Renault adelante, casi como pionero, y, dos pasos tras de él, Gianni, Zorba y Seller. En el medio, Obdan, Oscar Rómulo Garfagnoli, Jerry y Dagomir. Cerrando el pelotón con la apoyatura de Massimo, Ted y Pedro adelante de mister Muller, Billy «el Asqueroso» y los mellizos Heineken. Pero los cambios de dirección, que ya sumaban ocho, la imposibilidad de comunicarse, los

nervios, el aturdimiento y la premura por salir de aquella ratonera, habían distorsionado el perfecto diagrama elaborado por el cerebro alemán. Seller, decididamente, tomó la cabeza del grupo, buscando la salida, la luz final. Ya no percibían ni el sonido de sus propios pasos. Y Seller comprobó que hacia el frente la luz se atenuaba paulatinamente hasta convertirse en una pétrea oscuridad, cerrada y cruda.

Volvió la cabeza y vio detrás suyo los ojos enrojecidos y espantados de Massimo. Miró hacia arriba antes de recomenzar la marcha y advirtió por primera vez en ese nuevo segmento de

túnel una especie de riel que corría adosado al techo. A pesar de su capacidad deductiva, Seller no llegó a precisar de qué podía tratarse y tampoco era el momento de entretenerse en investigaciones complejas. El grupo debía continuar la marcha rumbo a la oscuridad.

Seller estiró los brazos hacia ambos costados del cuerpo hasta casi rozar las paredes laterales del pasadizo y avanzó. Pronto dejaron atrás la desmayada luminosidad de la última lamparilla superior y caminaron en la más total de las negruras. Seller adelantaba sus pies con cuidado, con la atenta morosidad de

un bailarín ritual tailandés, tanteando el camino, lentamente pero sin detenerse. Las manos de Massimo se sujetaban a sus hombros y suponía que todos estarían haciendo otro tanto con el que les precedía, conformando un casi infantil encolumnado ciego y medroso. Sentía el sirio, cada tanto, en la punta de los dedos, el roce áspero de las paredes. De pronto algo le mojó los tobillos, notó agua bajo sus botines, humedeciendo el grueso tejido de las medias, infiltrándose insidiosamente bajo los protectores de aluminio que ceñían sus pantorrillas.

—¡Agua! —dictaminó, confuso.

Pero no se detuvo; el nivel del agua, al parecer, no crecía. Era tibia, casi caliente. Por un momento sintió desaparecer la presión de las manos de Massimo sobre sus hombros.

Aquello lo desconcertó. No era posible que los demás hubiesen abandonado la marcha dejándolo solo, allí dentro. Sin embargo, antes de darse vuelta, volvió a sentir las manos de Massimo depositándose, aferrándose a sus protuberantes clavículas. Bajo el agua que cubría sus pies, algo carnoso le golpeó el tobillo. Levantó instintivamente el pie derecho mirando hacia abajo, pero la oscuridad era

impenetrable. Un sudor helado le congeló el labio superior. Pensó en una manta raya. De repente vio un reflejo de luz quebrado en las ondas del agua. No podían ser peces luminosos, era sólo un reflejo. Elevó la vista y vio al fondo, lejos, una luz.

—¡La salida! —gritó.

La luz se fue agigantando, su diámetro fue creciendo. No era la salida, era un foco. Un foco que se acercaba a gran velocidad desde la lejanía. Seller sintió en la punta de sus dedos que las paredes del túnel temblaban, y aun dentro del pavoroso estruendo que siempre los

rodeaba, detectó el trepidante lanzazo de un silbato.

—¡Un tren! —gritó al tiempo que las manos de Massimo sobre sus hombros se hacían garras que amenazaban destruirle las clavículas.

En una infinitesimal fracción de tiempo recordó el riel en el techo, vio abalanzarse sobre su cuerpo el ya enorme foco como suspendido en el aire y se echó hacia atrás esperando el impacto. Era el final. Cerró los ojos y cuando los abrió de nuevo la oscuridad impregnaba todo, estaba arrodillado sobre los diez centímetros de agua caldeada y los brazos de Massimo le

rodeaban el cuello. Otra mano, desconocida, se retorció bajo sus glúteos empapados. Había sido tan sólo un foco, un foco adosado al techo, deslizándose por aquel riel superior a enorme velocidad, lo que había pasado como una exhalación sobre sus cabezas.

Seller se reincorporó de un brinco, furioso.

Estaban procurando asustarlos con recursos dignos del más barato de los parques de diversiones. Reemprendió la marcha, decididamente. Pronto un par de manos se aferraron a su cintura. Podía ser Massimo o cualquier otro. Con seguridad nuevamente el precario orden

se habría ido al demonio ante aquel foco volador que había pasado sobre sus cabezas cual un cometa Halley de utilería.

Buscó con la punta de sus dedos las paredes laterales y comprobó que lograba tocarlas con las palmas de las manos. Aquello se iba estrechando. No había dudas. En tanto caminaba, advirtió que las paredes ya se encontraban a escasos diez centímetros de cada uno de sus hombros. Tuvo una alarmante presunción y levantó su mano derecha violentamente, estrellándola contra el techo que se hallaba ahora apenas a veinte centímetros sobre su cabeza.

Apuró el paso sintiendo cómo el agua tibia se arremolinaba bajo sus botines anegados. El túnel no había continuado estrechándose, al menos, pero de todos modos no se veían luces adelante todavía.

Seller detectó entonces una vibración. Primero fue un ligero temblor, un estremecimiento, un parpadeo del aire, que adjudicó a su cuerpo destemplado. De inmediato desechó esa posibilidad. Era un hombre hecho, e incluso deshecho, en la fragua de la expresión corporal, un hombre que controlaba y conocía todos los recovecos de su organismo como a las

palmas de sus manos, y a las palmas de sus manos como al mapa orográfico de Siria, su tierra natal. Y precisamente allí, en las palmas de sus manos, estaba recibiendo ya un golpeteo histérico de las paredes, un sacudirse ostensible del techo. Bajo sus pies, el agua caldeada tomó vida y salpicó más arriba de las rodillas. El piso en la oscuridad pareció irse y venir para tornar a alejarse, y una suerte de terremoto con distintos epicentros hizo que el grupo detuviera la marcha y que todos manotearan con angustia las paredes esquivas. Tras tres minutos de temblores, las sacudidas tendieron a disminuir, no así el

estruendo, que en ningún momento, tras la corta interrupción, había menguado de nivel.

Seller aprovechó, arrancó violentamente hacia adelante, se desprendió por un instante de las manos que lo tomaban de la cintura pero que de inmediato volvieron a atraparlo. Debían salir de allí. De pronto, como una aparición, allá al frente, vio una luz. Una luz neta y brillante. Un destello.

—¡Allá, allá! —gritó sin que nadie lo escuchara, pero estimó que los demás también deberían haberla visto. Estaría a trescientos metros de ellos y a medida que se acercaban las vibraciones

volvían a hacerse más y más notorias.

Un fino polvillo, como una llovizna alcalina, comenzó a desprenderse del techo y se pegoteó en los transpirados rostros. El túnel comenzaba a hacerse más amplio y ya la luminosidad que llegaba del fondo hacía adivinar el final. También el agua parecía haber desaparecido. Seller consideró la posibilidad de correr hacia la luz, pero el movimiento del piso lo tornaba peligroso. Con la boca hecha una lanilla, el sudor que insistía en introducirse en los ojos y el corazón saltándole en el pecho, trotó seguido por el grupo de desesperados. La luz iba cobrando más

nitidez y una blancura irreal. Pronto todos quedaron, jadeantes, al pie de la escalinata de cemento que los llevaría al exterior. Era una escalera muy larga, mucho más de lo que ellos hubiesen imaginado.

—Estamos más profundo que lo que suponíamos —carraspeó Seller.

De cualquier forma era casi imposible precisar el verdadero final de la escalera, dado que la luz, en lo alto, enceguecía.

Se volvió hacia los demás y vio rostros demudados, ojos dilatados por el temor y la expectativa. Tras el grupo, también advirtió las mandíbulas

apretadas, las tensas venas del cuello de mister Muller, que le gritaba algo.

—¡Suba, suba!

No era necesario escucharlo para adivinar la orden. Seller tragó saliva y miró hacia arriba. La escalinata le recordaba a aquellas que llevaban hasta la cúspide de ciertas pirámides aztecas, hacia las piedras de sacrificio. Pisó el primer peldaño. Algo le golpeó la espalda y cayó a sus pies. Era Dagomir, aferrado torpemente de un brazo por Obdan.

—¡No quiero salir, no quiero salir!
—gritó el negro, crispado.

Muller se abrió paso entre el grupo y

pegó un puntapié al brasileño en un muslo.

—¡Arriba, arriba, afuera, vamos!

—¡Tiene una crisis! —intercedió alguien. Billy «el Asqueroso» se abalanzó sobre él destapando el frasco de sales reactivantes. En realidad era un engendro de su invención, consistente en menta, amoníaco, granos de pimienta, formol y purpurado tóxico de permanganato sódico. Una inspiración tan sólo de su aroma hubiese podido reanimar incluso a una tortuga disecada. Dagomir le arrancó el frasco de la mano y bebió dos tragos con desesperación, posiblemente confundiéndolo con agua.

Abrió la boca entonces de una manera espantosa, las órbitas retuvieron a los ojos en un esfuerzo titánico y se tomó el cuello con las manos como para ahorcarse. Seller saltó junto a él y lo enderezó apresándolo por los hombros.

Calculó el golpe y le asestó un impresionante mandoble con el filo de su mano derecha abierta. Casi en la sien izquierda del negro, sobre la oreja. La cabeza del brasileño se agitó como una peonza y pareció que nunca volvería a la quietud. Cuando se detuvo, Dagomir miró fijamente hacia adelante dando la impresión de que jamás hubiese visto a sus compañeros.

—¿Qué hacemos acá, por qué no salimos? —balbuceó confuso.

Fue una inyección de ánimo para todos. Seller tomó la delantera y comenzó el ascenso.

Allá arriba, algo bullía, hirviente, rabioso, como el interior de un caldero con serpientes.

Allá arriba, un animal monstruoso, multiforme, destrozaba el aire calcinado y tenso de la noche con un fragor de alaridos insoportables.

Allá arriba, el calor mismo palpitaba, agazapado, esperando con furia, que asomara la enrollada cabellera del sirio.

Seller continuó subiendo, entumecidos ya los músculos recios de sus piernas, viendo agrandarse escalón a escalón el rectángulo de luz enceguecedora. Cuando faltaban apenas diez peldaños para alcanzar el nivel del piso, una oleada de vapor tropical húmedo lo envolvió como si se hubiesen abierto de golpe las puertas de un horno. Les llegó a todos un olor abigarrado a papayas, a mangos, a mangles, a macachines, a césped mojado, a transpiración, a naranja, a cigarro de hoja.

—Hay anís también —especificó Seller.

Alguien, desde atrás, le alcanzó el balón. Palpar la fresca porosidad del cuero, seguir con los dedos las canaletas demarcatorias de los gajos, lo tranquilizó un poco. Era el momento de salir, lo que habían esperado tanto tiempo. Habría que cuidar el andar, el paso, el primer impacto teatral de la aparición.

«Cabeza alta, dientes apretados, mirada al frente, pecho adelante, el balón sostenido con la mano izquierda sobre la cintura, la otra mano con puño cerrado, o bien, acomodando como al descuido la tela del pantalón sobre los testículos, tocando la protuberancia

masculina de los testículos. Como para que vayan sabiendo...», recitó mentalmente el sirio, tal cual lo había practicado mil veces durante la preparación.

Saltó los dos últimos escalones y así, tras la figura ágil y fibrosa de Best Seller, bajo el ensordecedor griterío de ciento veinte mil desaforados, los Mapaches Aulladores del Spartan Soccer de Dyersville (Iowa) fueron pisando, uno a uno, y por vez primera la tierna grama del Bombasí Stadium, el inexpugnable reducto de la escuadra local.

CAPÍTULO 2

—¿Te has dado cuenta, Best, de que los locos nunca están solos? —Erbie Salinger dejó en suspenso el bocado de carne para formular la pregunta.

—¿Cómo?

—Si te has dado cuenta de que los locos nunca están solos.

—¿Cómo solos?

—Solos, alejados... apartados... — insistió Erbie en tanto llenaba nuevamente la copa de Seller.

—No sé, no lo he pensado —vaciló el sirio, contemplando, abajo, las luces de los vaporcitos que recorrían el Nilo.

—Nunca están solos. —Erbie depositó el peso de su voluminoso cuerpo sobre el filo de la mesa y por cuarta vez en la noche abandonó el cordero al curry que amenazaba con manchar su corbata.

—Son como las hormigas, andan juntos, en grupos...

—¡Ah! —Seller asintió distraídamente, observando de reojo el nivel de vino en la ahusada botella.

La misma curiosa observación había hecho Erbie a poco de sentarse a la mesa. Habían llegado hasta el restaurante tras dos o tres minutos en ascensor y al salir de éste se habían

encontrado en un pequeño hall de acceso que daba también a la puerta de la cocina. Habían transpuesto el hall, entrado al salón comedor y tomado una mesa junto a los ventanales, frente a la puerta misma del hall. Pero a poco de instalarse y comenzar la charla, Erbie constató que la puerta había desaparecido. Fue allí cuando verificó el nivel de vino en la botella. Se tranquilizó al notificarle Seller que el restaurante era giratorio.

—Por ejemplo —continuó Erbie, ajeno al inquieto vistazo del sirio—, estuve cubriendo algunas notas en Bremen, me pasé allí dos meses

enviando cables a todo el mundo sobre un tipo que llevaba ese tiempo encerrado en una cabina telefónica...

—Interesante nota.

—Ya lo creo. Pensaba batir un récord mundial en la materia. Te aseguro que no había antecedentes en esa disciplina.

—Ni tampoco jurisprudencia...

—Ni tampoco jurisprudencia. Pero el hombre, un húngaro, estaba dispuesto a pasarse noventa días allí.

—¿Lo logró? —por primera vez pareció interesarse Seller.

—No, la cola que se había formado frente a la cabina era impresionante.

Prácticamente lo arrancaron de allí dentro por la fuerza...

—Una pena...

—Una pena —certificó Salinger, que había vuelto a dedicarse con fruición al cordero—. Pero ése no es el caso. Yo alquilaba un pequeño departamento en ese entonces. Mi vecino de al lado era loco. Totalmente. Cada tanto me golpeaba la puerta y me preguntaba si yo no había visto a su tío en los pasillos. Pero tampoco ése es el caso; el portero del edificio, también era loco...

—También —corroboró Seller, hurgando atento en su filet de pescado.

—Totalmente. Insistía en que le

habían insertado en el cerebro una cápsula con microfilms conteniendo la fórmula de una nueva bebida gaseosa soviética que iba a arrasar con la Coca Cola.

—Eso sería atroz.

—Tú lo has dicho. Luego, día por medio —continuó Erbie con entusiasmo al ver que Seller se mostraba impactado por el relato—, venía un viejo alemán para arreglar las calderas del edificio, que nunca funcionaban. Este hombre...

—Loco —vaticinó Seller.

—Peor que los otros dos. Decía que las calderas eran en realidad una nave espacial que se había ocultado allí

mientras era reparada. Me contaba que cada tanto alguien le golpeaba desde adentro en un código secreto que él estaba procurando desentrañar mediante un libro que contenía todos los itinerarios de micros interurbanos de Bremen.

—Asimov le hubiese pagado muy bien por la idea.

—¿Por qué estaban todos juntos esos dementes, Seller?

Erbie tornó a abandonar los cubiertos a ambos lados del plato, cruzó sus dedos regordetes y se inclinó ligeramente hacia su interlocutor, recibiendo en el fofu rostro la errática

luz del cirio. No por eso Sellar abandonó la tarea de recubrir lo que quedaba del gobio con una salsa no muy densa, a base de tartalias embebidas en carqueja.

A través del ventanal podía verse ahora el otro brazo del Nilo, las luces del Shepheard's Hotel y los faros de los miles de coches que corrían anárquicamente cruzando el puente de Kasr El Nil hacia la rotonda de la plaza de la Liberación. No llegaban a escucharse los bocinazos, dado que el restaurante giraba morosamente a casi 180 metros de altura e, incluso, dentro del salón, la música ambiental y la

conversación que provenía de las otras mesas aislaba los sonidos exteriores.

—¿Por qué piensas que estaban todos esos dementes juntos, Seller? —repitió Erbie, visiblemente preocupado por su propia pregunta.

—No lo sé —admitió Seller—. No lo sé.

—Yo tengo una teoría —anunció Erbie recostándose sobre el asiento de su silla y arrancando de un corto manotazo la servilleta que le cubría la pechera—. Yo pienso que no es casualidad. Que de ninguna manera puede tratarse de una casualidad. Son células.

—Células.

—Sí, células. Células que funcionan separadamente, con casi total libertad e independencia entre unas y otras, pero que con el tiempo tenderán a juntarse. De a poco, paulatinamente, los locos van ocupando determinadas áreas. Primero son dos, luego cuatro, después diez, van acercando a su gente...

—La van acercando.

—No sólo eso —Erbie puntualizaba sus puntos de vista señalando a Sellar con el cuchillo de punta roma—. Procuran hacer nuevos adeptos.

—Nuevos locos.

—Exacto. Oye, Best, no es ningún

secreto. Si tú pasas una larga temporada junto a un loco, al mismo tiempo tú también te vuelves un insano. ¿O no?

—Es posible.

—«Es posible», no. Es totalmente cierto. Oye, si yo pasaba diez días más en ese departamento... ¿Qué digo diez días? Cuatro días, tres días, hoy por hoy estaría totalmente loco, tomándome las medidas del cuello para el chaleco de fuerza. Entonces...

—Sí.

—Entonces estos sujetos enloquecen a los demás. A los cuerdos. Van incorporando nuevos adeptos. ¿Me entiendes?

Erbie contemplaba a Seller con las cejas levantadas y la boca estirada en un remedo de sonrisa que no era sonrisa.

—¿Me entiendes? —insistió, al ver que el sirio se hallaba abocado a esparcir su porción de aguas vivas sobre una galleta dura y seca como una terracota.

—Te entiendo. Te entiendo.

Quedaron un momento en silencio y el sonido acompasado y enérgico de la masticación de Seller apagó por un instante el ritmo de la música ambiental y el débil bisbiseo del viento a través de los ventanales entreabiertos.

—¿Y qué pasa cuando logran

mayoría? —preguntó Seller, haciendo estallar entre sus molares un nuevo bocado de galleta.

—Abren un hospicio —sentenció Erbie con seguridad y presteza, como si hubiese estado esperando esa pregunta toda su vida—. Abren un hospicio. Contratan médicos, enfermeros, especialistas. Pero es solamente una patraña. Una pantalla. Cada tanto envían esos enfermeros a buscar nuevas víctimas. Dicen por ejemplo: «Fulanito de Tal da muestras de desvarío». Y mandan por él y lo internan. Y es todo mentira, Fulano de Tal está perfectamente. O lo estará por muy poco

tiempo. Si no enloquece con el sólo contacto con los otros dementes, lo someten a uno o dos electroshocks, hasta que se convierte.

Erbie estaba elevando mucho la voz, lo que inquietaba a Seller. Uno de los mozos se había estacionado junto a una mesa vecina y miraba con expresión de cierta alarma hacia ellos. Seller captó su mirada. Mordió nuevamente su galleta y agudos pedazos de masa salieron despedidos hacia diversas latitudes con singular violencia. El mozo se alejó con prudencia.

—Escribiré alguna vez sobre esto —pareció terminar Erbie—. Debo estudiar

un poco más el asunto, pero creo que es una buena punta.

Parecía más tranquilizado tras explicitar su teoría y ahora miraba absorto el mantel azul y apartaba con el dedo algunos caparazones de cangrejos que aún quedaban como pequeños desechos de guerra, en la cazuela.

Seller apuró su vino y sintió en los dientes un trepidar refrescante. Sólo una dentadura entrenada y templada en deshilar cañas de bambú a mordiscos o cortar tientos de cuero de burro, podía con aquellas galletas amasadas, cocidas y disecadas en los milenarios hornos de ladrillos de los

bajíos de Luxor, la antigua Tebas.

—Erbie —dijo Seller, eructando suavemente con satisfacción. Erbie levantó su cabezota—. Tú no me has llamado para explicarme esta teoría sobre los locos.

Erbie sacó del bolsillo interno del saco un delgado cigarro turco y lo encendió. Se empeñaba en fumar esos compuestos apelmazados de hojas de morbabia y tuna amontillados en breas, en un proceso de autodestrucción que había comenzado una ya lejana tarde de enero en Pittsburgh cuando aceptara escribir aquella nota sobre «Las seis maneras de germinar un camote» para la

sección «Manualidades» del «Vocero de Pittsburgh».

—Es cierto —asintió Erbie—. No te he llamado para eso...

—Bien —esta vez fue Seller el que se desentendió de la comida y prestó atención.

—Pero no me negarás que el tema de los locos es fascinante —insistió Erbie acomodando en la silla su voluminoso cuerpo. Una botella, en la mesa, cayó sobre los platos, quizás desequilibrada por las oscilaciones del yanki. El sirio permaneció impasible, a la espera de las palabras de Erbie. Éste lanzó al aire una bocanada de humo. Por sobre su hombro

izquierdo volvían a aparecer las iluminadas arcadas del Shepherd's Hotel al otro lado del Nilo, y mucho más atrás, el Sheraton. Sellar frunció el entrecejo, gesto casi imperceptible en él, dado lo profuso y selvático de sus cejas oscuras.

—Tengo un trabajo para ti —dijo finalmente Salinger.

—Ni soñar.

—Oye, tengo un trabajo para...

—Ni soñar.

—Escucha... —se impacientó Erbie —, lo que voy...

—No te gastes.

—Deja al menos que te explique.

—No creo lo que dicen los periodistas. Eso es todo. He conocido bastantes periodistas como para creerles.

—No somos todos iguales —procuró conciliar Erbie, dejando de observar al sirio para separar un poco las copas que tintineaban golpeándose entre ellas.

—Los periodistas son un invento de las revistas —sentenció Seller.

—Oye, oye. —Erbie se acodó sobre la mesa, corrió una servilleta que cayó al suelo y apagó el recién empezado cigarro en un enorme cenicero de mármol que parecía la maqueta de un

mausoleo.

—He viajado hasta aquí solamente para hablar contigo. Antes de decirme «sí» o «no», deja por lo menos que te explique el trabajo. Al menos por una simple cuestión de amistad.

Seller resopló. Abandonó los restos de un grisín sobre la mesa, y éste rodó a ocultarse bajo la cazuela.

—Pierdes tu tiempo, Erbie. Pide algún postre.

—Estoy fuera de circulación.

—No trabajas más.

—Por el momento, no.

—Has hecho ya demasiado dinero y no necesitas trabajar más.

Erbie era tozudo como un escarabajo estercolero.

—No es eso, Erbie. Ocurre que, por lo menos por un año, no pienso moverme.

—¿De dónde? ¿De El Cairo?

—De Egipto.

—¿Vives aquí?

—Sí. Alquilo una pirámide. Chica.

Por el rostro del periodista cruzó el boceto de una sonrisa. Por sobre su hombro izquierdo nuevamente surgían las luces del Shepherd's Hotel. Una chispa de alarma se depositó en la mirada del sirio y pareció distraerlo.

—No te lo diría ni a ti, ni a mi

madre aunque fuese lo último que me preguntase antes de morir.

—¿De quién te escondes?

—Es largo de contar. Sólo puedo decirte esto: por lo menos por un año pienso quedarme quieto y tranquilo, sin asomar la cabeza. Hasta que me pierdan el rastro.

—Comprendo —admitió Erbie. Su rostro se había ensombrecido. Se sirvió vino en su copa y algo del líquido cayó sobre el mantel. El viento, que se había hecho más agresivo en su paso a través de los ventanales, apagó la vela—. De cualquier modo, deja que te cuente lo que debía proponerte. No puedo volver

allá y decirles a quienes me pagaron el viaje y la estadía que ni siquiera te expliqué el trabajo.

Seller también apuró su vino y observó su reloj. La noche, de una forma u otra, ya estaba perdida. Erbie llevó la mano bajo su saco y extrajo un sobre. De él sacó una foto y la puso sobre la mesa, frente a Seller. En la foto se veía a un equipo de fútbol, sobre un fondo de tribunas semivacías. Entre los jugadores que se hallaban de pie, a espaldas de otra fila de jugadores en cuclillas, había uno señalado sobre el papel brillantado con una flecha negra, posiblemente raspada en el negativo. Seller volvió a

fruncir el ceño mientras su mirada de cernícalo caía sobre la foto.

—¿Dónde conseguiste esto? — preguntó entre curioso y divertido, observando el reverso de la foto. Allí, un sello en azul especificaba un código de archivo y una fecha totalmente borroneada. Erbie no dijo nada. Sólo sonrió, tirando al piso un pan que había caído sobre sus rodillas.

—Es de cuando yo estaba en el Halab Ladhigiya Sporting, de Ar Raqqa —precisó Seller sin dejar de observar la foto con atención.

—Ahá. Fuiste jugador profesional —agregó Erbie.

—Sí, durante poco tiempo. Dos o tres años, a lo sumo.

—Te gustaba el juego.

—Sí. Pero era muy mediocre.

—Eso no importa.

—Sí que importa.

—Eras un caudillo.

—¿Quién te dijo eso?

—No viene al caso. Los periodistas lo sabemos todo.

—¿Y qué quieres que haga? —Seller pareció impacientarse—. ¿Qué escriba una columna para tu periódico?

—Nunca te pediría tal cosa.

—¿Por qué no? ¿No escribe Gina Lollobrigida, acaso?

—Quiero que vuelvas a jugar, Best.

Best Seller se quedó en silencio, mirando a Erbie. Se escuchó durante casi un minuto la música ambiental, las conversaciones de los demás concurrentes al restaurante, el viento, un chirrido monótono y metálico que parecía provenir del cansado motor de algún barquito remontando el Nilo y el tintinear de las copas al golpearse.

—Estoy muy viejo para eso —fue lo único que arguyó Seller finalmente.

Erbie tomó la foto, la guardó en el sobre y devolvió el sobre al bolsillo interno del saco.

—Tú sabes —explicó, corriendo un

tenedor que se había arrastrado frente a él— que el fútbol inglés, no el americano, hace poco que ha entrado en los Estados Unidos.

Seller asintió con la cabeza.

—Bien —prosiguió Erbie—. Se le ha ido dando mayor difusión, mayor empuje día a día. Conocerás el ejemplo del Cosmos.

—Lo conozco.

—Lo conoces. Llevó a Pelé a sus filas. Luego otro equipo contrató a un holandés que jugaba en España. Y ahora hay varias sociedades que procuran imitar y superar lo hecho por el Cosmos. Y una de ellas, una sociedad muy

poderosa, es la que me pidió que te contactara y que te ofreciese que juegues para su equipo.

Erbie pareció aliviado. Había logrado contarle a Seller la causa que lo había llevado a El Cairo e incluso, así narrada, la idea no parecía tan absurda.

El sirio se echó hacia atrás en la silla, apoyó ambas manos sobre los costados de la mesa y miró a Erbie. Luego observó por un momento hacia abajo de la mesa, como si ésta estuviese desnivelada.

—No es una mala propuesta — concedió—. No es una mala propuesta. No sé qué puede impulsar a que una

empresa norteamericana decida gastar su dinero en mí. He visto ya bastantes de sus superproducciones cinematográficas de cine catástrofe como para preguntármelo. Pero lo cierto es que no me interesa. O, para ser más sincero, no puedo aceptarla.

—¿Por qué?

—Oh, Erbie, no empecemos de nuevo. Te he dicho ya el porqué. Tengo que quedarme quieto por un tiempo. Acá estoy bien, seguro. Todo hace pensar que me han perdido la pista.

Seller logró, recién al tercer intento, encender su cigarro. El viento se había tornado decididamente molesto.

—Ahora bien —pareció proponer el sirio—, si ellos quieren o pueden esperarme un año, yo podría reconsiderar el caso para la temporada próxima. Es cierto, yo ya tendré un año más, pero de todos modos... ¿No está jugando todavía Bobby Moore?

—No lo sé. No conozco nada de fútbol.

—Aquel rubio, alto... —Seller se oprimió la frente—. Olvídalo. Me lo confundo con Roger Moore, el que hace de James Bond.

—Lo que ocurre es que la propuesta es para un solo partido, Best.

El sirio se envaró en su asiento.

—¿Un solo partido?

—Eso.

—¿Únicamente un solo partido?

—Exactamente.

—¿Qué es acaso? ¿La final de la Copa del Mundo?

—Tanto no puedo decirte. Y hay 300.000 dólares para ti.

—¿300.000 dólares por un solo partido?

—No es sólo el partido, Best —atemperó Erbie—. Se trata también del entrenamiento previo.

—¿Pero, cuánto tiempo puede llevar eso? —insistió Seller, aún sorprendido.

—Un mes, no más.

Seller silbó, o se descomprimió un tanto, tal vez. Volcó incluso un poco de vino sobre sus pantalones, pero no le dio importancia al hecho.

—300.000 dólares por un mes —deletreó con fruición—. Hay algo detrás de todo esto, Erbie. No puede ser. Hay algo sucio.

—Si hay algo sucio, no lo sé. Todo lo que te puedo informar ya te lo he dicho.

Seller permaneció con la vista perdida, haciendo tintinear levemente el borde de su copa contra sus dientes inferiores. Apagó al descuido su cigarro, que había caído del cenicero.

—Es una pena —pareció recobrar el habla por fin.

—¿Por qué?

—No me importa si hay algo sucio o no detrás de esto. De tu propuesta. Eso no me interesaría. Lo que me da pena es no poder tomar ese trabajo.

—Piénsalo —arriesgó Erbie, aunque bien sabía que el sirio era hombre de una sola palabra—. Piénsalo —reiteró el periodista—. 300.000 dólares por un solo partido. —Hizo una pausa y luego arrojó sobre la mesa el as que él consideraba definitivo—. Y 200.000 dólares más si ese partido se gana.

Seller parpadeó repetidas veces,

como si algo lo hubiese encandilado. Fue el único indicio visible en su rostro pétreo del duro impacto que su fuerza de voluntad había sufrido. Meneó lentamente la cabeza.

—No hay nada que pensar —
silabeó, recompuesto.

—Sin embargo te noto nervioso.

—No estoy nervioso.

—Mueves la pierna y estás sacudiendo la mesa desde hace rato.

—Yo no estoy... —Seller dio la impresión de despertarse, observó fijamente la mesa y la afirmó por los costados con ambas manos.

—Erbie, ¿te has dado cuenta de que

esto se está moviendo demasiado rápido...?

Seller no llegó a completar la frase. Antes aun de que Erbie Salinger observara a su alrededor con alarma, un tremendo estrépito de vajilla cayendo al suelo se elevó entre gritos de espanto. La confusión en el restaurante estalló de repente. Aquello había comenzado a girar a gran velocidad, y ahora las copas aún sin romper, las botellas y las mesas caídas rodaban por el piso junto con los comensales. Erbie había logrado aferrarse al mantel pero el cada vez más veloz girar del salón lo arrojó contra los ventanales derribando en su caída los candelabros y el balde con hielo que

contuviera el vino. Todo era gritería y confusión. Seller, a pesar de sus años de marino en buques atuneros, a pesar de haber sobrevivido en la fatídica regata Madrás-Vladivostok cuando una gigantesca tromba marina arrojara a treinta y cinco yates contra las colinas del monte Mindoro, en Luzón, apenas si pudo mantenerse jinete sobre su silla que resbaló con violencia unos diez metros antes de estrellarse contra un mozo que portaba tres espadas con brochettes.

Aquel restaurante, a 180 metros del nivel de la calle, giraba locamente sin control, incrementando por momentos su

rapidez. Sellar se tiró al suelo desde la silla, que fue a estrellarse contra un señor anciano enredado en su propio mantel. El griterío apenas lograba cubrir el incesante y creciente estremecedor chirrido que producían los rodamientos corriendo sobre los rieles por sobre los cuales se desplazaba el restaurante. La vajilla continuaba despedazándose contra el suelo o los vidrios de los ventanales y a cada instante alguien recuperaba la vertical para volver a perderla entre gritos y alaridos de pánico. La fuerza centrífuga arrojaba a todos contra los ventanales externos cada vez con fuerza más devastadora.

—¡Erbie! —gritó Seller, procurando hacerse oír entre la batahola de cristales rotos y platería que se derrumbaba. Se incorporó tomado de la pata de una mesa que aún se mantenía erecta, pero debió ocultar de inmediato su cabeza cuando un candelabro voló por encima suyo terminando su vuelo al golpear contra las cortinas. Éstas al instante tomaron fuego. La velocidad se aceleraba segundo a segundo. Una mujer obesa que había rodado dando por tierra con cuanto se le cruzara en el camino, logró ponerse de rodillas junto a Seller y totalmente cubierta por salsa curry y aún conservando en su mano una pala de

langosta del Báltico, gateó desesperada hacia la torre central del salón, la torre donde se hallaban los ascensores y la escalera, el cilindro central fijo del edificio en torno al cual giraba ahora demencial el aro gastronómico. No obstante, la pesada figura de Erbie Salinger apareció como una tromba corriendo para no caer, pisando dos cuerpos que se arqueaban como reptiles en el piso y yendo a atropellar a la mujer que, a su vez, despedida por el impacto fenomenal de aquel cuerpo lanzado en velocidad como el más feroz de los rugbiers neozelandeses, reventó los ventanales y salió expulsada hacia la

noche egipcia como un meteoro. El viento ahora era huracanado y avivaba las llamas que se encrespaban en las cortinas y lamían deseosos los alfombrados. Erbie, tras impactar contra la malograda señora, había volado unos tres metros entre el humo, había partido con sus costillares dos robustas patas de una mesa y finalmente se había estrellado junto a Seller astillando los cristales del ventanal.

—¡Best! —atinó a gritar, mientras una presa un tanto grasosa de cerdo le golpeaba en la nuca—. ¡Me caigo!

Seller vio con desesperación cómo los cristales del ventanal se hacían

añicos y por el tremendo agujero volaban cubiertos, candelabros, menús turísticos y también el zapato derecho de Erbie. Abajo, las luces de la ciudad pasaban ya como líneas oscilantes, como centellas girando en torno al restaurante. Seller recordó la noche en que lo llevaron por vez primera a la montaña rusa del Tívole, de Copenhagen, donde aprendió lo que era vomitar naranjina. Aferró el antebrazo de Erbie, que parecía querer escaparse hacia el abismo. Tomó un tenedor que sentía enredado en su cabello y lo clavó con furia sobre la tela de la manga del saco del periodista, afirmándola contra

el piso que trepidaba enardecido. Consiguió otros dos tenedores y reiteró la operación frente a los ojos espantados del yanki. Procuró asegurar aún más la manga con una cuchara, pero debió abandonar el intento tras cuatro o cinco golpes que redujeron el implemento a un espiral retorcido. Toses y jadeos angustiosos, provocados por la humareda, habían suplantado en parte al griterío. Ya la presteza con que giraba el restaurante era demoníaca, y el sirio vio caer un mozo y un señor aún con la servilleta atada al cuello rumbo al vacío. Midió con ojos concedores su situación. Debía llegar hasta el cilindro

fijo del edificio, distante unos cuantos metros de donde se hallaba tirado, antes de que aquella frágil jaula de cristal y nervios de acero se volatizara en la negrura de la noche de El Cairo como una película de caramelo solidificado.

Se quitó del cuello un mantel que pugnaba por estrangularlo y con él sofocó algunas llamas que ya empezaban a corretear por el piso. Apoyándose en los codos, comenzó a arrastrarse hacia otro mantel que azotaba los flancos de un caballero que rodaba entre las sillas, a pesar de que el continuo envío de los giros procuraba echarlo hacia las ventanas. El crujido metálico de toda la

estructura al moverse a una velocidad mucho mayor de la que podía soportar, se había convertido en un ulular desgarrante. Aquello no podía durar mucho más. Seller advirtió que le brotaba sangre por la nariz y los oídos. Alcanzó el mantel que buscaba cuando ya comenzaba a experimentar un agudo mareo. Aspiró dos o tres veces, profundamente, procurando prensar el estómago con el rebote del aire en el lóbulo inferior del pulmón derecho. Por fin, expeliendo el aire casi en un berrido a través de la nariz, logró que el músculo diafragma se le catapultara contra la vena suprahepática, lo que le

despejó el cerebro y le devolvió el ritmo cardíaco normal. Sin vacilar, ató los extremos de ambos manteles conformando una sola pieza de género. Para esto tuvo que emplear ambos brazos, con lo que perdió puntos de sostén y rodó hasta golpear violentamente contra una señora que llegaba rebosando aferrada a la mesita de postres. Seller atrapó una pesada jarra de metal, que ya se había deteriorado al golpear contra el parietal derecho de un mozo, y la ató al extremo de sus dos manteles anudados. Miró hacia el cilindro central del edificio. Entre el humo, las llamas y las piernas

levantadas de un árabe que se había desnucado contra una bandeja, las paredes del cilindro central eran un solo manchón gris, amarillo y azul que pasaba frente al sirio acelerando vertiginosamente. El manchón amarillo, ese reiterado flash claro que veía cada cuatro segundos, correspondía a la puerta que daba a la cocina. Enarboló la jarra de metal y, al pasar ante sus ojos el manchón azul de las cortinas, la arrojó con fuerza titánica. El tirón que sintió en la mano que sostenía los manteles anudados fue feroz y por un instante pensó que había perdido el brazo. Se encontró extendido en el suelo boca

abajo, aferrando con ambas manos los manteles mientras el movimiento del piso porfiaba en arrojarlo lejos. Sin duda la jarra había cumplido su cometido penetrando como un proyectil en la cocina. En algo o en alguien había quedado enganchada como un anzuelo y ahora mantenía a Sellar cautivo dentro del girar vertiginoso del restaurante. La fuerza centrífuga fue llevando al sirio, rodando sobre sí mismo pero siempre sin soltar los manteles, hasta golpear con su flanco derecho contra la pared del cilindro central. Ya casi no caían ni cruzaban el espacio nuevos objetos, porque todos, junto con los comensales

y los mozos que habían partido de sobremesa hacia el espacio exterior, se hallaban amontonados y promiscuos junto a los ventanales. Las llamas eran ya considerables y Seller se dio tiempo para pensar que el espectáculo, visto desde el Shepherd's Hotel, por ejemplo, debía ser dantesco. Poco a poco, con enorme esfuerzo, el sirio fue ganando terreno hacia la puerta, remontando los manteles, sintiendo pasar bajo suyo el recalentado piso del restaurante, como un papel de lija gigantesco. Un costado de los ventanales estalló en ese momento, y recrudecieron los alaridos de terror y los pedidos de

auxilio. Estaba a sólo dos metros de la puerta de la cocina. Fue cuando lo vio. Entre el humo vio asomarse a la puerta, desde adentro, un rostro cetrino y perverso, bajo el fantasmagórico hongo de un gorro de cocinero. Un solo segundo de aquella visión bastó para que la cibernética memoria de Seller localizara los datos necesarios para procesar, reconstruir y determinar a quién pertenecía aquella nariz ganchuda, aquellos labios abultados, aquella piel aceitunada con la abierta porosidad de un pomelo.

—¡Abud! —rugió.

El cocinero no pareció dar

importancia al hecho de que Seller le hubiese reconocido. Atrapó con una mano los manteles que retenían al sirio y en la otra relució una corta pero contundente hachuela de cocina. Le insumió apenas un instante enarbolar el hacha para asestar el tajo definitivo. Fue cuando la jarra de metal, desprendiéndose, ante los tirones a que estaba siendo sometida, de entre las macizas patas de bronce de un viejo horno a leña, se liberó como una culebra azotando los rincones de la cocina y yendo a enredarse en las piernas de Abud. Éste perdió la vertical, mas ni siquiera la sorpresa le hizo abandonar el

hacha. Manoteó con angustia el marco de la puerta sintiéndose arrastrado hacia el enloquecido aro giratorio. Era lo que necesitaba Sellar, quien se aferró a la pierna del caído cocinero y de un salto, ganó el interior del cilindro central, fijo, del edificio. Su vuelo finalizó al estrellar de lleno la cabeza contra un armario repleto de vajilla que se desmoronó sobre sus hombros.

Haciendo girar sus brazos como aspas, se quitó de encima los pedazos de porcelana, y esto lo salvó cuando con el antebrazo derecho desvió en forma providencial el hachazo homicida de Abud, que fue a reventar una vitrina con

copas. Seller, aturdido, sintió el silbo del viento junto a su oreja diestra y en las piernas, de pronto sorprendidamente, la vieja firmeza de la tierra firme. Luego aquello fue muy rápido. Abud volvió a elevar la hachuela que miles de veces mellara su filo en nerviosos cogotes de todo tipo de aves silvestres y de corral. Seller atrapó de un zarpazo la espada de una brochette lista para servir, y la sumió, larga y profunda, en el prominente vientre del cocinero. Éste se quedó inmóvil, aún con los brazos en alto y recién cuando las primeras rodajas de carne de puerco y tocino se atropellaron con las de tomate, ajíes,

ananás y setas, a medida que el acero de la espada penetraba en su grasoso cuerpo, soltó el hacha. Seller no abandonó la empuñadura de su improvisada arma. Por el contrario, se afirmó en ella también con la mano izquierda. Giró su cuerpo para que la asombrada humanidad del cocinero ensartado apoyara su espalda contra la pared, y depositó todo el peso de su anatomía sobre la empuñadura. El acero, obstruido en su penetración por la tenaz resistencia de la rodaja de un tomate poco a punto, venció el inconveniente y prosiguió su rumbo hacia las entrañas de Abud.

Cuando el congestionado y sudoroso rostro de Seller quedó a tan sólo cinco centímetros de la nariz del cocinero, éste ya estaba muerto. Seller sintió que le resbalaba algo líquido, espeso y caliente por los puños que aferraban el mango de la espada. No alcanzó a precisar si se trataba de la sangre de Abud, el jugo semiloso del cocinero. La hoja, limpia de alimentos pero enrojecida y tibia, se había incrustado ocho centímetros en la dureza granítica de la pared.

Seller saltó hacia atrás y miró a su alrededor. Por la puerta de la cocina veía pasar, en un tornado de fuego, humo

y gritos de pesadilla, los reflejos luminosos y rojizos de las llamas en los ventanales que el girar desconsolado del restaurante aún no había atomizado.

De dos saltos trepó por la escalera que caracoleaba en torno a los ascensores. Vio una puerta de chapa, cerrada. De un tremendo puntapié en la cerradura la voló de sus goznes. Penetró en el cuarto de máquinas, donde, en la oscuridad, adivinó los rodillos, las poleas, los engranajes que hacían girar el salón comedor y que, ahora, habían enloquecido. Sin dudar aferró una pequeña silla plegable de hierro que debía pertenecer al sereno y la arrojó

entre los engranajes. Se escuchó un crujido horrible y varios pernos se estamparon contra las paredes como obuses. Luego, se hizo el silencio.

Seller se quedó un momento más, jadeante. Se quitó el sudor de la frente. Le dilataba las fosas nasales el olor pesado del aceite industrial, del humo del incendio, de las mil especias comestibles dispersas en el fuego y en el aire, del acre regusto de la transpiración, de la adrenalina segregada y del miedo propiamente dicho.

CAPÍTULO 3

Cuando Seller despertó, tardó un rato en constatar si sus ojos estaban abiertos o cerrados, tal era la oscuridad. Debió palpase el reborde de los párpados para verificar que sus ojos se hallaban, en efecto, abiertos. Giró la vista en derredor, pero no alcanzó a divisar nada, absolutamente nada, ni una desleída penumbra, ni un tajo de luz que pudiese provenir de una persiana mal cerrada. Algo sonoro, casi dentro de su cabeza, ronroneaba. Pero no era tan sólo la oscuridad lo que le acercaba un principio de angustia. Simplemente, no

tenía la más mínima idea de dónde se hallaba.

Aproximó a los ojos la muñeca de su mano izquierda, pretendiendo percibir allí la verdosa fosforescencia de los números de su reloj digital. Sólo después de pasarse un par de veces la palma de la mano derecha por la zona, comprobó que no tenía el reloj puesto. Procuró calmarse, aunque lo intranquilizaba el hecho ridículo de no tener ni la más mínima idea de dónde podía estar.

El zumbido, dentro de su cabeza, era continuo. Una noche de jolgorio, tal vez. Pero ¿qué seguridad tenía de que era de

mañana? Chasqueó los labios. No sentía en el paladar esa sensación densa y pastosa resultante de beber mucho anís mezclado con naranjina Schewepps en cinco dedos de huevo batido. Tampoco le parecía flotar en un vaho caluroso de caramelo como cuando fumaba demasiado opio.

¿Dónde estaba? ¿En qué país? ¿En qué continente? Procuró calmarse. Tanteó la superficie sobre la que reposaba. Era una especie de loneta de trama tosca, fresca sin embargo, sin duda con algún componente de nylon que no podía pasar del 30%. Abajo de la loneta se adivinaba una planicie dura.

Seller no recordaba ningún hotel, entre los miles en que alguna vez había registrado su firma, que contara con camastros similares. Ni el «Canguros de Disappointment» en Australia, donde solían parar familias enteras de hotentotes a la espera de la recolección del nabo de Nabberu, ni el «Hostal del Cuarto Caimán del Ganges», donde los druidas musulmanes quirópteros de Bengaluru solían dormir cabeza abajo colgados de las arcaicas vigas del techo.

Seller advirtió bajo sus caderas un leve movimiento, como una oscilación. Aquello se movía. Podía tratarse de una cama mecánica. Tal vez estuviese en el

hotel Regensburg, en la baja Baviera, donde había lechos que posibilitaban la relajación muscular con un casi imperceptible ondular de sus colchones. A ese hotel había llevado por vez primera Seller a Marlene Turingia, «La Sacerdotisa del Pubis», tras cuatro horas de insistencia espartana. Sobre uno de aquellos lechos enloquecedores había vomitado apocalípticamente la diosa del sexo durante largos noventa minutos, hasta que fue llevada en andas por seis fornidos botones con rumbo desconocido. La otra posibilidad radicaba en el hecho de hallarse en alguna zona de temblores. El sur de

Chile, por ejemplo. ¿Cómo podía haber ido a parar Seller al sur de Chile? Aquella pregunta repiqueteaba en las sienes del sirio sin dar con la respuesta.

Seller estiró las manos, buscando algún indicio en la superficie donde se hallaba recostado. No había ningún desnivel. Aquel lecho no parecía tener fin. La poderosa nariz de caprichosa curva del sirio se levantó venteando el bloque de oscuridad. Su fosa derecha captó los aromas dulzones, mórbidos. Olió a kerosene, a arena húmeda, a madera mojada. La fosa izquierda detectó los olores ácidos, un fino hilo vaporoso de brea, un insidioso aroma a

carburante. El olfato del sirio había adquirido la particularidad de bifurcar su poder sensitivo, en largas horas de yoga, cuando el karma despega, como las finas películas de una calcomanía, la mente del cuerpo.

Poco a poco, la lucidez, luego del sueño pesado, iba apropiándose del cerebro confundido de Seller. De repente sintió pasos arriba, o al menos, el sisear apagado de unos pies caminando sobre un piso mullido le llegó desde lo alto. No estaba solo. Los vecinos del piso superior, o de la habitación de arriba, también daban señales de vida. Pensó en gritar, en

llamar a alguien, pero su habitual sentido de la conservación lo mantuvo en silencio. El mimetismo y el silencio eran dos de las virtudes más importantes de los pájaros zancudos que deseaban sobrevivir en la jungla. Al girar sobre su cuerpo, algo se le incrustó en la nalga izquierda. Llevó allí su mano. En el bolsillo trasero de su pantalón tenía el encendedor. Lo quitó de allí y lo encendió de inmediato. La débil luz contribuyó muy poco a esclarecer la situación del sirio. Comprobó que estaba tendido sobre una loneta verdosa muy colorida por el sol, y que estaba vestido con un viejo pantalón jean y una

túnica que comprara alguna vez en el gran Bazar de Estambul. Pero en el bolsillo de la túnica, sobre el estómago, a manera de marsupio, llevaba algo, una especie de libreta alargada. La sacó de allí y la aproximó a la llama. Era un pasaje de avión. Ahora Seller comenzaba a comprender. Abrió aquel pasaje y fue recomponiendo los tramos de su largo viaje.

La Transaminasa Gulf Lloyd lo había llevado desde El Cairo hasta Roma, luego a Atenas, desde allí había volado a Bucarest pasando por Yerevan en Armenia, Bakú, Astraján y luego Odesa. En Bucarest había pasado a manos de la

Lot, polaca, para hacer Bucarest, Riga en Letonia, Helsinki, Estocolmo, finalizando el trayecto en Copenhague con el tiempo justo para tomar el vuelo 459 nuevamente de la Transaminasa hasta Niza, Barcelona, Lisboa y Baltimore, saltando el Atlántico norte. Allí se agotaba el ticket y Seller lo miró largamente, aún perplejo. Si aquel nutrido pasaje había sido usado hasta sus últimas consecuencias, él se hallaba ahora en los Estados Unidos. Miró la llama de su encendedor y el fuego comenzó a acercarle imágenes de la noche de El Cairo, de la cena con Erbie, de...

«Erbie», pareció precisar Seller, comprendiendo. De pronto se escuchó el ruido enérgico de una claraboya de chapa al correrse, un hálito de aire caliente apagó la llama del encendedor y la luz, toda la luz de un día de sol castigó el rostro de Seller como un cachetazo.

—¡Best! —oyó la voz de Erbie—. ¡Arriba, Best!

Ahora veía con nitidez. Se hallaba en el interior del casco de una pequeña lancha. Estaba rodeado de cajones, toneles, bidones y rollos de soga. Y arriba, por la claraboya abierta, podía ver el rostro mofletudo de Erbie

Salinger, cubierto con un gorro de la United.

—Ven afuera, Best —insistió Erbie—. Has dormido más de doce horas.

En tanto subía con paso no muy seguro la corta escalera de madera, Seller no atinaba a hablar. Sólo se cubría los ojos con las manos y resoplaba como un toro. Cuando llegó a cubierta el viento le dio de lleno en la cara, casi con exceso de confianza. Era un viento tórrido, no obstante, cargado de partículas de agua caliente y pedazos de ramas empapadas. Sin decirle nada, conecedor de los mutismos del sirio tras el descanso, Erbie le alcanzó un vaso de

plástico con café helado. Seller lo bebió sin decir palabra, contemplando absorto cómo las parduscas aguas del riacho pasaban bajo la panza de la lancha.

—¿Dónde estamos? —preguntó por fin Seller, arrojando el vaso vacío al agua.

—Cerca de Sarasota, en Florida —informó Erbie.

Seller escrutó sin un gesto la inmensa espalda del negro que empuñaba el timón, sobre el puente, algunos metros más adelante.

—¿Y cómo llegamos acá? —preguntó, sentándose en el canto mismo de la borda.

—Tuvimos la suerte de alcanzar el vuelo de la Transaminasa, ayer, en El Cairo.

El sirio miró hacia la profusa vegetación de la orilla, asintiendo varias veces con la cabeza.

—¿Cómo pudieron descubrirme? —preguntó al fin.

—¿Los del restaurante?

—Sí. Yo estaba seguro de que me habían perdido la pista.

—No sé quiénes son —admitió Erbie—, pero hay gente de mucha paciencia en el mundo.

—Ya no tenía sentido que yo me quedara allá —exclamó Seller, en

aparición del todo despejado—. ¡Qué calor hace aquí!

—Es Florida, Best —Erbie se palmeó el estómago. Estaba empapado en transpiración.

—Pienso que tu vida hubiese corrido mucho peligro si te quedabas. Debes agradecerme que tenía el trabajo justo para sacarte de allí.

—Es cierto —pareció recordar Seller—. El trabajo. Me había olvidado de eso... ¿Y cuándo vamos hacia allí?

—Estamos yendo hacia allí.

—¿Estamos yendo?

—Sí, señor.

—¿Estamos yendo hacia ese lugar

donde hay un equipo de fútbol y dónde...?

—Así es.

Erbie parecía divertido ante la incredulidad del sirio.

—No me habías dicho que quedaba en Florida. ¿Es un equipo de cubanos, acaso?

—No lo sé. —Erbie terminó de mordisquear una ramita y la arrojó al agua.

—Te mentiría si le digo que sé de dónde es ese equipo. A mí me contactaron en una radio de Dyersville y me dijeron tan sólo que querían tenerte a ti en el equipo.

—Ahá.

—Y que si lo lograba, que si conseguía convencerte, te trajera acá, a Florida. Es más, apenas te hayas contactado con ellos, mi trabajo terminará. Yo desapareceré.

—Escucha —advirtió Best—. Debemos estar soportando cerca de 43 grados de calor. No creo que sea el clima más indicado para adiestrar a un equipo de fútbol.

—No es mi problema, Best. Ya no puedo decirte nada más. No sé nada más.

Seller se guareció bajo el pequeño toldo que cubría la parte trasera de la

cubierta.

—Porque tengo entendido que empezaremos a trabajar de inmediato —dijo.

—Tarpones —musitó Erbie, contemplando la oblonga figura de un pez que había saltado del agua atrapando en el aire los rayos del sol. Se oyó el chapuzón del pez al volver a caer en el río.

—Son bonitos —disintió Seller.

—Tarpones. Está lleno por acá.

—Escucha, Erbie —se molestó Seller—. Trabajé por años en un buque factoría soviético. Creo que robamos peces de todos los mares del mundo.

Podría reconocer un bonito entre un cardumen de róbalos.

—Habrás trabajado todo lo que tú dices, pero eso que saltó allí era un tarpón. Un tarpón macho de cinco kilos, aproximadamente.

—Escucha, Erbie, escucha — contemporizó Seller—. ¿Sabes cuál era nuestro entrenamiento en el buque atunero? Nos mostraban diapositivas de peces de perfil. Nos las mostraban apenas una fracción de segundo. Nosotros debíamos decir: «Lenguados» o «Congrios» o «Percebes», además de precisar si eran machos, hembras o hermafroditas. Luego nos proyectaban

diapositivas, pero con los peces vistos de frente. ¿Has intentado alguna vez distinguir una anguila marrón de la hoya de Manila de una morena, por ejemplo, vistas ambas de frente?

—¿Podrías determinar el sexo de un pez abisal al cual la profundidad lo ha convertido tan sólo en una plancha de dos dimensiones, alto y largo, cuando tan sólo te lo muestran de frente? — insistió Seller.

—¡Oye, Mutt! —gritó Erbie dirigiéndose hacia el puente—. ¿Qué pescado era ése que saltó recién?

El negrazo se volvió hacia ellos sonriendo a través de unos dientes que

parecían pulidos a mano.

—Un mero —gritó.

—Un mero —admitió Erbie.

—Fingía —masculló Seller.

El final de la discusión lo sumió en un mutismo prolongado. Cada tanto Erbie sorbía cortos tragos de limonada en un vaso de papel. Era el mediodía y el sol, vertical sobre ellos, parecía querer empujar la lancha hacia el lecho del río. El resplandor en el agua hacía entrecerrar los ojos a los tres hombres y una verdadera invasión de pequeñas mosquitas había poblado la cubierta revoloteando infernal en torno a ellos, cayéndose en las bebidas y enturbiando

la visión.

—¿Te conté mi teoría —se permitió reiniciar el diálogo Erbie, en tanto espantaba los porfiados insectos— sobre las tortugas?

En el rostro de Seller se pintó un gesto de prevención y asco.

—Erbie... ¿Crees que no tengo ya bastante con tu famosa teoría sobre los locos?

—Ésta es totalmente otra cosa —se apresuró a aclarar Erbie—. Se incluye en la rama zoológica.

—No pensarías incluir a las tortugas en la rama burocrática.

—No. Yo sostengo, a través de una

serie de artículos que me publicó el «Safari News» de Durban, que las tortugas eran, originariamente, animales de caza.

Seller volvió a mirar a Erbie con la misma expresión de infinito desagrado y luego consideró más rentable observar la cúpula vegetal que se formaba sobre ellos al entrelazarse las ramas de los árboles de ambas orillas del río, que se había angostado de repente.

—Mejor dicho —se rectificó Erbie—, eran animales usados en la Edad Media, para encabezar las partidas de caza. Mucho antes de que se comenzaran a emplear los perros, las mangostas e

incluso los halcones. ¿Sabes por qué me ha dado en pensar eso?

—El ácido lisérgico.

—No, la observación de sus características físicas. Por ejemplo, ¿por qué el blindaje? Otra pregunta...

—¡Llegamos!

El grito de Mutt cortó el parlamento de Erbie, vino en auxilio del desasosiego de Seller y se confundió con la repentina disminución del sonido del motor de la lancha, que aminoró su velocidad y torció su rumbo. Unos diez metros más allá aparecía un pequeño muelle de madera.

Cinco minutos después, Seller saltó

sobre las tablas del atracadero cargando sobre sus hombros un cilíndrico bolso de loneta, típicamente marinero. Se despidió con un gesto de Erbie y de Mutt, y antes que la lancha se perdiera por el primer recodo del río comenzó a caminar por el camino de tierra que, naciendo en el mismo muelle, iba a terminar, cien metros más arriba, en un portón de alambre tejido flanqueado por dos casillas de chapa. Advirtió que toda la zona estaba alambrada, que en las casillas había hombres armados y que mucho más lejos, al fondo, un rectángulo de césped prolijamente cortado brillaba al sol como una tersa planicie de

esmeralda.

CAPÍTULO 4

El fresco del aire acondicionado había tenido la virtud de disipar el malhumor de Seller. Por otra parte, el sirio había apurado sin interrupciones un alto vaso que contenía el verdolaga trago a base de té mentolado, campari, leche de almendras, hielo, limón y cakis, que tantas veces disipara su melancolía, allá, en Damasco. Los pequeños ojos grises de mister Muller lo escrutaban sin inhibición alguna. Recorrían con agudeza profesional las espesas cejas del sirio, sus ojos abismales de mirada zahorí, su nariz de caprichosa curva, los

labios abultados, el mentón decidido. La vista de cernícalo de Seller no se apartaba de los ojos de Muller. El ayudante había tenido la deferencia de dejar la bandeja sobre el escritorio, saliendo luego casi sin un ruido, deslizándose sobre su calzado deportivo. El salón era amplio, alfombrado, con grandes ventanales que daban al campo de adiestramiento, pero la luz del sol se atenuaba en los pesados cortinados azules. La investigación ocular de mister Muller se prolongó durante unos ocho minutos, no deteniéndose ni siquiera cuando el alemán, reclinando su espalda contra el

mullido sillón de cuero, bebió su oscuro café en dos tragos. Sellar sentía cómo la transpiración se le iba secando sobre el cuerpo, bajo la ríspida tela de la túnica y comenzó a sopesar la posibilidad de que mister Muller fuese mudo.

El alemán devolvió la taza a la bandeja, corrió ésta hacia un costado del escritorio y comenzó a acomodar los puños de su buzo verde. Era un hombre de unos sesenta y cinco años, de rostro anguloso, pelo ralo y cano, dos profundas arrugas a los costados de la boca y los pequeños ojos grises, opacos, notoriamente hundidos en sus cavidades. Al parpadear, se ponían en movimiento

una serie de arruguillas que surcaban las inmediaciones de las cuencas, de tal forma que parecía el diafragma de una cámara fotográfica al obturarse.

—Señor Seller —articuló finalmente Muller.

El sirio no modificó su expresión.

—¿Ha sentido usted hablar de Congodia?

—¿Septentrional o meridional?

—En estos momentos hay una sola Congodia.

—No lo sabía.

—Pero tiene usted cierta idea.

—Vagamente —admitió Seller.

—Veamos. —Mister Muller se

levantó de su asiento. A pesar de la dureza de su trato, su voz era cordial y hasta condescendiente. Se dirigió hacia unos de los cortinados y lo descorrió. No cubría una ventana, sino un enorme mapa de África Oriental.

—Esto es Congodia —señaló—. Un principado. Un pequeño principado. Entre Kenia y Somalia.

—¿Es independiente?

Muller sonrió por primera vez.

—Digamos que sí. Declararon su independencia hace apenas 53 años. Antes tuvieron dominaciones inglesas, francesas y tras una breve dominación otomana llegaron los árabes. De ellos se

declararon libres hace 53 años. O mejor dicho, los árabes les permitieron esta declaración, en cierta forma. Aparentemente Congodia no tenía absolutamente nada que pudiera interesarles. Una pésima administración, una cultura confusa y mezclada, tribus de las más diversas creencias y lenguas. Algo de ganadería, agricultura medieval, un clima calurosísimo y un terreno cada tanto azotado por temblores. Es una zona baja, una depresión volcánica.

Seller permaneció callado, contemplando el mapa, preguntándose adonde llevaría aquella presentación. Muller volvió a su asiento.

—Pero hace quince años Congodia consiguió una salida al mar índico — prosiguió—. Ya le explicaré cómo lo logró. Al mismo tiempo, se descubrieron yacimientos de diamantes. Entonces los árabes volvieron a prestarles atención. Mucha atención. Comenzaron a preocuparse por Congodia. Muchos de ellos se instalaron allí, iniciaron pequeñas industrias ayudados por los bajos impuestos, por el puerto libre, todo eso. Y hoy Congodia, amigo Seller, es un principado donde se mueve muchísimo dinero, con un nivel promedio de ingreso por habitante de los más altos del mundo, incluido

Kuwait. Congodia, señor Seller.

Mister Muller cruzó los dedos de sus manos bajo el mentón y permaneció observando a Seller con una expresión de asombro o escepticismo.

—¿Le interesa todo esto que le cuento?

—Me interesa —replicó Seller—, pero no imagino adónde quiere llegar.

Muller volvió a sonreír. Tiempo después comprendería Seller que aquéllas serían las últimas veces en que viera sonreír a Muller.

—Congodia tiene apenas 53 años, señor Seller —puntualizó el alemán—. Un país con sólo 53 años no tiene

historia. O prácticamente no la tiene. Al menos comparado con los países europeos por ejemplo. Con Alemania, por citar un caso. Yo, señor Seller, tengo 65 años. Yo tengo más historia que Congodia, yo, Helmut Muller. Porque es ocioso contar todo lo anterior a su independencia, hechos aislados, folklóricos, perdidos en el tiempo. O en relatos orales que se han ido transmitiendo de generación en generación con los inconvenientes propios de los mil idiomas y dialectos que allí se hablan, según le dije. Recién a partir de esa independencia se organiza, se estructura la Historia de

Congodia. ¿Y en torno a qué se organiza, en torno a qué se estructura, señor Seller?

El sirio observó largamente a Muller, que de nuevo se había levantado y recorría con paso elástico el salón.

—En torno al fenómeno social más grande y formidable de nuestro tiempo, señor Seller —se apresuró a continuar el alemán, señalando a Seller con su dedo índice—. En torno al fenómeno que más ha conmovido al mundo entero en estos últimos tiempos. Al fenómeno que no sabe de religiones ni de idiomas, de fronteras ni de ideologías, señor Seller.

Muller cruzó las manos tras la espalda y miró al sirio. Éste permaneció impasible.

—En torno al fútbol —disparó Muller, tajante.

Seller dejó escapar lentamente el aire que tenía acumulado en los pulmones y se relajó un tanto. La charla de Muller estaba entrando en carriles más atinentes a la presencia de Seller en aquella punta remota de Florida.

—Primero... —Muller parecía comenzar a exaltarse—. ¿Cómo consigue su independencia Congodia? Simplemente. Los árabes, cansados de esa pequeña colonia que nada les aporta

y donde de tanto en tanto deben soportar erupciones volcánicas, admiten convertir a Congodia en un protectorado por un período de diez años. Una década a prueba, prácticamente. Al finalizar la década, la rama nativa del gobierno pide la independencia y los árabes solicitan o proponen renovar el sistema de protección por otros diez años. Los congodios ofrecen una nueva y particular forma de resolver el problema: dirimir la controversia con un match de fútbol. En un match de fútbol.

El relato ya había comenzado a interesar vivamente a Seller.

—Los árabes pensaron la oferta —

prosигuió Muller—. Ellos aún no eran ricos como lo son ahora. Pero podían conseguir algunos buenos jugadores. Tenían una discreta pero continua trayectoria futbolística. Contraofertaron. Aceptaban el encuentro, pero si ellos ganaban, la protección se prolongaba durante dos nuevas décadas, no una sola.

Era una buena oferta.

—Para ganarla, era una buena oferta. Pero subestimaron a los nativos, señor Seller.

»Olvidaron o no le dieron importancia a los períodos en que Congodia había estado bajo la tutela de los ingleses, de los franceses e incluso

de la influencia de los portugueses, que, sin llegar a dominar el país, habían recalado por allí deseosos de comerciar en la cristalización de la centolla, artesanía en la cual son unos maestros. Y todos ellos, señor Seller, todos ellos, franceses, ingleses, portugueses, han tenido y tienen, un riquísimo historial futbolístico.

Muller se había sentado en uno de los ángulos del escritorio y balanceaba despaciosamente una pierna.

—Para no hacerlo largo, señor Seller —se apresuró el alemán—, ganaron los congodios 4 a 1. Claramente. Y fue justamente un

portugués el héroe de la jornada. Y por ende, el héroe de la independencia: Paulo Arigós Brizuela do Botafogo. El aeropuerto, entre muchas otras obras gubernamentales lleva su nombre: Paulo Arigós Brizuela do Botafogo, Mariscal del Área.

Muller comenzó nuevamente a pasearse por la sala, sin mirar casi a Seller.

—De esta forma, de esta simple forma —prosiguió—, los congodios comprendieron o entendieron cuál era la manera de conseguir cosas. De obtener cosas que no podían conseguir por otros medios. Comenzaron a concertar

partidos de fútbol con sus países limítrofes, primero por rebaños de cabras, por partidas de semilla para la agricultura, por permisos para cazar en cotos vedados. Luego por zonas aledañas, por aldeas fronterizas en litigio. Hasta que hace 15 años le ganaron la salida al mar a Kenia en un partido tremendo que finalizó 2 a 1 y donde Congodia apostó toda su población de leopardos, animal casi en extinción, usted lo sabe, contra un corredor de tierra que la conectara con el Índico.

Seller, en quien el asombro se había consumido casi totalmente como un

fuego antiguo y distante, se apretó la punta de la nariz con la mano derecha hasta hacerse daño. El largo relato de aquel hombre respondía a una lógica rigurosa y creíble. Sin embargo no dejaba de ser absurdo, en definitiva.

—No quiero retenerlo más, señor Seller. —La abrupta subida en el tono de la voz de Muller atrajo nuevamente la atención del sirio.

—Usted deberá ducharse, comer algo, reunirse con sus compañeros y alistarse para el trabajo de la tarde. Billy, mi asistente, se encargará de todo. Pero antes le informaré el porqué de esta historia que le he contado, que es en

cierto modo el porqué de que esté usted acá y yo con usted.

Muller volvió a su sillón, se apoyó en el amplio respaldo y observó a Seller durante tres minutos.

—Nosotros iremos a jugar contra Congodia, señor Seller —dijo al fin.

—Me lo suponía —confesó Seller procurando restar dramatismo a la escena.

—Pero no sólo iremos a jugar a Congodia, señor Seller —hostigó repentinamente enervado Muller—. ¡Nosotros iremos a ganar a Congodia! ¡Allí mismo, en el estadio Bombasí, donde nunca jamás ha triunfado nadie,

allí ganaremos nosotros!

Muller asestó un golpe de puño sobre el escritorio logrando que la bandeja con las tazas y el largo vaso de cristal cayeran al suelo con estrépito.

Muller volvió a levantarse nerviosamente de su asiento. Seller comprendió que aquel hombre enjaulaba un temperamento peligroso, que dentro de aquel individuo de control germánico, bajo aquella voz cuidada, educada y convincente, moraba un algo siniestro y poderoso.

—¡Yo sé lo que debemos hacer para ganarles! —tronó nuevamente Muller—. Y para usted, Seller, le tengo reservada

una delicada e importante función dentro del equipo. Una función fundamental.

Se había detenido en posición de firme frente a Seller. Pareció tranquilizarse.

—Pero de eso hablaremos más adelante, muchacho. Mañana habrá una reunión con todo el plantel. Allí se irá enterando de más detalles. Ahora, váyase.

Sin una palabra, Seller se irguió, tomó su bolsón marinero y salió de la habitación. Al alejarse por un largo pasillo, escuchó, tras la puerta que acababa de cerrar, como si Muller golpease duramente las paredes, y

fuertes gritos en alemán.

CAPÍTULO 5

Billy «el Asqueroso» era, en verdad, una persona repugnante. Pequeño, movedizo, asqueaba aun por sus movimientos veloces que lo semejaban a una rata. Su rostro era relleno, blancuzco y respiraba siempre aguadamente con un casi imperceptible silbido proveniente de alguna falla no localizada de su organismo. Se lo veía, a todas luces, eficiente. Condujo a Seller sin decir una palabra, luego de que el sirio se hubo duchado, hasta una pequeña habitación repleta de estanterías. Allí le hizo entrega de un

pantalón corto de brin áspero negro, una camisola azul desteñida, de mangas cortas sin número ni inscripciones, un par de medias de lana negra, un par de zapatos de fútbol sin tapones, la parte superior de un buzo azul y un par de protectores de cuero y aluminio para recubrir las piernas. Seller firmó un recibo y aceptó también un sobre con una cadenita de la cual pendía una medalla identificatoria donde se hallaban grabados su nombre, su grupo sanguíneo y su número de calzado.

—En media hora debe estar en el campo de deportes —le informó Billy, sin mirarlo, mientras arrojaba la ropa

que antes vistiera Seller, junto con el bolsón marinero, dentro de un cilindro metálico, muy parecido a un tarro para desperdicios. Seller comenzó a vestirse lentamente con la ropa de entrenamiento y el minucioso ritual de atarse los cordones de los botines lo retrotrajo a muchos años atrás, cuando aquel simple menester era una cosa cotidiana en los umbrosos vestuarios del Halab Ladhiqiya Sporting, que también servían de depósitos de cereales para los granjeros de la zona de Ar Raqqa. Los cereales solían fermentarse y sus emanaciones habían terminado con la vida de dos árbitros argelinos, recordó

Seller. Pasó los cordones de su botín derecho tres veces por debajo de la suela antes de hacerlo rodear su propio tobillo ciñendo la media y encontrarse con el otro extremo del cordón sobre la lengüeta que trepaba, procaz, sobre el empeine.

Seller estaba algo desconcertado. Desde hacía mucho tiempo que no recibía una oferta como la que ahora lo había llevado a las ardientes y pantanosas tierras de Florida, posiblemente desde aquella noche en que, recorriendo la zona pecaminosa de Hamburgo, fuera abordado por una pintarrajeada mujerzuela que le propuso

montar una fábrica de corbatas en Lieja para captar el consumo del turismo japonés.

Seller caminó elásticamente por los pasillos del pabellón hacia la puerta que daba al campo de deportes. El pabellón era una construcción amplia, refrigerada, de paredes blancas, grandes ventanas y pisos de mosaico. Los techos eran de tejas rojas y las puertas, de madera blanca. Un lugar clásico para albergar un contingente deportivo. Eran las tres de la tarde y casi no se escuchaban ruidos, salvo algún chillido destemplado de los pájaros o el gimotear de los tapones de goma de

Seller al pellizcar el piso pulido. Seller escuchó a lo lejos, sin embargo, las voces de mando de Muller, y supuso que el plantel ya estaría comenzando a moverse. Tenía que estar dispuesto a enfrentar un riguroso entrenamiento. Extremadamente riguroso. El operativo Congodia sería a todas luces duro, difícil y peligroso. Por otra parte, era obvio que había muchísimo dinero e intereses en juego. Sólo un grupo galvanizado en el entrenamiento más feroz y exhaustivo podría ser capaz de enfrentar y superar tal desafío. Al sirio, sin embargo, no era precisamente el esfuerzo físico lo que podía llegar a

quitarle el sueño. La privación, el trajín agotador, la disciplina descarnada casi llevada al grado de tortura, eran avatares para él tan integrados a la vida cotidiana como el simple hecho de esparcirse esencias de loto por entre sus intrincados cabellos.

Salió al aire libre y el inconmensurable relumbrón del sol casi lo derrumba. Sintió su cuerpo cubrirse de sudor y sobre los hombros la sensación de que le hubiesen aplicado paños embebidos en agua caliente. El simple hecho de parpadear lo agitaba.

Seller había estado en las sufridas planicies del desierto de Negev, piloto

de un vehículo blindado egipcio. Dentro de aquel M-S 17 de doble oruga había visto saltar por los aires la tapa de su caramañola al hervir el agua que contenía. Había transitado también el Enji, el desierto de Mauritania, acompañando una expedición arqueológica en busca de las milenarias ánforas de Tidjikdja, aborrecidas por las tribus nómades por su carencia de asas. Allí había visto con sus propios ojos a los lagartos de las arenas reventarse la cabeza contra las rocas, estupidizados por el sol. Pero la humedad de Florida superaba todos sus conocimientos. El agua parecía palpase

en el aire.

Seller trotó hacia el grupo de hombres que ya evolucionaba por el campo. Muller lo presentó vagamente con un movimiento envolvente de la mano y el sirio recibió algunos gestos de asentimiento, algunas afirmativas inclinaciones de cabeza o bien ciertos pulgares levantados. Captó miradas profundas, labios apretados, o simplemente desinterés. Pero con un simple vistazo conocedor, Seller advirtió que se hallaba ante un interesante conjunto humano. No había ninguno demasiado joven. Ninguno tenía demasiado aspecto de inocente. Y en las

trabajadas musculaturas de todos se adivinaban los años de profesión, de rigor. Esa primera tarde de Seller en el adiestramiento se prolongó durante cuatro intensas horas de labor.

Comenzaron con un trote por la cancha auxiliar que, liderado por Billy «el Asqueroso», se fue prolongando hacia la zona donde la vegetación se intensificaba y finalizó internándose profundamente en la zona de los pantanos. Aquel perímetro evitaba el habitual aburrimiento de corretear por zonas sin variantes mayores de terreno.

La presencia de lianas que amenazaban enredarse en el cuello, el

filoso canto de ciertas hojas carnosas, la chirle succión de las ciénagas, obligaban a los hombres a mantenerse despiertos y lúcidos, espantando continuamente los abejorros que procuraban aposentarse sobre ellos y escudriñando el movedizo suelo para evitar el desagradable hecho de pisar sin querer alguno de los cocodrilos que por miles infestaban la región.

Dentro de esa jungla el calor se hacía aun más tremendo a pesar de que el sol no lograba atravesar con sus rayos la cúpula vegetal. Billy, al frente de la columna, saltaba y se arqueaba como una ardilla dando la impresión de que

hubiese nacido en aquellos pantanos malolientes y traicioneros. Tras dos horas de trote, que se convirtió en carrera durante quince minutos ante la intempestiva presencia de una serpiente coronada del tipo «tragapatos», los atletas volvieron hacia el campo de deportes y tuvieron diez minutos de descanso bajo unas palmeras.

Billy distribuyó pequeños trozos de algodón embebidos en té frío con los cuales se humedecieron los labios atenuando en algo la abrasadora sed que les estragaba las gargantas. Nadie tenía aliento para hablar, y los jadeos eran sólo quebrados por imprecaciones y

maldiciones en los más diferentes idiomas. Seller alcanzó a identificar el griego y el castellano. Luego Billy introdujo la mano derecha bajo su empapado buzo y de allí extrajo una bolsita de nylon, que contenía un sobre. Saltó el lacre del sobre y desplegó un papel en donde, sin duda, se hallaban las instrucciones de Muller para continuar el trabajo.

Todos levantaron la vista cuando, de pronto, un helicóptero pareció posarse sobre las palmeras enloqueciendo su follaje. A través de la burbuja translúcida de la cabina podía divisarse el rostro adusto y vigilante de Muller. El

aparato permaneció allí suspendido tan sólo unos segundos y luego tornó a ganar altura y a alejarse llevándose el sonido batiente de sus motores.

—¡A las palmeras, vamos! —chilló Billy, en tanto despedazaba minuciosamente el papel de las instrucciones tras haberlo memorizado. Los hombres, resoplando, comenzaron a trepar por los delgados troncos de las palmeras. Subieron y bajaron diez veces hasta arriba, clavándose astillas de la blanda madera en las manos y raspándose hasta sangrar la parte interna de los muslos. Era un ejercicio endiablado, y cuando terminaron

quedaron diseminados sobre el césped, recuperando trabajosamente el aire. Seller sentía como si se le hubiese retirado todo el líquido del cuerpo y buscaba desesperadamente en la boca algún resto de saliva mediante el cual escupir y expulsar una suerte de espuma casi sólida y blanquecina que se le aferraba al paladar. Pero debía admitir que aquél era un soberbio tonificante de las piernas y los dorsales. Ted, el arquero, en un ejemplo de contracción, bajó y subió por dos veces más que el resto de sus compañeros, haciendo caso omiso al contratiempo de caerse un par de veces casi cuando ya estaba

alcanzando lo más elevado del tronco. En ambas oportunidades rebotó contra el duro piso con un ruido sordo y angustioso. Pero no pareció darles importancia a los golpes. Eran parte misma de su adiestramiento y lo tornarían sólido y calloso para soportar los inescrupulosos embates de los delanteros rivales cuando se produjesen las escaramuzas en el área, y los hombros, los codos y las rodillas adversarias buscaran sus riñones, sus ingles y la vital armonía de su columna vertebral.

Billy golpeó las palmas de las manos un par de veces y todos se

pusieron de pie. Dagomir, el brasileño, lanzó hacia Billy un peludo coco. Billy lo miró con la curiosidad de un simio pequeño.

—Es bueno —refrendó Dagomir.

Billy golpeó el coco con los nudillos y luego lo apretó con ambas manos.

Era notorio que Dagomir se había apoderado del coco en una de las tantas subidas a las palmeras. Billy asintió con la cabeza y echó el coco al suelo. Se dirigieron hacia uno de los arcos y durante veinte minutos permanecieron rematando hacia la valla empleando como balón el coco.

Al ejecutar el primer disparo Seller

sintió como si la punta de los dedos del pie derecho se le fracturara en mil pedazos. Una lanza de dolor ardiente le mordió el empeine trepando por las tibias hasta sacudirle la cadera. Su rostro, no obstante, permaneció imperturbable a pesar de que en las encías un temblequeo óseo le hizo pensar que se le habían desprendido algunas piezas dentarias. Sus compañeros, al parecer, no sentían absolutamente nada al rematar. Sin duda, los largos días de entrenamiento que llevaban de ventaja al sirio les habían convertido los pies en una especie de vaso caballar, insensible a los impactos

más atroces. Pero lo que más sorprendió a Seller fue la suicida abnegación del arquero, quien ofrendaba sus manos, su pecho y hasta su rostro ante la salvaje trayectoria del coco, convertido a veces en un verdadero proyectil de artillería.

Sobre la finalización del ejercicio, Seller ya no sentía nada en el pie derecho, salvo un hormigueo de fuego sobre el empeine, y supuso, simplemente, que su organismo había cesado de resistir y la gangrena se había apoderado del miembro. Media hora después, sumergido como un cachalote en una de las piscinas de agua caliente, pudo contemplarse el verdadero estado

del pie derecho. Tenía el tamaño de un pastel de manzana mediano y los dedos presentaban una coloración violácea verdosa. La uña del dedo mayor se había casi desprendido y bajo ella se advertía un manchón negruzco.

—Al principio siempre es así — escuchó a su lado la voz de Gianni, el italiano—. Pero a los cuatro o cinco días ya el pie se habitúa.

Seller asintió con la cabeza, absteniéndose de tocar la zona afectada: cada vez que lo hacía unas puntadas lacerantes le estremecían la pierna hasta la implantación de los genitales.

—Pero después —continuó Gianni

—, cuando te toca rematar con el balón reglamentario, con el de cuero, te da la impresión que le pegas a un globo. Salen unos disparos impresionantes.

—No lo dudo —admitió Seller—. ¿Han practicado ya con el balón reglamentario?

—Los primeros días, pero luego dejamos de hacerlo a la espera de recibir la muestra del balón con que jugaremos en Congodia.

—¿Es un balón especial?

—No demasiado.

—Pero tú sabes que hay diversos tipos de balón, que varían algo, no mucho, en ciertas características. El

peso, por ejemplo.

—Es cierto.

—El balón que se usa en Sudamérica no es el mismo que se usa en Europa —se explayó Gianni—. El europeo es algo más pequeño y quizá más liviano.

—En Katar —intercaló Seller—, usábamos uno bastante pesado, de poco bote. Es más, casi no rebotaba, solía quedar muerto sobre el piso al caer, como si fuera de masilla.

El italiano arqueó la boca hacia abajo, en un gesto de sorprendida atención.

—Era lógico —completó Seller—.

Lo inflaban con arena. Estaba relleno de arena. Era lo más rápido y barato de conseguir.

—Ah, entiendo. Como una medicine-ball.

—Exactamente.

—Bueno, el caso es... —retomó Gianni— que esta gente de Congodia usa desde hace muchos años su propio tipo de balón. Hemos visto fotos. No parece ser demasiado diferente de cualquier otro. Pero mister Muller ha insistido en que le envíen uno o varios para practicar con él. Es fundamental.

—Por supuesto. Para acostumbrarse a él.

—En ese aspecto, Muller no deja cabo sin atar. No descuida absolutamente ningún detalle.

Gianni había salido ya de la piscina y se envolvía en un toallón blanco.

—Es un estratega genial —completó en tanto se secaba.

CAPÍTULO 6

Los integrantes del plantel se hallaban sentados en un salón amplio y bien iluminado. Estaban ubicados en pupitres individuales, sillas comunes con el aditamento de un apoyabrazos-bandeja sobre el cual todos, a excepción de Seller, habían depositado unos pequeños cuadernos grises, anotadores, bolígrafos y reglas de cálculo. Los pupitres conformaban cuatro filas de tres pupitres cada una y una fila más de dos pupitres enfrentados a la pared del fondo del salón, donde se apreciaba una pantalla y una pizarra verde.

El aire acondicionado permitía a los hombres vestir casacas livianas aun conservando pantalones cortos y calzado deportivo. Muller llegó poco después, luciendo su clásico buzo, que en esta oportunidad era negro. Envolviendo su cuello llevaba una toalla amplia, con los extremos dentro del cuello del buzo. A poco de llegar, sin embargo, mientras acomodaba sobre una pequeña mesa algunos libros, liberó la toalla de su función de echarpe y ésta cayó hacia atrás, manteniéndose atada al cuello de Muller, configurando una suerte de capa que llegaba casi a los talones del alemán. Muller tomó un puntero de la

mesa y golpeó con él la pantalla.

—A ver, Billy —llamó.

Las luces se apagaron y sobre la pantalla se presentó la primera diapositiva. Se veía la escena de un match de fútbol. Un inmenso moreno de camiseta azul llevaba el balón sorteando una maraña de piernas que desde fuera de los límites de la imagen pretendían detenerlo.

—¡Nombre! —se escuchó la estentórea orden de Muller desde la oscuridad.

—¡Saphir Bengela! —se escuchó replicar a Jerry, desde el fondo.

—¡Estatura! —nuevamente urgió

Muller.

—¡Un metro setenta y ocho!

—¡Puesto!

—¡Puntero derecho!

—¡Nacido en...!

—¡Zaire!

—¡Remata con...!

—¡Pierna derecha!

—¡Cabecea con...!

—¡Parietal derecho!

—¡No!

La negativa de Muller fue un rugido.

Las luces se encendieron. Muller estaba de pie junto a su escritorio, contraído de odio, los dedos de su mano derecha aferrando la base de la nariz, tapando

sus ojos.

—No —volvió a decir sofocadamente. Parecía a punto de estallar. Elevó la vista y se mordió los labios. Sus ojos estaban enrojecidos como al borde del llanto. Ni siquiera miraba a Jerry, que, parado al lado de su pupitre, presentaba una palidez lunar.

—Izquierdo —articuló apenas Jerry y su rostro gomoso pareció deformarse aun más.

—¡Izquierdo, imbécil, izquierdo! —aulló Muller, recompuesto. Las venas de su cuello alcanzaron un diámetro alarmante—. ¡Cuando esos demonios ejecuten un córner y usted procure tapar

el parietal derecho de ese negro y ese negro le vaya a buscar el balón con el parietal izquierdo y le cabecee y nos haga el gol con que perdamos el partido... —Muller se quedó un instante tembloroso, los puños apretados, usufructuando el silencio pétreo que se había apoderado del recinto—... yo, yo a usted lo mato!

Jerry bajó la cabeza avergonzado y jugueteó con la regla de cálculo de su pupitre.

—Dios mío —musitó Muller como en un rezo, en tanto volvía a su escritorio.

—¡Yo lo mato, yo! —volvió a

tronar, enfrentando de nuevo al plantel.

—¡Todos, todos, todos —se ensaño mirándolos fijamente— deben saber hasta la perfección, hasta la obsesión, hasta... —buscó desesperadamente la palabra adecuada—, deben saber cada uno de los más mínimos detalles hasta la más mínima de las características de cada uno de nuestros rivales! De todos ellos. Y mucho más especialmente si se trata de los hombres que eventualmente les han de tocar en custodia. Es en lo único en que deben pensar. En lo único. Lo único en que deben pensar y estudiar. Y memorizar. Y cada uno controlar que el compañero estudie y sepa, como si se

las hubiesen grabado a fuego en el cerebro, las características de los rivales.

Muller, quien cada dos o tres pasos acomodaba su toallacapa, parecía ir retornando a su contralor habitual. Al menos su color ya se encarrilaba por la gama de los grises que le eran característicos.

—Uno solo que olvide esto, esto que llevo ya repetidas miles de veces, traiciona a los demás —sentenció. Pasó la vista por todos, derramando admonición y escarnio—. ¡Billy! —ladró—. Sigamos.

Volvieron a apagarse las luces,

trayendo la oscuridad que fue como un bálsamo para el castigado Jerry, que aún no se había sentado.

En la pantalla apareció la figura de otro jugador. Éste era de rasgos arábigos: se lo veía trotando en ropa de entrenamiento.

—¡Alí-el-Mekki! —se escuchó individualizar presurosamente a Obdan, el polaco.

—¡Edad! —tronó Muller.

—26 años.

—¡Altura!

—Un metro ochenta y tres.

—¡Peso!

—Setenta y nueve kilos.

—¡Ubicación!

—Volante derecho.

—¡Estado civil!

—Separado. Su ex mujer vive con un marino griego.

—¿Cuál es el nombre de ella?

—Sarah.

—¡Lesiones!

—Intervención quirúrgica de menisco interno de rodilla derecha.

—¿Qué más?

Se hizo una pequeña pausa.

—¿Qué más? —acicateó Muller.

—Fractura de tabique nasal —se recompuso el polaco.

—Eso, eso, muy bien. Fractura de

tabique nasal. ¡Luz! ordenó Muller.

El salón volvió a iluminarse.

—Tenga muy bien en cuenta eso, Obdan. Un hombre que se ha fracturado el tabique suele quedar un tanto sensibilizado ante la posibilidad de golpes en la cara. Suele frenarse o alejarse ante la proximidad de codos, en los córners, principalmente. Muy bien, muy bien.

Muller revisó brevemente un cuadernillo.

—Mañana —prosiguió ya notoriamente tranquilizado—, proveeré al señor Seller el curriculum, los datos y todo lo que él necesita saber sobre el

hombre que le tocará marcar. Marcar y anular. Puedo adelantarle, Seller, que este hombre es el organizador habitual del conjunto de Congodia y sus características conforman un abultado dossier en nuestro archivo. Pero ahora repasaremos algunas de las jugadas que hemos estado estudiando en estos últimos días.

Con la sincronización de un movimiento coreográfico los hombres abrieron sus cuadernos, desenfundando sus lapiceras. Respirando agitadamente, Billy le acercó a Seller un sobre con sus nuevos elementos de trabajo. Durante dos horas, en un clima de total

contracción y recogimiento, se abocaron a repetir, resolver y memorizar algunas simples y no tan simples estrategias de juego. Muller las iba desplegando en la pizarra con ayuda de tizas de diferentes colores y sus hombres realizaban anotaciones sobre papeles cuadriculados.

En general, el programa se reducía a diagramas de tangentes e hipotenusas descriptas en velocidad por los delanteros, a las cuales había que hallarles las apoyaturas, los ángulos propicios de lanzamiento e interrelacionar las posibilidades de llegada clara con las posibilidades

negativas ante coberturas dadas por defensores rivales o bien por propias fallas naturales. En ocasiones Muller mismo proporcionaba los factores de velocidad y fuerza de los defensores rivales, lo que hacía mucho más sencillo hallar los puntos geográficos de enfrentamiento. Pero en otras ocasiones los puntos de colisión debían ser detectados contando tan sólo con los datos de la propia velocidad del delantero, su aceleración en carrera y algún desplazamiento más supuesto que acotado dentro de la masa de la defensa rival.

A Seller no le costó demasiado

tiempo sintonizar la longitud de onda de aquellos ejercicios, dada su larga experiencia en programar, procesar y suministrar datos a proyectiles balísticos tierra-tierra, labor que había realizado durante larguísimos meses de espera en Damasco, alejando parte del tedio de sus solitarios desayunos. El trabajo luego se centralizó en «Disparos a Portería», un inciso que Muller se interesó vivamente en recalcar, más que nada, en el folio «Carácter de Libres, Directos e Indirectos». En la sección «Disparos Favorables de Carácter Indirecto» Muller explicitó con ayuda de una maqueta, muñecos de paño y un

oblongo balón imantado, una sencilla maniobra para sortear el problema de los vallados humanos o «barreras».

Seller era el indicado, según Muller, para realizar el papel de pivot, papel que apenas puesto en movimiento el balón pasaba a convertirse en figura de distracción o pantalla, según desde qué lado se produjese la falla, y debía sincronizarse con la llegada de un defensor lateral, escalando por su sector, perfectamente encubierto en su acción por el desplazamiento de izquierda a derecha de un delantero en función de «tapón» (o «cálculo biliar» lo denominaba Muller) que producía con

su derivar levemente diagonal un corredor, callejón o zona de vacío por el cual debía lanzarse como una catapulta aquel delantero que a raíz de lo actuado quedara en condiciones de adelantarse sin desequilibrar el propio entorno defensivo. Si se trataba del extremo derecho, el balón partiría hacia él sin más dilación que la necesaria para evaluar la alternativa de anular toda la jugada. En cambio, de tratarse del extremo izquierdo, todo quedaba supeditado a que Seller, a la sazón ya de frente a la portería rival, levantase su mano diestra con sólo tres dedos desplegados. De no mediar los

imponderables propios de cualquier juego desarrollado por seres humanos, y por lo tanto falibles, esa jugada llevaba inexorablemente a los defensores rivales a conceder un tiro de esquina, y en el más mezquino de los casos, un saque de banda cercano a la zona de riesgo.

A partir de este enunciado, Sellar modificó un tanto su crítica opinión sobre Muller. Éste era un hombre que se le había antojado tal vez excesivamente proclive al desborde emocional, pero bajo su faceta de conductor y estratega, era de lo mejor que hubiera conocido el sirio.

Y Sellar había conocido muchos y

muy buenos conductores, todos en su campo más familiar, el de la acción bélica. Había sentido hablar en una ocasión de una brigada íntegra de comandos noruegos que sin hesitar se arrojara al mar desde la estremecedora altura de un fiordo, sólo por haber interpretado mal una señal de su líder, un teniente algo afecto a la gesticulación excesiva.

Muller parecía reunir las dosis justas de cerebro y fogosidad necesarias como para producir un fenómeno de transmisión. Ahora había cerrado sus carpetas, dando por terminados los ejercicios del día. Todos se repantigaron

en los asientos.

—De cualquier modo —explicó, cruzándose de brazos, el alemán, y como retomando una conversación que no había comenzado—, de todos modos, no es esto, el problema técnico en sí, o el problema táctico en sí, lo que me preocupa. Con la llegada del compañero Seller, el plantel ya está completo, y puedo estar tranquilo al respecto, porque creo que desde que estuve en el Bayern Munich, nunca tuve en mis manos un conjunto de la capacidad que pueden llegar a alcanzar ustedes. Aquél era tal vez un equipo más técnico, pero en absoluto podría equipararse en fibra,

en fe ganadora, en espíritu de sacrificio, al que conforman ustedes.

»Lo que puede llegar a preocuparme —puntualizó apoyando sus magras nalgas contra el escritorio—, es el clima que se suscitará sin duda fuera del campo de juego. Tengo referencias muy concretas al respecto y sé que el estadio Bombasí puede generar un clima emocional, un entorno de tanto voltaje y presión como ningún otro estadio del mundo. Ni el estadio del Nápoli, en Italia, ni el Maracaná de Brasil, ni el del Boca Juniors, ni tan siquiera el del Celtic en Glasgow pueden ni remotamente equipararse a la caldera en

que se convierte el Bombasí en estas ocasiones. Para eso deben estar preparados. Eso es lo que deben tener presente día y noche. Tomar dimensión exacta de lo que les espera en el Bombasí Stadium cuando pisen su gramilla.

»Sé que la presión del griterío, señores —dramatizó el alemán—, hace saltar a chorros la sangre de las narices e incluso de los oídos. Pero ustedes están acá preparados, concentrados, justamente para eso, para soportar sin inmutarse esa presión perversa y desmoralizante. Deben pensar que Congodia es un país que gira pura y

exclusivamente en derredor del fútbol. El fútbol es allí historia, orgullo y épica nacional. Tengan en cuenta que se trataba de una región dividida en mil idiomas, dialectos y religiones diferentes. Y que llegado el momento se unificó, se consolidó, e hizo causa común en torno a un equipo de fútbol. Allí no hay distintos equipos, no hay torneos internos o regionales, porque los gobernantes, sabiamente, han procurado con ello evitar las controversias, los antagonismos internos gratuitos e inconducentes. Sólo existe un equipo nacional, adiestrado como un conjunto de astronautas, reverenciado e

idolatrado por toda la población. Y por si todo esto fuera poco —terminó Muller—, no sólo se juegan un prestigio y una honra nacional, sino que se juegan la propia subsistencia como país, la propia economía.

Seller aprovechó la pausa, levantó la mano e interpeló a Muller sin esperar el consentimiento de éste, cosa que hizo fruncir el entrecejo al teutón.

—¿Qué garantías hay de que el público no entrará al campo de juego o directamente no nos dinamitará el hotel donde nos alojemos antes del encuentro?

—Estos partidos —se contuvo Muller, para no reprender enérgicamente

al sirio—, por supuesto no están incluidos dentro de la programación FIFA. Se rigen por la Convención de Ginebra del año 32. Pero es bastante obvio que se nos han asegurado todo tipo de garantías tanto en el comportamiento del público como en la equidad del arbitraje. Por otra parte, a través de la historia siempre ha sido así. Señor Seller —argumentó con sorna Muller—, un país que basa sus únicas posibilidades de conquista en el fútbol... ¿piensa que cometería la torpeza de jugar sucio en ese aspecto? Al primer fallo ostensiblemente localista, al primer error grosero, nunca

más ningún equipo del mundo se prestaría a ir a jugar a ese estadio. ¡Al contrario... —agitó Muller su dedo índice por el aire—, al contrario! Se cuidan mucho de la imparcialidad de los jueces, de que no haya sospecha alguna sobre los fallos. Lógicamente son partidos de fútbol, y partidos con un público efervescente y salvaje como ninguno, y eso influye. Abreviando —aclaró Muller al observar la mirada confundida de Seller—, éste será un partido de visitante. Usted sabe bien cómo son los partidos de visitante en cualquier parte del mundo. Bien, a éste, multiplíquelo por veinte. Es eso, nada

más.

Seller se llamó a silencio. Comprendió que a Muller no le agradaba demasiado que le hiciesen preguntas.

—Muy bien —exclamó Muller, apartándose del escritorio—. Durante todas estas noches hemos visto películas, fotografías e incluso tomas aéreas que nos envía nuestro hombre en Congodia. Ustedes bien saben que tenemos un espía allí instalado. Él es el que nos ha suministrado la mayor cantidad de datos e informaciones sobre nuestro próximo rival. Fue él, también, quien nos confirmó que el gobierno de

Congodia ya aprobó el envío de la pelota que se usará en el partido. Suponemos que mañana mismo la tendremos aquí. Hoy hemos recibido algunos microfilms con nuevo material. Es el que ustedes verán a continuación.

—¡Billy! —gritó Muller, y las luces se apagaron.

Los hombres vieron, entonces, una filmación de una duración aproximada a los siete minutos, donde se apreciaba cómo una multitud asistía, vivaba, cantaba y agitaba pancartas en el descubrimiento de una estatua en una plaza céntrica de Congodia. Era notorio que aquello había sido filmado desde

larga distancia, tal vez desde algún edificio alto de los alrededores, porque la película no era muy clara y las vacilaciones de la cámara manual resultaban apreciables. La estatua en bronce, de una altura aproximada a los tres metros, corporizaba a un jugador de fútbol de cuerpo entero, apoyando la planta del pie derecho sobre el balón, en tanto miraba hacia el horizonte con gesto adusto y señalaba hacia allí mismo con el brazo diestro extendido. Con la otra mano rodeaba los hombros de un niño que lo abrazaba por la cintura. A los pies de ambos, apenas emergiendo del pedestal, y en una postura algo confusa y

retorcida, podía adivinarse la figura de un arquero con expresión doliente, totalmente batido. Pero lo que más impactó a Sellar fue la atención y reverencia con que la multitud que seguía la inauguración de aquella obra escultórica atendía a cada uno de los detalles del acto. Luego un hombre hablaba fervientemente desde una tarima, y de pronto el público prorrumpía en gritos de alegría, felicidad y victoria estrechándose en prolongados abrazos. El film era mudo, lo que lo hacía mucho más irreal y fantástico. En medio de los exultantes festejos de aquellos fanáticos, la

filmación se cortó, y aparecieron en la pantalla blanca algunos números invertidos, una serie de puntos negros y nada más. La luz volvió a encenderse.

—Ya ven ustedes —dijo Muller, restregándose los ojos— cuál es el clima y cuál es el espíritu de la gente que puebla el país donde debemos ir a confrontar. Las últimas escenas, aquellas donde todos gritan y se abrazan, responden seguramente al momento en que se propala el himno de Congodia: la recopilación musical de la transmisión de todos los goles que ha convertido el equipo nacional hasta el momento.

Billy «el Asqueroso» había entrado

en esos momentos portando un aparato de televisión, que apoyó sobre el escritorio de Muller tras apartar, con sus enervantes movimientos de sabandija, algunas pilas de carpetas y anotaciones.

—Esta noche tenemos algo especial —subrayó Muller señalando el televisor—, algo que demostrará a ustedes que si bien el conjunto que debemos enfrentar contará en su haber con un formidable respaldo del público, nosotros no estamos solos.

Billy buscaba ahora nerviosamente entre una pila de cassettes aquel que debía introducir en el aparato. Finalmente apresó uno y lo incrustó,

prácticamente, en la pequeña consola que hacía las veces de base del visor. Aparecieron unas apretadas líneas horizontales de varios colores y de improviso se desplegó a lo largo de la pantalla una línea de cimbreadas bailarinas emplumadas bailando al compás de una canción italiana. Un verdadero tifón de silbidos y rugidos, que llegaban desde lo más profundo de las vísceras de cada uno de los hombres que conformaban el grupo, se desató dentro del recinto y por un momento Seller pensó que aquello podía derivar en un súbito relajamiento de las costumbres. De un solo manotazo quitó

Billy ese cassette ante la fulmínea mirada de Muller, que era un rayo de láser sobre su frente. De inmediato colocó otro cassette cuando aún se escuchaban algunos aullidos y las patas de las sillas rechinaban al patinar sobre el piso. Nuevamente aparecieron las rayas horizontales pero esta vez, ante la decepción del plantel, se configuró el rostro cordial de un hombretón rubio, pulcro y sonriente, que tenía a sus espaldas los colores de la bandera de los Estados Unidos.

—Mi nombre es Michael Arthur McClure —vocalizó, desplegando una dentadura cuyo brillo parecía obtenido a

base de bucles de neón—, y soy el presidente de la Burnett. Esta empresa, nuestra empresa, ha sido, es y será líder en todas las actividades que ha emprendido. Es por eso que ha confiado en cada uno de ustedes para que la representen en este deporte, en este juego, que tal vez sea nuevo para nuestra idiosincrasia, pero al que vemos digno de nuestro esfuerzo y de nuestro apoyo. No ha sido precisamente —golpeó ligeramente la brillante cubierta de su escritorio— el que cerremos las puertas a las nuevas inquietudes lo que nos ha permitido dominar los mercados que dominamos, y en todas las latitudes. Y

es esto lo que quiero recordarles hoy, llegando hasta ustedes en el propio sitio donde se están adiestrando, ¡la Burnett está detrás de ustedes! Y confía ciegamente en vosotros. Están ustedes, mis muchachos —familiarizó—, gestando la Historia. En vuestros pies está la victoria que la Burnett sabrá recompensar.

»Es cierto —pareció ponerse serio un instante y la ausencia de su sonrisa creó la falsa impresión de que había disminuido la tensión eléctrica en el televisor— que cuando abandonen el campo de entrenamiento con rumbo a la justa final, estarán solos. Allí se cortará

nuestro contacto directo y deberán estar concientizados de que de allí en más sólo el valor, la capacidad y el entrenamiento podrán ayudarles. ¡Pero la Burnett —volvió a estallar la sonrisa— estará en el momento glorioso de la victoria! ¡Allí estará, con sus muchachos, con nuestros muchachos!

La cámara se alejó un poco de McClure para tomarlo de cuerpo entero en el momento de levantarse ágilmente de su sillón, correr hacia un balón que parecía flotar sobre el mullido tejido de una alfombra color pastel y asestarle un detonante puntapié hacia la cámara. Se oyó un quejido como de un ser humano

que se desinfla, todo se oscureció y finalizó la proyección.

CAPÍTULO 7

Seller estaba tendido en su cama, y se incorporaba cada tanto para tantear con el dedo índice de su mano derecha la suerte de pulpa verde-amarillenta en que se le había convertido el empeine del pie diestro. Varios derrames de un violeta de pureza llamativa bajaban desde el tobillo, y se insertaban sobre los cauces naturales de las venas precipitándose por sobre ellos y girando en caprichosos ángulos casi sobre el nacimiento de los dedos.

—Parece una tempestad fotografiada desde arriba —poetizó el sirio, con esa

capacidad tan suya de relacionar todo con los fenómenos naturales.

Obdan bajó un tanto la revista de cómics que estaba leyendo y observó desde su cama, con indiferencia profesional.

—Mañana ya estarás bien — dictaminó, abocándose nuevamente a su lectura.

—No creo que pueda practicar disparos al arco.

—Con ese pie, quizás no —admitió el polaco—, pero aún te queda el pie izquierdo, y la cabeza. Seguro que Muller te hará practicar juego aéreo.

Seller no consideró oportuno

preguntar si esa práctica también se llevaba a cabo recurriendo a los generosos frutos de los cocoteros. Conocía cómo debía moverse dentro de un grupo humano unido por la áspera cuerda de la virilidad, y sabía que cualquier signo de flaqueza, o cualquier pregunta que denotase una actitud pusilánime de su parte, lo pondría automáticamente en el centro de las dudas. Dejó en paz el martirizado empeine de su pie y se acostó largo a largo sobre su cama, quedando con la vista fija en el techo. En verdad, el sirio no meditaba, ni tan siquiera se hallaba abstraído en seguir con los ojos la

monotonía lineal de las molduras del cielo raso. Estaba estudiando, con su mirada zahorí, si no había ningún micrófono oculto en aquel lugar. Lo había asaltado tal inquietud al ver que el televisor de la habitación que compartía con Obdan sólo funcionaba conectado a una consola en la cual podían introducirse diversos tipos de cassettes. Éstos se hallaban apilados sobre la misma mesita del televisor y eran en su totalidad filmaciones de encuentros internacionales de fútbol o reportajes a los que había sido sometido alguna vez mister Muller.

Al lado de Seller, Obdan se quejó.

—Ahhh... —gimió, en tanto se reacomodaba en su cama—. Siento el cuerpo como si me hubiesen molido a palos.

—Yo también —se solidarizó Seller a pesar de que, salvo el pie, se sentía impecable.

—Aunque no me duele todo el cuerpo. Las piernas más que nada.

—Es que las ciénagas destruyen.

—Sí, se hace muy duro correr por allí.

—Fortalecen los tobillos.

—Te diré —especificó Seller— que no me duelen constantemente. Sólo cuando respiro hondo.

—Te irás acostumbrando. Los primeros días —el polaco se sentó en su cama, con un lamento, para recordar —, te aseguro que descubrí músculos que nunca supuse tener. Me dolían zonas insólitas. Coyunturas desconocidas. Por las noches, por ejemplo, tomaba agua y se me acalabraba la lengua. Era terrible.

Seller asintió con la cabeza. Conocía casos así.

—Lo tremendo era que no podía ni gritar de dolor —continuó Obdan—. Pegaba puñetazos en la pared hasta que alguien venía a ayudarme. Me abrían la boca y me tiraban la lengua hacia afuera

hasta que el calambre aflojaba.

—A veces conviene masajearla.

—O directamente venía Billy y me pulverizaba con un anestésico en aerosol. Eso también me calmaba. Claro que a la mañana siguiente, cuando tomaba el desayuno, me babeaba. Se me caía el café en el pecho.

Obdan se permitió una sonrisa.

—Alexis, el griego, bah... Zorba, como le decimos —continuó—, se emocionaba al verme así. Decía que yo le hacía recordar a su abuelita que vive en Lesbos. ¿No has visto que a veces Gianni y Massimo me llaman «Nona»?

—Sí, lo escuché. ¿Y qué te

provocaba esos calambres? —concretó Seller que no era muy afecto a las digresiones emocionales.

—Según Billy, el exceso de contracciones abdominales. A veces eran demasiadas. A Jerry, uno de esos primeros días, se le bloqueó una vértebra lumbar. Quedó flexionado, así.

Con su dedo índice, Obdan dibujó una «U» horizontal en el aire.

—Dos noches durmió en esa posición fetal, salvo que con las piernas estiradas. Así lo llevábamos de un lado para otro y entre las rodillas le dábamos algunos alimentos o bebidas. Hasta que por fin, aprovechando uno de los

ejercicios colectivos de fuerza, lo enderezamos.

—¿Entre todos?

—Entre todos. Nos dividimos en dos grupos y los «azules» lo tomaron de las piernas y nosotros de los hombros. Estuvimos cinchando con Jerry casi veinte minutos.

—¿Lo habían anestesiado? Eso suele ser doloroso.

—No, él mordía una madera. Un palo de un banderín del córner. No quiso anestesia.

—Un duro.

—¡Vaya si era duro! No había forma de enderezarlo. Hasta que finalmente lo

conseguimos. Mira —Obdan reclamó la atención de Seller—, el crujido que se oyó fue... fue como cuando un karateca parte una madera de un golpe. Tremendo.

Seller quedó pensativo. Obdan se levantó de la cama y cubrió las ventanas con unos papeles negros, que unió a los vidrios con cintas adhesivas.

—A las nueve —explicó—, no debe verse ninguna luz desde afuera.

Volvió a la cama y retomó el diálogo, animado de repente.

—Es que cuando llegamos, casi ninguno tenía demasiado estado físico. La mayoría hacía bastante que no

jugábamos.

Seller se cruzó de brazos y lo miró.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó al polaco.

Sus ojos oscuros se detuvieron en un punto indefinido.

—Yo ya no podía jugar en Polonia —dijo.

—¿Por qué?

—Digamos, yo ya no quería jugar más al fútbol.

—¿Estabas cansado?

—No, no era eso.

Seller consideró cauto no apresurarse con las preguntas. De todos modos adivinaba en Obdan a un hombre

con necesidad de contar.

—No era eso —endureció su gesto el polaco—. Me había ocurrido algo muy desagradable.

Seller permaneció en silencio, un silencio que en sí mismo era un interrogante.

—Quebré a mi hermano —sintetizó Obdan, quedamente.

—¿Jugando?

Obdan asintió con la cabeza.

—¿Un accidente?

—No. No precisamente...

—Es que a veces, en el ardor del juego... —atemperó Seller.

—No, no —musitó Obdan—. No.

Aun hoy, a veces, trato de disculparme, de pensar que si bien no fue accidental, me cegó un poco el nerviosismo. El odio. Pero no hay disculpa.

No hay disculpa. Fue una cosa miserable. Atroz.

El polaco se mordió los labios, Seller, simplemente, lo miraba.

—Fue una triple fractura —dijo Obdan.

—¿Con desplazamiento?

—Sí. El partido fue en Lodz y tuvimos que desplazarnos hasta Kielce para internar a Sergei.

Obdan se había sentado en la cama y sus dedos jugueteaban distraídamente

con los pliegues de las sábanas.

—¿Se repuso? —preguntó Sellar.

—En verdad, bueno... Best..., no me resulta demasiado fácil hablar de esto.

—Puede que te haga bien.

—No. No se repuso —admitió el polaco con un suspiro—. La tibia estaba partida en dos lugares, el peroné en cuatro o cinco. Cuando lo sacaron en camilla la pierna hacía un ruido similar al de un cubilete lleno de dados. Quedó imposibilitado de trabajar para toda su vida.

—¿Hacía algo más, fuera del fútbol?

—Sí. Tú sabes que en Polonia casi

todos tenemos otro trabajo además del fútbol. Hay muchos estudiantes incluso Sergei era pianista. Un eximio pianista.

—¿Y qué le impidió seguir tocando?
—se asombró Seller.

—Es que yo —el tono de voz del polaco pareció disminuir— tras golpearlo, al levantarme le pisé la mano. Le quebré dos dedos de la mano derecha.

—Entiendo.

—Tampoco llegó nunca a recobrar bien la movilidad en esos dedos. Era muy buen pianista. Ahora está en la ruina.

—No te culpes —procuró

reconfortarlo Seller—. Son cosas del fútbol. Todo aquel que entra a la cancha sabe que puede sucederle eso. Por otra parte, en ese momento, Sergei no era tu hermano, era solamente un jugador del equipo rival. Un rival, en definitiva.

Obdan quedó en silencio. Seller pensó que allí había terminado su confesión.

—Es que jugábamos en el mismo equipo —agregó sin embargo el polaco.

—¿En el mismo equipo?

—Ahá.

—¿Y cómo fue eso? ¿Cómo hiciste para fracturarlo, o para chocar con él? ¿Fueron ambos a un mismo balón?

—Era aquél un partido bastante importante. Una final de zona. Nos jugábamos el pasar a la ronda final. Recuerdo que íbamos empatados. Y Sergei cometió un error increíble. Grosero. Nos costó el gol definitivo. Yo reconozco que me exasperé. Lo insulté. Me insultó. A la jugada siguiente volvió a escaparse el wing de ellos. Sergei corrió a cortarle el camino y yo también. Me arrojé a los pies de ambos, pero no puedo engañarme. Fui decididamente a buscar la pierna de Sergei. Lo quebré.

—Mira, Obdan —arguyó Seller, aprovechando la detención del polaco en el relato—, por supuesto que cada

uno toma estas cosas de acuerdo a su manera de ser, a su forma de encarar la vida. Pero a mi juicio no se trata de nada tan terrible. Tu hermano había cometido un error. Y los errores de una forma u otra deben pagarse.

—Es posible —coincidió Obdan—. Pero aquello fue excesivo. Después de todo, los errores son bastante comunes en cualquier juego.

—¿Estás seguro de que se trató de un error involuntario?

—Apenas hecha la pregunta Seller consideró que tal vez había ido demasiado lejos en su afán de fortalecer a Obdan.

—Totalmente seguro —afirmó éste con frialdad—. Sergei solía ser duro conmigo. Era mayor que yo. Solía tratarme mal. No soportaba que yo fuera tan opaco. Él era brillante. Brillante en todo. Justamente por su rigor, por su enorme sentido de la rigidez moral, nunca hubiese hecho una cosa desleal con su equipo. Creo que yo aproveché aquel error de él, para aferrarme por fin a algo que reprocharle. Él me insultó al escuchar mis reproches, pero sé que por dentro estaba destrozado.

Ahora sí, parecía que la solidez espiritual del polaco iba a derrumbarse.

—De una forma u otra —se apresuró

a decirle Seller—, él había cometido un error, Obdan. Había cometido un error que costó el triunfo a tu equipo. A todos sus compañeros. Eso, bien o mal, equivale a una traición.

—Puede ser, Best, puede ser.

—No creo que sea para que te aflijas tanto.

—De una forma u otra, si estoy acá, es para ganar el dinero suficiente como para que Sergei pueda, de ahora en más, vivir decentemente.

—¿Eso te trajo por acá?

—Tan sólo eso.

Ambos quedaron un corto rato en silencio. Pensando.

—¿Y cómo ves todo esto? — preguntó el sirio.

—¿Qué «todo esto»?

—Todo esto en que estamos metidos.

El próximo partido. Muller.

—Detrás de esto, Best... —comenzó Obdan, pero se interrumpió mirando atentamente hacia la puerta. El agudísimo oído de Seller también percibió un acolchado rumor afuera, en el pasillo.

—¡La luz! —señaló Obdan hacia el velador de Seller, bajando su voz—. ¡La luz!

Ambos quedaron en la penumbra, observando la fina línea de claridad que

se filtraba por el margen inferior de la puerta. De repente, la línea fue cortada por la sombra de dos pies que se estacionaron frente a la puerta, sin un ruido. Permanecieron allí unos dos minutos y luego se alejaron restableciendo la continuidad de la franja luminosa. Aún pasaron tres minutos más antes de que Obdan hablase en voz muy queda.

—Es Billy. Todas las noches hace una ronda para comprobar si dormimos. Usa calzado de goma para sorprendernos.

—Es sigiloso como un indio — reconoció Seller.

—Incluso trae un estetoscopio que apoya en la puerta, para escuchar si alguien habla.

—Mierda —masculló el sirio—. ¿Y si te sorprende despierto o hablando, qué ocurre?

—No lo sé. Pero tú bien sabes que hay guardias.

—Sí, afuera, en las garitas a la entrada.

—Pero también a lo largo del perímetro del campo de entrenamiento.

—Ahá. También los he visto. O, mejor dicho, los he oído.

—¿Los has oído? —se asombró Obdan.

—Más precisamente, no los he oído. Pero al correr por los pantanos, casi en los límites del terreno cercado, pasamos por zonas donde no se escuchaban ni pájaros ni insectos. Indudablemente los habían espantado seres humanos. Guardias.

Obdan miró en la oscuridad, curioso, la cama de Seller.

—Nosotros nunca los hemos visto, pero sabemos que están —dijo—. Sólo dos veces hubo actos de indisciplina. Alguien que llegó tarde una vez al desayuno. Y Pedro, el mejicano, que orinó una almohada, otra vez. En las dos oportunidades, Muller y Billy se los

llevaron con ellos en un jeep fuera del campamento. Volvieron tres horas después. Tanto Pedro como el otro, creo que era Ted, volvieron muy pálidos, blancos. Pero no dijeron nada. Absolutamente nada. Pedro, por ejemplo, esa noche se quejó toda la noche. Y además, escupió sangre. Pero nunca se supo qué pasó. No volvió a haber indisciplina.

—Suenan un poco duros —opinó Seller—, pero la disciplina en un grupo es fundamental. Tiene que ser una cosa férrea. Hay que admitirlo.

—Ocurre que detrás de esto hay cosas muy gordas, Best.

—Eso habías empezado a decirme
—se interesó Seller.

—Nadie de nosotros sabe demasiado. Tampoco queremos averiguar demasiado. Si preguntas a los demás muchachos, verás que todos tienen historias similares a la mía con mi hermano. No por nada Muller me llamó. Dijo que alguien capaz de hacer lo que yo había hecho era lo que necesitaba para su defensa. Pero vuelvo al principio. Nadie quiere averiguar demasiado porque a todos nos importa una sola cosa. Ganar este partido, cobrar el dinero, que es mucho, y marcharnos. Irnos.

—¿Nadie ha intentado irse antes del partido?

—Hubo un húngaro, Lajos, un extraordinario jugador, que se fue. Vino acá, vio como era el trabajo, dijo que esto no tenía nada que ver con el fútbol, que como Papillón se metieran el dinero en el culo, y se fue.

—¿Lo dejaron irse?

—De acá se fue. Se marchó en la lancha que seguramente te trajo aquí. Junto con él fueron en la lancha dos de los guardias de las garitas. No sé si habrá llegado a alguna parte.

—Lo dudo. ¿Y no lo reemplazaron?

—No. No lo reemplazaron.

—Ésa es otra cosa que no comprendo. —Seller se rascó la cabeza—. Para un partido de la trascendencia de éste... ¿Cómo Muller no tiene un plantel más numeroso? Somos apenas trece.

—En principio —asesoró Obdan—, Muller no es supersticioso. Por otra parte no creas que es fácil encontrar gente para un proyecto como éste.

—Es cierto —asintió el sirio.

—Cuando el húngaro desapareció, Muller dijo que era mejor así. Que prefería tener apenas un puñado de leones. Que de todos modos nosotros éramos irremplazables. Y que además

jugaríamos más tranquilos sin el fantasma del cambio rondándonos por la cabeza.

Seller afinó sus labios en una sonrisa torva.

—Para cada alternativa tiene más de una explicación convincente —dijo.

—A veces las cosas —sentenció Obdan— parecen ir demasiado lejos en torno a un simple partido de fútbol. Pero te repito que hay algo muy gordo detrás de esto.

—Por un simple partido de fútbol también hubo una guerra entre El Salvador y Honduras.

—Exactamente. Y lo que ahí se

jugaba, seguro que no era ni la milésima parte de lo que se juega acá.

Seller posó su mirada de cernícalo en el polaco.

—¿Qué se juega?

—No puedo decírtelo con absoluta seguridad, porque toda mi información proviene de rumores, pero creemos que la cosa es algo así... —anunció Obdan.

Seller se incorporó un tanto en la cama.

—Si nosotros empatamos, Congodia le da a...

—Un momento, un momento... —cortó el sirio—. ¿Cómo «si nosotros empatamos»?

—Claro —pareció asombrarse Obdan ante la ignorancia de Seller—. Para nosotros el empate es un triunfo. Con solamente el empate seremos los vencedores. Así es el acuerdo.

—¿Así es el acuerdo?

—Así es el acuerdo. ¿Por qué piensas, si no, que aceptamos jugar en Congodia? Podríamos jugar en cancha nuestra, como locales.

—O dos partidos. Partido y revancha.

—Exacto —subrayó Obdan—. Pero ésa es la tesitura de Congodia. Ofrece esa ventaja a cambio de jugar en el Bombasí Stadium, un solo partido, a

todo o nada.

—Muy seguros han de estar para ofrecer eso —el sirio se restregó la barbilla.

—¡Cómo para no estarlo! —ahuecó la voz el polaco—. Han ganado absolutamente todos los partidos. Ni siquiera han empatado nunca.

—Sin embargo —rememoró Seller —, Muller al hablar con nosotros se refirió concretamente a la «Victoria». No al «empate».

—Es un problema dialéctico. Debes reconocer que suena mucho más glorioso el vocablo «Victoria» que «Empate». Siempre habla de «Victoria»

o de «Ganar» cuando se refiere al partido. Pero con sólo el empate cobraremos lo nuestro, Best.

El sirio reflexionó un instante en silencio.

—Bien, bien. Mejor así —dedujo—. Pero cuéntame ahora algo sobre lo que se juega en este partido.

—Si nosotros ganamos —retomó el relato Obdan—, Congodia le da a la Burnett el permiso para instalar una base de misiles en su territorio.

—¿Misiles?

—Como lo oyes. Misiles.

—Entonces la Burnett no es la Burnett.

—O no es solamente la Burnett. La Burnett debe ser subsidiaria de otras compañías.

—Por supuesto.

—Yo creo —arriesgó Obdan— que acá la cosa comienza bien desde arriba.

—El tipo que hablaba por televisión —recordó Seller— tenía el clásico estilo de los expertos en relaciones públicas del FBI.

—Es posible.

—¿Y si ganan ellos?

—Si gana Congodia —continuó Obdan—, su gobierno tendría la concesión exclusiva de una marca de gaseosa para vender en toda África.

Seller silbó.

—¿Coca-Cola?

—No lo sé.

—Coca-Cola promocionó a Pelé cuando vino acá.

—Sí, pero no lo sé.

Seller permaneció callado.

—Yo pensé en un principio que se trataba tan sólo de diamantes —dijo.

—Nada de eso.

Volvieron a caer en el mutismo. Por otra parte, el sueño y el cansancio los iba envolviendo como en una frazada tibia.

—¿Y por qué Florida? —volvió a preguntar Seller.

—¿Cómo?

—¿Por qué eligieron Florida para adiestrarnos?

—Por el clima. Aparentemente el clima de acá es muy parecido al de Congodia. Sin ser igual. Pienso que mañana tendremos «adaptación».

—¿Qué es eso?

—Ya lo verás.

Seller comprendió, ante la parquedad de esta última respuesta, que el polaco se estaba durmiendo.

—Obdan —llamó.

—Ahá.

—No te inquietes por eso de tu hermano. Fue algo natural.

Obdan no contestó. Seller tardó un rato más en dormirse. Sentía que se había creado con Obdan una corriente de amistad, ese maravilloso conducto de reciprocidad viril, que Seller nunca sabría a ciencia cierta hasta dónde llegaba a emparentarse con la homosexualidad. Pero que sería vital, para el grupo, en el momento de jugarse el todo por el todo sobre la gramilla del Bombasí. Se durmió.

CAPÍTULO 8

No habría alcanzado Seller a dormir más de una hora cuando lo despertó el agudo y estridente reclamo de un silbato. Antes aun de despertarse por completo, sus reflejos hicieron que saltase en la cama para caer sentado encima. En una fracción de segundo, giró manoteando velozmente bajo la almohada. La lucidez que le trajo aquella animal sensación de un peligro próximo, le dijo que debajo de la almohada no había ninguna arma. Se prendió la luz y vio a Obdan, parado junto a su cama.

—¡Un ataque aéreo! —anunció

Seller—. ¡Aviones israelíes!

—No —gritó Obdan, arrojando hacia Seller un manojo de ropa—. ¡Simulacro de salida! —Seller no preguntó más nada. Su larga experiencia de combate le dictaba que en esas ocasiones había que obedecer y actuar. Obdan ya se estaba poniendo la camiseta del equipo, totalmente amarilla con vivos rojos y la figura de un mapache recortada en el pecho. Afuera, en el pasillo, se escuchaban corridas, gritos e imprecaciones. El silbato no cesaba de sonar. Se lo oyó de repente más cerca, frente a la puerta y luego se alejó un poco. Sonaba ahora a pitazos

más cortos, más urgentes, más acuciantes. Seller terminó de abrocharse los botines casi al mismo tiempo que Obdan.

—¡Vamos! —gritó Seller, saltando hacia la puerta. Prácticamente no sintió dolor alguno en el pie derecho. Salieron al pasillo y corrieron detrás de Dagomir que, más adelante, se alejaba acomodándose los suspensores. Todo el plantel se agolpó frente a una estrecha puerta. Renault, entre insultos, forcejeaba con ella. Seller la hizo saltar de un puntapié. El grupo se lanzó escaleras abajo hacia un largo pasadizo, alentándose mutuamente con gritos e

insultos. Pronto comenzaron a trepar por otra escalera y en cuestión de segundos salían por la boca de un túnel al costado mismo del campo de juego donde habitualmente practicaban. La noche era oscura, húmeda, y un solo foco de los que configuraban el alumbrado de aquel campo de juego iluminaba la figura de Billy, aún con el silbato en la boca, y de mister Muller, controlando su cronómetro. Se detuvieron junto a ellos, jadeantes. Massimo se había golpeado la cabeza contra la tapa del túnel y se mordía para no quejarse.

—Está bien, está bien —murmuró Muller, observando su reloj.

—¿Cuánto pusimos hoy, profesor?

—preguntó Zorba.

—Cuatro minutos, quince. Han mejorado.

—¿En cuánto mejoramos? —terció Jerry, aún resoplando.

—Cinco décimas. Apenas cinco décimas.

—¿Nada más? —preguntaron algunos.

—Nada más que cinco décimas. — Se endureció Muller.

—La salida del túnel no debe llevarles más de tres minutos. Tres minutos.

Billy los miraba sin sacarse el

silbato de la boca, los brazos en jarra, con inconmensurable menosprecio. Muller recorrió el grupo con la vista.

—¡Y los cordones de sus botines, Gianni —tronó—, están desprendidos!

Gianni bajó la cabeza y, confuso, procedió a atárselos.

—¡Ahora déjelos así, imbécil! —rugió Muller—. ¡Por supuesto que si salen desnudos conseguirán estar acá en tres minutos, pero ése no es el caso! ¡Acá deben llegar impecables, como para lucir en la tapa de «Onze»! Anote eso en la tabla —ordenó a Billy— en el rubro «Atildamiento».

Billy sonrió torcidamente con el

silbato en la boca y garabateó sobre un papel plegado prendido a una pizarra de madera.

De inmediato volvieron a sus habitaciones, a completar el sueño. Muchos no se quitaron los equipos de fútbol, temerosos de que se volviese a repetir el simulacro. A la mañana siguiente, aun antes que aclarase el día, salieron a correr por los pantanos. Pero esta vez lo hicieron sólo por una hora dado que en ese momento del día, precisamente, las grandes serpientes acuáticas tornaban a sus refugios y no era aconsejable pisarlas.

La mayor parte del tiempo lo

ocuparon luego en realizar una dura batería de ejercicios. Comenzaron con flexiones de piernas, elongaciones, contracciones, elastización de aductores, tensado y galvanizado de ligamentos anulares anteriores del tarso, fortalecimiento del flexor corto plantar y un especial castigo de los sartorios para dotarlos de mayor resistencia al cansancio. Luego continuaron con tres secciones de «gusano», «tornillo simple e inverso», «medio conejo decúbito dorsal», «péndulo fijo», «péndulo», «rosca con flexión y sin ella», nuevamente «gusano», «doble Blitz», «lagartija», «lagartija ventral», «sillita»

para elongar el gémimo interior y una docena de lentos y bien pensados «arcos convexos o ballestas» realizados expeliendo el aire al subir y no al descender, como era de uso habitual.

Luego Billy, siempre bajo la atenta mirada de Muller, reforzó la atención de los ejercicios sobre los abdominales y dorsales. Copiaron todos un movimiento que consistía en aferrarse con la mano diestra el tobillo izquierdo por detrás de las espaldas, casi sobre el glúteo o procurando tocar éste. En tanto el cuerpo se arqueaba hasta depositarse con el estómago sobre el césped, el brazo izquierdo oscilaba, libre al

principio, para luego rodear la nuca, obligar al mentón a incrustarse sobre el pecho; la mano izquierda finalizaba tomando la clavícula opuesta con el solo fin de conservar el equilibrio. La pierna izquierda, en tanto, a la sazón el único miembro aún suelto, se replegaba sobre el vientre procurando tocar el mentón. Lograda esta posición, de «escuerzo», graficaba Billy, un ligero vaivén de los hombros debía conseguir un rítmico balanceo de todo el cuerpo, que así movilizado sólo podía controlar su equilibrio en base a un inhumano contraerse de los abdominales. Tras quince minutos de este ejercicio, el

brazo derecho cambiaba su función con el izquierdo, lo que hacía un poco más llevadera la mañana. La sesión de gimnasia terminó cuando a Pedro, el mejicano, el íleocostal le estalló como un globo. Volvieron, algunos con serias dificultades de translación, al pabellón, para desayunar.

Durante largos diez minutos, Seller permaneció con los ojos cerrados, cruzando por su cerebro visiones de luces fantasmagóricas, en procura de hacer que una criteriosa cantidad de aire le llegara a los pulmones. El aire, no obstante, parecía empeñado en llegar hasta la carótida y allí volverse, como si

no le apeteciese continuar penetrando hacia los interiores del sirio. Escuchó vagamente cómo a su lado sus compañeros se sentaban a la mesa para desayunar. Pero muy a lo lejos, como si estuviesen en otra habitación. Apoyó la frente sobre la mesa, pero de inmediato levantó la cabeza ya que había aplastado con sus parietales la mantequilla. El aromático contacto sobre sus cejas le devolvió en algo la lucidez.

—Estuvo muy fuerte hoy —escuchó que le comentaba a su costado Dagomir.

Seller lo miró sin contestar.

—Muy fuerte, sí —reafirmó el negro.

—Es que dormí mal anoche —dijo Seller, ya recompuesto.

—¿Y tú no has hecho todavía el «trampa de oso»? —preguntó Dagomir, en tanto separaba con su cuchillo una generosa rebanada de mantequilla aparentemente sin importarle que luciera algunos rígidos pelos de las cejas de Seller, negros como alambres.

—No. No lo he hecho.

—Eso sí que es bueno. Eso sí. Se llama «trampa de oso» porque todo consiste en contraer el cuerpo hecho un ovillo hasta un punto de tensión insoportable. Y luego te sueltas como un resorte que se corta. Como una trampa,

digamos.

—He hecho algunos parecidos —
minimizó Seller. Ya casi comían en
silencio. Sólo algunos prestaban
atención a la conversación.

—El más completo es el «sube y
baja». Un abdominal —terció Pedro con
la boca repleta de cereales— es aquél
de quedar apoyado solamente en los
glúteos, levantando las piernas bien
rígidas y también el torso. Así te
aguantas unos minutos.

—Es bueno —admitió Seller.

—Eso no es nada —completó Pedro
—, Billy se te sienta entonces en la
cabeza y Renault o el argentino en los

pies. Son de pesos parejos. Y tú debes aguantar el juego de que uno sube en tanto el otro baja.

—Como el juego infantil —aportó Jerry.

—Es muy bueno para los párpados —dijo Dagomir, sin inmutarse.

—¿Para los párpados?

—Sí. Si no los aprietas con fuerza, se te saltan los ojos de las órbitas.

Seller se desentendió un tanto del asunto. Sentía hambre y las vituallas iban desapareciendo con rapidez en boca de los integrantes del plantel. El ruido de la masticación era similar, por momentos, al ronroneo de los

acondicionadores de aire. La dieta del desayuno era sabiamente sobria y rica en calorías. Constaba de pan tostado, galletas, jugo de naranja o tamarindo, mantequilla, mayonesa de atún y cuatro rodajas bien gruesas de cuajada sólida para cada uno.

—¿Qué haces, Best? —la mano de Dagomir se había depositado, pesada, sobre el brazo de Seller, deteniendo el movimiento de éste, que procuraba beber su jugo de tamarindo.

Seller no contestó. Miró primero a Dagomir y luego su mano con sus ojos de cernícalo.

—No tomes así el jugo. —El negro

se apresuró a suavizar el tono hasta casi remedar a una madre hablando a su hijo.

—Cuando Pedro te lo alcanzó, debiste apoyar el vaso primero en la mesa.

Seller continuó mirándolo sin un atisbo de humanidad en los ojos.

—Es mala suerte si no lo haces, Best —intentó convencerlo el negro—. Cuando te alcanzan un vaso, antes de llevarlo a la boca, debes apoyarlo en la mesa.

Desde el otro extremo, Obdan miró a Seller y sonrió. Pedro, sin embargo, hizo al sirio un gesto de asentimiento con la cabeza, como corroborando lo dicho por

el brasileño.

—También con la tostada con mantequilla —agregó Dagomir—. Si se te llega a caer al suelo con la mantequilla hacia arriba, no pasa nada. Pero si cae con la mantequilla hacia abajo, eso es muy malo.

—Por supuesto. Se llena de tierra —dijo Seller.

—No. Eso no es nada. Es malo, simplemente. Trae mala suerte. Debes levantarla y tocar con ella tres veces el borde de alguna cosa metálica.

—¿Tres veces?

—Por lo menos. Así se marcha el maleficio.

—¿Y qué pasa si no lo hago?

A Seller ya se le había pasado el enojo que le causara la oscura mano de Dagomir sobre su brazo.

—Puedes no hacerlo —consintió el brasileño—. Eso es cosa tuya. Pero tú cargarás con las consecuencias. Yo simplemente quiero ayudarte.

—Está bien, está bien... —Seller apuró a grandes tragos su jugo—. Olvidaba que los futbolistas son muy afectos a las cábalas.

—Recuerdo que mi mujer —acotó imprevistamente Jerry— pensaba que los jugadores, en los tiros libres, al hacer la barrera, se tocaban las bolas

por cábala. Que eso les traía suerte para que el tiro no se convirtiese en gol.

—Una mujer —casi gritó Renault— no puede llegar a entender nunca lo que significa recibir un balonazo en las bolas.

—No creo que haya nada más terrible —sentenció el argentino.

—Tal vez un buen pelotazo en el medio de la nariz los días de nieve —arriesgó dubitativamente Obdan.

—O un rodillazo en el muslo, cuando uno todavía está frío.

—No —desestimó Seller—, nada tan tremendo como un shot a quemarropa en las bolas.

Quedaron en silencio por un momento. Sólo se escuchaba el ruido de la masticación. Indudablemente reflexionaban sobre el golpear del esférico contra los testículos y en algunos de los jugadores era visible una suerte de crispación muscular ante el recuerdo.

—En todos los grupos humanos, deportivos o no, se dan cábalas —dijo Seller—. En un grupo de paracaidistas que yo integraba, hará tres o cuatro años...

—¿Paracaidistas?

—Sí... Había uno de los muchachos, de los más jóvenes, que nunca saltaba al

vacío sin antes tocarle el culo al instructor. Un sargento que no pasaba por esa puerta.

Todos rieron estruendosamente.

—Por supuesto —aclaró Seller, halagado por la buena repercusión de su anécdota—, el sargento nunca llegaba a saber quién había sido.

—¿Cómo era eso?

—En el momento de saltar, cuando todo el pelotón se agolpaba frente a las puertas abiertas del avión, el sargento se ponía junto a la salida controlando los saltos y generalmente mirando hacia la luz roja de cabina que indicaba a cada uno el momento de lanzamiento. Era allí

que Bikila le tocaba el culo.

—¿Y nunca lo descubrió?

—Sí. Finalmente lo descubrió. Sé que ahora tienen los dos una granja cerca de Damasco. Se retiraron del ejército y viven juntos. Me han dicho que son muy felices.

Las carcajadas atronaron el salón. Ted y Massimo daban salvajes palmadas sobre la mesa.

—Es cierto. Todo lo que les cuento es cierto —afirmó Seller con seriedad.

—Yo, antes de cada partido... —comenzó Dagomir cuando se hubo acallado un poco el jolgorio—, siempre hago lo mismo.

—Uhhh —protestaron varios. Gianni hizo un gesto de fastidio con la mano.

—Me viene de un partido que le ganamos al Flamengo —continuó el negro sin arredrarse, pero dirigiendo el relato sólo a Seller—. Aquella mañana me levanté a las seis y media para orinar. Creo que era porque estaba muy nervioso. Era un partido muy importante. El «Fla-Flu». Como no podía dormirme, salí a caminar durante una hora. Luego volví y desarmé y armé una bicicleta de mi hijo menor, Joazinho, después almorcé, luego me caí por una escalera, tomé café y finalmente me fui para la concentración. Como aquella tarde

ganamos, desde ese día, yo repito todo eso exactamente. Una cosa tras otra.

—Lo mismo —aseveró Seller.

—Exacto. Te digo más. Yo solo no podía recordar absolutamente todo lo que había hecho. Tuve que preguntarles a mi esposa, Nara, a algunos amigos que me habían visto esa mañana, a mis hijos: «¿Qué hice luego con la bicicleta? ¿Tomé café con dos cucharadas de azúcar, o con tres? ¿Entré por la puerta de adelante o por la de atrás?». Incluso hicimos entre todos una «reconstrucción del hecho», como en los crímenes, donde fui repitiendo paso a paso lo acontecido. Hasta que me lo aprendí de

memoria y desde ese momento, hace ya siete años...

»Siete años. Desde ese momento, siempre antes de los partidos lo repito. A veces, es cierto, al caerme por las escaleras, me he golpeado muy duro. Ha habido veces en que luego no he podido jugar por los golpes. Pero esos pequeños problemas se compensan por el hecho de que la suerte siempre me ha acompañado.

—No sé cómo harás en esta ocasión —terció Zorba—. No podrás repetir eso antes del partido.

—¿Por qué no? —palideció Dagomir.

Zorba no contestó. Se limitó a hacer un gesto de duda.

—Yo sólo confío en esto. —Gianni había puesto sobre la mesa, junto a su plato, una pequeña botellita que contenía un líquido algo turbio.

—¿Qué es eso? —preguntó el argentino.

—Es líquido que me sacaron de la rodilla —explicó Gianni—. Se me inflamaba luego de los partidos. Se me llenaba de agua. Era muy molesto. Hasta que una de las veces que me sacaron el agua, la metí dentro de este frasquito. Tomé el auto y viajé hasta Gorizia.

—¿Gorizia? —se asombró

Massimo.

—Sí, Gorizia. Cerca de Trieste. Yo jugaba para el Milán. Me fui en auto hasta Gorizia y allí hice bendecir el agua por el padre Recanatti, el mismo que me había bautizado. Desde ese día nunca más se volvió a hinchar la rodilla.

—Un milagro —se persignó Dagomir.

—Un milagro como la licuación de la sangre de San Genaro —documentó Massimo.

—Exacto —dijo Gianni, guardando la botellita con cuidado.

—Lo mío es algo similar —se animó Jerry, casi desde la otra punta de la

mesa. Todos lo miraron. Nadie suponía que un hombre frío y cibernético como aquel sólido nativo de Cincinnati podía recurrir a la apoyatura anímica de un talismán. Jerry adelantó la mano izquierda. En su dedo anular se veía un anillo de tono apagado, grisáceo con cierta derivación al rosa.

—Coral —arriesgó Zorba.

Jerry, sonriente, negó con la cabeza.

—Ágata —apostó Pedro.

Jerry volvió a negar.

—Puede ser alabastro —terció Seller, que se había cansado de pulir dicha piedra en Egipto.

—Nada de eso. No —dijo Jerry.

—Es coral —insistió Zorba—. He pasado toda mi niñez en Mykonos. Reconozco las masas coralinas desde los aviones.

—Es un menisco —exclamó por fin Jerry. Su cara gomosa se había estirado en una sonrisa de superioridad—. Hace seis años me extrajeron el menisco interno de la rodilla derecha.

—¿Te lo habías roto? —preguntó Obdan en tanto, sosteniendo la mano de Jerry, contemplaba el anillo con cierto gesto de repulsión.

—No, pero se había desprendido de uno de los extremos. Cuando se me pasó el efecto de la anestesia, el doctor me

trajo el menisco envuelto en una gasa.
Era algo... algo... enternecedor.

—Como un bebé.

—Supongo que será una cosa así. Le pedí que no lo tirase. Y luego lo llevé a un joyero y me hizo el anillo. —Jerry miraba la pieza de arte con embeleso.

—Me trae suerte.

—En Lyon tuve un compañero, un tipo de Marsella —interrumpió Renault —, que antes de los partidos cumplía siempre con una cábala muy discutida: se tomaba una triple dosis de anfetaminas.

—Ah, ésa es la mejor —aprobó Seller.

—Le decíamos que eso no estaba permitido. Pero argumentaba que si había algunos que besaban una medallita, otros que tocaban con la mano los tres últimos escalones del túnel antes de salir a la cancha o bien se cuidaban mucho de no pisar la línea blanca que marca el límite de la cancha al entrar a ella, no había razón lógica para impedirle que cumpliera con ese rito.

—Su razón tenía —admitió Ted.

—El problema era en los partidos nocturnos —continuó Renault—. Sus ojos despedían una fosforescencia tal que todos los árbitros notaban que había algo raro.

—Como suele darse con el plancton —agregó Seller, y varios lo miraron con extrañeza.

—Era un brillo que podía observarse desde la tribuna, —continuó el francés—. Al principio Claude, así se llamaba este tipo, decía que era el natural brillo de sus ojos. Que era una característica muy común de los nacidos en Marsella. Algo que provenía del brillo del mar. Incluso llegó a decir que era una característica de los nativos de ciudades portuarias. Finalmente, muy hostigado por distintos árbitros y médicos explicó que todos los días comía quince granos de maní, recurso

indispensable para mantener la lozanía del cutis y el brillo de los ojos. Pero fue inútil.

—Lo descubrieron.

—Sí. Le hicieron un antidóping un día que en un partido, completamente exaltado, no pudo frenar su carrera y se cayó al foso. Era tal su desenfreno que comenzó a nadar en el foso hasta completar cuatro vueltas a la cancha. Intentaban sacarlo con la red con que se recupera el balón pero era inútil. Creo que incluso llegó a superar un récord provincial de estilo libre en distancias largas.

—A veces no es buena la droga —

dijo Seller, echando un vistazo al reloj del salón. Se estaba haciendo la hora de continuar la práctica matinal—. Recuerdo que fuimos a jugar un partido en Turquía, y uno de los muchachos consideró recurrir a la droga para poder rendir más. Pero hizo una elección equivocada. Optó por el opio.

—¿Opio?

—Sí. Y en un córner que ellos demoraron mucho en ejecutar, se quedó dormido. Lo sacaron en camilla y se despertó en Damasco. Ya de vuelta. Empatamos, recuerdo.

Un silbato agudo les hizo saltar de los asientos. Billy entró corriendo en el

salón y el pito, entre sus labios, era un instrumento de tortura. Pronto estuvieron en el campo de juego. La temperatura no alcanzaba los 50 grados, pero la humedad era como una garúa impalpable.

Corrieron, saltaron y se revolcaron durante tres horas bajo las órdenes de Muller, hasta que Billy el «Asqueroso» llegó corriendo desde el portón de entrada con un bulto bajo su brazo derecho.

—¡Ha llegado el balón! —gritó con sus destemplados chillidos de corneja —. ¡Ha llegado el balón!

Muller detuvo la actividad y llamó

al grupo a reunirse en torno a él. Tomó el paquete que le alcanzaba Billy y procedió a abrirlo. Dentro de una caja de cartón corrugado, una cubierta de telgopor e infinidad de papeles plegados que le hacían el muelle, apareció el balón. Muller lo hizo girar entre sus dedos, sopesándolo, escrutando con mirada conocedora la costura de sus gajos, pegándole ligeros golpecitos con los nudillos sobre el cuero, como un médico que ausculta el pecho de un paciente.

—No hay nada más lindo que una pelota nueva.

La voz del argentino junto a su oído

sorprendió a Seller. El sudamericano miraba el balón con una sonrisa idiota en los labios.

Muller apretaba ahora el balón con ambas manos. Luego lo hizo picar un par de veces. Lo levantó, pareció reparar en algo y lo acercó a sus ojos. Con seguridad se trataba de la marca del esférico, impresa a fuego en el cuero. La mirada de Muller se perdió después unos momentos en el infinito, con el ceño fruncido, como rememorando. Algo detectó la aguda percepción de Seller en ese instante. Posiblemente una onda sensible más aguda, más trémula, que emanaba del cuerpo del alemán.

Quizás la evidencia de hallarse frente al útil con el cual se disputaría aquel match trascendental para su vida, había calado profundo en el aparentemente férreo sistema nervioso de mister Muller.

—Bien —exclamó en tono opaco el técnico—, practiquen un poco con ella. Luego usted, Massimo, junto con Ted, practiquen disparos libres durante una hora.

Muller arrojó el balón hacia el grupo y se alejó con rumbo a los pabellones, sin agregar nada. Billy lo siguió con la mirada, un tanto confundido. El argentino se había apoderado del balón y lo mantenía en el

aire siempre cerca del cuerpo, golpeándolo en forma suave y alternativa con el empeine de los pies. Le aplicó un golpe un poco más fuerte, el balón se elevó vertical, cayó sobre el muslo del argentino, volvió a subir tras rebotar allí y el sudamericano, quebrando la cintura velozmente, lo dejó adormecerse oscilante sobre su nuca. Se irguió un tanto, sin apuro, y el balón resbaló por sobre su columna vertebral para salir despedido lejos y hacia atrás cuando Garfagnoli, volviendo a quebrar la cintura, lo golpeó con los glúteos en una suerte de neto corte circense.

—Es linda —aseveró el argentino,

mirando al resto de sus compañeros.

—No parece muy diferente a las demás —dijo, algo despectivo, Zorba.

—Son todas iguales.

—Como las mujeres.

—No. Es linda —reiteró Garfagnoli —, lástima el color.

El balón era de gajos hexagonales. Algunos de ellos negros y los restantes casi blancos, pero un blanco sucio.

—Por un momento temí que me mandaran otra cosa —dijo Seller.

—¿Cómo otra cosa?

—Claro. En África he visto balones hechos con piel de cocodrilo. No son malos. Pero se confunden con el suelo.

—Yo jugué en Suecia con uno de fibra de vidrio —aportó Obdan—. Cabecearla era como chocar contra una puerta de cristal blindado.

—En Gabón —siguió informando Seller—, jugué con un balón hecho con piel de serpiente Mantú. Era muy bonito a pesar del temor que sentían de tocarla los jugadores nativos. Se hacían infinidad de goles ante la repulsión de los arqueros a tocarla con las manos. Pero el mayor problema era en mayo o junio, la época en que esas serpientes cambian su piel. Uno estaba jugando y de pronto el balón comenzaba a descascararse y estallaba. Un caso muy

curioso.

Seller debió interrumpir su narración al chocar contra el cuerpo de Massimo, que se hallaba parado mirando el piso.

—No sigas, Best. Espera —lo contuvo el italiano, en tanto los demás seguían hacia la cancha.

—¿Otra vez, Massimo? —preguntó Jerry.

—Y sí. Otra vez —suspiró Massimo, sin dejar de mirar hacia el césped—. Ayúdame, Best.

—¿A qué?

—Se me cayó un lente de contacto.

—¿Juegas con lentes de contacto? —

preguntó Seller, agachándose y registrando con dedos y ojos minuciosamente el césped.

—Sí —repuso Massimo, cuya prolongada nariz casi tocaba el suelo—. Es bastante común. Muchos juegan con lentes de contacto.

—¿No te molestan?

—No. Y es que no veo casi nada sin ellos.

—No será fácil encontrarlo. Acá el pasto es muy alto.

El italiano insultó en voz baja.

—No creas. A un amigo mío, en Salerno, que se estaba bañando en el mar, una ola le desprendió uno de los

lentes. Durante cuatro días volvió al mismo sitio de la playa, porque le habían dicho que el mar devuelve todo lo que lleva.

—¿Y se lo devolvió?

—Al quinto día encontró el lente entre las conchillas. Pero estaba roto. Sólo encontró la mitad.

—Mala suerte.

—El mar es así.

—¡Acá está! —Seller elevó el índice de su mano derecha. Sobre la yema del dedo se veía la delgada película translúcida.

—¡Oh gracias, Best! —se alborozó el italiano, palmeando el hombro de

Seller. Ante los golpes, el lente perdió su precario equilibrio y volvió a caer.

—¡Oh mierda, qué estúpido soy! — maldijo Massimo.

—Acá está, acá está —lo tranquilizó Seller apresando el lente debajo de unas matas. Ambos se incorporaron. Massimo limpiaba el minúsculo aditamento óptico en su pantalón.

—Sería terrible que lo perdiese — dijo.

—¿Tardarías mucho en conseguir otro par?

—No es eso. Éste es un par muy especial. Me lo trajo mister Muller de Suiza.

—¿Qué tienen de especial? ¿Son lentes ahumados?

—No.

—Conozco playboys que los usan.

—Míralo bien. Toma. Massimo acercó con infinito cuidado el lente a los ojos de Seller. Había terminado de limpiarlo. El sirio entrecerró los ojos para mirarlo.

—Ahora entiendo. Una mira.

—Eso. Una mira.

El pequeñísimo lente mostraba sobre su cristalina superficie una retícula con varios minúsculos numeritos y una cruz central.

—Es una réplica exacta del

colimador de un Phantom —dictaminó Seller.

—No lo sé —desestimó Massimo, quien ya se había habituado, como el resto del plantel, al extraño y diverso caudal de información que dominaba el sirio.

—Ahora comprendo, es probable que los suizos hayan provisto esa tecnología a los Phantom —agregó Seller, concentrado, como hablando consigo mismo.

Massimo ya se había depositado el lente sobre la pupila derecha y ahora abría y cerraba ese ojo como atacado por un tic nervioso, repentino y tenaz.

Ambos caminaron hacia el campo de juego.

—Este lente de contacto es para mí algo fundamental —explicó el italiano—. Yo soy el encargado de ejecutar los tiros libres. Me da una enorme precisión. Veo el arco como si lo estuviese mirando a través de la mira telescópica de un fusil de caza mayor.

—Es que se trata precisamente de eso.

—Muller me reguló la mira de acuerdo al ángulo de inclinación de mi empeine. Puedo asegurarte que fallo muy pocas veces.

—¿Te sirve para tiro nocturno? El

partido seguramente será de noche.

—Sí, el partido será de noche. Por la tarde el calor es feroz. Pero la mira tiene un tratamiento ultravioleta que la hace útil con cualquier intensidad de luz. De todos modos, Billy llevará un medidor de la luz, como los que usan los fotógrafos, para saber bien a qué atenernos.

El resto de la mañana lo emplearon en movimientos gimnásticos de grupo y en repetir hasta el hartazgo las jugadas que habían memorizado en la pizarra. Por la tarde, después de un sobrio almuerzo consistente en delgadas fetas de carne de venado, duras y resistentes

como trozos de neumáticos, acompañadas con pepinos partidos al medio y tortilletas de ricota a la cal para nutrir todo lo que fuese andamiaje óseo, practicaron fútbol. Como en total sólo eran trece, con el complemento de Billy realizaron un largo encuentro de siete contra siete, divididos en «azules» y «rojos». Pero tras una hora de juego, Billy ordenó quitarse las casacas y se originó un match que, según él, era de autodeterminación. La médula del juego consistía en que cualquier jugador en cualquier momento podía alinearse en uno o en otro bando sin aviso previo. Por lo tanto, aquello se convertía en una

verdadera caja de sorpresas y nunca se podía estar seguro de que aquel que había sido compañero hasta el minuto anterior, no se convertiría en un sorpresivo rival y dispararía sobre su propio arco al minuto siguiente. Esto creaba un clima de inseguridad, nervios, atención altamente concentrada y, a veces odio, que convertía el juego en una descarnada red de intrigas, reproches, venganzas y alaridos de triunfo o de derrota. Muller ordenaba aquella disciplina en procura de mantener permanentemente alerta a sus hombres, lejos del aburguesamiento, y atentos hasta al más insignificante gesto

de cada uno de sus compañeros, listos para remediar una falla sorpresiva o solventar una situación por demás inesperada. El encuentro, por otra parte, sirvió para que Seller sacara dos importantes conclusiones con respecto a Billy: su afinado instinto de conservación y su eficacia como masajista. A los dos minutos de comenzado el juego ya era obvio que los golpes más duros, los puntapiés más alevés, buscaban las extremidades del despreciado segundo de Muller. Pero allí, una vez más, Billy los sorprendió con su alucinante capacidad de movimiento. Saltos, zigzag, revolcones,

fintas dignas de una escolopendra, virajes increíbles más a tono con una laucha que con un ser humano, le valieron escapar, a veces por milagro, de algunos golpes francamente homicidas.

Pudo comprobar la utilidad de Billy como masajista, cuando Pedro, el ríspido y elemental zaguero mejicano, hundió los doce tapones de su botín derecho en la ingle del argentino Garfagnoli. El pequeño sudamericano rodó por el césped hecho un ovillo, apretándose la entrepierna como si lo hubiese coceado un mulo. Mientras lanzaba entre dientes una

prolongadísima retahíla de insultos en castellano, el argentino giraba sobre sí mismo en tanto el pasto se le pegoteaba en el rostro transpirado, cubriéndolo casi por completo. En dos saltos Billy tomó el botiquín de primeros auxilios que se hallaba depositado detrás de uno de los arcos y se abalanzó sobre el caído. Se precipitó sobre Garfagnoli de la misma forma que un gato montés rabioso. Trepó por la espalda del lesionado, y por un momento Seller pensó que le inferiría el mortal mordisco en la nuca, propio de los grandes felinos. Pero no fue así. Billy había atrapado al sudamericano en una

suerte de «llave Nelson» e hizo presión hasta que las vértebras del argentino crujieron como el maderamen de un barco. Luego le aplicó un retumbante rodillazo en los riñones que obligó a Garfagnoli a arquearse hacia atrás por el dolor. Aquél fue el movimiento que aprovechó Billy quitándose de la espalda del lesionado y retorciéndole de inmediato la pierna derecha. El resto de los jugadores se habían alejado un poco de la escena y, contrariamente a lo acostumbrado, formaban un silencioso y expectante círculo, un tanto alejados, con expresiones donde se mezclaban el temor y la repulsión, como aquellos que

ven a una tropa de chanchos devorar un cordero o contemplan cómo delincuentes callejeros propinan una golpiza a un anciano.

Cuando Billy, apresando la pierna izquierda del argentino con su rodilla derecha, sacó de su botiquín una fulgurante tijera aparentemente con la intención de cortar en tiras el pantalón del golpeado, Garfagnoli, en un arresto desesperado, en un último intento de animal en la trampa, alcanzó a zafarse, saltar y salir huyendo. Billy sin dar importancia al asunto, guardó sus cosas, tiró lejos el botiquín, golpeó las palmas de sus manos e indicó que continuaba el

encuentro de práctica.

—Es tan salvaje —murmuró Obdan, explicando a Seller— que nadie se queda más de un minuto caído. Aunque te hayan quebrado una pierna en cuatro, es preferible ese dolor a que te atrape Billy.

—Pero es que hay veces en que uno no puede levantarse —replicó Seller.

—Nada es peor a que te agarre Billy —meneó la cabeza el polaco—. Muller mismo lo incita a que actúe así. Dice que de esa manera nadie se hará el lesionado, ni se quedará en el suelo para descansar.

—No sé, Obdan —rechinó los

dientes Seller—, pero me gustaría que alguna vez cayese sobre mí.

—No te lo deseo, Best.

—Deja nomás que ocurra.

Una hora después, Muller llegó para dar fin al entrenamiento del día. Ya en los vestuarios, Seller se quedó largo tiempo sosteniéndose de los bordes de la piscina con agua caliente, sintiendo como el líquido le corroía, ardiente, las rodillas despellejadas por las continuas caídas y golpes. Tenía también un magullón violáceo en el cuello, pero se inclinaba más a pensar que se trataba de las huellas de una dentadura que de un puntapié. Sintió unos pies descalzos

caminar junto a su cabeza, afuera, en el borde de la piscina. Levantó la vista y vio al argentino que se secaba la espalda, mientras, de tanto en tanto, arqueando su pierna derecha, contemplaba una especie de isla verdosa y grana que se le dibujaba en la ingle, derramándose luego hacia abajo en filamentos oscuros que amenazaban con llegar hasta la rodilla.

—Mira este hijo de puta... — refunfuñó el argentino, señalando el golpe.

—Se ha puesto feo —admitió Seller.

—Mira, mira... Mejicano mal nacido.

—Fue sin querer.

—Sí, sin querer —repitió, no muy convencido, Garfagnoli—. Sin querer.

—Mira, mira —insistió, señalando un punto, una circunferencia pequeña y prácticamente negra que quedaba en parte oculta por el testículo derecho—. Un tapón. Qué hijo de puta.

—No creo que lo haya hecho a propósito —repitió Seller.

—No, es un buen muchacho —el argentino frunció los labios y se sentó junto a Seller, metiendo los pies en el agua.

—Por eso te digo.

—Sí, es un buen muchacho pero casi

me mata.

—Es el juego.

—Sí, es el juego.

—A veces, sin darse uno cuenta...

—Estamos todos locos —el argentino miraba fijamente hacia adelante, serio.

—¿Cómo?

—Que estamos todos locos.

—¿Por qué?

Por vez primera Garfagnoli miró a Seller. Aspiró hondo.

—Porque sí.

—¿Qué es lo que piensas?

El argentino se incorporó, envolviéndose en la toalla y comenzó a

alejarse.

—Déjalo así —dijo. Y se fue.

CAPÍTULO 9

Aquella noche, Obdan y Seller habían tenido buen cuidado de apagar las luces de su habitación a la hora estipulada por Muller y hablaban en voz baja, procurando eludir las palabras en donde hubiese muchas «eses», para evitar los bisbiseos.

—Estoy aún falto de distancia. Me doy cuenta al saltar —dijo Seller.

—Sí. Yo también lo noté.

—¿A ti también te pasó?

—No. Lo noté en ti.

—¿Has visto? Creo llegar al balón, y cuando me estiro ya no está más.

—¿Hace mucho que no juegas?

—Años.

—¿¡Años!?

—Años.

Se hizo un pequeño intermedio.

—Vas muy fuerte al balón —dijo

Obdan, y Seller creyó captar un cierto tono de admiración en la frase.

—Mira —se sinceró Seller—, es todo cuanto sé hacer. No puedo presumir de hábil como el brasileño.

—Ahá. Es muy hábil ese negro.

—Pero algo blando.

—Es un poco blando, sí.

—Choqué con él un par de veces.

Fue como dar contra un títere. Se

desarmó todo.

—Es cierto —corroboró el polaco.

—Le clavé un codo en las costillas y parecía masilla.

—El que es fuerte es Zorba.

—Sí, también choqué con él. Da la impresión de que tuviera seis rodillas. Me estampó una en el muslo, que todavía me duele.

—El que recibió fuerte fue el argentino.

—El argentino... —recordó Seller. Se quedó pensativo.

—¿Tú lo conoces bien? —le preguntó de pronto a Obdan.

—Sí... bah, no mucho. Como a

todos. ¿Por qué?

—Es raro —dijo Seller—. Parece estar a disgusto.

—¿Con quién?

—No. Con todo. Con todo esto. Con el equipo. Con el proyecto.

—No creas. Es que esto es un poco duro. A cualquiera lo deteriora —argumentó Obdan—. Pero es muy buen jugador. Muy talentoso.

—No sé.

—Descuida, Best. Verás que cuando llegue el momento será de los mejores.

—No sé.

—¿Sabes qué puede ocurrir? —procuró convencer Obdan al sirio—. A

él lo trajo un intermediario. Y en una ocasión me contó que lo habían traído engañado.

—¿Engañado? —rió burlonamente Seller.

—Sí. Le dijeron que a él lo traían como reproductor.

—¿Cómo reproductor?

—Sí. Ese argentino estaba terminado en su país. Ya no lo quería nadie. Pero ha sido un gran jugador. Un jugador de raza. Y el intermediario le dijo que acá tenían interés en que él viniera a los Estados Unidos solamente para procrear.

—¡Vaya, no es mala idea!

—Sí, el intermediario le dijo que acá en los Estados Unidos el fútbol era algo muy incipiente, y que se estaban haciendo planes a largo plazo. Que por sobre todas las cosas necesitaban reproductores.

—¿Y el argentino se lo creyó?

—Según contaba él mismo —amplió Obdan—, el intermediario le narró una historia que parecía creíble. Con muchos detalles. Le dijo que se estaban comprando reproductores en todas partes del mundo. Que no podían confiar en la calidad de los productos de probeta.

—Después de todo, se hace con los

caballos de carrera —asintió Seller.

—Eso también lo sabía el argentino. Por eso, al parecer, no le resultó tan descabellada la idea. Por otra parte, a ninguno le puede molestar que lo elijan para padrillo.

—Máxime siendo un latino.

—Por supuesto. Conoces esa historia de los amantes latinos y eso. Parece que al argentino comenzó a gustarle la idea de crear una generación de Garfagnolis. Una descendencia de jugadores de fútbol. Pero no estaba convencido, íntegramente.

—¿Y cómo lo convencieron? —se inquietó Seller.

—Según él mismo me contaba —
testimonió el polaco—, cuando preguntó
a qué club lo traerían, le dieron el golpe
de gracia. Le dijeron que lo contrataba
el Playboy Club. Te imaginas.

—Ahhh... —se alborotó Seller
golpeando la almohada—. ¡Eso sí que
estuvo brillante!

—El argentino pensó en las chicas
del Playboy Club, pensó que venía como
reproductor y se enloqueció.

—No es para menos.

—No es para menos. Eso lo decidió
completamente. Porque antes —recordó
Obdan—, él había propuesto solucionar
la cosa a través de inseminación

artificial.

—¡Qué poco romántico!

—Absolutamente nada romántico.

Pero, según contaba, lo asustó un poco lo del viaje, lo de venir a una cultura distinta.

—Es extraño —se revolvió Sellar en su lecho—. Un jugador de fútbol. Habitado a los viajes. A los diferentes países.

—No es lo mismo. Para un latino no es lo mismo —dictaminó el polaco—. Por otra parte, a un amigo suyo, de Garfagnoli, a un uruguayo, lo había contratado poco antes una sociedad.

—¿Una sociedad norteamericana?

—Algo así.

—Como la Burnett. La que nos ha contratado a nosotros.

—Salvo que en ese caso al uruguayo no le habían dicho qué sociedad era —acotó Obdan elevando un poco la voz—, y resultó ser la Honorable Sociedad.

—¿La mafia?

—Sí. ¿No controlan acaso las carreras de caballos? Bien pueden controlar el fútbol.

Seller se rascó la cabeza, dubitativo.

—De cualquier manera, Obdan, ese argentino... —comenzó a decir, pero el estampido de la puerta al abrirse cortó su frase. Las desiguales siluetas de Billy

y dos corpulentos ayudantes se recortaron contra la luz del pasillo.

—¡Seller! —ordenó Billy—. Venga conmigo. Está usted hablando y ya no es hora de hacerlo.

El sirio se incorporó en silencio y se calzó. En el rectángulo de luz que llegaba desde afuera pudo ver el rostro contraído de Obdan.

—¡Rápido! —fustigó Billy.

Seller terminó de ponerse el pantalón del buzo y salió al pasillo.

Cuando los cuatro hombres subieron a la canoa, Seller sintió el natural impulso de triturar el espinazo de Billy con un neto puntapié en la nuca. Lo

contuvo la cercana presencia de los dos guardias que no tomarían a bien su proceder, y por sobre todo, la certeza de que había cometido una falta y debía atenerse a las consecuencias. Tras diez minutos de navegación lenta por las aguas cenagosas, Seller ya se hallaba por completo calmo, con la paz interior de aquel que se sabe capaz de soportar el castigo merecido. Había integrado los más diversos grupos de choque y llevaba impreso en su temperamento otrora cerril, el puro convencimiento de las ventajas de la disciplina.

La luna no podía verse a través de la espesa jungla y, la densa oscuridad sólo

era perforada por el foco delantero de la lancha. Ante el ruido del motor de la embarcación se iban acallando los destemplados chirridos de los insectos y el ronco croar de los batracios. Tras veinte minutos de marcha, se detuvieron en un pequeño muelle de madera. Caminaron entonces en silencio, tras los pasos de uno de los guardias que alumbraba el sendero con una enorme linterna. De pronto la vegetación disminuyó, y Sellar percibió bajo sus pies la agradable sensación del césped bien cortado. Unos cien metros más adelante se divisaba el perfil oscuro de un techo a dos aguas, como emergiendo

del suelo. Era, en efecto, una construcción de tipo californiano, pero levantada bajo el nivel del piso. Casi un bunker.

La imagen de un Muller algo doméstico sorprendió a Seller. El alemán lo recibió en una habitación pequeña, amueblada con unos sillones, una mesita chica y un piano. Vestía un tosco pantalón de sarga y una camisa gris sin cuello. Incluso su angulosa mandíbula mostraba una incipiente barba cana. No obstante, la tenue sensación de abatimiento que Seller creyó captar en el desaliño del alemán, se disipó cuando Muller ordenó, tajante,

que tanto Billy como los guardias se retiraran.

—Siéntese, Seller —indicó Muller encendiendo un cigarrillo. Así lo hizo el sirio mientras el teutón se quedaba parado, mirando hacia una de las ventanas.

—Usted es un hombre sagaz, Seller —calificó Muller de pronto—. De mucha experiencia. Y desconfiado. Son muchas virtudes.

Seller se mantuvo en silencio.

—Por lo tanto, ya a esta altura de los acontecimientos, usted sabe —continuó el alemán— que yo no lo he llamado por sus virtudes futbolísticas.

—Pensé que me había mandado llamar por estar hablando en el horario estipulado para dormir —ironizó Seller.

—Olvídelo —se fastidió Muller—. Me refiero al hecho de haberlo contratado para integrar este equipo. Usted ya no tiene una edad muy apropiada para jugar al fútbol, a pesar de que físicamente se halla casi en perfectas condiciones. De más está decir, usted lo ha visto, que ninguno de los muchachos del plantel es demasiado joven. Todos están alrededor de los treinta, o más. Pero han sido buenos jugadores, en su mayoría. Que no es su caso.

Seller optó por el mutismo. Él ya sabía aquello. Pero no le agradaba mucho escucharlo.

—De todas maneras, de todas maneras —suavizó Muller—, usted reúne ciertas condiciones personales que, aun en el plano estrictamente futbolístico, lo equiparan con el resto de los muchachos. Estos partidos no son para novatos. Eso es sabido. Y usted con su experiencia, con sus condiciones de mando, con el ascendiente sobre el grupo, sumado al hecho de que no es absolutamente un negado para el juego, es una pieza importantísima para mi esquema. Sin ninguna duda. Puedo

asegurarle, Seller —pareció sincerarse Muller—, que todos los muchachos y yo mismo nos sentiremos más seguros al entrar al estadio Bombasí, contándolo a usted en nuestras filas.

Seller aspiró hondo. No soportaba demasiado bien los elogios disparados a boca de jarro.

—En parte es por eso que ordené contratarlo —dijo Muller, arrojando una hilera de puntos suspensivos tras su última palabra. Seller lo miró con más fijeza aún. Los labios del alemán se mantuvieron apretados formando un frunce minúsculo.

—¿Y en parte? —se impacientó

Seller.

Muller se levantó y se sirvió un vaso de whisky. Sin duda era aquélla una noche muy especial para él. El hecho de permitirse algunas libertades reñidas con la conducta de un deportista lo demostraba claramente. El acto de realizarlas en presencia de uno de sus dirigidos indicaba a Seller que el técnico lo había elevado al plano de su confianza.

—En el año 1942, yo conocí a Sepp Von Papen, en Silesia —rememoró Muller saboreando la bebida y entrecerrando los ojos. Aquella enunciación volvió a sorprender a

Seller, que creía haberse habituado a los imprevistos cambios de frente en la retórica del alemán.

—En un viaje desde Salzburgo a Viena —continuó Muller—, en tren... ¡Qué espía! ¡Qué formidable espía!

—Espía.

—De los mejores. Lo conocí, justamente, revisando mis valijas, cuando volví sorpresivamente a mi camarote tras encontrar el baño ocupado. Nos hicimos muy amigos. Un hombre de amplios conceptos que comprendió perfectamente y perdonó el hecho de que yo le rompiera en dos pedazos mi bastón alpino en el cráneo al

verlo hurgueteando en mi equipaje.

—Un caballero.

—De los que ya no quedan —
enfaticó Muller—. Y un profesional de
una ética y una pulcritud excepcional.

—¿Qué hacía usted en esa época?

—Yo dirigía un equipo amateur en
Magdeburgo. Pero era imposible
trabajar. La guerra hizo estragos entre
mis muchachos. Tres de los mejores
defensas que jamás viera.

Los ojos de Muller se obturaron un
instante, recordando, pero de inmediato
recuperó la viveza de la narración.

—También a Rusia había sido
destacado Von Papen. Así fue que

durante un largo tiempo no lo volví a ver. Cuando supe nuevamente de él, no eran buenas nuevas precisamente las que recibí: la Geheime Staatspolizei lo había remitido a un campo de concentración.

—¿Quién?

—La Gestapo.

—¿Por qué?

Muller caminaba despaciosamente por la sala, con el vaso en la mano.

—Nunca se supo bien por qué. El mundo del espionaje es muy complejo. Fue un caso muy extraño. Von Papen era un enamorado de su profesión.

Seller esperó, calladamente, la

continuación del relato.

—Pero la guerra terminó — prosiguió Muller, observando la oscuridad del exterior a través de una ventana que daba al cercano muro de tierra que circundaba la casa—. Y llegaron los americanos. O mejor dicho, porque llegaron los americanos se terminó la guerra. Y junto a millares de sus soldados liberaron a Sepp Von Papen. Pero no lo dejaron en Alemania. Se lo trajeron acá, a los Estados Unidos, para estudiar sus métodos, sus formas de operar, sus sistemas de espionaje. Sepp brindó cursos en la universidad de Dayton, en la de Illinois, en Cincinnati.

Dio charlas sobre espionaje industrial en grandes fábricas, montó audiovisuales, disertó en West Point...; en suma, tuvo enormes éxitos.

—Es notable.

—Eso mismo. Es notable cómo este país supo reconocer los méritos que, me duele decirlo, mis propios compatriotas no supieron aquilatar.

—Suele ocurrir.

—Pero a mediados del año 60 —reclamó la atención Muller—, a mediados del 60, Von Papen tornó a desaparecer. A esfumarse.

Muller hizo una pausa un tanto dramática.

—Y nunca más se supo de él.

Seller observó al alemán con un leve atisbo de inquietud en su mirada de cernícalo. El técnico regresó a su sillón y adelantó el torso hacia el sirio.

—¿Dónde estaba Von Papen, señor Seller?

Seller contempló a su interlocutor, sin pestañear.

—¡En Congodia, señor Seller — golpeó Muller, con una sonrisa de triunfo, el apoyabrazo de su sillón—, en Congodia!

—¿En Congodia, en el año 60?

—Así es, amigo Seller. Yo, en una época, subestimé a los americanos. Pero

ahora debo reconocerlo, son maestros de la organización. Y es más, son maestros en estructurar organizaciones de anticipación. Anticipación. La ciencia de deducir y prevenir los cambios y alteraciones de la política mundial a la luz de los datos e indicios dados diez, quince o veinte años antes. El Departamento de Anticipación de una gran empresa destacó a Von Papen a Congodia en el año 60.

—¿Quiere decir... —se asombró Seller— que ya en esa época se preveía la realización de este match de fútbol?

—Ya en esa época.

—Porque debo deducir que el

hombre que ha estado mandando el material, las diapositivas y las películas que hemos estado viendo estos últimos días es Von Papen.

—Exactamente, señor Seller, exactamente —Muller asintió, enérgico, con la cabeza.

Luego se puso de pie y se acercó a la ventana. La expresión de su rostro se ablandó un tanto, pero fue apenas un momento. Daba la impresión de que algo lo apenaba, muy dentro suyo.

—Yo no diría —se recompuso— que ya en ese año se sabía que los acontecimientos iban a derivar en un match de fútbol. Después de todo, son

nada más que oficinas de anticipación y no de confección de horóscopos. Pero lo cierto es que allí ya se sabía que Congodia sería un punto geográficamente crucial en medio de un continente africano en plena convulsión. Y además, un punto de posibilidades económicas enormes, como se ha comprobado en la actualidad. Por esto Sepp Von Papen fue destinado a Congodia. Como para tener a alguien de confianza allí instalado cuando se precipitasen los acontecimientos.

—¿Quiere decir que no comenzó a trabajar de inmediato?

—No. Por supuesto que no. Con Van

Papen se hizo un muy buen trabajo. Sin apuro. Se lo mandó allá para que se radicara, que trabajara, que se hiciera de amigos, que llevara una vida normal, rutinaria e insospechable.

—Es una fórmula habitual — corroboró Seller.

—Habitual y eficiente —se entusiasmó Muller—. Nada de actos grandilocuentes ni de disfraces, ni de cosas raras. Varios años, largos años de vida común tranquila hasta convertirse en un personaje insospechable. Y de un año a esta parte, sí, Sepp Von Papen, «El Zorro Plateado de Berchtesgaden» como le llamaban, volvió a la actividad. —

Muller giró sobre sus talones y quedó de pie frente a Seller, quien, sentado, se preguntaba si aquél sería el final del relato.

El alemán caminó hacia un costado de la habitación donde se hallaba, cerrada, una vitrina. La abrió y sacó de adentro una pelota de fútbol. Era el balón que aquella mañana había llegado proveniente de Congodia. Muller la sostuvo entre sus manos y la acarició lentamente. Luego miró a Seller.

—Hay un detalle que me olvidé de contarle —dijo—, y que es indispensable para que usted comprenda la finalidad de toda esta historia.

El alemán volvió a su sillón y pareció rebuscar entre su florido arsenal dialéctico las palabras justas para empezar.

—Cuando los americanos liberaron a Von Papen de su encierro —se animó por último—, yo tuve oportunidad de verlo, una tarde, en una cervecería de Munich. No fue una cita ni un encuentro programado. Fue una simple y agradable casualidad el hecho de que nos encontráramos. Yo no hubiese podido nunca reconocerlo, debido a que en su período de cautiverio había rebajado unos quince kilos y ya no era aquel hombre garboso e impresionante que

conociera años atrás. Pero lo individualicé de inmediato, cuando, al volver del baño de la cervecería al que había acudido por causas que ahora escapan a mi memoria, lo sorprendí revisando unas carpetas que contenían mis papeles profesionales. No sé qué impulso divino detuvo mi mano —se emocionó Muller—, cuando ya lo iba a golpear con la pesada jarra de cerámica. A pesar de los quince kilos menos, entre los pliegues de la piel que le colgaban a los costados de la cara como a un saurio, pude reconocer al gran espía. A Von Papen.

—Un vocacional.

—¡Un amateur, Seller: un amateur!
—casi lagrimeó Muller—. Un hombre que volvía casi de la muerte, de la ignominia, de la degradación, y que aún conservaba el fuego sagrado del amor a su trabajo. ¡Eso es lo que una y mil veces trato de inculcar a mis muchachos! ¡Que sean profesionales, rigurosos profesionales en el cuidado de sus cuerpos, en la dedicación en los entrenamientos, en la disciplina y el trabajo...! Pero que guarden siempre la llama votiva de la vocación, ¡del gusto por el juego!

Muller se quedó mirando a Seller, echado su cuerpo hacia adelante,

levemente inclinada la cabeza hacia el hombro izquierdo, manteniendo en el regazo el balón de fútbol, con los ojos habitualmente secos y opacos ahora recubiertos por una delgada película brillante. Podía decirse que era, pensó Seller, un modelo perfecto para algún pintor impresionista holandés, de aquellos que lograban una particular consistencia pulposa de la luz. Aquel cuadro se llamaría «Labriego y pelota».

Seller se mordió el labio inferior. Conque aquello era todo. La larga y meticulosa perorata sobre la vida y pasión de Sepp Von Papen, «El Zorro Plateado de Berchtesgaden», había sido

desmembrada y expuesta al solo fin de rescatar un epílogo ejemplificador y señero para las jóvenes generaciones de deportistas.

—Es una gran enseñanza —casi murmuró el sirio.

—Recuerdo que pedimos una nueva vuelta de cerveza —prosiguió Muller de repente, y Seller recepcionó la reanudación del relato como un mazazo en la frente, que lo echó hacia atrás—. Para festejar el reencuentro. Y durante casi cuatro horas, ya bien entrada la noche, me estuvo contando sus terribles experiencias en el frente soviético y luego en el campo de concentración. No

se explayó demasiado sobre las razones por las cuales la Gestapo lo había confinado en aquel presidio. Pero recuerdo que fue muy locuaz y generoso en sus relatos. Sobre el final de sus historias y de la cerveza (el dueño del local ya nos había anunciado que casi no le quedaba bebida) —sonrió pícaro Muller— debimos trasladarnos precipitadamente al baño dado que nuestras vejigas nos reclamaban.

—La cerveza.

—Usted sabe. En ese aspecto es una bebida inflexible. Cuando estábamos allí, miccionando, Von Papen me honró con una muestra de confianza y... ¿cómo

decirle? complicidad, que aumentó mi ya enorme respeto y admiración hacia él. Me dijo: «Muller, permítame enseñarle algo, que de todos los recuerdos que traigo conmigo del campo de concentración, es el más firme e indeleble». Y ante mi sorpresa, se bajó los pantalones, hizo lo mismo luego con los calzoncillos, blancos a discretas pintas rojizas, aún me acuerdo, y me mostró el trasero. Seller parpadeó reiteradamente.

—Como lo oye —reafirmó Muller—, Von Papen, el hombre que había desconcertado y enloquecido al alto mando soviético, el espía modelo de

espías, venerado y respetado por toda la juventud germana, estaba en ese momento frente a mí, de espaldas, sosteniéndose los pantalones y calzones con una mano, mostrándome el trasero.

Seller tampoco articuló palabra.

—Y allí, amigo Seller —pareció morder Muller las palabras—, allí, sobre la vieja y ajada nalga derecha, bastante castigada por la mala vida y la desnutrición, allí, leí en letras escritas a fuego con un hierro candente: «Slewiw, 15.324».

Un repentino resorte interno dio la impresión de soltarse desde los nervios anudados en el estómago de Seller,

trepar pecho arriba y golpearle en la base del cerebro. ¿Dónde había leído eso él mismo con sus propios ojos? ¿Dónde lo había leído? Las espesas cejas de Seller se contrajeron exigiéndole a la memoria un esfuerzo ciclópeo. Una gota de transpiración corpulenta como una perla brotó sobre el entrecejo del sirio y resbaló luego por la pendiente de su nariz de caprichosa curva.

—Sí, Seller... —admitió Muller, y con un movimiento despectivo arrojó hacia el sirio el balón. Allí Seller comprendió todo. Hizo girar vertiginosamente el esférico entre sus

manos hasta que ante sus ojos quedó el gajo buscado. En él, en ese hexágono blancuzco y rugoso, se leía: «Slewiw, 15.324».

Por aproximadamente cinco minutos ninguno de los dos hombres habló.

—Lo descubrieron —murmuró Seller por fin. Muller cerró los ojos y asintió.

—Sí, lo descubrieron.

El alemán se levantó de su sillón trabajosamente, tomó la pelota de las manos de Seller y la guardó en la vitrina. Parecía muy cansado y más viejo.

—Así es, Seller —dijo luego, con

resignación—. Lo han descubierto. En la lejana y desconocida Congodia, ha terminado la carrera de Sepp Von Papen. ¿Quién lo hubiese sospechado?

—Es extraño —exclamó Seller—. El hecho de enviar este balón, realizado con la piel de nuestro hombre en Congodia, es, sin duda alguna, un golpe de efecto dramático, pero...

—Ya sé lo que piensa —cortó Muller—. Es un golpe terrible. Muy terrible. Esencialmente destinado a mí, amigo Seller. —Muller se golpeó el pecho—. Ellos sabían perfectamente que yo sería el primero en reconocer en ese balón el nombre del lugar donde se

hallaba el campo de concentración y el número que le correspondía a Von Papen como prisionero. Son de un sadismo total.

—Es cierto.

—Han aprovechado endemoniadamente bien la coyuntura. ¿Qué mejor que una nalga humana para modelar un balón? Incluso tiene ya la forma apropiada para ese uso...

—No quiero pensar... —se sobresaltó Seller.

—¿Qué? —giró Muller sobre sus talones.

—Que el orificio para inflar el balón sea... —El rostro de Muller se

convirtió en una máscara cerúlea.

—No... No —el alemán agitó una mano frente a su rostro, como alejando una posibilidad satánica—. No..., no creo que hayan llegado a ese extremo.

—No. Yo tampoco —descartó Seller.

—De todos modos... —los dos hombres habían comenzado la frase con las mismas palabras y al unísono. Ambos se detuvieron.

—¿Qué decía? —concedió Muller.

—Lo que intentaba decirle —se puso de pie Seller, ya nervioso— es que aun así me parece extraño que una oficina de contraespionaje, como la que

seguramente tiene Congodia, nos haya mandado la evidencia de que han descubierto a nuestro espía.

Muller lo miró, interrogante.

—Sí —explicó Seller—, lo lógico sería que ellos, al descubrir a Von Papen, lo eliminaran, pero sin hacérselo saber a nosotros. De esa forma hubiesen podido hacernos llegar información falsa en tanto nosotros seguíamos convencidos de que era el mismo Von Papen el que nos la suministraba.

—¿Y qué le hace pensar, amigo Seller —sonrió tristemente Muller—, que toda esta última información que

hemos estado consumiendo no haya sido falsa?

Seller quedó en silencio.

—No —reafirmó Muller—. Ellos han preferido sin duda un golpe que afectara nuestra moral. Mi moral, por sobre todas las cosas. Eso para ellos ha sido más importante que suministrar información falsa. Saben que si yo temo, que si yo flaqueo, si yo demuestro inseguridad, eso se transmitirá a mis jugadores como por ósmosis. Yo soy la imagen de ellos. Yo soy la luz de los ojos de ellos.

Seller lo miraba, viendo crecer en él, como una maleza inevitable, aquella

salvaje egolatría que lo caracterizaba. Muller se dejó caer en su sillón.

—Porque ocurre que hay algo peor, Seller —confesó.

El sirio esperó con estoicismo lo que vendría, curtido en parte por los avatares de aquella noche.

—Uno de ustedes... —murmuró Muller—, me traicionará.

En alguna parte había leído o escuchado Seller aquella frase. No supo precisar con exactitud en qué religión, culto o creencia se interpolaba esa oración profética, amarga y fatalista.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Nada ni nadie podía descubrir a

Von Papen en Congodia, señor Seller — se endureció repentinamente Muller—. Nada ni nadie. Y menos que menos esos monos oscuros infradotados. Máxime considerando el sutil y perfecto trabajo que se había hecho con Von Papen. Ya le conté cómo se lo había introducido en Congodia, cómo pasó largos años ganándose simplemente la confianza de todos para poder luego obrar con tranquilidad. Hay una sola explicación, Seller. Lamentablemente es así. Una sola explicación.

Seller no quitaba sus ojos de cernícalo del rostro contraído de Muller.

—En el plantel hay un traidor.

Seller endureció sus mandíbulas.

—Ésa es la única verdad, Seller. Hay un traidor. Hay alguien que informó a Congodia quién era el hombre que trabajaba para nosotros, y que muy posiblemente suministró todo tipo de información sobre nuestro trabajo. ¡Y ese hombre, señor Seller —se alteró definitivamente Muller—, está dentro de nuestro plantel, y cuando juguemos el partido ese hombre nos hará un gol en contra, cometerá un penal infantil o quebrará a uno de nuestros propios jugadores!

Por el cerebro de Seller pasaron, uno a uno, los componentes del equipo.

—¡En este equipo hay un Judas Iscariote, señor Seller! —maldijo Muller y las pequeñísimas venas que cubrían las aletas de su nariz tomaron un tinte carmín.

»Y es para eso —el alemán retomó la calma—, es para eso, ahora vuelvo al comienzo de nuestra conversación, Seller, es para eso, fundamentalmente, que lo he contratado.

Ahora sí, estaban las cosas claras para el sirio.

—Yo ya sospechaba esto, que ahora lamentablemente se confirma. Yo temía que ocurriese algo así en mi plantel. Por eso lo he llamado. No por sus virtudes

futbolísticas.

—Muy bien —aceptó Seller—. No me lastima esto que usted me dice. Estoy muy acostumbrado a trabajar. Y siempre lo he hecho por dinero. Que ese dinero sea para jugar al fútbol o para descubrir un traidor, me da lo mismo. Soy un mercenario, en el buen sentido de la palabra.

—Me alegra que lo tome así —dijo Muller—. Y le digo más, ahora que le he contado esto, me siento mejor. No puedo compartir con nadie mi liderazgo, pero al menos puedo comentarlo con usted.

El alemán se detuvo frente a la oscuridad de la ventana.

—Estoy muy solo, Seller —admitió—. Es tarde —dijo luego, mirando su reloj, y como arrepentido de haber formulado declaraciones que ponían al desnudo sus sentimientos—. Mañana volveremos a hablar. Habrá que pensar rápidamente.

—Lo más rápido posible —acordó Seller.

—Es todo —concluyó Muller. Como si estuviese conectado al cerebro del técnico, Billy abrió la puerta invitando a Seller a retornar a su habitación.

CAPÍTULO 10

Cuando se despertaron a la mañana siguiente, Obdan apreció, sin un solo comentario, el rostro magullado de Seller. Billy «el Asqueroso» y los dos guardias habían contemplado el detalle de no despertar sospechas en el resto del plantel con la salida nocturna del sirio, y antes de devolverlo al pabellón, procedieron a golpearlo durante unos quince minutos con sus pesadas varas de goma. Seller aceptó el rigor sin una queja, consciente de que aquello era con el solo fin de facilitar su trabajo de descubrir al infiltrado.

La práctica de la mañana fue feroz. Seller notó cómo el ritmo y las exigencias de Muller y su esbirro Billy se enardecían con el paso del tiempo. Incluso en los rostros y las actitudes de sus compañeros se advertía una mayor concentración, una crecida introspección. Los diálogos, a medida que se acercaba la fecha del match, se acortaban, las pullas entre ellos eran más punzantes y los conatos agresivos se sucedían.

Seller advertía fácilmente las variantes, dado que se hallaba abocado a detectar el más mínimo gesto, el más pequeño indicio que le pudiese dar una

pista para localizar a aquel, o a aquellos que habían vendido al malogrado Von Papen «El Zorro Plateado de Berchtesgaden». El sirio estuvo estudiando el comportamiento de Ted, el arquero titular en los ejercicios de esa mañana. Muller procuraba habituar al número uno a proteger su cuerpo ante la carga de los rivales. Para ello ubicaba a ambos wings, Zorba y Renault, sobre los laterales del campo a los efectos de que se efectuasen disparos paralelos a la valla, disparos que finalizaran sus parábolas casi sobre el punto de la pena máxima. En tanto, el propio Muller, conduciendo un viejo jeep Willys en el

cual podían apreciarse algunos impactos recibidos en la guerra de Corea, intentaba embestir a Ted, que salía en procura de atrapar aquellos balones esquivos e inquietantes. Ver aquella práctica era un espectáculo entre apasionante y salvaje, comparable a las evoluciones de los «fucados» portugueses ante los desnudos cuernos de los toros Miura, o a las contiendas entre cerdos silvestres e iguanas venenosas, fiestas tan comunes en el sur de Indonesia. Ted debía salir disparado desde abajo de los tres palos que constituían su marco, intentando apresar o bien alejar con un golpe de puño el

esférico aéreo, pero a la vez no podía perder de vista aquella catapulta de hierro verde oliva que se le venía encima bufando y derrapando como un rinoceronte. No obstante, sólo en dos oportunidades logró Muller impactar contra el cuerpo del arquero, y en las dos ocasiones no había logrado imprimirle a su vehículo una velocidad mayor a los 45 km horarios. Tras el sordo estampido del último impacto, Ted se levantó con el esférico entre los brazos, como acurrucado a un infante que hubiese salvado de caer bajo las ruedas del Willys.

Tras practicar durante media hora

aquella severa disciplina, Muller impregnó los balones con una solución de agua jabonosa, aceite y lubricante líquido. Ted debía retener dichos balones entre las manos sin provocar rebote alguno. El plantel en pleno le disparaba desde las inmediaciones del área 18 y se hallaba autorizado a rematar a quemarropa en caso de que el portero no pudiese atenacear algún balón y lo dejase botando en las inmediaciones.

Luego, uno de los hermanos Heineken, Gunnar Heineken, el arquero suplente, tomó el lugar de Ted, cuando a éste Jerry le despedazó el arco

superciliar derecho de un puntapié involuntario.

—Estamos todos locos, Turco — refunfuñó, al lado de Seller, el argentino.

—¿Cómo? —preguntó Seller, advirtiendo que Garfagnoli se dirigía a él.

—Nada, Turco, nada.

—¿Por qué me dices «Turco»?

—¿No eres turco?

—No. Soy sirio.

—Y bueno. Los sirios ¿no son turcos?

—No —se alteró Seller.

—Es lo mismo —minimizó el

argentino.

—No. No es lo mismo.

Garfagnoli no contestó. Continuó mordiendo una brizna de pasto, haciendo un gesto negativo con la cabeza, mientras observaba cómo Billy intentaba aplicar unos puntos precarios sobre la ceja de Ted.

—¿No eres nada de Uwe? —tornó a la carga el argentino.

—¿Qué Uwe?

—Uwe Seeler, el alemán.

—No. Él es alemán. Yo soy sirio.

—Yo decía. Como los dos juegan al fútbol —generalizó Garfagnoli—. Claro aquel alemán jugaba muy bien.

El filoso contenido de la frase no pasó desapercibido para Seller. Pero no contestó. Por otra parte, Billy, con sus manos de comadreja aún ensangrentadas, indicaba que había culminado el trabajo matutino y aguardaba el baño y el almuerzo. Seller resopló con alivio.

—Seller —llamó Billy desde lejos—. Esta mañana usted acusó más peso que el debido en la balanza. Ahora se pesará de nuevo y si aún sobrepasa el límite, no almorzará. —Todos miraron a Seller, que endureció nerviosamente la mandíbula.

—Venga conmigo —chilló Billy.

Veinte minutos después estaban en el bunker de Muller.

—¿Ha descubierto algo? —le espetó el alemán a Seller apenas hubo éste entrado. El sirio se sorprendió.

—No. He estado observando simplemente.

Muller golpeó sobre la cubierta de piano. Seller, familiarizado con el lugar, tomó asiento.

—Pero yo he tenido una enseñanza, señor Muller —alertó—. Una enseñanza a través de mis largos años de trabajo en zonas riesgosas y donde la desconfianza es uno de los más ricos atributos con los que puede contar un hombre.

—Sí.

—Y sé que siempre el traidor es el más impecable en el trabajo, el más voluntarioso, el que más se sacrifica, el que menos desea que caiga sobre él la más pequeña de las sospechas.

—Es cierto —se pellizcó los labios Muller—. Es cierto. Su misma inseguridad lo lleva a excederse en su devoción.

—Cometen el error de no cometer errores —puntualizó Seller—. El temor a ser descubiertos los lleva a no reaccionar nunca con rasgos humanos.

Muller asintió con la cabeza.

—¿Y de quién sospecha usted,

entonces, Seller? —se inquietó el alemán.

—De Ted —no vaciló el sirio. Por un instante los ojos grises de Muller intentaron penetrar a Seller.

—¡No, no! —se ofuscó Muller—. Imposible.

Seller permaneció callado.

—Sería demasiado... —comenzó a decir el técnico, como a quien le costara pensar.

—Obvio.

—Obvio. Sería demasiado obvio —remarcó Muller—. Hasta a un niño lo primero que se le ocurriría sería sobornar al portero del equipo rival. Es

elemental.

—Eso es cierto —admitió Seller.

—El portero se halla en un puesto que es el centro de todas las miradas —continuó Muller, a quien no se le había esfumado aún la ofuscación—. Sus errores son vistos hasta por el menos avisado de los espectadores. Y son fatales. Irreversibles.

—No me negará que sería letal para nosotros —insistió Seller.

—No lo niego. Pero es muy elemental. No, no comparto su teoría.

—Admita usted que Ted muestra una contracción hacia el trabajo, que no es normal.

—Lo admito. O lo admito en parte. Todos mis muchachos son unas fieras — se exaltó Muller—. Nunca lo admitiré delante de ellos. Pero son unas verdaderas fieras. Y todos trabajan a destajo.

—No obstante, el caso de Ted es especial.

—Es cierto. Pero se trata simplemente de que posee un tremendo amor propio. Y quiere conservar el puesto. Gunnar es también un excelente portero.

—También me resulta algo extraña la actitud de esos dos muchachos —dijo Seller, inflexible.

—¿Los Heineken?

—Sí. Tan callados. Tan alejados del grupo.

—Lo he notado —aprobó Muller—. Es que son jóvenes, los más jóvenes del plantel. Y son suecos. Ya sabe usted cómo son los suecos.

—De todos modos me sorprende verlos pasear en los tiempos libres, tomados de la mano.

—Son muy unidos. Siempre han estado juntos. Pero son prolijos y trabajadores.

—Tampoco me resulta del todo convincente el argentino —agregó Seller.

Muller entrecerró un poco sus pequeños ojos.

—Es un poco rebelde. Poco afecto al trabajo. Pero se ha adaptado bien.

Seller se puso de pie, algo fastidiado.

—Pero lógicamente, con sospechas no llegaremos a algo concreto —dijo—. ¿Está usted por completo seguro de que el traidor se halla entre los jugadores?

—Totalmente, Seller. Ningún guardia, ningún asistente tiene acceso a nuestras reuniones de trabajo, a nuestras discusiones de método. El espionaje de Congodia no sería tan inepto como para contactarse con alguien que no tuviese

acceso directo a nuestros secretos.

—Eso es verdad. Es sorprendente, pero al parecer son eficaces.

Seller abrió ambos brazos y resopló.

—Creo —dijo— que tendremos que recurrir a lo clásico.

—¿De qué se trata? —el rostro de Muller translucía un abierto escepticismo.

—Es indudable que la gente de Congodia ya cree saber todo lo necesario. Lógicamente el hombre infiltrado entre nosotros les ha suministrado datos e información, además de notificarles que Von Papen era nuestro espía.

Al escuchar el nombre de Von Papen, Muller pareció cuadrarse.

—La gente de Congodia —prosiguió Seller— habrá considerado que no era necesario saber nada más sobre nuestro equipo, desde el momento en que prefirieron ejecutar a Von Papen.

—Ejecutarlo —la voz de Muller tembló al hablar— y hacérselo saber.

—Eso mismo. Enviarnos el balón equivale a mandarnos una carta diciendo: «Señores, esto es lo que queda de vuestro contacto en Congodia».

—Y equivale también —dedujo Muller— a notificarnos que tienen un

hombre bajo su mando, infiltrado entre nosotros.

Seller se rascó la barbilla.

—De eso no estoy tan seguro —murmuró—. Cientos de espías han sido descubiertos sin mediar el hecho de haber sido denunciados por un traidor.

—No en el caso de Von Papen —se enfureció Muller—. A un hombre de su capacidad, máxime considerando los recaudos que se tomaron, no podían haberlo descubierto a no ser por una delación.

Seller bajó la cabeza y contempló fijamente durante unos minutos el piso.

—Bien, bien —continuó el sirio—.

De una forma u otra tenemos que descubrir de inmediato quién es el infiltrado en nuestras filas.

—Eso es prioridad uno.

—Cosa que no será fácil por una razón simple. La forma de descubrirlo sería obligarlo a actuar, a movilizarse, o lo que es lo mismo, a mandar más información a los suyos.

—Sí, indudablemente de alguna manera esa rata se contacta con la gente de Congodia.

—Pero el problema es... — prosiguió Seller— que aparentemente ya no tiene nada más que informar. Que ya informó lo esencial. Por eso eliminaron

a Von Papen.

—Obligarla a actuar —musitó Muller frunciendo el ceño. Comenzó sus obsesivos paseos a grandes pasos por el recinto.

—¿No hay algún detalle importante, algún dato vital, que a ellos les sería fundamental recibir?

Muller dirigió ahora su vista hacia el techo, como buscando algo en el espacio.

—Incorporaciones nuevas no ha habido —rememoró—. Salvo la suya, que fue la última y que por supuesto ya deben conocer. Las jugadas de «trueque sobre las 18» y «doble cortina sin robo

en la medialuna» también ya las deben haber recibido. Nuestra alimentación es fácil de copiar y además no es vital.

—¿Ejercitaciones, calistenias de grupo, nombres de quienes ejecutarán penales, tiros libres, tiros de esquina? —intentó ayudar Seller.

—Con seguridad ya lo saben —desestimó Muller, encogiéndose de hombros—. Si no a través de la información suministrada desde acá, yo no descarto la posibilidad de la fotografía aérea.

—¿Cree posible eso?

—Estoy seguro. Por eso procuro practicar esas disciplinas en días

nublados. O bajo los cocoteros, que forman un verdadero techo. Debe usted recordar que ayer mismo estuvimos practicando tiros de esquina en la piecita de la utilería.

—Lo recuerdo. No fue cómodo.

—La fotografía aérea hace milagros.

—Sí —concedió Seller—, pero considere usted que no hay un solo metro cuadrado de toda la superficie de los Estados Unidos que no esté controlada por los radares. Ningún avión extraño podría sobrevolar el campo de juego sin ser descubierto.

—Se olvida usted de los satélites artificiales —sonrió amargamente

Muller.

—Difículto que Congodia cuente con satélites artificiales.

—¿Por qué deben ser obligatoriamente de Congodia? —preguntó socarronamente Muller—. Usted parece desconocer, Seller, los intereses que se mueven detrás de este encuentro.

El tono condescendiente del alemán irritó a Seller, a quien, a estas alturas, le costaba contenerse.

—Bien pueden haber alquilado uno —arriesgó Muller.

—O haberlo ganado en un match amistoso.

—No tenemos referencias de eso —
negó Muller, desestimando el aguijón
irónico en el tono del sirio—. Pero
considero seriamente el que nos hayan
estado espiando a través de satélites.
¿Qué tendría de extraño? ¿Acaso
nosotros no lo haremos antes del
partido?

—¿Lo haremos?

—Por supuesto, Seller. El día previo
al encuentro, un satélite artificial nos
dará con precisión milimétrica el alto
del césped en el estadio Bombasí.

Seller silbó entre dientes.

—Ese detalle es fundamental —
deletreó Muller—. Fundamental. Piense

que no podremos salir a la cancha momentos antes del partido para observar el alto del césped. Deberemos saberlo con anterioridad para darles a ustedes los tapones que mejor se adapten al terreno. Por supuesto que también el satélite nos informará sobre el clima, la humedad, el viento y el costo de las entradas populares. Este último detalle no me pregunte cómo lo consigue, porque no lo sé.

—No. No me extraña. En Vietnam ya había fotos aéreas que determinaban cuál vegetación era real y cuál era cortada para camuflaje. Lo sabían a través del contenido de clorofila del

follaje.

—Algo de eso habrá en esto. Hay adelantos tecnológicos que desconozco —reconoció humildemente Muller.

—Por lo tanto —retomó Seller el hilo de la conversación—, no cree usted que haya detalle alguno digno de que un espía se vea tentado a transmitir a sus superiores.

Muller negó con la cabeza lentamente, como un muñeco de ventrílocuo.

—El tipo de linimento que usamos, la dureza de los protectores de las tibias... —contabilizó—, la mira en los lentes de contacto de Gianni...

—No. No —se desalentó Seller—. Debe ser algo de fuste. Algo importante aun siendo falso. Por supuesto que será una información falsa.

—Sí, sí —se oprimió la frente con los dedos Muller—. No sé cuál es el sistema que emplearán estos infames...

—Nuestra salida rápida en los saques laterales, los gestos de Ted antes de sacar desde su marco —continuó acercando posibilidades Seller.

—El sistema... —repitió como alelado Muller.

—¿Cómo?

—¡El sistema! —se golpeó las manos el alemán, triunfante—. Hemos

estado perdiendo el tiempo en tonterías.
¡El sistema!

—¿Qué sistema?

—El árbol nos estaba impidiendo ver el bosque, Seller —exclamó Muller ufanándose de recurrir a una frase acuñada por los forestadores de la Selva Negra—. Lo que más pueden desear conocer los hombres de Congodia es cuál será nuestro sistema. Nuestra ubicación en la cancha. El corazón mismo de nuestro equipo.

Seller lo miró, sin comprender del todo.

—Está claro —se euforizó Muller—. El fútbol, a través de su historia, ha

variado en sus sistemas de juego. Antes se empleaba el 1-2-3-5, luego llegó la Doble V-M, después los brasileños sorprendieron con el 4-2-4, los mismos brasileños pasaron al 4-3-3, bajando a Zagallo más atrás, hubo equipos que optaron por el 4-4-2, etc., etc., etc.

—Y eso es lo que querrán saber los congodios —aseveró Seller—. Qué esquema de juego desplegaremos nosotros.

—¡Claro! Es vital. Fundamental. Allí empieza y termina todo —casi rió Muller.

—¿Y por qué no han esperado a tener esa información antes de eliminar

y publicitar la muerte de Von Papen? — preguntó, aún no muy convencido Seller.

—Porque descontaban que yo no iba a dar a saber nuestro esquema de juego hasta horas antes del partido.

—Entiendo.

—Pero... —advirtió, socarrón, Muller—, yo puedo suministrar esa información a mi equipo mañana mismo. O pasado. Y darle a ese espía la oportunidad de pasarla a su gente.

—Eso es. Eso es —se animó Seller—. Creo que eso sería lo ideal. Lo obligaremos a moverse. A salir de su cómodo refugio actual.

—Venga, Seller —invitó Muller—.

Estudiaremos la mejor forma de tender nuestra trampa.

Seller se sentó en uno de los sillones, junto a la mesita baja. Muller lo hizo al piano. El sirio trabajó hasta bien entrada la noche, en tanto el técnico canturreaba canciones ligeras de los boteros del Rin.

A las siete y treinta de la tarde, el primer mosquito golpeó contra los vidrios de la ventana como un tomatazo. Primero todos miraron hacia el lugar donde había impactado el díptero dejando una aureola de sangre y patas diseminadas, luego se miraron entre ellos. Los ejercicios de «adaptación»

eran, quizás, los más difíciles de sobrellevar, los más resistidos.

Todo el plantel, incluido Billy, estaba encerrado en un pequeño barracón de concreto, con grandes ventanales de vidrios fijos, levantado en pleno territorio de los pantanos. Los hombres se hallaban sentados en torno a una monástica mesa rectangular, advirtiendo que la temperatura dentro de la barraca iba creciendo segundo a segundo. Estaban vestidos con el mismo equipo que lucirían al salir a la grama del Bombasí Stadium y ya el color amarillo de la camiseta comenzaba a tornarse naranja bajo los efectos de la

transpiración, generosamente desprendida de los cuerpos.

—Trote —ordenó Billy, dando el ejemplo y comenzando a corretear en torno a la mesa. El clima dentro del mezquino lugar se fue convirtiendo en un vaho irrespirable. Billy se detuvo frente a los controles del calefactor y llevó el manillar a 50 grados centígrados. Seller giraba alrededor de la mesa junto a sus compañeros y sentía como si la vida se le fuera, licuada, por los poros. De repente, un griterío tremendo, un aluvión sonoro conformado por la conjunción de cien mil alaridos destemplados se abatió sobre el grupo. A pesar de estar

preparados para ello, a pesar de conocer los rigores de los ejercicios de adaptación, hubo hombres que trastabillaron, que cayeron al suelo, que debieron sujetarse a la mesa para no caer o que se taparon los oídos con ambas manos para impedir que los tímpanos se les disgregaran ante la agresión. Cuatro baffles de máxima potencia empotrados en cada uno de los ángulos del barracón disparaban sobre los integrantes del plantel toda la sensación auditiva que les acecharía dentro del inflexible anillo de cemento del estadio congodio. Sumergidos en aquel calor, en aquel pandemónium de

alaridos, explosiones pirotécnicas y cornetas, giraron en derredor de la mesa durante una hora.

La práctica acrecentó su dramatismo cuando los mosquitos lograron penetrar en el recinto a través de las tuberías de la calefacción. Llegaron por millones, ennegreciendo el ya irrespirable tufo del local, y se abalanzaron sobre los hombres con voracidad de pirañas. De allí en más las sonoras cachetadas, los despiadados trompazos sobre las carnes perforadas, los gritos desesperados de rabia e impotencia, se sumaron a aquel infierno. Tras veinte minutos de lucha contra el enjambre ensoberbecido, Billy

pareció considerar que ya era suficiente y optó por hacer descender el volumen de sonido y temperatura. Se abatieron todos, entonces, sobre las sillas, exhaustos, destrozados, con los cuerpos succionados, flagelados y en algunos casos, como el de Zorba, casi duplicado en su tamaño por la dimensión de las ronchas que le habían convertido la piel en una hamburguesa. Jadeaban angustiosamente y Seller pudo advertir, en tanto se quitaba el cadáver de un mosquito que le había quedado tatuado sobre el antebrazo, que Gianni reía, lloriqueaba y sorbía sus lágrimas en el más completo de los silencios. La

ausencia de estruendo los había sumido en un total aturdimiento. Los mosquitos, ante la irrupción del aire casi frío, frente a las bajas que habían mermado considerablemente sus cuadros, y en la mayoría de los casos, la saciedad que había suplantado sus hambrunas salvajes, se retiraban en desorden, amontonándose frente a las tuberías a través de las cuales habían llegado. La puerta se abrió e ingresó Muller. Vestía un buzo negro y tenía puesta la capucha. Una especie de calma se había apoderado del lugar, con sus paredes blancas y los vidrios totalmente empañados. Parecía una cápsula aislada

del mundo y del paso del tiempo.

—Ha llegado el momento —anunció Muller yendo directamente al grano— de que ustedes sepan cuál será el esquema táctico que desplegaremos en el campo de juego. Está de más decirles que deben prestar absoluta atención y seguir mis palabras sin distracciones dado que esto es, en definitiva, el A-B-C de nuestra estrategia a emplear. Todo lo que se ha hecho hasta ahora, los ejercicios, la preparación física, estas prácticas de adaptación, todo en suma, no son nada más que la carnadura, el componente material de nuestro esquema.

Muller miró largamente a sus hombres. Durante cinco minutos no dijo nada, instando a la concentración.

—Tómense de las manos —ordenó luego, casi en un susurro. Así lo hicieron.

»Cierren los ojos —continuó Muller con voz pausada—. Se sienten bien. Se sienten bien. Están bien. Ya nada les preocupa. No sienten los músculos. Están cansados, pero felices. Conformes. El cuerpo desaparece. El cuerpo físico desaparece.

Se hizo otro largo lapso de silencio.

—Flotan —moduló el técnico en voz cada vez más suave—. Ustedes flotan.

Son livianos. Respiran
acompañadamente. Profundamente.
Flotan.

Nuevo silencio.

—Experimentan una sensación de libertad. De apertura. El espíritu se halla abierto. De par en par. Es una sensación de gozo. Una sensación superior. Ya se hallan preparados. Están en paz interior. Son receptivos.

Otro lapso de silencio. Seller percibía tan sólo un inmenso bienestar, la aspereza de los dedos de Obdan en su mano derecha, y el lejano murmullo de un ronquido sobre su izquierda. No se atrevió a abrir los ojos para mirar.

—Están preparados. Aptos — prosiguió monótonamente Muller—. Van ustedes a recibir la revelación de mi filosofía de juego. De mi doctrina. De mi esquema. Les será revelada la ciencia exacta del juego. Mi verdad.

Seller percibió una contracción en la mano de Obdan, y una corriente casi imperceptible le cosquilleó llegando desde los dedos de Renault, a su izquierda. Esta vez la pausa de silencio se prolongó a ocho minutos.

—Y yo les dije —elevó la voz Muller— nos guiaremos por la «Quíntuple Armonía». Y será simple, como son simples las cosas perfectas.

Cinco líneas de dos, frente al arquero. Y será así: el arquero, y dos, y dos, y dos y dos y, finalmente otros dos. Y ustedes controlarán las líneas, cerrarán los espacios y llenarán los vacíos. Y aquellos que estén en retaguardia serán respaldo, cubrirán las puntas y relevarán los cierres sobre los punteros enemigos. Los de vanguardia abrirán el campo, colonizarán los extremos y picarán a los vacíos. Y así será la «Quíntuple Armonía». Nuestra guía. Y será verdad. Y en la noche de Congodia, nuestra voz de gol será la luz. Y la luz, la luz del sol al mediodía.

En esta ocasión el silencio se

prolongó por mucho más tiempo. Sólo el extemporáneo gorgoteo de aquel ronquido subversivo tremolaba en el aire. Finalmente Sellar abrió los ojos. Muller, ante la cabecera de la mesa, tenía el rostro hacia el techo, los ojos cerrados, los brazos levemente abiertos. A sus espaldas, como desentendido del clima ritual, del recogimiento, Billy armaba una pizarra de trípode. Poco a poco fueron recuperando los hombres la animación, se suscitaron cortos diálogos, cuchicheos. Muller abandonó su postura relajatoria y tomó una tiza. Dibujó un punto sobre la superficie de la pizarra.

—Seller —dijo, señalando la pequeña circunferencia blanca.

Dibujó otro punto a la izquierda del primero.

—Garfagnoli —dijo.

Siguió dibujando puntos hasta que completó los once que conformaban el equipo. Luego de cada uno de los puntos hizo salir dos, tres o más flechas que circulaban por la pizarra en distintas direcciones.

—Cada uno de ustedes. Y sus funciones —explicó Muller—: Sus canales de traslado. Sus andariveles de movilización.

Golpeó con la tiza sobre el punto

que personificaba a Jerry.

—Punto de arranque.

Golpeó el punto que señalizaba la ubicación de Obdan.

—Punto de enlace y lanzamiento.

Proyectó tres líneas veloces hacia adelante a partir de Obdan.

—Lanzamientos constantes hacia zonas vacías.

Miró a su platea.

—¿Cómo se genera este vacío?

Encerró en un círculo de tiza una zona desierta.

—Zorba y Renault se echan atrás. Deshabitan la zona. Se genera un ámbito de nadie. Una Nada. Así como hay un

Todo, hay una Nada. Cuando nuestra defensa estrecha líneas y nuestra línea de medios se recuesta sobre nuestra propia línea de última defensa, se genera un Todo. Hay una interrelación de fuerzas. Un equilibrio. Un equilibrio, podríamos decir, cósmico. Regido por las mismas reglas armoniosas del espacio. Pero si quitamos la gente — Muller borró con presteza dos o tres puntos— de este ámbito, nosotros mismos producimos una Nada. La antirrelación. Y allí va nuestro número nueve. —Con una tiza proyectó una línea recta hacia la zona yerma.

—Ese hombre corre hacia la Nada.

Es el Hombre. ¿Quién es ese hombre?
¿Por qué corre? ¿Qué se pregunta?
¿Están sus respuestas en la Nada? ¿Cuál
es el motivo de su movimiento? ¿Qué
persigue?

Muller sonrió mansamente y,
mirando a sus muchachos, golpeó
nuevamente el puntito que corporizaba a
Obdan.

—Corre hacia el pelotazo que llega
desde aquí. Es un mensaje que le llega
desde más atrás. Este mensaje es lo que
busca el Hombre en la Nada. Porque
está allí, en la Nada, solo y esperando.
¿Qué piensa el Hombre? Piensa: ¿Quién
soy? ¿Qué hago aquí? ¿Por qué estoy

aquí? ¿Para qué he corrido hasta aquí si no me llega ningún mensaje? Se produce en él, en ese Hombre, la angustia conceptual de ir en busca de un balón y no tener respuestas. Es tener las preguntas y no tener las respuestas. Está solo. ¿En qué cree? ¿Será capaz entonces de recomenzar la marcha? ¿Será capaz entonces de correr hacia una nueva Nada?

Muller recorrió con sus ojos grises los rostros de sus dirigidos.

—¿Y por qué corre el Hombre hacia la Nada? —preguntó—. Porque lleva un estigma. Una marca. Le han puesto una marca sobre sus espaldas y arrastrando

a esa marca, soportando esa marca corre hacia la Nada en busca del mensaje que llega desde más atrás. ¿Ha nacido acaso con esa marca? ¿Es un castigo congénito o hereditario? No. No. Nada de eso. Es una marca que los mismos hombres le han puesto como una maldición. Por eso el Hombre escapa. Escapa incluso a sí mismo. Busca. Busca permanentemente. Es posible que no encuentre fórmulas para llegar a la meta. Puede que le parezca que todas las puertas están cerradas con un pesado cerrojo inexpugnable. Lo acosan los hombres y las leyes. Se ve acorralado por su marca candente y por la ley del off side, que lo

margina y lo anula. ¿Qué puede hacer el Hombre en...?

Muller debió interrumpirse ante los convulsivos sollozos de Dagomir. Algunos de los compañeros del moreno lo palmearon sobre las dilatadas espaldas, pero el desconsuelo del brasileño era enorme.

—No nos dejemos vencer por la incertidumbre —restalló la voz de Muller generalizando—. Todas las respuestas están en la «Quíntuple Armonía». No se sientan desamparados ni perdidos ante las incógnitas profundas del juego ni dejen que el agnosticismo los derrote.

El alemán abrió los brazos hacia ambos costados del cuerpo y culminó su proclama.

—La «Quíntuple Armonía» es la respuesta.

Cuando Muller se marchó, los demás, antes de abandonar el recinto se reunieron en derredor de Dagomir, quien aún hipaba y se sacudía por el llanto.

—Qué hermoso habla —barbotaba totalmente plegado en su silla—. Qué hermoso habla.

CAPÍTULO 11

La irrupción de Frankie Lane en el pequeño complejo deportivo fue intempestiva, si se quiere agresiva, pero de algún modo quebró la rígida rutina del adiestramiento. Quien primero trabó relación con él fue Jerry Kaminsky, el ex piloto de pruebas, nativo de Cincinnati, cuyo rostro tenía la consistencia de una goma de mascar usada.

Aquella noche, Jerry se disponía a dormir cuando percibió que alguien tironeaba de su pie derecho. Primero supuso que se trataba de su compañero de habitación, Pedro, el gigantesco

mejicano, quien estaría llevando nuevamente a la práctica su temperamento paternalista y procuraría quitarle los botines de fútbol. Pedro solía arroparlo, por las noches, cuando creía que Jerry ya se hallaba dormido e incluso en ocasiones le cantaba algún arrullo indígena o bien una simple canción de cuna que repetía hasta el cansancio: «Duérmase mi niño, que ya no quedan alacranes en Durango».

Ante la reiteración de los tirones, Jerry sintió disiparse el mórbido sueño que lo había echado boca abajo en el lecho, y reflexionó sobre la realidad: él se había arropado bajo las sábanas y por

lo tanto eso hacía difícil que Pedro pudiese quitarle los zapatos.

Un segundo después de aquella reflexión, Jerry sintió como si su pierna derecha se hubiese visto de pronto atrapada, serruchada y lacerada por los helados dientes de una trampa de lobos. Gritó, con un alarido que sacudió todo el pabellón. Algo, o alguien, le masticaba con fruición la carne musculosa a la altura de la pantorrilla. Se encendieron las luces, y cuando, Billy y el resto del plantel entraron en desordenado tropel a la pieza, Jerry se hallaba de pie sobre la pequeña mesa de luz, envuelto en las sábanas, recostado

contra la pared, con el pánico
atravesado en las pupilas enloquecidas.
A su lado, Pedro, en calzoncillos,
blanco como un papel, lo miraba sin
atinar a decir palabra.

—¡Ahí, ahí —señaló Jerry la cama
— algo me mordió, quería comerme!

Todos miraron hacia el revuelto
lecho pero no vieron nada.

—Has estado soñando, Jerry —
dictaminó Billy, ofuscado.

—¡No, no! ¡Ningún sueño! ¡Allí
adentro había algo, un perro, un oso!

Todos miraron a Jerry con cierta
pena. Algunos, como para no
abandonarlo en su desasosiego,

registraron los rincones más cercanos de la habitación.

—Vendrás conmigo, Jerry —deslizó sibilinamente Billy, casi contento—. Has despertado a los muchachos, y eso está mal.

—¡No he soñado! —vociferó Jerry—. ¡Miren!

Arrojó al suelo las sábanas y mostró su pierna derecha. La media de fútbol estaba destrozada y, abajo de ésta, el protector de aluminio aparecía raspado, torcido y perforado en diversas partes. Incluso había pequeños hilos de sangre, que vertía la carne rasgada.

Seller observó con detención las

marcas.

—Lo ha mordido algo —dictaminó.

—¡Me ha mordido algo! —estalló

Jerry al borde de las lágrimas.

El resto del plantel se abalanzó sobre él, procurando ver de cerca su media hecha jirones.

—Podría ser una nutria —arriesgó Obdan—. Por acá hay muchas nutrias.

—O un castor.

—Parecen marcas de dientes más grandes —estudió Seller.

—Los castores tienen dientes grandes —asesoró Gianni—. Cortan árboles.

—No ha sido un castor —meneó la

cabeza Seller.

—Tal vez un mapache.

—¿Cómo podría filtrarse un mapache acá adentro?

—Parecían los dientes de un pez — se asombró Seller, recorriendo con el dedo índice las estrías dibujadas en el protector de metal.

—¡Un tiburón! —gritó Dagomir. Algunos lo miraron con asco.

—¡Bueno, basta, basta, se acabó! — chilló Billy—. Todos a dormir. Mañana averiguaremos quién es el autor de esta broma.

—Te ha salvado el hecho de tener puesto el protector —dijo Seller a Jerry,

que aún jadeaba aterrorizado.

—¿Y por qué duerme usted con la ropa de fútbol? —se enardeció Billy.

—Por si había algún simulacro nocturno de salida al campo —contestó Jerry.

Billy se desentendió del asunto y golpeó repetidamente las palmas de sus manos. Dos guardias habían aparecido en la puerta.

—¡A dormir, a dormir! —ordenó Billy—. Mañana arreglaremos este asunto.

Los hombres fueron abandonando la habitación, con murmullos y cuchicheos.

—¡No me dejen! —rogó Jerry—. No

me quedaré solo con ese monstruo oculto que está dispuesto a devorarme la pierna.

—Acuéstate —se le acercó Pedro—. Yo me quedaré despierto, cuidando.

—No te inquietes, Jerry —sonrió Billy—. Usted no se quedará en la habitación. Usted vendrá conmigo. Ha cometido una falta grave a la disciplina.

Jerry se mantuvo contra la pared, y los guardias tuvieron que ir a buscarlo.

Seller se acercó a Billy y le dijo en voz baja:

—Escúchame, puede ser cierto lo que Jerry dice. Deberíamos investigar.

—¿No conoce usted a Jerry? Haga el

favor de no meterse.

Seller apretó los puños. Sin duda a Billy lo ofuscaba el hecho de saber que el sirio era el confidente de Muller, lo que le daba cierta impunidad.

—¡Vamos, Best! —lo tomó Obdan del brazo—. Sin duda Jerry ha soñado.

—¿Soñado? —se revolvió Seller—. ¿Acaso no has visto esas marcas en la pierna?

—Tal vez se las hizo hoy en la práctica y recién lo descubre.

—Esas no eran marcas de tapones.

—Massimo suele jugar con botines de alpinismo.

—¿Con clavos?

—Sí.

—Ésas no eran marcas de clavos — insistió Seller.

—Puede haber sido una broma de los muchachos —consideró Obdan—. Renault gusta de este tipo de chanzas.

—Un humor muy francés.

—Sí. No me extrañaría que haya puesto una trampa de zorros en la cama de Jerry.

—Podría haberle inutilizado una pierna.

—Son cosas de muchachos — contemporizó Obdan.

—Oye, podría... —Seller no terminó la frase. La posibilidad de un

atentado había invadido su cerebro. La obra de un traidor dentro del grupo se le presentaba ahora como factible. Prefirió no comentarlo ante Obdan.

—Además —prosiguió tranquilamente el polaco—, tú sabes cómo es Jerry.

—¿Qué es eso de «cómo es Jerry»? Todos me dicen lo mismo.

—Tú sabes lo que le sucedió.

—No. ¿Qué le sucedió?

—Ah. ¿No lo sabes?

—No.

—Cuando era piloto de pruebas, al parecer tuvo un problema con un avión.

—Es común —apuró Seller.

—Sí. Se le desprendió la cola de un caza —dijo Obdan—. Así lo contó él. Abrió la carlinga y accionó el asiento eyector. Pero no se había percatado de que estaba volando bajo un superbombardero B-28. Se dio con la cabeza contra la panza del superbombardero. Llegó a tierra con el paracaídas abierto pero sin conocimiento. Al superbombardero tuvieron que radiarlo de servicio.

—Y no quedó bien.

—No quedó bien.

Aquello fue lo último que se comentó esa noche sobre el extraño episodio en la habitación de Jerry. Pero

a la noche siguiente los alaridos de terror se repitieron y en esta ocasión provenían de la habitación que Gianni compartía con Massimo. Nuevamente todos corrieron hacia allí y al abrir la puerta, sobre la cama de Gianni, lo vieron: un cocodrilo de tono verde musgo, de unos dos metros de largo, masticaba parsimoniosamente un botín de fútbol.

—¡Un cocodrilo! —fue el grito general.

—¡Me metí en la cama y toqué algo frío con la rodilla! —explicó, al borde de una crisis, Gianni.

—¿Te mordió? —preguntó Ted.

—No. No alcanzó a hacerlo. Sólo pudo atraparme el botín.

—¡Traigan un arma, un palo! —
buscó Renault por la pieza.

—¿Han visto, han visto? —llegó chillando, exultante, Jerry—. ¡Es el mismo que me atacó a mí!

—¿Cómo puedes saber que es el mismo?

—Lo reconozco por el aliento.

Nadie se animaba a acercarse demasiado al saurio, que aún permanecía sobre la cama, sin dar muestras de temor, dedicado ahora a devorar una almohada.

—Es un alligator americano —

documentó Seller—. Un Alligator Missisipiensis.

—¿Y cómo pudo haber llegado hasta acá?

—Parece Dagomir —se rió alguien atrás.

La broma aflojó un tanto la tensión. Fue cuando volvió Billy con uno de los guardias; portaban una escopeta.

—No le tiren allí —solicitó Gianni—. Ensuciarán mi cama.

—No le tiren, es simpático —pidieron algunos otros.

Lo cierto fue que, tras algunos cabildeos, agrias discusiones con Billy, y finalmente con la aprobación de

Muller, se optó por no ejecutar al saurio.

—Todo grupo humano necesita sus fetiches —explicaba luego el técnico alemán a Seller—. Necesita sus símbolos. Sus mascotas. Hay equipos que salen al campo con algunos de los hijos pequeños de sus jugadores. Otros han salido con perros. Incluso supe de un conjunto colombiano, el Santa Fe de Bogotá, que tenía un león como mascota.

—¿Salían con él a la cancha? —preguntó Seller.

—No. Pero lo tenían en una jaula en la sede social. Y nosotros no tenemos por qué no disponer de alguna mascota, que por otra parte sirve para distraer un

poco a los muchachos y divertirlos.

Así fue como Frankie Lane (nadie nunca supo bien con exactitud el motivo de que fuese bautizado con ese nombre) quedó incorporado al plantel. Se reveló como un animalito tranquilo y por sobre todo, fiel. Correteaba detrás del grupo cuando éste salía a realizar los trotes matinales, y no cejaba en el intento de seguir obcecadamente a cada uno de los integrantes del equipo cuando se hallaban en el pabellón. Su natural lentitud le impedía alcanzar a los deportistas, detalle que parecía ser ventajoso para éstos, dado que el cocodrilo lanzaba tarascones

impresionantes a los tobillos más cercanos, haciendo restallar sus poderosas mandíbulas con un ruido de tablas que se golpean de plano.

Jerry, que se había encariñado con Frankie a pesar de su primer y cruento enfrentamiento, ejercía sobre él un cierto tutelaje. En cierta manera, decía, estaba agradecido a Frankie por no haber desaparecido tras la primera noche y haber contribuido con su posterior presentación a disipar algunas dudas que subsistían en el plantel sobre su salud mental.

A Frankie se le habilitó un casillero en la pequeña sala de utilería, y en él

dormía por las noches hasta la mañana cuando Jerry acudía a abrirle la portezuela metálica que, a instancias de Gianni y otros miembros del equipo, se clausuraba con candado. Durante el día, Frankie quedaba suelto, y el único inconveniente era el hecho de que los atletas debían desayunar y almorzar sentados sobre sus sillas en posición de Buda debido a que el saurio solía incursionar por debajo de la mesa, ansioso de probar la reciedumbre de sus molares. No hubo manera de vestirlo con la camiseta del equipo o proveerlo de una bandera del conjunto para que la sostuviese con los dientes. Las

camisetas se arruinaban de inmediato por la ancestral costumbre de Frankie de arrastrarse por los pantanos y las banderas desaparecían entre sus fauces de natural sonrisa con un crujir de madera astillada y tela rota.

—¿Siempre les ha permitido escribir cartas? —preguntó Seller. Era de noche, y Billy había sacado al sirio del pabellón con la excusa de que debía castigarlo ante su reincidencia en roncar exageradamente.

—Sí —aceptó Muller—. Ahora comprendo que fue un error. Pero yo no

podía imaginar que hubiera un traidor entre nosotros.

—Por supuesto.

Seller alzó las cejas en un gesto de escepticismo.

—Pero impuse reglas estrictas —se apresuró a informar Muller—. No podía prohibirles escribir a sus familiares o amigas. Hubiese sido crear un clima de prisión. Un clima molesto e inútilmente tenso. Pero sí había ciertas prohibiciones.

—¿Como ser?

—Como mencionar con exactitud en qué lugar nos encontrábamos, qué estábamos haciendo, para qué, y todo

eso.

Seller ordenó el cúmulo de correspondencia que se hallaba sobre la mesita.

—Sólo les he permitido enviar cartas muy tontas, o formales —continuó Muller—, como ser: «Estoy bien. Saludos», «Entrenamos fuerte. Te extraño».

Muller prosiguió, simulando escribir en el aire:

—«Desde estas hermosas tierras del continente americano...», en fin. Pavadas.

—¿Y cómo hacía usted para controlar que cumpliesen con esas

disposiciones?

—De la misma forma que haremos ahora. Abriendo la correspondencia.

—Ahá, ahá... ¿No ha habido sospechas?

—No. La caseta postal más cercana está a 20 km en lancha. Por lo tanto, Billy se encarga de reunir las cartas con la excusa de llevarlas hasta allí.

—Ahá, ahá —murmuró Seller, rascándose la barbilla.

—Al principio, incluso llegamos a quemar algunas cartas, que no nos satisfacían —prosiguió Muller sentándose frente a la mesita—, pero luego comprendí que eso era

contraproducente. Los jugadores, al no recibir respuesta, podían comenzar a sospechar.

—Bien, bien —acortó el diálogo Seller—. Vamos a lo nuestro.

Sin mayor cuidado, comenzaron a abrir los sobres y controlar las cartas. Veinte minutos después Seller arrojó la tijera sobre la mesa, se repantigó confuso en el mullido sillón y miró los papeles desplegados sobre la mesita.

—Es inútil —sentenció.

—Nada —refunfuñó Muller, repasando aún la tarjeta postal—. Nada de nada.

Seller chasqueó la lengua entre los

labios, abstraídamente.

—Hemos sido muy ingenuos —
masculló—. Es obvio que nadie se
arriesgaría a mandar una carta
escribiendo expresamente los detalles
secretos de nuestra organización.

—¿Piensa usted que el espía
sospecha que la correspondencia se
controla?

—Por supuesto. Esto no ha servido
de nada.

Muller revolvió con sus manos el
montón de cartas.

—Es cierto —dijo—, son las cartas
de siempre... postales... textos cortos...
Las habituales preguntas de Renault a su

madre sobre la salud de su perro..., los saludos de Obdan a su analista..., los dibujos pornográficos de Zorba a su novia...

—Ésos no los vi —se interesó Seller.

—La revisé yo —aclaró Muller, buscando entre el papelerío.

—¿Siempre manda ese tipo de cosas?

—Sí, acá está —Muller alargó al sirio un papel.

Seller lo miró con atención frunciendo los labios y asintiendo con la cabeza.

—No son muy buenos los dibujos —

dictaminó, conoedor—, pero muy expresivos.

—Algo infantiles.

—Sí, infantiles. Pero con detalles francamente de persona mayor. Mire estos pelos.

—Hummm... —aprobó Muller.

—O esta protuberancia... Hay zonas confusas, es cierto. Esto parece ser una pierna...

—Tal vez sea un poco exagerado en ciertos atributos.

—La imaginación de los griegos es sustancial.

—En otras ocasiones ha enviado collages —asesoró Muller.

—Muy bien logrado, con preservativos pegados al papel.

—Ahá. —Seller abandonó la carta sobre la mesa.

—Hay que conocer a la novia para comprenderlo —agregó, con lógica, Muller—. Le envió una foto en una carta. Por supuesto que previamente pasó por mis manos. Es una bella muchacha.

—No la he visto.

—Ni la verá, Seller —cortó, tajante, el técnico alemán—. La requisé. No quiero ninguna imagen de mujer en la concentración.

Seller frunció el ceño.

—No, Seller, nada de mujeres. Nada. —Se puso de pie Muller, algo enojado, advirtiendo el gesto del sirio.

—Las mujeres nada tienen que ver con el fútbol. Ni como participantes, ni como espectadores, ni como nada. Mis jugadores tienen que vivir las 24 horas del día pensando solamente en el partido. ¿Para qué cree que los he traído a esta zona? Porque no hay nada que los pueda atraer en kilómetros a la redonda. Los futbolistas, luego de dos meses de concentración e incomunicación, huelen una mujer a tres kilómetros de distancia. Primero pensé en llevarlos al desierto de Nevada, aun rancho en pleno

desierto. Pero en ese paisaje hay promontorios rocosos, sugestivos, Seller.

Muller dibujó en el aire líneas curvas.

—Son formaciones rocosas muy antiguas, en una zona de vientos permanentes que las han erosionado y las han redondeado —continuó Muller con un brillo concupiscente en sus ojos de por sí opacos—. ¿Me entiende? Son rocas con formas sugerentes, que invitan a la imaginación. Le aseguro que yo estudiaba ese paisaje y se me antojaba que contemplaba enormes senos, muslos pétreos, hombros mórbidos...

El alemán frotaba sus propios hombros, y su voz se entrecortaba. Los labios se le habían tornado de pronto aguachentos.

—No podía llevar a mis muchachos allí —se recompuso Muller—. Hubiese sido como concentrarlos en un porno-shop.

—Sin embargo, la abstinencia prolongada no creo que sea lo ideal, mister Muller —se atrevió a dudar el sirio, quien experimentaba desde hacía días en carne propia los primeros tironeos públicos bajo los suspensores.

—¡Nada! ¡Nada de mujeres! —tronó Muller—. Ni de mujeres, ni de charlas

de mujeres, ni de imágenes de mujeres.

—Hay ciertos reclamos fisiológicos... —insistió sin brío Seller.

—Los conozco, señor Seller. No crea que no los conozco. Yo he visto las cartas de Renault con sospechosas manchas sobre el papel. Y no eran lágrimas, se lo aseguro. Ni tampoco perfume. Pero bien..., para esos reclamos fisiológicos están las poluciones nocturnas. ¿O para qué están las poluciones nocturnas?

—No es muy agradable.

—Puede sonar adolescente —afirmó Muller—. Pero es simplemente lo que la sabia Naturaleza quita al cuerpo humano

cuando éste se atiborra de excedente. La Naturaleza misma gradúa el organismo.

—Supongo que hay diversas teorías —persistió en su postura Seller—. Tengo entendido que el seleccionado holandés se concentraba con sus mujeres.

—¡No puede traer como ejemplo a esa caterva de degenerados asquerosos! —se alteró definitivamente Muller—. ¡Maníacos sexuales jugando al fútbol! ¿Y cuáles fueron sus resultados? ¿A ver? ¿Cuáles fueron los resultados que obtuvieron esos señores, cuáles?

Seller se mantuvo callado; estaba bordeando un tema demasiado urticante

para la austera filosofía del técnico.

—No, Seller, no —dijo Muller—. Todo aquel atleta que desee ser una estrella del fútbol debe marginarse del problema «Mujeres»; escuche...:

El alemán se sentó en su sillón y lo acercó al de Seller, echó hacia adelante el cuerpo, aproximando su rostro al del sirio. Éste, por un instante, temió que Muller lo tomase de la mano.

—Yo tuve un jugador, en el Dynamo de Kiev —comenzó a narrar Muller en tono casi confidencial a pesar de que se hallaban solos en la sala—, al que siempre recuerdo como un verdadero ejemplo de contracción a una causa.

Slava Planika se llamaba, un joven delantero, toda una promesa. Vivía para el fútbol. Pocas veces conocí a alguien que se dedicara tan por entero a una actividad. Pero ¿qué sucedía? Era esbelto, atractivo, y además, famoso. Vivía en una pequeña aldea cercana a Kiev y las mujeres lo perseguían con más perseverancia que los defensores rivales. Pero él se mantenía incólume, ajeno a esas enloquecidas que lo jaqueaban, que le hablaban por teléfono, que llamaban al timbre de su casa, que se introducían en su coche.

»Y a mí me consta que esa actitud, a él, le costaba mucho —prosiguió—.

Imagínese, Seller, un muchachito joven, de 22 años, sano, con las apetencias lógicas de la juventud... ¡Un semental, Seller, un semental!

—Lógico.

—Incluso llegó a sufrir la maledicencia general —se enfureció Muller—. Se llegó a comentar en Kiev que este muchacho, este santo, era homosexual. De esa forma pagaba la gente la devoción de Slava por su oficio.

—Las parcialidades suelen ser feroces —afirmó Seller.

—Usted bien sabe que el público soviético no es de los más expresivos,

pero las cosas que le gritaban a este muchacho en la cancha eran crueles. Pero ése no es el centro del problema, Seller. Slava hacía oídos sordos a todo eso. A los rumores. A los chismes. A la envidia. Porque lógicamente lo envidiaban; en el campo de juego era una fiera. No había forma de contenerlo, era un relámpago.

—¿No canalizaba allí, de alguna forma, su incontinencia? —analizó Seller.

—Lo que fuese —prácticamente descartó Muller—. No nos pongamos freudianos, es cierto que él me contaba que cada gol que hacía lo llevaba al

éxtasis. Pero lo visible, lo concreto, es que en el campo de juego era un crack. ¿Y qué ocurrió?

Las prolongadas pausas que seguían a las acostumbradas preguntas de Muller en medio de sus peroratas, tenían la virtud de soliviantar a Seller, pues se sentía como obligado a arriesgar alguna respuesta, sabiendo, por otra parte, que dichas preguntas eran tan sólo muletillas que el alemán empleaba como apoyaturas para generar cierto clima de misterio.

—¿Qué piensa que ocurrió, Seller?

—No tengo ni la más remota idea de lo que ocurrió.

—Slava se enamoró —dijo, desconsolado, Muller—. Era lógico. Está dentro de los planes de todo hombre joven. Pero se enamoró de una muchacha, estudiante avanzada del circo de Moscú, que era una verdadera maravilla. Físicamente, le estoy hablando. Porque, como persona, era una hiena sedienta de sexo. Una ninfómana.

—Terrible.

—Fatal. Slava estaba enamorado, y sufría lo indecible resistiendo a pie firme los embates de esta devoradora que lo excitaba con los más bajos recursos. Usted no sabe, Seller, todo lo

que hice yo por alejar a esta obsesiva de Slava. Pero fue inútil. ¿Y, finalmente, qué hizo Slava, amigo Seller?

El sirio resopló como un fuelle.

—No tengo la más remota idea de qué hizo ese muchacho.

—¿No lo imagina?

—La abandonó.

—No, Seller. Se castró.

Seller sintió como un puntazo en los ijares, y contrajo los músculos del cuello.

—Hizo lo que debe hacer un deportista íntegro, Seller —ladró Muller—. Cortó por lo sano. Adiós deseos y tentaciones. ¡Zap! Adiós demonios de la

lujuria. Y allí, Seller, allí...

Muller golpeó con el dedo al sirio, que aún transpiraba.

—Allí se demostró que esa mujer no lo quería. Cuando se enteró del corte que Slava le había dado a la situación, lo abandonó. Quedó en claro que ella sólo lo buscaba, atraída por el sexo, por la codicia del placer. No por los valores espirituales del muchacho, que los tenía a racimos.

—De todos modos —opinó Seller—, me parece una determinación demasiado drástica para obtener el éxito. Si todos los futbolistas hicieran así, la raza de los futbolistas ya se

habría terminado.

—Pero hubiese terminado como las grandes razas, Seller: limpia —acotó Muller—. Pero dejemos ese otro tema. Es algo complicado de discutir.

—¿Preservó de esa forma su eficacia aquel jugador?

Muller miró hacia otro lado y apretó los labios.

—Le ocurrió algo extraño —murmuró—. Comenzó a engordar. A los dos meses de la operación, había engordado 18 kilos. Adoptó una vida sedentaria. Se pasaba largas horas junto al fuego de su estufa de leños...

—Como los gatos.

—Eso. Como los gatos capones. Tomaba muchísima leche. Fracasó, en una palabra.

—Ya lo ve —acicateó Seller.

—¿Qué veo? De no haber sido por las mujeres, Slava no hubiese tomado esa determinación, Seller. No sea obtuso.

Molesto, Muller volvió a pararse y a girar por la sala.

—¡Por eso a mis jugadores los vigilo permanentemente, día y noche, para mantenerlos alejados de la tentación! Pero parecen machos cabríos. Sólo falta que aúllen por las noches como los lobos en celo. Vea si no el

caso de Dagomir...

—¿Dagomir?

—Sí, Dagomir, ese negro. Descubrí que en la cara interna de la tapa de su casillero, en el vestuario, tenía pegada la imagen de una virgen. Alguna santidad brasileña, por supuesto. Me dijo algo de una diosa bahiana, una virgen que protege a los pescadores.

—Parece un hombre muy religioso.

—¿Religioso? —trepidó Muller—. ¡Vicioso! Eso es lo que es, un vicioso. Un día me acerqué a ver esa imagen supuestamente divina y comprendí por qué ese negro tenía eso allí. Era una figura litúrgica, es cierto, pero bajo la

túnica se adivinaban unos pechos voluminosos, turgentes... —Muller arqueó los dedos sobre sus propios pectorales y la frente se le cubrió de transpiración.

—... Ehhh —se esforzó en ser gráfico—. Opulentos. Eso: opulentos. ¡Religioso! Ese negro se excitaba con esa imagen, Seller. Y no quiero decir con esto que sólo él podía excitarse con esa estampa. A cualquier hombre con un poco de sangre en las venas le hubiese pasado lo mismo.

—¿Le quitó usted esa figura?

—Por supuesto. Por supuesto. Le dije a Billy que una noche le abriese el

casillero y se la tirase. Hacerlo directamente frente a él hubiese sido crear un rencor inútil. De esa manera, Dagomir debe haber quedado convencido de que fue alguno de sus compañeros quien se la birló.

Seller se rascó la cabeza, dubitativo.

—Tienen una habilidad increíble para agenciarse de estas cosas — prosiguió Muller. Poco antes que se integrase al plantel, los noté alborotados una mañana al entrar al vestuario. Intentaron ocultar algo. Les exigí que me entregaran lo que fuera. Me dieron un sobre. Lo abrí y allí dentro no había nada. Reconocí el sobre. En él había

llegado una carta para Zorba con una foto de la novia, foto que por supuesto ya había requisado. ¿Qué había de interés en el sobre, señor Seller?

Seller dijo para sus adentros: «No tengo la más remota idea de qué podía tener ese sobre».

—Una estampilla con la efigie de la princesa Margarita. Eso tenía.

—¿La princesa Margarita?

—La princesa Margarita. Y estos miserables, estos falócratas, se regodeaban apreciando el escote de esa mujer. ¿Puede usted creerlo?

Sin duda, aun para un temperamento apasionado y proclive al desenfreno

sexual como el del sirio, aun para una lascivia exultante como la de Seller que lo llevaba en ocasiones a erizarse por el solo acto de recorrer con sus dedos las insinuantes curvas de una botella de Coca-Cola, aquello era difícil de aceptar.

—No entiendo —dijo—. ¿Qué puede verse en un sello postal?

—Lo mismo pensé yo, Seller. Por algo ese detalle se me había pasado por alto en la censura previa. Pero luego, cuando observé el sello con detenimiento comprendí que la cosa no era descabellada. Era un escote bastante pronunciado. —Muller deslizó el canto

de su mano derecha horizontal por sobre su plexo solar.

—Podía adivinarse el nacimiento de los senos. Y había en la efigie una mirada que no tenía nada de realeza, sino más bien un algo de «aquí estoy, tómame» que le aseguro, Seller... —La voz del alemán se quebró, estrangulada por la sequedad de su garganta.

—Son muy rápidos —optó por terminar—. Muy rápidos.

Seller se puso de pie y caminó hacia el piano. El tema lo apasionaba y por lo tanto descorría en parte la densa nubosidad de su calma.

—Pero esto que usted me cuenta —

insistió— ¿no demuestra de alguna manera que sus jugadores, mis compañeros, están viviendo una faceta anormalmente? No es posible que se comporten como animaloides, o fetichistas juntando estampillas y esas cosas.

Muller aparentemente tranquilo ya, cruzó las manos sobre sus glúteos, mirando a Seller.

—No quiero que pierdan mordiente —dijo.

—¿Mordiente?

—Los franceses suelen llamarlo así. Y lo refieren más que nada a una condición del combatiente. Del soldado.

Cuando el soldado está sometido a privación sexual, a abstinencia, se torna feroz. Odia, Seller. Muerde. Eso es lo que yo quiero de mis hombres. ¿Ha visto usted una jauría de perros en celo?

—Sí. He visto —admitió Seller—. Pero nunca he visto una que haya salido ni cuarta en un campeonato de segunda división.

Apenas dicha la metáfora, Seller comprendió que tal vez había ido demasiado lejos con su mordacidad.

—¡Idioteces! —estalló el alemán y su rostro se tornó violáceo—. Ya lo verá usted el día del encuentro.

Seller dejó escapar débilmente el

aire que había acumulado en los pulmones.

—No intenta usted hacerse amigo de los jugadores —dijo, a manera de conclusión, observando con fijeza a Muller. Éste asimiló el impacto sin un gesto.

—Una vez tuve un amigo, señor Seller —pareció conceder a manera confesional Muller. Hizo una larga pausa—. Un verdadero amigo. Cuando yo era más joven. ¿Y qué pasó?

El sirio fortificó sus reservas espirituales decidido a soportar sin una respuesta aquel interrogante.

—Lo vendieron —se rindió

finalmente el técnico.

—¿Lo vendieron?

—A un equipo italiano. Como si fuera un animal. O un esclavo. Allí comprendí lo que es el profesionalismo. Desde ese momento decidí no dejar espacio para mis sentimientos, y puedo asegurarle que me ha servido de mucho.

Ambos hombres quedaron en silencio. Muller contemplaba fijamente la mesa donde se hallaban las cartas controladas.

—Pero... ¡Qué estamos haciendo!
—vociferó, saliendo de su ensimismamiento al tiempo que asestaba un puntapié al pequeño mueble—.

¡Tenemos un espía entre nosotros, alguien capaz de tirar por tierra en un segundo todo el trabajo de meses, de años y estamos hablando de mujeres!

—Es cierto...

—¡Para esto sirven las mujeres, Seller, usted que las defiende! ¡Para esto, para distraernos en charlas de vodevil, en conversaciones de onanistas, y olvidarnos por completo de nuestro problema básico y fundamental!

Seller recogió una de las cartas del piso.

—Debemos admitir —dijo, de pronto tonificado— que no nos ha servido de nada lo planeado. En

cualquiera de estas inocentes esquelas puede estar cifrado nuestro sistema de juego. Pero ¿cuál es el código que emplean estos infieles para cifrar sus mensajes?

De inmediato Seller advirtió, rabioso, que había recurrido a la detestable costumbre del técnico alemán de finalizar una frase con una pregunta.

—De cualquier libro —se apresuró a continuar—, de cualquier revista entre los miles de millones de libros y revistas que existen, pueden haber conciliado un código para entender estas cartas.

Muller caminó pesadamente hasta el

piano y se apoyó en él, arrancando de las teclas un acorde estrambótico que lo sobresaltó.

—¿Qué haremos ahora, Seller? — preguntó con un hilo de voz. Parecía haber envejecido un lustro en aquellos breves minutos.

—Sólo habría una manera de detectar a quien está infiltrado en nuestro equipo... —Pontificó el sirio, pensativo.

—¿Cuál?

—Que alguien de nosotros volase a Congodia y se infiltrase en el espionaje de ellos.

—Es una locura. Faltan sólo tres

días para el partido.

—Por eso mismo. Por ser una locura es que ellos no esperan tal cosa —se afirmó Seller en su teoría.

Muller permaneció apoyado en el piano un largo rato. Luego contempló por la ventana largamente.

—Es una locura —dijo—. Si descubrieron a Von Papen, con el que se había hecho un impecable trabajo de infiltración, ¿cuánto van a tardar en descubrir al que vaya ahora desde acá?

Seller no contestó.

—Retírese, Seller —ordenó Muller—. Me recostaré un poco y pensaré en algo que tenga más posibilidades de

éxito.

El sirio se encogió imperceptiblemente de hombros y abandonó el bunker.

El hombre era alto, rubio, magro y vestía con deportiva mesura. Caminaba con alguna dificultad, más que nada debido a que el taco de su zapato izquierdo había sido arrancado por una feroz dentellada que le arrojara Frankie Lane apenas llegado el visitante al bunker. Muller no se hallaba en la sala, aduciendo que debía estar junto a sus muchachos, tensos y crispados ante la

cercanía del tremendo match. El hombre alargó hacia Sellar un abultado sobre blanco.

—Acá está su pasaje, señor Sellar —dijo—. Hay un par de combinaciones un poco caprichosas pero debe usted comprender que ni siquiera a nosotros se nos hace fácil conseguir vuelos con tan poca antelación.

Sellar abrió el sobre, sacó de él una gruesa pila de billetes aéreos prendidos unos a otros con ganchillos y a los que fue desplegando como una extensa papirola.

—Por otra parte —prosiguió el hombre rubio—, ese itinerario podría

desconcertar a cualquiera que intentara seguirlo.

Seller asintió con la cabeza, a pesar que en su rápida ojeada a los pasajes lo había inquietado la lectura de un nombre: Vladivostok.

—También allí adentro —continuó el hombre, con dicción pedagógica— hallará usted sus documentos, dinero, tarjetas de crédito e instrucciones.

—¿Qué les dirán a mis compañeros?

—Que usted ha adelantado el viaje, enviado por nosotros, dado que ha surgido un pequeño inconveniente con la reserva de hotelería.

—No creo que suene muy

convinciente —murmuró Seller,
escéptico.

—Ellos están acostumbrados a no hacer demasiadas preguntas.

Seller procuró ordenar sobre sus rodillas el cúmulo de papeles que iba extrayendo del sobre.

—Entenderá usted, me imagino —se dirigió al hombre rubio—, que esto ya es un trabajo adicional, y que por lo tanto no entra en lo acordado.

—Lo sabemos, Seller. Este trabajo extra será retribuido por la empresa.

—Bien.

—Entre todos esos papeles —señaló el hombre al sobre— encontrará usted

los pocos datos con que contamos sobre el último paradero conocido de Von Papen.

—Ahá —se interesó el sirio.

—Es tan sólo una dirección, en la capital de Congodia. Es lo único que podemos darle. Comprenderá usted que en una operación tan delicada los datos rescatables son mínimos.

—Por supuesto —adhirió Seller—. Pero puede ser de gran utilidad para mí. Con seguridad ellos han colocado alguna guardia o algún puesto de control en esa dirección. Lo que me puede servir para contactarme con los organismos secretos de Congodia.

—Siempre y cuando —advirtió el hombre— Von Papen haya mantenido esa dirección hasta el momento de su muerte. El dato está registrado hace ocho años.

—Eso es cierto. Pero al menos es mejor que nada. Confío en que ellos mantengan guardias en esa dirección. No deben descartar que podemos ir nosotros a averiguar qué ha pasado con Von Papen.

El hombre frunció el ceño.

—De ser así —dijo—, lo han de estar esperando.

Seller finalizó de introducir sus papeles en el sobre. Se puso de pie.

—¿Cuándo parto? —preguntó.

—La lancha lo está esperando en el amarradero.

Cuando Seller dejó atrás el pabellón, ya estaba oscureciendo. A lo lejos se veían las siluetas de sus compañeros subiendo y bajando las palmeras y podían oírse los gritos enérgicos de Muller.

Al habitual disturbio estomacal que cualquier comienzo de una misión provocaba en Seller, se le sumó entonces un ligero estremecimiento que le recorrió los músculos pectorales. No sabía si volvería a ver alguna vez a aquella banda tumultuosa y deportiva.

Mientras caminaba arrastrando su pesado bolso marinero, dedujo que, inopinadamente, había aprendido a querer en cierta forma a esos duros camaradas de juego. Escuchó, a sus espaldas, el roce de un cuerpo al arrastrarse. Se volvió y comprendió que Frankie Lane lo había estado siguiendo desde que abandonara el ya distante pabellón. Pudo advertir en los vítreos ojos del saurio un brillo extraño, que Seller dedujo podía ser producto de una congoja, sentimiento en principio ajeno a la cotidiana indiferencia del cocodrilo. Seller contempló fijamente a Lane, que también había detenido su

marcha a un par de metros de él, preguntándose cómo era posible que aquella antediluviana estructura animal, vetusta y grotesca, pudiese encerrar tan certero y sensible sentido intuitivo del abandono. ¿Cómo podría ser que en aquel pequeño y rudimentario cerebro, comprimido ante el bestial desarrollo de las mandíbulas, germinara el crepúsculo de un sentimiento afectivo hacia un ser humano? Seller abandonó su bolsón marinerero junto al camino de granza, franqueó en dos pasos el espacio que lo separaba de Lane, y se agachó junto a él. Las siluetas del hombre y el saurio, recortadas contra el refulgir platinado

del riacho, y esfumadas en sus contornos por el oblicuo resplandor del sol que se batía ya en retirada tras los palmares, configuraban un cuadro que algún pintor aficionado de caballete hubiese llamado «Atardecer de dos culturas».

Seller estiró su mano derecha para depositar sobre el rugoso y duro cráneo de Lane un par de palmadas de despedida. Debió retirarla de inmediato, cuando la dentellada fulmínea del cocodrilo buscó sus dedos como un sablazo de marfil, para cerrarse luego, frustrada, con un estampido sobrecogedor.

CAPÍTULO 12

Por segunda vez en muy poco tiempo, Seller se despertó sin tener la más vaga idea de dónde se encontraba. La habitación se hallaba a oscuras, sentía la boca pastosa y escuchaba, a lo lejos, el rumor de gritos y conversaciones en un idioma desconocido. Pero lo que lo había arrancado del sueño era un retumbar sordo, un tronar apagado, que le estremecía no sólo el cerebro sino la cama toda.

«Artillería», pensó el sirio, en tanto procuraba distinguir un vestigio de luz en alguna parte. Aguzó su entrenado

oído.

«Misiles Sam 7, Strela», dictaminó, sin por eso dejar de atender a aquella vibración distante.

«No —se contradijo—. No puede ser. ¿Estaré en Beirut? Si son Sam 7 puedo estar en Beirut. O en Haifa».

Se sobresaltó, sin levantarse de la cama.

«¿Qué hago en Haifa?».

El retumbo lejano recrudeció.

«No. Pueden ser también RPG-7. Eso puede ser».

De ser aquella arma antitanque soviética la causante de aquel bramar lejano, Seller dedujo que podía estar en

Indochina, o bien en Irlanda del Norte.

«También pueden ser Panzerfaust alemanes —se confundió aun más el sirio—. ¿Quién puede usar aún el Panzerfaust?».

De pronto el retumbo se tornó sorpresiva e inquietantemente próximo, más justamente sobre su cabeza, dando la impresión de que algo monstruoso se abatía sobre su cráneo. Seller saltó en la cama y arrojó un manotazo hacia el costado, buscando una luz. Su mano golpeó contra una lámpara, derribándola de la mesa, pero finalmente localizó una perilla junto al respaldo del lecho. Estaba en la suntuosa habitación de un

hotel. Respiró aliviado. Ahora recordaba incluso su propio nombre, su misión y el motivo que lo había llevado hasta allí. Sobre una silla, junto a sus arrugados pantalones y su semicaída camisa, se hallaba el talonario de pasajes. Lo tomó y repasó rápido y mentalmente el itinerario: Tampa - Houston - Chicago - Montreal - Nueva York - Reykjavik - Dublín - Rotterdam - Odesa - Constanza - Angora - Luxor y por último Kinsangani, en Zaire.

Había sido un viaje largo y agotador con siete cambios de aeronave y algunas esperas hasta de cinco horas en diversos aeropuertos. Después de desembarcar en

Kinsagani las cosas habían marchado mejor. Había tomado un viejo ómnibus hasta la frontera con Congodia. Llegó allí de noche, detalle que lo favoreció, pues, aprovechando la oscuridad, abordó de inmediato el helicóptero que le estaba aguardando y media hora después se arrojaba en paracaídas sobre un descampado tenuemente iluminado por la claridad lunar. Ocultó el paracaídas en un pozo que cavó con sus propias manos, cambió su ropa deportiva por un traje liviano europeo y al amanecer llegaba a las puertas del espectacular «Congodia Hilton», en pleno centro de la capital. Se registró

como Barry Laramie, próspero comerciante marroquí nacionalizado norteamericano, que se hallaba de paso por Congodia, en viaje de negocios.

El tronar volvió a repetirse nuevamente sobre su cabeza, y Seller advirtió que el vaso que había dejado sobre la mesita de luz temblaba arriesgadamente cercano al borde. Parecía que alguien estaba trasladando, en la habitación de arriba, un pesado mueble de un extremo a otro.

«Debe ser eso —supuso, furioso, Seller—, o puede tratarse de una pareja de novios. Si es así, envidio a esa gente».

El estruendo acrecentó su volumen.

—¡Están trasladando un piano! —
rugió Sellar mirando su reloj—. ¡Son las
doce del mediod...! ¿Cómo las doce del
mediodía?

Miró hacia afuera de la ventana.
Afuera, recién estaba aclarando. Había
olvidado cambiar el horario en su reloj.
Desde que lo sincronizara con la hora
canadiense, en Montreal, no lo había
vuelto a tocar. Pero en el reloj
despertador digital empotrado bajo el
televisor de la habitación se leía
claramente: 6.20 de la mañana.

—¿Quién es el imbécil que puede
estar trasladando un piano a las 6 de la

mañana? —aulló Seller, corriendo en calzoncillos hacia la puerta de su habitación. Salió al pasillo. Allí se dio casi de bruces con un botones empujando un carrito con sábanas.

—Oye —le espetó Seller—, ¿quién es el imbécil que mete tanto ruido?

—Es Mombasa —explicó el muchacho, asustado, señalando hacia lo alto.

Seller se contuvo, para no arrojarse escaleras arriba. Se hallaba en una misión secreta y no convenía hacerse notar por un simple contratiempo doméstico.

—Hazme un favor —dijo al

muchacho—. Ocúpate de que termine ese ruido, o no vuelvas a asomarte por acá. Necesito dormir por lo menos un par de horas más.

Sin esperar respuesta, ante los ojos azorados del negrito, cerró la puerta y se zambulló en la cama. La amenaza pareció dar resultado; al poco tiempo el ruido cesó.

Las finas e imperceptibles hebras del sueño retornaron a envolver al sirio. Sintió cómo se iba hundiendo en una suerte de fango algodonoso hasta que un traqueteo ensordecedor lo sacudió al punto de casi derribarlo de la cama. En dos saltos estuvo en el pasillo. La furia

había vencido a la discreción. Corrió hacia el extremo del pasillo, y allí atropelló al mismo botones con el que sostuviera la conversación conminatoria momentos antes, y que regresaba silencioso con su carrito. Rescató al negro de abajo de una pila de sábanas desparramadas, sosteniéndolo por el cuello.

—¡Escucha, basura! —le gritó en el rostro—. ¿No te he dicho...?

—¡Es Mombasa! —chilló como un mono el chico.

—¿Y quién es Mombasa, el dueño acaso, que puede...?

—¡No, es Mombasa, el volcán! —

jadeó el negrito, cuya cara comenzaba a tomar matices fucsias. Seller lo miró un instante más, hasta que su entendimiento procesó y determinó el carácter de la respuesta. Depositó al negrito, siempre tomado del cuello, sobre la pila de sábanas amontonadas en el suelo y preguntó en tono muy quedo:

—¿Qué volcán?

—El volcán Mombasa —se apresuró a documentar el muchacho—. El volcán Mombasa. Un volcán que tenemos acá.

—¿Dónde lo tienen? No recuerdo haber visto ningún volcán.

—¿Vio el estadio? —se animó el

negrito.

—Muy a lo lejos. Llegué de noche y vine directamente acá. No vi nada.

—Bien. El volcán está en el estadio.

Seller contempló fijamente al botones, tratando de comprender.

—¿Cómo «está en el estadio»?

—Mejor dicho —se corrigió el negrito—. El estadio está en el volcán.

—¿Está hecho en el volcán?

—Está hecho en el volcán.

El sirio frunció el entrecejo, procurando graficar mentalmente la construcción.

—¿Lo han levantado —preguntó, procurando darle a su voz un tono de

interés meramente turístico— en la ladera del volcán?

—No. En la boca del volcán. —El botones, pasado ya el susto, sonrió entre orgulloso y divertido por la confusión de su interlocutor.

—Han aprovechado esa boca para hacer allí el estadio. Es algo único en el mundo.

—Pero... —se ofuscó Seller—. ¡Ese volcán está en actividad!

El muchacho rió abiertamente.

—¡No! Por supuesto que no.

Seller volvió a apresarle por el cuello, pero lo soltó de inmediato.

—¡Se lo escucha tronar! —señaló

hacia lo alto—. Y esto tiembla.

—Es cierto —aceptó el botones—. Pero no es peligroso. Tiembla un poco, simplemente. El volcán está extinguido desde hace como cien años. Su cráter está tapado por lava fría y seca. Es sobre esa capa que han montado el piso del estadio.

Seller se pellizcó la barbilla, aún escéptico.

—Lo que ocurre —se animó el negrito— es que Mombasa parece saber cuándo se está por disputar un encuentro importante. Siempre en esas ocasiones tiembla un poco. Se agita. Se inquieta.

—¿Es que está por disputarse un

encuentro importante? —preguntó Seller, oscilando sobre el filo de la duda de llevar adelante su interrogatorio con los riesgos latentes de las sospechas que aquello podía llegar a engendrar, o bien dejar allí mismo la conversación.

—¡Importantísimo! —casi saltó el botones—. Un enfrentamiento con los norteamericanos. El país está en estado de emergencia.

—¿De emergencia?

—Sí, en la escuela ya nos están dando instrucciones sobre qué cosas debemos gritar en la cancha, en qué momento debemos hacerlo, todo eso.

—Pero... —Seller practicó su mejor

cara de extrañeza—. ¿De qué juego se trata?

—Fútbol, por supuesto.

—¿Fútbol americano?

—No. Fútbol inglés. Soccer.

—Ah.

—¿No lo conoce? —preguntó el negrito, mirando a Seller como si estuviese ante un extraterrestre.

—No. Bah... algo he visto alguna vez por televisión.

El negrito había comenzado a recoger las sábanas diseminadas por el pasillo y a doblarlas prolijamente.

—Nos han dicho —dijo, en tanto ponía las primeras sobre el carrito—

que éste es el encuentro más importante de nuestra historia. Que si ganamos, todos tendremos mucho más dinero. Y que Congodia será poderosa.

—¿Y si pierden?

El muchacho meneó la cabeza enérgicamente.

—No. No podemos perder. Nunca hemos perdido.

Una pareja de turistas salió al pasillo desde una de las habitaciones.

Seller cambió abruptamente de conversación.

—¿Desde qué hora comienzan a servir el desayuno?

—Ya mismo puede usted ir a

tomarlo, señor.

La pareja, en tanto aguardaba la llegada del ascensor, continuaba mirándolos con curiosidad. Sellar determinó que no se sentían extrañados por el diálogo que ellos sostenían, sino porque él se encontraba vestido tan sólo con un diminuto slip blanco que en su parte frontal mostraba el dibujo a todo color de un cartucho de dinamita. Se lo había regalado Erbie, quien lo había comprado en Los Ángeles. Al sirio esa prenda le gustaba mucho, a pesar de que ya había tenido problemas con los controles de varias aduanas por llevarla en sus maletas.

Se metió en la habitación. Aquello era inconcebible. El aceitado mecanismo de espionaje montado desde los Estados Unidos, con la aparentemente acreditada dirección del hábil Von Papen, había pasado por alto un detalle como el de que el Bombasí Stadium se hallaba implantado en la boca de un volcán, que si bien se consideraba extinguido, rugía, tronaba y se sacudía como un búfalo aprisionado. Ni el celebérrimo espía alemán, ni ninguno de sus segundos de la Burnett en Estados Unidos, ni Muller, ni nadie había sabido informar, documentar y comentar que bajo el verde césped

donde se tendrían que desplegar los hombres de los Mapaches Aulladores gorgoteaba aún una garganta natural profunda y ardiente, que alguna vez había lanzado por el aire gases sulfurosos, lava y rocas en ignición vomitados desde las entrañas mismas de la tierra. Seller prendió un cigarrillo, nervioso. De cualquier forma, no sería la primera vez en la historia del espionaje en que se deslizaran errores de tan grosero calibre. Pearl Harbor, podía ser un ejemplo. El desembarco de Dieppe, otro. Personalmente Seller no podía olvidar el secuestro de la esposa de un embajador nórdico, acción en que

se habían llevado, él y su grupo comando, a un lánguido joven norteamericano enrolado en la filosofía hippie confundiéndolo con la mujer en cuestión. Desde ese día Seller abominó del uso de bombas de humo como cortina protectora. El hecho de que el joven estuviese alojado en la embajada esperando su repatriación a los Estados Unidos y de que luciese una larga cabellera rubia prolijamente trenzada sobre sus hombros, no era disculpa. Cuando a los quince días el grupo de Seller descubrió la torpeza cometida, ya era tarde: se hallaba la mayoría de ellos imbuidos de la doctrina de la paz y el

amor, y más de uno iniciado en los divagantes caminos del hachís. También podía ser, se conformó Seller, que tanto la Burnett como Muller supiesen perfectamente de la presencia inquietante del volcán, pero que hubiesen callado su existencia para no preocupar aun más al plantel.

—Después de todo —habló en voz alta Seller, en tanto se ponía los pantalones—, a pesar de sus rebuznos, quizás sea cierto que está totalmente terminado. Ese negrito no mostraba ningún temor.

Escuchó afuera, junto a la puerta, el sonido del carrito al retirarse. Corrió

hasta la puerta, abrió, y llamó al muchacho que ya desaparecía por el recodo del pasillo. Éste volvió presto sobre sus pasos.

—Escucha —le dijo el sirio, sacando un papel del bolsillo de su pantalón—, debo ir a esta dirección: «Paulo Naram N° 5783», ¿dónde queda eso?

Sabía la dirección perfectamente de memoria, pero no quería demostrar, frente al botones, que aquello le interesaba tanto.

El papel, en realidad, era una tarjeta de embarque en la que, por supuesto, no había ninguna dirección escrita. El

muchacho pensó un momento.

—«Paulo Naram» —precisó—, es
acá cerca. En pleno centro.

—Puedo ir caminando.

—Por supuesto, pero... ¿Qué
numeración me dijo?

—5783.

El botones se pellizcó el abultado
labio inferior.

—Es extraño. «Paulo Naram» no
alcanza a esa numeración.

—¿Cómo que no alcanza?

—No. A la altura del 2300 se corta
en la plazoleta Centroforward
Bardegian.

Seller quedó pensativo. Debía

tratarse de otro error del eficiente agente Von Papen. Buscó en sus bolsillos unas monedas para darle al muchacho. Aún no había cambiado dinero. Por lo tanto, depositó en la mano del moreno un sobre de leche en polvo que había conservado del tramo aéreo Reykjavik-Dublín. Siempre guardaba aquellos pequeños sobrecitos de papel aluminizado, conocedor como era de la sobrecogedora falta de proteínas de millones de niños desnutridos que superpoblaban algunas regiones del mundo. No parecía ser ése el caso de aquel botones, que arrojó, aún a la vista de Seller, el sobre en un salivadero.

«La falta de conciencia social en algunos países es devastadora», pensó el sirio en tanto retornaba a su habitación. No tenía demasiado tiempo que perder.

Cinco minutos después, impecablemente vestido con su traje liviano de sarga blanca, el sirio se hallaba en la cafetería del hotel, desayunando. Dada su premura, lo hizo de pie, consumiendo como al descuido una decena de tostadas con mantequilla, algunos dulces de filiación desconocida, cremas bituminosas con sabores agridulces, un pequeño pescado no mayor que un róbalo apenas salpicado

con gotas de ron, y cuatro o cinco panecillos dulzones, ciertamente extraños debido a que, invertidos en su composición original, presentaban la miga del lado externo quedando la corteza a modo de carozo, en su interior. La colación matutina insumió a Seller sólo 45 minutos. Sus ojos de cernícalo, en tanto, recorrían las amplias dimensiones del hotel internacional, procurando registrar datos. Pero muy poco era lo que se podía sacar en conclusión de aquel lugar. Como todos los hoteles nuevos de cinco estrellas, éste respondía a los cánones generales, de diseños puros, sobrios, perfectamente

iluminados y agradables en grado superlativo. Los hoteles internacionales eran, para Seller, cápsulas aisladas de la realidad exterior, y daba lo mismo estar dentro de uno de ellos en Congodia que en Ciudad del Cabo, Odesa o Puerto Vallarta.

«Los ricos —sintetizó su teoría Seller— son iguales en cualquier lugar del mundo. Después de todo, las ciudades-modelo no son más de tres o cuatro: Nueva York, Londres, París, Roma. Los millonarios del mundo procuran repetir en sus ciudades de origen lo que han visto en las ciudades modelo. Además, ellos mismos se visten

igual que los ricos de Nueva York, o Londres, o París, o Roma. Y sus negocios se parecen a los que han visto en esos cuatro lugares».

Más de una vez había escuchado Seller exclamar a alguien en tanto recorría algún barrio pudiente de ciudad de Méjico, Estambul o Atenas: «¡Qué hermoso es esto! ¡Me hace recordar a París, o a Londres, o a Roma, o a Nueva York!».

«Los rasgos distintivos —prosiguió deduciendo Seller, en tanto se dirigía hacia la conserjería— sólo se mantienen en los barrios bajos, en las zonas portuarias, entre los pobres. O bien en

los hoteles muy viejos».

Estaba el sirio sopesando seriamente la posibilidad de anotar aquellas consideraciones para llevarlas a un ensayo sobre la despersonalización de los pueblos, cuando el timbrazo con el que su propia mano reclamó la presencia de alguien en el mostrador de recepción lo volvió a la realidad. Se enojó consigo mismo. No debía distraerse en aquellas disquisiciones banales, más propias de un turista presuntuoso que de un hombre de acción al que se le encomendara un trabajo peligroso.

Seller volvió a sacar de su bolsillo

la tarjeta de embarque y volvió a simular leer en ella una dirección.

—Por favor —dijo al joven longilíneo y rubio, que sin ruido disonante se había deslizado frente a él, al otro lado del largo mostrador—, debo ir a la calle «Paulo Naram N° 5783».

Guardó el papel en el bolsillo antes que al empleado del hotel se le ocurriese pedírselo. Por supuesto que la dirección en verdad buscada tampoco era ésa, sino la que correspondía a la numeración 5710, pero al sirio le había parecido demasiado audaz de su parte preguntar directamente por el lugar en donde supuestamente había trabajado y

muerto Von Papen.

El joven longilíneo frunció el ceño, como si pensar en aquel dato le produjese un desarreglo estomacal.

—¿N° 5783 dice usted? —preguntó, extrañado.

—Sí.

—Es raro. Esa calle, que queda acá cerca, no llega a una numeración tan alta.

—Bien, no se preocupe —lo tranquilizó Seller—. Ya me las arreglaré. Es que la dirección que me dieron decía N° 5783.

—¡Ah, no! —se alegró imprevistamente el joven. Debe haber

habido una confusión. El nombre de la calle es, en realidad «Paulo Naram N° 5». Y el número que usted tiene es solamente 783.

—Ah, eso es posible —acordó Seller.

—Simplemente, se le han juntado los números —se ufanó el empleado de su perspicacia—. Pero el nombre de la calle es «Paulo Naram N° 5».

—Es un nombre extraño.

—Es en homenaje a uno de nuestros más grandes centro-halves, que se inmortalizó contra los árabes.

—Un deportista, dice usted.

—Un héroe —se emocionó el joven

—. Veá usted... —tornó a su función profesional—, esa calle queda acá cerca, unas tres cuadras. Y a ese número lo hallará doblando por «Paulo Naram» hacia la izquierda.

Cuando Seller salió a la calle, el sol le pegó en medio de la frente como un sablazo. Pudo resistir el impacto sólo gracias al despiadado entrenamiento a que había sido sometido su cuerpo. Pero no pudo evitar que bajo la fina tela de su camisa blanca comenzaran a corretearle cientos de finos riachos de transpiración que, provenientes de las protuberancias musculares de sus pectorales iban a desaguar en las cavidades ventrales tras

sortear, tumultuosas, las elevaciones del abdomen. Aquella corriente salobre tornaba a escindir-se nuevamente en las depresiones de las ingles para unirse, ya formando una correntada temible, en la aguda quebrada de la entrepierna. De allí en más, el caudal se precipitaba muslos abajo con fuerza de catarata, sorteaba sin dificultad los meandros de las rodillas y se abatía sobre los tobillos con un rugido torvo arrastrando a su paso por las pantorrillas cientos de pelusas azules que arrancaba de las medias del sirio, aplastadas casi sobre los empeines ante la virulencia del fenómeno. Pronto los finos zapatos

oscuros de Seller se vieron anegados de transpiración, y en cada paso que daba el sirio podían escucharse los ominosos chasquidos del líquido al comprimirse. Finos surtidores de sudor salían despedidos por los pequeños orificios que, calados en el cuero del calzado, dibujaban el sobrio ornato de la capellada. Seller procuró no darle mayor importancia al problema. Ocupó el tiempo que le insumió llegar hasta la calle «Paulo Naram N° 5» en observar atentamente a su alrededor. El tráfico era intenso y el movimiento de la gente, enorme. Como en casi todos los países con entremezcladas raíces árabes y

africanas, las calles céntricas mostraban un aspecto entre caótico y anárquico. En su mayoría eran negros, de buenos físicos, modelados en los trabajos pesados y en los juegos en las arenas. Había también pobladores rubios, no muchos, y un gran porcentaje de personas de colores indefinidos que fluctuaban desde los negros con tonalidades rojizas hasta albinos con rasgos negroides. Muchos iban vestidos con túnicas, pero la mayoría lucía cortos pantalones y camisas amplias y sueltas. Seller detectó vestigios de antiguas influencias británicas, especialmente en un negrazo que vendía trozos de coco,

ataviado con un blusón corto bordado, una pollera kilt escocesa y medias largas de fútbol a franjas horizontales azules y rojas.

El radio céntrico era la clásica postal de un país enriquecido de pronto, con el petulante tráfico de «coches importados último modelo», que debían aminorar la marcha de sus poderosos motores para dejar pasar, cada tanto, los rebaños de cabras u ovejas señalizadas con pintura roja sobre sus lomos.

Seller no alcanzó a identificar ningún idioma entre los que escuchó fragmentadamente. Supuso que serían todos dialectos tribales, tal vez

provenientes del bantú, o el congo, sin descartar el moltowo, un subidioma proveniente de la fusión del washilli y el enawa, idioma propio de las tribus asentadas sobre el curso superior del Nilo Blanco que se caracterizaban, precisamente, por su incomunicación. Lo que sí pudo comprobar sin ningún esfuerzo fue el generalizado fervor por el fútbol. En todas partes, en negocios y bares, podían verse afiches con las fotos del equipo nacional o de sus principales ídolos. Seller reconoció a varios de ellos, y, mentalmente, repasó sus defectos y virtudes, sus características técnicas y datos biográficos, como si

estuviese bajo el inflexible interrogatorio de Muller.

Llegó a la calle «Paulo Naram N° 5» y comenzó a caminar por ella buscando la dirección mil veces memorizada. Sólo en un par de ocasiones se preocupó de mirar hacia atrás ante la posibilidad de una eventual vigilancia o persecución. El operativo de su arribo a Congodia había sido de tal perfección que Seller no veía demasiadas razones para cuidarse. Su presencia en las calles de aquella ciudad caldeada pasaba, además, totalmente desapercibida entre el maremágnum de gente. Por otra parte, el sirio ya había perdido la cuenta de los

hombres que, como él, vestían siguiendo los cánones de la más rigurosa elegancia europea.

La numeración de la calle «Paulo Naram N° 5», ancha, casi como una avenida, lo llevó hasta una plaza. Debía tratarse de la plaza principal, el corazón de la ciudad, pues allí convergían otras cinco calles.

El resonar altisonante de los bocinazos, el griterío de los vendedores ambulantes y el rumor ininterrumpido de las conversaciones ensordecieron a Seller. Al otro extremo de la plaza, unos doscientos metros frente a él, vio un gigantesco póster panel. La enorme

estructura rectangular estaba adosada al sexto piso de un alto edificio y sobre su superficie mostraba, con un dibujo de vigoroso trazo expresionista, a los jugadores del equipo nacional de Congodia marchando hacia el frente con paso firme y sonrisas anchas. Se los veía agigantados en un enfoque desde abajo, hercúleos, confiados, recortados sobre los rayos de un sol sanguinolento que crecía a las espaldas del grupo. Un conciso texto puntualizaba, sobre el ángulo superior izquierdo del póster: «¡Hacia la victoria!».

Seller caminó unos minutos por la plaza, simulando entretenerse con los

puestos de ventas de frutas u observando los artesanos que, con una rapidez y habilidad singular, tallaban pequeñas figuras en la pulpa de las bananas. Cruzó luego transversalmente, jugándose la vida entre el tumultuoso tráfico, y prosiguió por la «Paulo Naram» hasta dar con el número buscado. Desde la vereda de enfrente, Sellar constató que aquel número pertenecía al Museo Histórico de Congodia y que había policías armados en la enorme puerta. No parecían, de todos modos, ser más de los que usualmente pueden encontrarse frente a un edificio público, ni mostraban una actitud en demasía

vigilante. Seller hizo una pasada de estudio frente a la puerta sin mirar hacia adentro, y tornó hacia la plaza procurando pensar cómo entrar en el museo sin despertar sospechas.

La suerte estaba de su lado. En uno de los extremos de la plaza advirtió a un abigarrado grupo de turistas, amontonados frente a un monumento que Seller, impactado por el póster panel, no había advertido en su primer reconocimiento. Los componentes del tour eran unos treinta, habían bajado de un ómnibus que lucía inscripciones de la Wagons-Lits, y ahora se estaban distribuyendo, entre curiosos y

estupefactos, en torno a un guía que pedía silencio con un folleto que agitaba en la mano.

Seller se acercó al grupo, y poco a poco, se fue mezclando entre ellos.

—Esta obra... esta obra —repitió el guía, un joven rubio, delgado y semicalvo, en un francés con atisbos de algún otro idioma que Seller no llegó a identificar— es una de las más importantes y bellas de esta capital. Le fue encomendada en 1934 al eximio maestro escultor, GianCarlo Sbernini «El Sardo», y realizada totalmente en piedra rocallosa traída del valle del Éufrates.

Seller debió apartarse un tanto del lugar que se encontraba ocupando, ante la educada petición de uno de los turistas, que buscaba mejor ángulo para sus fotografías.

—Si ustedes han prestado atención —reprochó veladamente el guía— recordarán que el primer monumento que vimos al comenzar el tour, el monumento al juez de línea, también es obra de este excelso maestro.

Varios asintieron con la cabeza, lo que complació al guía.

Seller repasó mentalmente la extraña pronunciación de éste, intentando descubrir cuál sería el idioma original

de aquel enclenque y lampiño sujeto de pequeños anteojitos sin montura. La meliflua implantación de las letras vocales, el excesivo alargar de las «eses» finales y una cierta ronquera sobre las arrastradas «erres» francesas, llevó a pensar al sirio que se hallaba ante un turco que hubiese estado radicado largo tiempo en Lyon. Aunque la forma angustiante de aspirar las «haches» no era propia de esa región gala.

—Este hermoso conjunto escultórico —prosiguió el guía elevando la voz— fue encargado a GianCarlo Sbernini, «El Sardo», luego de la gran victoria del 8

de mayo de 1934 sobre los turcos, que dio a Congodia la nacionalización de las plantaciones de amapolas. Las figuras que ustedes aprecian no intentan representar, ex profeso, a ninguno de los héroes de aquella memorable jornada. Sbernini, ungido de un singular espíritu de justicia, no quiso inmortalizar en la piedra solamente a algunos de quienes lograron tan importante victoria, y por lo tanto, despersonalizó adrede los rasgos de sus figuras como para sintetizar en estos seis vigorosos cuerpos a todos aquellos que esa tarde hicieron morder el polvo al irredento turco.

—¿Qué representa esta obra? —se

atrevió a preguntar en un hilo de voz una señora.

—¿Cómo?

—¿Qué representa esta obra? ¿Qué momento de la puja?

El guía hizo un gesto de conmiseración y caridad.

—Representa, señora, lo que en el juego de fútbol se denomina «barrera» o «vallado». En verdad su denominación cambia de acuerdo a las modalidades, costumbres y religiones de cada país.

—Es el obstáculo que se forma — explicó solícito otro turista a la señora — en los disparos libres. Un vallado humano.

—¡Qué cruel! —gimió la señora.

—Pero éstos son sólo los detalles técnicos —apresuró la explicación el guía—. Vulgarmente a este monumento aquí se le llama «Monumento a la Barrera». Pero le repito, señora, es sólo un detalle técnico. Aprecian ustedes — el guía señaló con el folleto— cómo el artista ha logrado toda la fuerza, la expresión, el dramatismo, en sus figuras. Observen esas manos aferradas a las camisetas, esos puños, apretados, las venas del cuello del segundo comenzando de la derecha. ¡Vean las venas del cuello! ¡Qué potencia, qué sensación de realismo! ¡Parecería que

corre sangre por esas venas, que no es piedra!

—¡Qué maravilla! —musitó una joven junto a Seller.

—Vean el balón —señaló el guía—. Casi no se ve, oculto entre los cuerpos retorcidos.

—¿Dónde? ¿Dónde? —preguntaron varios, aprestando sus cámaras.

—Allí, sobre el vientre del jugador del medio, casi hundido en el estómago. Observen esos ojos fuera de las órbitas, el relieve de las pequeñas venas que se dibujan en los globos oculares, la lengua afuera.

—¡Qué maravilla! —volvió a

musitar la joven junto a Seller.

—La anécdota cuenta —se alteró definitivamente el guía sobre el pedestal del monumento— que Congodia ganaba por la mínima diferencia y faltando tan sólo un minuto, ¡un minuto! el juez acordó un disparo libre sobre el borde del área. Todos los hombres del conjunto nacional corrieron hacia su propio arco, dispuestos a poner el pecho al enemigo, dispuestos a ofrecer sus rostros, sus propios cuerpos ante el disparo homicida, con tal de salvaguardar nuestra ciudadela. Ungel Mangana, capitán en ese entonces, ordenó «¡Formar barrera!». Y él mismo

debió alejar a varios de sus hombres, pues todos ¡todos! querían ser los primeros en alistarse frente al pateador. Y fue Ezequiel Gongoro, apenas un muchacho de 20 años, quien recibió en su vientre el cañonazo aleve, salvando su reducto.

El guía quedó un momento en silencio, observando el monumento. Sus ojos estaban levemente empañados por la emoción.

—Eso es lo que representa esta obra. Ese preciso instante.

—¡Qué maravilla! —musitó por tercera vez la joven junto a Seller.

—Ahora —anunció el guía,

reponiéndose—, iremos a visitar el Museo Histórico y luego quedarán en libertad por hoy.

—¿Iremos caminando? —preguntó alguien, en tanto el grupo se ponía en movimiento.

—Sí. Queda acá cerca.

—¿Cuándo comemos? —se interesó otro desde el fondo.

—Después de la visita al museo iremos a comer y después quedarán ustedes en libertad —informó el guía caminando hacia atrás, en tanto tomaba el camino hacia el museo.

Sin pudor, Seller se unió a la marcha del grupo. La viscosa pronunciación del

francés con que se expresaba el guía podía esconder también a un eslavo. Durante su trabajo en un buque atunero, Seller había conocido a uno de ellos y también hablaba ese idioma, imprimiéndole aquella particular fonética áspera y evasiva que un oído avezado podía captar en el guía.

Con sorpresa, Seller también arribó a otra conclusión, conflictiva. De no ser por las características físicas tan netamente diferenciadas, podía decirse que aquel joven rubio y frágil hablaba francés como un chino. O como un vietnamita. Un vietnamita de los que habían aprendido a parlotear el francés

en Dien Bien Phu, con lo que habían conseguido una lengua donde se mezclaba la dulce melodía del idioma galo con interjecciones onomatopéyicas que reproducían los morteros, los obuses, y hasta los silbidos de los proyectiles.

Ya habían entrado al museo, sin ningún tipo de control por parte de los policías que custodiaban la puerta, y el guía se había detenido frente a una urna de cristal que contenía un botín de fútbol. Los turistas se reunieron junto a él, en su mayoría con gestos de cansancio y hastío.

De allí en más el guía peroró

apasionadamente, en tanto pasaban frente a los restos de una red totalmente deteriorada pendiente de una pared sobre un cartel que recomendaba no tocarla, otra urna de cristal conteniendo una bandera de 347 metros de longitud, un pequeño pedestal de mármol sobre el cual descansaba una botella aún con algunos cabellos pegados en su superficie vítrea, y un pequeño nicho, receptáculo de un fémur sobre el cual Seller se abstuvo de hacer preguntas. Vitrinas con camisetas las había a montones, y en la sala de «trofeos» podían apreciarse banderas de los más diferentes países, muchas de ellas

desgarradas, hechas jirones, e incluso, más de una, quemadas.

El guía, finalmente, condujo al cansado y maltrecho grupo, hasta frente a un inmenso cuadro que cubría totalmente una pared de ocho metros por cuatro. Junto a uno de los ángulos de la pintura, el joven líder esperó pacientemente a que sus seguidores dejaran de moverse o de cuchichear.

—Este maravilloso óleo —comenzó en voz baja— data del año 1929 y es obra del artista francés...

Debió interrumpirse ante el intempestivo y apagado estallido de un chicle globo. Su rostro enrojeció de

pronto, pero no dijo nada. Sólo paseó una mirada escrutadora por el grupo.

—Data del año 1929 —prosiguió—, y es obra del artista francés Jean Pierre Laforet, enrolado, como ustedes pueden apreciar, en la escuela de Eugenio Delacroix. La escena muestra el preciso instante en que el juez holandés Hans Van der Neiken da por finalizado el histórico encuentro contra los portugueses del 8 de octubre de 1925. Por supuesto que ustedes no tienen tiempo como para contar las figuras que aparecen en el lienzo, pero yo puedo decirles cuántas suman... Son nada menos que 32.587. ¡32.587!

Un murmullo admirativo se elevó entre los turistas. Esto alentó al guía.

—Y si ustedes aprecian con detención, verán que cada uno de los rostros de los espectadores ¡cada uno de los rostros! está pintado hasta el más mínimo de sus detalles. Observen aquellos de la tribuna alta, miren los gestos, esas bocas abiertas, el particular brillo de los ojos de cada uno, la transpiración en los vellos del pecho del señor del pañuelo en la cabeza.

Uno de los turistas pretendió acercarse un paso hacia el cuadro, pero el folleto en mano del guía se apoyó sobre su estómago como barrera

infranqueable.

—No es necesario acercarse — advirtió el joven—. Por lo contrario. Tendrán ustedes una visión más general, más amplia y perfecta desde más atrás. Tal es la magnitud de esta obra. En esta zona, vean las banderas, en esta zona de la platea preferencial —el guía caminó hacia la franja central de la pintura—, pueden ver a las autoridades de la época. Todos gritando. Gauga Ben Benga, el primer ministro... Ufísio Nartanga, Bebem Churba...

—¿Cuál es Nartanga? —preguntó alguien.

—Éste es Nartanga. El de la naranja

en la mano. El de azul. Y acá, sobre el campo de juego, el bien llamado «Abrazo del córner». En esta esquina, Merim Tolumba «El Ocelote de Pretoria», autor del gol de la victoria, se estrecha con un espectador que ha entrado al field. El pintor ha querido simbolizar en este abrazo la comunión entre los jugadores y el pueblo. Observen, observen... —señaló hacia lo alto el guía como si de pronto se hubiese acordado de algo. Algunos turistas miraron hacia la dirección indicada. Seller reparó que muchos de ellos se habían separado del grupo observando distraídamente otras cosas o bien se

habían sentado en pedestales próximos.

—Observen el cielo. Miren el águila de la victoria, que cruza sobre el estadio en el momento de la pitada final...

—¿Qué lleva en las patas? —se interesó alguien—. ¿Una víbora?

—No. Una media de fútbol del equipo derrotado. Es la imagen del triunfo. Sobrevolando majestuosa el campo de la lid. ¡Vean la iluminación que penetra por las nubes, que luego pasa por la visera que cubre la bandeja alta! ¿No es una maravilla?

El guía se alejó unos pasos hacia atrás y contempló arrobado el lienzo.

Seller pudo advertir que había

lágrimas en sus ojos.

—La luz, el manejo de la luz... —la voz del guía se quebró—, es una de las características más sobresalientes de Laforet. Un pintor injustamente olvidado. Dos años después de entregar este cuadro, Laforet enfermó de gravedad, intoxicado por las emanaciones de aceite de lejía, con el cual trataba sus obras. Debió ser llevado a la isla de Perla Gorda...

Ya de frente a los que quedaban del grupo, el guía no ocultaba su llanto. Había cruzado sus manos sobre su canijo pecho y estrujaba en ellas el folleto conductor.

—Allí, en la isla... —moquéó—, murió un año después, ciego, mudo y casi calvo, olvidado por los críticos y por aquellos que se habían ufano de tener sus retratos colgados en sus pretenciosos palacios.

Entre sollozos, el guía rescató un arrugado pañuelo del bolsillo trasero del pantalón e hizo encomiables esfuerzos para seguir.

—No hay una cruz que recuerde su nombre... su tumba...

Finalmente, quebrado, se apoyó en la pared y lloró en silencio. Los turistas hicieron gestos de impaciencia y algunos resoplaron notoriamente. Dos o tres

mujeres se abanicaban, sofocadas, con los mapas de la ciudad.

Un francés pasó frente a Seller con gesto de fastidio.

—En cada lugar que nos paramos le pasa lo mismo —dijo, señalando con la cabeza al compungido guía. Éste ya daba muestras de recuperarse. Golpeó las manos.

—¡Bien, bien! —gritó—. Ahora iremos a comer, a un restaurante aquí al lado.

—¿Iremos caminando?

—Sí. Es acá cerca.

El tropel pareció recibir una inyección de energía, y todos se

lanzaron hacia la calle a buen paso. Pronto la excursión se hallaba diseminada en amplias mesas de un atestado salón comedor donde el alboroto y la vocinglería eran tremendos. Un mozo, ante los gritos e indicaciones de la gente, trepó a una silla y encendió un televisor ubicado alto, en uno de los extremos del lugar. Seller, maniobrando hábilmente, había logrado sentarse en una de las mesas ocupadas por los turistas, enfrente mismo del guía.

—Además del ruido ¿prenderán el televisor? —preguntó en voz alta, como para sí mismo. El guía giró su cabeza

hacia el aparato, colocado a sus espaldas. Luego volvió a sentarse derecho, desinteresándose de la visión de un aeropuerto que se veía en la pantalla.

—Es que llegan los norteamericanos —refunfuñó.

Seller sintió un aguijón en el estómago. Recordó, angustiado, que no tenía demasiado tiempo para su trabajo. Por sobre el hombro del guía, contempló en el televisor el descenso del Boeing 707 que traía a sus compañeros hasta esa tierra de fuego.

—Me emocionó realmente su semblanza de la pintura de Laforet —

atacó el sirio.

El guía elevó sus ojos de la madera de la mesa, como si se encontrase frente a un animal antediluviano. Seller mantuvo su seriedad. De pronto en el salón hubo un rugido. En lo alto de la escalerilla adosada a la puerta del avión había aparecido la figura ácida y enjuta de Helmut Muller sosteniendo un bolso deportivo. Los hombres del restaurante ulularon, silbaron y golpearon rudamente sobre las mesas.

—Sinceramente —insistió Seller, procurando aprovechar al máximo la atención que le brindaba el guía a pesar de la renovada catarata de alaridos y

denuestos que provocaba cada uno de los integrantes de los Mapaches Aulladores a medida que aparecían por la puerta del avión—... desconocía el verdadero final que había tenido Laforet. Mis investigaciones se pierden mucho antes.

El guía se ocupó prolijamente de ocultar el carozo de una aceituna bajo un pequeño plato. Miró a Seller con sus ojos claros, brillantes y enrojecidos por algunos derrames. El tumulto dentro del restaurante parecía llegar al paroxismo.

—No integraba usted la excursión cuando partimos. ¿No es así? —preguntó el guía.

—¿Cómo?

—¡Que no integraba usted la excursión cuando salimos!

—No, no —casi gritó Seller.

La mesa comenzó a temblar salvajemente. Dos hombres se habían subido a ella y saltaban vociferando pullas e insultos hacia el televisor. Seller procuró multiplicar, mentalmente, el estruendo de aquel local por la superficie del Bombasí Stadium.

—¡En verdad, yo no pertenezco a la excursión! —gritó el sirio.

—¿Cómo?

—¡Que en verdad yo no pertenezco a la excursión! ¡Me uní luego!

El guía asintió con la cabeza.

—¿Tiene vales para comer? — preguntó.

Seller frunció el ceño, inclinando su oreja izquierda hacia el guía.

—¿Le pregunto si tiene vales para comer! —gritó de nuevo el enclenque joven rubio.

—No. No. Pero es que, simplemente, me interesó mucho su alocución sobre Laforet.

—¿Es usted un estudioso de su pintura?

—¿¿Cómo!?

—¿Si es usted un estudioso de su pintura!

—¡Ah, sí, sí! ¡Un estudioso y un apasionado!

El joven miró hacia todos lados como buscando algo. Ya el lugar era un pandemónium de gente que brincaba y gritaba. El guía miró a Seller y le hizo un gesto con la mano, señalando hacia la puerta. Luego agitó una mano junto a su oído, escenificando el estruendo. Ambos se levantaron y, entre empujones, salieron del local. El normal rumor de la calle les supo a paz sepulcral.

—Allí adentro no se puede hablar —dijo el guía—. Vamos a comer algo al comedor del museo. Es un lugar tranquilo.

—Será mejor. Pero ¿no tiene que atender a sus turistas?

El joven hizo un gesto de fastidio.

—Esos imbéciles. Hablarles de Laforet es como hablarles de trigonometría espacial.

—Eso me pareció —se solidarizó Seller.

Pronto llegaron al pequeño comedor del museo. Era un salón pequeño, recoleto, de ordenamiento monacal. Había en el aire un vago hálito a humedad. Los atendió un anciano cuya edad merodeaba entre el centenario y la inmortalidad.

—Gambo —dijo el guía—, tráenos

algo rápido. Sólido. Y un vino borgoña, no muy estacionado.

Ahora que lo escuchaba con mayor claridad, Seller volvió a reparar en la particular pronunciación del guía. La ligazón casi promiscua de las consonantes lo desconcertaba un tanto, pues eso era propio de los nativos de Martinica. Quizás el joven fuese un ex habitante de la Guayana Francesa. O, ¿por qué no?, algún evadido de la Isla del Diablo. Observó con detenimiento las frágiles manos del muchacho, con una apariencia tersa ajena a los trabajos forzados. Mostraban el leve temblequeo natural de los afectados por la malaria o

bien por la disentería.

—¿Es usted eslavo? —arriesgó

Seller.

—¿Eslavo? ¿Por qué lo piensa?

—Su pronunciación. Me resulta extraña.

—Nada de eso —dijo el muchacho, en tanto hacía lugar en la mesa para recibir los platos y vasos que traía el mozo—. Soy alcohólico.

Seller se quedó un instante contemplándolo con el plato que le había alcanzado el mozo aún suspendido en el aire.

—Tengo algunas dificultades de dicción. Pero es por la bebida —explicó

el muchacho, como si estuviese hablando de otro.

—¿Bebe usted mucho?

—Sólo cuando me ocupo de ordenar mis papeles.

—¿Cuándo hace usted eso?

—Todo el día. Salvo en ocasiones como ésta, cuando me contratan para conducir alguna excursión. Algún tour. Mi nombre es Francis.

Había lanzado su nombre abruptamente, como quien enmienda un error atrasado.

—A mí puede llamarme Barry — retribuyó Seller, pero el joven había elevado su generosa nariz, venteando el

aire. El mozo llegaba con paso lento, trayendo el vino.

—Me parece que eso no es borgoña, Gambo —se apresuró a advertir Francis, girando hacia el mozo. Éste miró la botella.

—Es cierto. Tiene usted razón —sonrió el mozo, volviendo por donde había llegado.

Francis levantó las cejas, algo molesto. Seller reparó de pronto en el plato que tenía frente a sí. Lo levantó hasta ponerlo delante de sus ojos, con curiosidad.

—Son cerámicas presumiblemente del siglo XIV o XV —explicó Francis—.

Fueron descubiertas por los primeros pobladores arábigos, aunque hay quienes dicen que fueron los piratas portugueses los que las encontraron en el lecho del río Manlanga. Se cree que son los últimos vestigios de la cultura «Gandú».

Seller depositó el plato sobre la mesa con infinito cuidado.

—Son piezas valiosísimas —
reverenció.

—Y los vasos —el guía levantó uno de ellos, en realidad cuencos maltrechos de aspecto arcaico—, usted verá que son de barro cocido. Los antiguos «Weibas», pastores del Alto Nilo, los

disecaban en hornos primitivos horadados en la piedra. No cavaban la tierra, pues sostenían que eso enfurecía a los dioses. Su vaso, por ejemplo — Francis señaló el vaso de Seller—, tiene aún rastros de su primigenia pintura, que lógicamente se le ha saltado con el tiempo. Si los damos vuelta, en sus bases, podemos observar aún con más nitidez el color original, conseguido con la mixtura de pulpas naturales machacadas.

—¿Dónde fueron hallados? —se interesó el sirio.

—Tienen todas las características de las piezas halladas en las tumbas. Los

reyes eran enterrados junto con sus armas, sus animales predilectos y su vajilla.

El rostro imperturbable de Seller no tradujo el estremecimiento de asco que se le había aposentado, aleteándole en la carótida.

—Pero... déjeme ver... —Francis tomó el cuenco de Seller—. El suyo no parece responder a esas características...

Mientras el guía hacía girar el vaso entre las manos, Seller dejó escapar, silenciosamente, un suspiro contenido.

—No... —afirmó el guía—, éste es un típico cuenco de alfarería esclava.

Digamos, realizado por las tribus «Congo» para sus amos, los «Weibas». Los realizaban modelando una pasta hecha en base a estiércol de cabra amasado con fango negro. Es un hermoso trabajo.

Seller admitió, estoico, que Francis escanciara el recién llegado vino en su vaso.

—Salud —dijo el guía.

—Salud —musitó Seller. Y bebieron. Francis hizo chasquear la lengua.

—En estos cuencos me sabe mejor el vino —dijo—. Pienso que en ellos se han posado los labios de tantos reyes, o

de tantos guerreros, de tantos ancianos, e imagino que estoy bebiendo la historia misma.

Seller había logrado tragar algunos cortos sorbos. El vino no era malo.

—Tal vez acá haya bebido el rey Keen Loga, el vencedor de los asirios, celebrando la victoria. O celebrando tal vez el alejamiento definitivo de la lepra mutiladora que asoló a sus hombres —rememoró Francis, llenando nuevamente su vaso.

—Me extraña, de cualquier forma... —dijo Seller—, que sirvan la comida en estas piezas históricas. ¿Lo hacen con todos o con usted solo, por el hecho de

conocerlo?

—Con todos. Con todos. Es el restaurante de un museo, en definitiva.

El mozo interrumpió la charla, diseminando por la mesa una batería de ánforas de distintos tamaños conteniendo carne macerada, diversas especies de porotos, legumbres y especias desconocidas para Seller. De allí en más, en el transcurso del almuerzo, Francis se explayó sobre los orígenes, detalles y suertes corridas por las diferentes culturas que habían producido tales adminículos domésticos. Lo que no pudo dilucidar, ante la pregunta del sirio, era a qué época

pertenecía la carne. Cuando el mozo retiró los platos, no pudo hacer lo mismo con los cubiertos, pues muchos de ellos se habían pulverizado en las manos de los comensales. Francis estaba borracho como una cuba.

—Gambo —llamó—, tráigame ese vino que usted sabe.

El guía se hallaba locuaz, casi alegre, comunicativo.

—Es increíble cómo el vino —explicó a Seller— me cambia el carácter. Me sensibiliza. No sé si tuvo oportunidad usted de verme en la recorrida por el museo...

—Por supuesto que lo vi. Allí

escuché sus comentarios sobre Laforet.

—Es cierto. Es cierto. Bueno, parece mentira, pero no puedo comenzar a hablar sobre esas obras de arte, sin lagrimear. Antes no podía conducir los grupos turísticos, hablarles de todo tipo de obras de arte o acontecimientos históricos, manteniendo cierta integridad. Pero ahora, con el alcohol, algo se ha roto dentro de mí.

—Espero que no sea una botella — ironizó Seller, que estudiaba paso a paso el divagante sendero que conducía a Francis hacia las vertientes más álgidas de la ebriedad. El guía celebró el estúpido chiste riendo a carcajadas y

golpeando la mesa repetidas veces con la palma de su mano, cosa que hizo apurar inútilmente al mozo.

—Tiene usted un gran sentido del humor —dijo Francis, secándose las lágrimas que le corrían por las mejillas—. Oh, sí, sí... Tiene usted un gran sentido del humor. Yo aprecio mucho la gente que tiene sentido del humor. Yo necesitaría aunque sea una parte de su formidable sentido del humor. Pero no tengo en absoluto sentido del humor.

Se había puesto reiterativo, como todos los borrachos. Pero ya se había aflojado por completo, y era lo que Sellar quería.

—Debería tener sentido del humor para aguantar todo esto —se puso repentinamente serio Francis.

—¿Qué es «todo esto»?

El mozo llegó junto a la mesa, interrumpiéndolos. Traía en sus manos, con la delicadeza de quien sostiene un niño asmático, una vasija ahusada de barro cocido oscuro.

—¿Es éste el que decía usted? —mostró la vasija a Francis. Éste paseó sobre ella sus ojos cada vez más enrojecidos y vidriosos. La miró como si nunca en su vida hubiese visto algo similar.

—Es ésta. Es ésta —murmuró como

en éxtasis, tomando la vasija en sus manos y haciéndola girar entre sus dedos. El mozo se marchó. Francis chasqueaba la lengua con un sonido casi obsceno—. Amigo Barry —tomó el vacío vaso de Seller—, ahora tendrás la oportunidad de beber algo realmente... extraordinario... algo...

El sirio observó el esfuerzo del guía por evitar el temblequeo de sus manos, como así también el hecho de que había pasado abruptamente a tutearlo.

—... Cómo decirte... —Francis se esforzaba por encontrar adjetivos calificativos entre la bruma de su borrachera—... algo inédito.

Inexplorado.

Seller vio caer en su vaso un líquido oscuro, casi sólido, con inquietantes parecidos al barro.

—Este vino... —Francis acercó su propio vaso a sus dilatadas fosas nasales— fue hallado en la tumba de Ganmassi, el más grande de los caciques «Weibas». Se encontraron una veintena de estas vasijas, y en principio se pensaba que no había nada dentro de ellas. ¡Cerca de dos siglos pasaron sin que nadie tuviese la curiosidad de abrirlas!

El guía golpeó la mesa, contrariado.

Seller acercó su vaso a su nariz de

caprichosa curva, con el cuidado de quien se acerca a la cara un recipiente conteniendo una tarántula. Una vaharada a materia pútrida, fermentada, un aliento con reminiscencias a moho, a humedad, a biliosidad delicuescente, estuvo a punto de desvanecerlo. Apretó los párpados con fuerza, sintiéndose vacilar sobre su silla.

—¿Ha visto? ¿Ha visto? —estalló jubiloso Francis, volviendo al trato respetuoso de «usted»—. Basta olerlo, basta olerlo para atrapar todo el cuerpo, el espíritu de la bebida... —Francis había cerrado los ojos y, elevando su mano derecha, fregaba las yemas de sus

dedos entre sí—. Y... ¿puedes creerlo, Barry? Son pocos los que quieren beberlo. ¡Imbéciles! Es un vino que casi no tiene salida.

—Entiendo —masculló Seller, maldiciéndose por no haber aprovechado el momento en que Francis cerrara los ojos para arrojar el vino bajo la mesa.

—Un vino producido por los primeros vendimiadores africanos —continuó Francis—. Los pies de los más feroces guerreros «Weibas» redujeron las uvas del abra del río Zambia a esto, Barry. Porque sólo los guerreros producían el vino en aquellas

sociedades tribales. Sólo a los que iban a combatir en las guerras de conquista les estaba permitido elaborar este néctar con el cual embriagarse tras las victorias.

—Hermosa historia —musitó Seller.

—¡Salud! —exclamó Francis, de repente, sacudiendo al sirio.

—Salud —contestó éste, comprendiendo que el duro momento había llegado. Aspiró hondo y empinó la copa sobre sus labios. Tuvo un último recuerdo para su madre.

Sintió primero como si tragase fango, pero con algún componente orgánico. Como si por sobre la lengua

se le fuese deslizando un gusano húmedo y babeante, lentamente, hacia las entrañas. Un gusano que estallase por instantes, derramando por las encías y por el paladar, un contenido descompuesto y tibio. Pero el sentido gustativo del sirio recepcionó después el impacto. Y Sellar comprendió tan sólo una cosa: que en el historial de sus íntimas repugnancias se había iniciado una nueva era. Una rebelión de ácidos gástricos se lanzó paredes arriba de su esófago y Sellar sólo alcanzó a dominarla cuando ya rebasaba, enardecida, los flagelados umbrales de la garganta. Cuando el sirio abrió los

ojos, entre manchas informes y puntos multicolores que cruzaban frente a sus pupilas en total caos, pudo observar a Francis, quien, con una sonrisa amplia, depositaba el vaso vacío sobre la mesa.

—Excelso —pontificó el guía, con lágrimas en los ojos.

—Tú lo has dicho —acordó Seller, mientras con esfuerzo procuraba reprimir los últimos coletazos del asco que le desataban las más inverosímiles contracciones musculares—. Pero... dime... —El sirio apoyó su mano derecha sobre el brazo del guía. Debía acelerar el trámite del interrogatorio procurando aprovechar a su interlocutor

antes que se convirtiese en una piltrafa humana—. ¿Por qué decías que a ti le vendría bien contar con un buen sentido del humor?

—Para aguantar todo esto. Toda esta tontería. Esta corrupción... ¿Has visto el museo?

—Te conocí allí, ¿recuerdas?

—Oh, es cierto. Junto al cuadro de Laforet.

—Exactamente.

—¡Qué estupendo pintor! ¿Sabes cómo terminó...?

—Sí, Francis. Sé cómo terminó. Ya hablamos de eso. ¿Qué pasó con el museo?

—¿Qué museo?

—¡Éste! ¡Este museo! —se

impacientó Seller.

—¿Acaso no lo ves? ¡Está en ruinas, abandonado!

—Eso es cierto. Tiene señales de deterioro.

—El cuadro de Laforet, en uno de sus vértices inferiores, se está decolorando, se le está saltando la pintura. ¿Lo notaste?

—Sí —mintió Seller.

—¿Sabes por qué? Por la vibración de los pasos de las turistas con sus estúpidos suecos de madera. La pintura se suelta y se cae. ¿Lo has notado en el

cuadro?

—Sí.

—¿Sabes cómo terminó su vida ese pintor, Barry? —Francis había apoyado su mano sobre el brazo de Seller y en su mirada campeaba una infinita tristeza.

—Sí —ladró el sirio—. Sé perfectamente cómo terminó. Pero ¿a qué llamas corrupción?

—Al abandono. Esto marchaba de maravillas cuando estaba Kurtz —rememoró el guía, cada vez más peligrosamente vacilante sobre su silla.

—¿Quién era Kurtz?

—El encargado del museo. Un alemán que había llegado a Congodia

hace ya muchos años.

Seller se congratuló de su suerte. Había dado con un filón informativo, y debía usufructuarlo antes que el alcohol arruinase todo. Francis, precariamente acodado sobre la mesa, volvía a servirse aquel líquido ceroso y pestilente arrancado de los flancos mismos del espigado y renegrido cadáver del cacique Ganmassi.

—¿Era un alemán el encargado del museo? ¿Era un hombre grande? — preguntó Seller, tratando que la atención del guía no se dispersara totalmente.

—Sí. Un hombre grande. Maduro. Creo que había estado en la guerra.

—¿Tú lo conocías?

—Por supuesto. Hace mucho que trabajo de cicerone, y siempre hago esta excursión por el museo. Solía encontrarme con él entonces, y charlábamos.

—¿Había estado en la guerra, dices?

—Sí. Pero casi no hablaba de eso.

Me lo contó una vez en que nos tomamos dos ánforas de un aguardiente encontrado en la tumba de un sultán árabe que murió en Tanzania a fines del siglo XIX. Tenía un poco de grumo, pero... ¿Has probado alguna vez el aguardiente que se hace en la Costa de Marfil?

—No. ¿Y qué fue de ese alemán? — instigo Seller, adviniendo que podía ir directamente al grano dado que ya Francis no alcanzaba a discernir con claridad ni siquiera dónde finalizaba la mesa y comenzaba el vacío.

—Desapareció —se rió Francis, como si aquella comprobación fuese de una gracia irresistible—. Desapareció totalmente.

—¿Cuánto hace de esto?

—Hará un mes. Sí, más o menos un mes. Sírvete otra copa, Barry —propuso el guía aún riendo, y amenazó a Seller con el pico de aquella vasija funeraria. El sirio dejó que llenara su vaso, luego

lo cambió de lugar reemplazándolo por el de Francis, maniobra que éste no alcanzó a advertir, subyugado como estaba en atisbar hacia el interior de la vasija a través del pico.

—¿Vivía acá? —preguntó Seller.

Francis había empujado el vaso con un movimiento enérgico, no exento de plasticidad.

—Sí. Acá mismo. En el museo. No sé... supongo... —El guía se había despatarrado en su silla, corriendo a ésta casi medio metro hacia atrás, y miraba a su alrededor como si no entendiese en dónde se hallaba, aún con el vaso oscilando entre sus manos.

—Hace calor acá... Tú viste, Sam...

¿Sam, te llamas?

Había comenzado a divagar. Seller pareció advertir, alarmado, ciertos indicios de la proximidad del coma alcohólico en su interlocutor.

—Sí, Sam —refrendó. De cualquier manera ya había conseguido lo esencial de su interrogatorio.

—¿Eres el de «Tócala de nuevo, Sam»? —preguntó Francis, volviendo a reírse de su propia ocurrencia, con una risa convulsiva que por momentos se convertía solamente en un sacudirse rítmico del cuerpo, sin sonido alguno, detectable en el crepuscular tono

morado que estaba tomando su rostro y en las lágrimas que rodaban por sus mejillas delgadas—. ¿Tú eres? ¿El de «Tócala de nuevo...»? —un nuevo acceso de carcajadas sordas enroscó a Francis en su asiento, mientras simulaba torpemente digitar sobre un piano imaginario.

—¿No sabes en qué lugar del museo vivía ese alemán? —exigió Seller, poniéndose de pie y acercándosele. Francis se fregó los ojos con la palma de la mano derecha y aspiró hondo. Dio la impresión de controlarse.

—¿Has visto cuando tú entras al museo? —explicó, señalando con sus

manos hacia una puerta imaginaria. Seller, ya a su lado, lo sostenía por los hombros—. Bien, luego tuerces a la izquierda hacia donde están las banderas...

—Exacto —lo animó el sirio.

—¿Has visto las banderas? Bien, allí están las banderas. Pasas por donde están las banderas...

—Sí, sí, las banderas.

—Luego viene el cuadro de Laforet, al frente...

—El cuadro... adelante.

—¿Sabes cómo murió Laforet? Tú no has de creerlo, Sam...

Francis volvió su rostro hacia el

sirio y se abrazó a sus piernas.

—Me lo has contado. Sigue con la descripción de...

—Un pintor de su talla. Un pintor de su talla. Admirado y adulado por dos continentes...

Seller comprendió que aquello era irreversible. Densas babas del guía le corrían por los pantalones. Se zafó de los brazos del borracho, que aún murmuraba cosas incoherentes, y en dos trancos salió del comedor. Al cruzar la puerta sintió el choque de un cuerpo contra el suelo. Dio un postrer vistazo hacia atrás y divisó al mozo que se acercaba a Francis con paso lento

sosteniendo una escoba entre las manos.

CAPÍTULO 13

Seller volvió al salón principal del museo y se estacionó frente a una vitrina que contenía una vieja, descolorida y raída camiseta de arquero que presentaba un sospechoso orificio en la zona pectoral. Sin embargo, su interés no se centraba en aquella prenda histórica. Simulando observar la vitrina, sus ojos de mirada zahorí recorrían inquietos los restantes ambientes del museo, que podían apreciarse desde ese punto. El horario no ayudaba, ya que muy poca gente podía verse en el lugar apreciando las reliquias de Congodia.

Apenas un desharrapado hippie comiendo un helado pasaba desaprensivamente ahora frente al cuadro de Laforet, y más allá un japonés había instalado su caballete dispuesto a imitar fielmente hasta las más míseras pinceladas del cuadro que inmortalizaba la imagen de Domen Patamba, un legendario marcador de punta arteramente expulsado contra los turcos.

Pero ya las bien aceitadas propiedades del sirio se hallaban en pie de guerra. Se sentía ágil y animoso, convencido de que la buena fortuna estaba con él, y experimentando ese regusto gozoso que lo invadía cuando se

hallaba en acción. Con las manos cruzadas sobre sus glúteos, a paso lento, comenzó a recorrer las dependencias del museo, deteniéndose de tanto en tanto frente a alguna pieza, simulando inusitado interés. Había detectado un par de guardias, pero desarmados, y ambos sentados y dormitando en los corredores.

Seller advirtió, finalmente, sobre uno de los desiertos pasillos, una pequeña escalera que subía. No había cerca de ella ningún cartel indicador y su acceso estaba vedado por un fino cordel que cruzaba frente a los primeros escalones. Se fue acercando a ella, pero

se detuvo en seco al comprobar que alguien bajaba por allí mismo. El sirio se estacionó frente a una estatua, ubicada en la zona central de aquel salón. La miró atentamente, sin verla, procurando captar con su visión periférica el movimiento de aquella persona que llegaba por la escalera. Era alguien enfundado en un uniforme azul, diferente, por el color, a los grises que lucían los demás empleados del museo. Entró al mismo salón en donde se hallaba Seller y se abocó a tomar algunas anotaciones observando los cartelitos aclaratorios al pie de una de las banderas. Seller consideró más

prudente hacer una pequeña pausa en su búsqueda. Observó entonces por primera vez y con detenimiento la estatua que tenía frente a sí. Comprobó que se trataba de la efigie de un hombre, tamaño natural, que sin duda personificaba a un jugador de fútbol, pero que se hallaba en un estado de conservación lamentable. El mármol estaba roto en diversas partes, uno de los brazos segmentado a la altura del codo y una costra de suciedad endurecida lo cubría casi por completo. Seller adivinó que a su lado se había estacionado el empleado que bajara por la escalera. Hacía algunas anotaciones

en una libretita, estudiando la estatua.

—¿Es una obra muy antigua? — preguntó el sirio al hombre.

Éste dejó sus anotaciones y lo miró. Se trataba de una persona grande, de raza blanca, con aspecto de cansancio.

—No... —contestó el empleado—. No. Es relativamente nueva.

Seller hizo un gesto de incrédula sorpresa.

—¿Lo dice usted por el estado en que está? —preguntó, solícito, el hombre.

—Sí. Sí —Seller giraba en torno a la obra, como sumido en el estudio—. Me habían comentado que, desde hace

un tiempo, este museo había comenzado a deteriorarse. Pero nunca supuse que llegase a este punto.

—¿Quién le dijo eso? —se había endurecido algo el tono del hombre.

—Nadie, nadie en especial —suavizó Seller—. Un comentario, digamos. Me habían dicho que, antes se encargaba de esto un señor, alemán, creo, que mantenía todo en perfecto estado. Un obsesivo, sin duda.

El viejo empleado meneó la cabeza y sonrió, con ironía.

—Se habla mucho, inútilmente. La gente no sabe —dijo.

—Por supuesto que yo no estoy al

tanto del asunto —corrigió el sirio sin dejar de mirar la estatua—. Le repito lo que me han dicho.

—La gente habla. Y no sabe nada.

—¿Qué le ha ocurrido a esta obra, entonces —tornó al asalto Seller—, la han extraído de alguna ruina? ¿O quizás el volcán Mombasa...?

—No. Nada de eso —se animó el hombre—. Nada de eso. En este país hay una bella costumbre. Una bella costumbre. La de erigir monumentos no sólo para los héroes o para los próceres. No sólo para ellos.

—Ahá.

—Sino que acá, desde siempre —

continuó el empleado—, se han levantado, y se levantan, monumentos a los que cometen grandes errores. A los perversos. A los traidores. A los responsables de grandes calamidades. «¿Para qué?», se preguntará usted.

Seller asintió con la cabeza.

—Para que la gente pueda verlos, recordarlos y enseñar a sus hijos quiénes han sido estos personajes. Y decirles: «¿Ves, ves, hijo mío, ese señor inmortalizado en esa estatua? Bien, ese señor fue un miserable traidor». O bien: «Por culpa de ese señor sufrimos la peste de la viruela negra, o cualquiera de esas cosas». Entonces las

generaciones futuras ya saben quiénes los han perjudicado. Y aprenden a reconocer también a los buenos y a los malvados de carne y hueso, un poco por la enseñanza que ya traen de sus padres. Digamos, acá no hay olvido para los malos.

—¿Y esto no provoca una especie de... —Seller buscó por breves segundos una aceptable definición—... institucionalización del rencor?

—¿Y eso qué tiene de malo? —se exaltó el hombre—. Al contrario. Yo, usted, todos, nos cuidaremos muy bien de no cometer errores, de no dañar a la gente, para no tener el día de mañana un

monumento que inmortalice nuestra perversidad. Fíjese usted... ¿Conoce usted bien esta ciudad?

—No. Llegué hace muy poco.

—Bien, no habrá ido entonces por la Plaza de los dos Arcos de Triunfo.

—No. No.

—Bien, allí hay una estatua a un antiguo alcalde de la ciudad. Mucho tiempo atrás, ese hombre ordenó traer desde la Costa de Marfil un cargamento de una docena de mangostas para terminar con las víboras que había en sus jardines particulares. Las mangostas terminaron con las víboras. Pero terminaron con todas las víboras. Y las

víboras se comían las ratas. Y desde el momento en que desaparecieron las víboras, las ratas comenzaron a multiplicarse, a multiplicarse, y aun hoy son un problema insoluble. Un flagelo. Una peste. Muy bien. ¿Qué hubiese pasado si a ese alcalde no lo inmortalizara una estatua que recuerda su tremendo error?

Seller miraba al hombre, sin pestañear.

—¡Que todos nos hubiésemos olvidado de él! —se sonrió el hombre—. La gente lo hubiese maldecido un tiempo, pero al fin y al cabo, hubiese tenido el beneficio del olvido. Los años

son piadosos con eso. Pero no, allí está su estatua, allí está grabado su nombre y referida su historia. Entonces hoy por hoy, y mañana y dentro de tres mil años, cualquiera pasará frente a ella y le dirá a su hijo: «¿Ves, ves ese tipo ahí, en esa estatua, lo ves? Bueno, ése es el hijo de puta que fomentó las ratas en este país».

Seller aprobó enérgicamente con la cabeza.

—El papel de los libros, el papel de las fotos —continuó el empleado—, envejece, se aja, se rompe, desaparece. El mármol, en cambio, es casi eterno.

Los dos hombres se quedaron unos segundos en silencio, contemplando la

castigada obra.

—¿Y por qué está así esto, me preguntaba usted? —volvió a la conversación el viejo uniformado—. Muy simple. Acá nada tiene que ver el encargado anterior ni ninguna de esas historias que le han contado. Ésta es la estatua de Zimbo Wendala, un fullback centro que se hizo un gol en contra en el titánico match contra los portugueses. — El hombre se tomó la cabeza, recordando—: ¡Qué gol en contra se hizo este insensato! ¡Fue algo increíble! Entonces se decidió inmortalizarlo en el mármol. La estatua, en verdad, está siempre expuesta en los jardines

cercanos a la Escuela del Fútbol, en el pabellón de los Marcadores de Punta. Y hay permiso oficial, para que todo aquel que quiera emprenderla contra esta estatua, como contra cualquiera de las otras sobre las que hemos hablado, pueda hacerlo. Entonces la gente pasa y la escupe, o le arroja una piedra, o le pega un naranjazo, cuando no le arrojan una botella, o una piedra o una tuerca. Algunos, menos exaltados, se paran frente a ella y la insultan a gritos. Es hermoso de ver.

—Me imagino.

—Y cada tanto, traemos esas estatuas acá para refaccionarlas,

limpiarlas y volverlas a poner en el correspondiente lugar.

—Ahora entiendo —aprobó Seller.

—Ésta llegó aquí recién ayer —informó el empleado.

—Ya que veo que usted está al tanto de todo el movimiento de este museo, quisiera preguntarle algo —cambió Seller el rumbo de la conversación.

—Usted dirá.

—Hace tiempo yo solicité a la librería del Museo, por carta, un libro sobre las ruinas de Bongoyarte Lengá.

El hombre comprimió sus cejas, en gesto de concentración. Seller continuó inventando a medida que hablaba.

—Sí. Es extraño que usted no haya oído hablar de esas ruinas. Es un prodigio de alfarería nativa. Un inmenso estadio de fútbol para 20.000 espectadores construido en barro, presumiblemente en el siglo pasado.

El hombre frunció ahora los labios, azorado.

—Aunque es posible que no esté usted informado —condescendió el sirio—. Son estudios que recién se hallan en una etapa de exploración. El libro que yo pedí está escrito por una arqueóloga suiza, de la cual no recuerdo ahora el nombre, Millolsn, creo que es.

El empleado se rascó lentamente la

cabeza cana.

—¿Cuándo me dice usted que lo pidió?

—Hará un par de meses —afirmó Seller.

—¿Y no recibió usted respuesta?

—Ninguna.

—Es extraño. Kurt solía ser muy estricto en su correspondencia —dijo el hombre.

—¿No podría usted averiguar algo al respecto? —acicateó Seller.

—Sí, sí, por supuesto. Si me espera acá, subiré a ver si encuentro algo. Tal vez incluso esté listo su libro. —El viejo empleado hizo un gesto de

autoprotección poniendo ambas manos sobre su pecho—. Yo no lo he visto.

—Tal vez si yo lo acompaño lo hagamos más rápido —dijo Seller—. Yo podría identificar mi carta de inmediato.

—Puede ser. Venga conmigo —consintió el empleado, no demasiado convencido.

Los dos hombres subieron la anónima escalera, caminaron por un largo corredor y finalmente entraron en una amplia habitación donde un escritorio, vetustos anaqueles y una verdosa caja fuerte asomaban trabajosamente bajo una verdadera montaña de papeles.

—Debe estar por acá —profetizó el viejo, señalando vagamente hacia las pilas de carpetas, cartapacios y blocks promiscuamente acumulados unos sobre otros.

—¿No habrá alguna manera más directa de localizar mi carta? —Seller miró su reloj. No era mucho el tiempo de que disponía. El hombre no pareció escucharlo. Murmurando «vamos a ver, vamos a ver», se había abocado a levantar algunas hojas sueltas que se hallaban depositadas sobre una lámpara.

Encontrar algo específico en aquel caos de folios y carpetones se asemejaba en mucho a emprender el

traslado de la represa de Asuán.

Seller comprendió que había que jugarse. El razonamiento puro no podía ayudarlo a hallar, en ese indescriptible lugar, algún indicio de quién, de sus compañeros de equipo, había mantenido contactos con el malogrado Kurtz, más conocido como Sepp Von Papen. Un segundo después, el sirio se había convertido en un verdadero vendaval. Sus manos giraban como aspas de molino, escarbando, extrayendo, desarrugando y arrojando al aire cientos de miles de polvorientas cartas, recibos, facturas y formularios. A pesar de haber dejado su saco blanco sobre el respaldo

de una silla, a pesar del aire acondicionado que en parte mitigaba el calor ambiente, al instante se sintió empapado en sudor. En tanto, la tierra desprendida de la papelería por años abandonada comenzó a poblar el ya denso clima de la habitación, creando un ámbito sofocante e irrespirable. Pronto Seller percibió, en su irritada garganta, esa sensación propia de quien come un reseco alfajor de maicena, viejo de meses. Los perfiles de las estanterías se tornaron vagos y el sirio adivinaba trabajosamente el magro cuerpo del viejo empleado del museo entre la saturada polución terrosa que los

envolvía.

Seller recordó, nostálgico, el ardiente soplo del simún en el desierto, y su abrazo de partículas de arena.

Sintió toser al viejo y entrevió su figura borrosa surcando el salón con paso dificultado por las pilas de papeles en el suelo. El hombre encendió una luz que relumbró asmática, en lo alto, como un faro parisino de alguna pintura de Jecquel. Seller recrudenció en su búsqueda. Frente a sus ojos entrenados pasaban miles de diferentes cartas en sucesión interminable. El sirio parecía fotografiar cada letra, cada puntuación, cada diagrama que caía ante su vista. De

los campos de entrenamiento de combate traía aquella certera apreciación grafológica. Era reconocido por su sobrenatural capacidad de dictaminar los rasgos de personalidad, vicios, virtudes y hasta características físicas de cualquier ser viviente, con sólo leer un par de veces el nombre en una doméstica guía telefónica. Pero aquel intento de localizar un párrafo, una sílaba, cuanto menos un diptongo que le revelara al culpable dentro de aquel infierno burocrático era una propuesta ardua y desalentadora.

El viejo tosía cada vez con acento más angustioso. Al volver la vista hacia

él, Seller vio algo que lo detuvo en su búsqueda: la caja fuerte.

Estrujó con vigor los papeles que tenía entre los dedos. «¡Estúpido de mí!», pensó. Si algo había de valor en aquella pieza, sin duda alguna estaría dentro de ese armatoste color gliptodonte. Miró hacia donde estaba el viejo. El tierral envolvía su silueta y alcanzaba a localizarlo más por sus carraspeos que por su volumen. Seller no vaciló. Como un poseso, tomó kilos de carpetas amontonadas bajo una mesa y, sacudiéndolas, abofeteándolas, produjo nuevas y más espesas nubes de polvo. Aquello ya se tornó irrespirable.

Seller divisó los contornos de la puerta que daba a un pequeño bañito y corrió hacia allí. Pronto salió con la cara envuelta en una toalla mojada. Eso proveía cierta frescura a su respiración, a pesar de que toda su existencia de saliva se daba ya por desaparecida.

Aplicó furibundos puntapiés a varias pilas de añejos blocks, amarillentos por el pesado paso de las décadas, y otras fantasmales formaciones de polvillo se incorporaron a la inquietante niebla que amenazaba solidificar el interior de la sala. Seller oyó cómo una voz fracturada, jadeante, procuraba decirle algo desde el otro extremo del recinto.

Toses y gorgoteos guturales interrumpieron el inaudible parlamento y el sirio creyó determinar que aquellos gruñidos llegaban desde abajo, casi al ras del suelo. Sintió también golpes sordos y los ominosos rasguídos de unas uñas arañando la pulida madera del piso. Ya no había de qué cuidarse.

En dos saltos se situó frente a la caja fuerte. La midió, como si se hallara ante un contendiente de sumo, la milenaria lucha japonesa. Era una Plenika Sbronsson F-45-N, de cuatro mecanismos de patas simples, flotantes. La combinación propia de aquellas cajas no era una sola, sino que se trataba

de la clásica combinación Dreusser, o combinación «céltica», donde el juego de resortes no está inserto en un cabezal dentado sino que se halla dependiente de una manivela triple con dos roles, uno de ellos invertido, accionado a rulemanes. Había también una combinación falsa y el orificio de la llave no era coincidente con el acceso al émbolo de percusión, como en la generalidad de los cofres. A pesar de los años, y de la pintura saltada en algunas partes, la Plenika emanaba una sensación de invulnerabilidad y lejanía propia de Greta Garbo. Seller no se amilanó por esto. Posó su oreja

izquierda sobre la puerta de la caja, en tanto sus diez dedos iban resbalando sobre la superficie metálica lenta y cuidadosamente. Una y mil veces las táctiles yemas de los dedos del sirio recorrieron de arriba abajo las tersas planicies de la tapa de la caja de caudales, hurgaron en las ajustadas ranuras de los goznes, se entretuvieron constatando la fría curva del hierro que se escabullía para convertirse en los laterales de aquel rectángulo pesado e irreductible. Ese relevamiento palpado se hacía indispensable para el sirio, dado que la cerrazón terrosa había traído a la habitación una oscuridad casi

total y no se veía más allá de quince centímetros. El oído de Seller, pegado al hierro, procuraba captar el más mínimo crujido, el más pequeño e imperceptible desperezarse de alguno de los resortes internos. Para Seller, aquello era como alguno de los tantos trabajos submarinos que había realizado en sucios riachos de la Europa Central. Trabajos donde la contaminación, los líquenes y el caudal barroso arrastrado por las sufridas aguas, hacían imprescindible guiarse tan sólo por el tacto, cual un clandestino proctólogo, intentando determinar las zonas más vulnerables a las cargas explosivas en las herrumbradas quillas

de los gigantescos barcos petroleros.

Pero no era ése el procedimiento que pensaba aplicar ahora el sirio con aquella caja. Mientras sus manos hábiles continuaban la búsqueda, la boca de Seller comenzó a derramar en voz baja, casi en una letanía, una ininterrumpida serie de palabras en su idioma natal: el dialecto de los pastores de los Montes Marayani. Era un dialecto cerrado y complejo, que solía desconcertar incluso a aquellos que lo hablaban desde la cuna, pero se adivinaba en la voz cuidadosamente modulada de Seller, palabras dulces, invitantes, ensoñadoras. Vocablos suaves,

susurrantes y seductores, desprovistos de las rugosidades duras que se hallaban comúnmente en el hablar cotidiano del sirio. Con los ojos entrecerrados, Seller persistió en sus invocaciones, su oído siempre adosado como una ventosa al metal, y ahora tan sólo su mano derecha acariciando, morosa, los planos inferiores de la caja. De pronto Seller pegó un ligero respingo. Su oído había percibido un chasquido apagado, minúsculo, el átomo de un sonido. El dedo índice de la mano derecha de Seller introdujo la zona más blancuzca de su yema en la ranura que demarcaba el límite de la puerta blindada. Por allí

se deslizó lentamente de arriba hacia abajo y luego desanduvo el camino a la inversa. El sirio constató que estaba empapado en sudor. Pero un nuevo y casi inaudible crujido en el interior de la caja lo galvanizó en su intento. Continuó musitando palabras junto al hierro y su mano derecha fue subiendo, atrevida, hasta la protuberancia metálica en donde se hallaba inscripta la combinación. Allí, sus dedos jugaron largo rato junto a la base de aquel cono trunco, para luego cubrirlo, rodearlo y pellizcarlo levemente. Veinte minutos permaneció Seller repitiendo esa operación, sin dejar de murmurar.

Hacia ya tres horas que había iniciado el asalto a la caja. Sus dedos rozaron el otro dial metálico cercano al anterior, también sobre la zona superior de la tapa. Se entretuvieron en él, lo fueron entibiando, mojándolo de transpiración, oprimiéndolo a veces, o bien repitiendo los pellizcos sutiles. Esta vez, sí, el oído atento de Seller percibió un crujido, casi un estremecimiento en el metal. Seller apoyó su pecho contra la tapa de la caja, descansando prácticamente en ella. Debió apartar un tanto sus piernas, debido a que la erección que venía experimentando en el sexo se hallaba en franca expansión.

No se desconcentró por eso. Acercó la boca a uno de los diales de la combinación y lo tocó con la punta de la lengua. De inmediato comenzó a lamerlo, luego rodeó el dial con sus labios y sintió su dureza dentro de la boca. Oyó, nítidamente, un chasquido.

Su mano derecha, sin perder tiempo, había corrido la pequeña planchuela circular que obturaba el orificio de la llave y acariciaba la zona, cuidadosamente.

La boca de Seller abandonó el dial, y sin despegarse de la superficie metálica fue bajando hacia la cerradura dejando un rastro de saliva sobre la

pintura envejecida. Los labios de Seller se detuvieron, entreabiertos, frente al pequeño orificio de la cerradura, casi dos minutos. Las manos del sirio, a ambos costados de la caja, percibieron un temblequeo. La lengua de Seller palpó los rebordes del orificio y luego penetró en él, húmeda. Se escuchó un «clak» sonoro y lleno y el sirio notó cómo algo le empujaba la nariz hacia atrás. La puerta se había abierto.

Seller se irguió nuevamente y con la manga de la camisa se secó la transpiración de los ojos. Tenía verdaderas ganas de fumar un cigarrillo. Sintió mojada la entrepierna de los

pantalones. Pero nada hizo variar su rumbo. Abrió del todo la puerta de la caja de caudales y observó el cúmulo de papeles que se hallaba allí dentro. Sin perder un instante, Seller comenzó a pasar revista a aquellos documentos, hasta que sus ojos se clavaron en un papel carta que se deslizó, vertiginoso, entre sus dedos. Indudablemente se trataba de una hoja componente de una carta extensa, pues no tenía encabezamiento ni final, estaba escrita en inglés y la caprichosa disposición de las «patas» de las letras «n» golpeó en el cerebro de Seller con la fuerza de un mazazo. El sirio conocía esa letra. No

podía precisar a quién correspondía, pero de una cosa estaba seguro, él conocía esa letra. De aquello estaba convencido y era suficiente. Dobló el papel y se lo introdujo en el bolsillo de la camisa. Metió el resto de los papeles en la caja y cerró la puerta. Buscó a tientas su saco, lo encontró, se lo puso y se arregló la corbata.

Al encaminarse hacia la puerta de la habitación tropezó con el cuerpo del empleado del museo que lo acompañara hasta allí. La tierra ya había comenzado a aposentarse y se depositaba ahora, mansa, sobre los muebles, los papeles y sobre la espalda del caído hombre de

uniforme. De cualquier forma, la oscuridad seguía siendo densa, ya que la luz que en algún momento había llegado por la ventana, había dado paso a la penumbra de la noche.

Seller consultó, alarmado, su reloj.

—¡Las nueve, ya! —ladró. Pegó un salto sobre el cuerpo del empleado y salió de allí. Cinco minutos después se hallaba en la calle corriendo desesperado hacia el hotel donde se concentraban sus compañeros.

Cuando Seller irrumpió como una tromba en el «Holliday Inn» halló dentro de él un clima monástico y reposado. La totalidad de las plazas del gigantesco

hotel internacional se habían desocupado a los efectos de que sólo el reducido plantel del Spartan Soccer se hospedase en él.

Los botones y conserjes transitaban por los larguísimos corredores provistos de calzado con suela de goma para evitar los ruidos y todo el personal hablaba en voz baja a los efectos de no perturbar el sueño de los «Mapaches Aulladores» que, tras la cena, se habían retirado a sus habitaciones.

No obstante, a lo lejos, podía escucharse, como débil música de fondo, un concierto de bocinas de automóviles, pitos, sirenas y matracas,

instrumentos mediante los cuales los congodios procuraban impedir el descanso del plantel de Muller.

Sin embargo, el generoso espacio que mediaba entre la avenida «Portero Lunta Mangera», donde se hallaba el acceso principal al hotel, y el edificio propiamente dicho, era lo suficientemente amplio como para distanciar aquel estrépito popular de los oídos de los feroces muchachos del conjunto americano.

Ese mismo prolongado trayecto había salvado Seller a trote largo, sin vacilar, lanzándose a través de los cuidados greens de golf, chapaleando

profusamente en las no muy hondas lagunas naturales, pisoteando los bellísimos cercos florales que delimitaban los parques y estrellándose contra la puerta corrediza de vidrio a cuyo ojo eléctrico no le dio tiempo suficiente para comunicarse con su memoria magnética impulsora del movimiento de apertura.

Tan estrepitosa llegada del sirio lanzó sobre él a todo el personal de seguridad del hotel que custodiaba al plantel visitante. Antes de que Muller acudiese presuroso, Seller ya había logrado descalabrar a dos frágiles negros, desvanecer otro con un puntapié

formidable en los testículos y triturarle los dedos a un conserje de un tacazo aplicado con más malevolencia que fuerza. A cambio, el sirio había recibido una docena de golpes de puño, un tremendo rodillazo en los riñones, había soportado el impacto de una máquina de escribir lanzada a quemarropa y, en varios sectores, su cuero cabelludo se había abierto sangrientamente frente a los golpes que sin piedad alguna le descargaba un botones enarbolando una de las pesadas llaves de las habitaciones, consistentes en macizas esferas metálicas que simulaban una pequeña pelota de fútbol.

Muller logró rescatar a Seller de abajo de la turba de custodios que lo golpeaban, no sin antes recibir una dupla de duros impactos arrojados al aire sin consideración ni técnica.

—¡Es uno de los nuestros, es uno de los nuestros! —gritó el alemán, aferrando de un brazo a Seller, que aún blandía en su mano derecha un largo trozo de vidrio, filoso como un alfanje, que había tomado de entre los fragmentos de la destruida puerta corrediza.

—¡Quietos, quietos todos! —contuvo a los suyos el hombre que estaba al mando de los custodios,

apresando a uno de ellos por el cuello y logrando de esa forma que un puntapié arrojado dibujara un arco en el aire muy cerca de la nariz del sirio.

—¡Es uno de mis jugadores! —vociferó Muller, plantándose con los brazos abiertos frente a Seller, separándolo de sus atacantes, en la típica actitud de un ave de corral protegiendo a sus polluelos.

—Perdone usted... —se acomodó la torcida corbata el jefe de los custodios—. Es que al verlo entrar corriendo...

—Está completando su entrenamiento —farfulló Muller en tanto alejaba a Seller hacia la cafetería

contigua.

—No está vestido como los demás —desafió uno de los botones, enjugándose la sangre que le brotaba de la nariz.

—En Norteamérica todo es diferente —gritó el técnico alemán, sujetando al sirio, que pugnaba por arrojar un sillón contra el grupo atacante—. Allí es otra cultura, otra forma de vida... ¡Me quejaré al administrador de este podrido hotel! ¡Han atacado a uno de mis muchachos!

Cojeando, Seller entró a la cafetería y se arrojó sobre una de las sillas. Muller hizo lo propio, acodándose de

inmediato sobre la mesa para acuciar al sirio.

—¿Qué ha averiguado?

Seller no contestó. Con una servilleta, se quitó la sangre que caía del cuero cabelludo. El rojo líquido se detenía unos momentos en la espesa selva de sus cejas, como frente a un dique, y luego se abatía sobre las mejillas, para salpicar la fórmica de la mesa. Abrió un tanto su saco, totalmente embarrado debido a la loca carrera vadeando los lagos artificiales, y sacó del bolsillo de su empapada camisa una perfumada y verdosa hoja de nenúfar.

—¿Qué me da? —jadeó Muller,

sorprendido.

—No, esto no —maldijo Seller. Volvió a introducir sus dedos en el bolsillo y sacó el papel que había sustraído de la caja de caudales del museo. Chorreaba agua fangosa y semillas de loto.

—¡Déjeme ver, déjeme ver! — Muller atrapó el papel de manos de Seller, pero no pudo desplegarlo debido a la mojadura.

—¡Tenga usted cuidado, puede romperlo! —advirtió el sirio. Las uñas del alemán pugnaban por encontrar los bordes de algún pliegue—. Deberíamos secarlo primero.

—¡No hay tiempo, no hay tiempo! —
rugió Muller. Aplicó el papel sobre la
mesa y comenzó a descargarle golpes
con el dorso de su cerrada mano
derecha. Una corriente líquida
compuesta por agua, cieno y sangre,
proveniente del cuerpo de Seller y
movilizada por el estremecerse de la
mesa, se deslizó hacia el papel,
anegándolo aun más.

—¡Rayos! —vociferó Muller,
mirando con furia hacia Seller—. ¡Mire
cómo está, vaya a cambiarse de
inmediato!

—No —respondió el sirio,
estrujando su corbata—. Primero

debemos develar esto.

—¡Está empapado, lo han golpeado, hace más de 24 horas que no entrena — el rígido entrenador había aparecido de nuevo en Muller—, apuesto a que no ha comido lo indicado por nuestra dieta! ¡Mañana no podrá jugar!

—Sí podré. Me siento bien — explicó el sirio. Introdujo de improviso su mano por debajo de la camisa, realizó dos o tres movimientos veloces en torno a su cintura y arrojó sobre la mesa un pequeño batracio. El puño de Muller entretenido en golpetear sobre el papel, se arrojó sobre él, procurando aplastarlo, pero el batracio, de dos

saltos, abandonó la escena huyendo hacia el lobby del hotel.

—¡Usted! —reclamó Muller la atención de una voluminosa negra que atendía el mostrador de la cafetería—. Llame a la habitación de mi ayudante, Billy, y dígame que baje inmediatamente. —Se volvió hacia Seller.

—Mientras nos ocupamos de esto, al menos haré que Billy lo masajee.

Seller aprobó, entornando los párpados.

—¿Cuál es el número de esa habitación, señor Muller? —preguntó con voz cantarina la negra desde el mostrador, ya con un teléfono en la

mano.

—¡Llámelo de una buena vez, imbécil! ¡Qué le importa el número de habitación! —estalló Muller. El sirio entrecerró los ojos. No le gustaba nada el descontrol que manifestaba su técnico. Parecía estar perdiendo el dominio de la situación. Pero no se lo podía culpar demasiado. Se hallaban en vísperas del gran encuentro y los nervios solían demostrar una tendencia a no responder a sus mandos naturales. Seller esperaba que Muller, al menos ante el resto de sus jugadores, luciera más dominado. Con la ayuda de un cuchillo, la lengua asomando entre los

dientes apretados, el técnico alemán procuraba ahora separar los pliegues del papel. El sirio, en tanto, con la manga de su ya inmunda camisa, secaba pacientemente la mesa.

Dos manos de acero, de repente, lo apresaron de atrás, por los músculos trapezoidales, casi bajo el occipucio, sobre las clavículas. La reacción del sirio respondió a los cientos de horas de entrenamiento de defensa personal que había fatigado en su azarosa vida. Al tiempo que se erguía como un resorte, hundió el mentón en su pecho, lanzó sus manos hacia atrás por sobre sus hombros y atrapó al agresor por la

pechera de sus ropas. De inmediato arqueó el cuerpo hacia adelante e hizo pasar a su atacante por sobre su propia cabeza para catapultarlo luego contra la mesa que compartía con Muller con un estampido digno de una alfombra al ser golpeada con una tabla ancha.

—¡Billy! —gritó Muller, un instante antes de que las piernas de su ayudante, tras patalear infructuosamente por el aire, le golpearan en la cabeza cual dos mandobles. Seller no había soltado a su presa y mantenía aferrado a Billy por la tela de su buzo deportivo, de espaldas contra la mesa, con la cabeza del ayudante de campo tocando su propio

estómago sirio. Muller, rojo y al borde de la congestión, se puso dificultosamente de pie, mientras trataba de desenredarse las nerviosas piernas de Billy de alrededor del cuello.

—¡Quítese de acá, imbécil! —tronó Muller, empujando a su ayudante hacia uno de los costados de la mesa. Sellar se unió al esfuerzo y las magras costillas del ayudante de campo retumbaron contra el piso de mosaicos con un ruido macabro. Sin fijarse en él, Muller se abocó de inmediato a comprobar si su valioso papel no había sufrido daño alguno. Tranquilizado al observar que seguía incólume, continuó su paciente

tarea con el cuchillo. Billy, tenaz, había rebotado como un elástico contra el suelo y acercaba ahora otra mesa a la de Muller y Seller.

Por fin, el alemán había conseguido despegar los pliegos del papel, logrando tenerlo frente a sus inquietos ojos en toda su superficie. Pero el agua había producido un efecto devastador en la carta, esfumando los trazos, ensanchando los rasgos, diluyendo la tinta. Muller maldijo en voz baja y, delicadamente, volvió a aplicar el ya desplegado papel sobre la mesa. Seller se levantó de su silla y se acercó al alemán, sin reparar demasiado en Billy,

quien pugnaba por quitarle el saco, la camisa y los pantalones.

—¿Reconoce la letra? —preguntó Seller.

—No se ve nada. No se ve casi nada —masculló Muller.

—Pero yo he visto esa letra —dijo Seller.

Las manos nerviosas de Billy habían logrado quitar ya las ropas del sirio, salvo un breve slip de tela elástica. Aprovechando la postura de Seller, acodado sobre la mesa y contemplando fijamente la humedecida escritura, Billy lo tomó sin miramientos por los tobillos, elevó el cuerpo del sirio hasta dejarlo

horizontal y desplazó por debajo de él la mesa que había aproximado atrayéndola con uno de sus pies. Soltó entonces la fibrosa humanidad de Seller, quien cayó sobre la mesa con estrépito, quedando boca abajo sobre ella, listo para recibir el masaje reparador.

—Yo también la he visto —se había excitado Muller, pegando casi su nariz al papel.

—¡Un momento! —solicitó de pronto. De uno de los innumerables bolsillos que poseía su buzo deportivo extrajo un manojó de cartas unidos por una banda elástica.

—¡Aquí está la correspondencia del

plantel! —anunció.

—Veamos —dijo Seller, con voz temblequeante, debido a la feroz golpiza que los puños de Billy estaban descargando sobre su zona renal.

Pronto una docena de cartas fueron diseminadas en torno al papel revelador. Muller fue constatando similitudes y diversidades con ayuda de una pequeña lupa que apareció en su mano como por arte de birlibirloque. Seller repasaba las grafías en forma obsesiva, terca, estudiando el engarce justo de las rectas con las curvas, o bien, la mayor o menor cantidad de tinta y presión que había recibido acá un punto, allá una coma,

quizás también un guión por más ignoto y anónimo que pareciera. Billy se encontraba a horcajadas sobre sus nalgas, casi invadiendo la cintura, y le sumía sin compasión los pulgares bajo los omóplatos, sobre los flancos de la columna vertebral, haciendo crepitar las vértebras como un xilofón óseo.

—No..., no..., no... —murmuraba enardecido Muller, golpeando con su puño sobre la mesa—. No logro..., no consigo...

—¿No disponemos de tiempo como para remitirla a Norteamérica para un estudio por computación? —aventuró Seller. Los inexorables dedos de Billy

debían haber tocado algún vital centro nervioso, ya que de los oscuros ojos del sirio brotaban dos brillantes surtidores de lágrimas. Muller ni se dignó contestar. Elevó un instante la vista y clavó su mirada en Seller.

—No debe aflojar ahora —musitó apenas, volviendo a su control de las escrituras. Por varios minutos los hombres no se dieron tregua en aquella investigación angustiosa.

Sólo se escuchaba la respiración de Muller y los sonoros cachetazos que Billy descargaba sobre los flancos de Seller.

—¡Señora! —gritó de pronto éste,

sobresaltando a la robusta negra que dormitaba tras el mostrador de la cafetería—. ¡Un doble «Saratoga» sin hielo! —ordenó.

Muller volvió a perforarlo con una mirada aguda. Tres minutos después, un largo vaso conteniendo un líquido amarillento, y del cual emergía un terceto de delgados sorbetes multicolores, se encontraba en la mano de Seller.

—Permiso —exclamó el sirio, apartando respetuosamente la cabeza de Muller. Acto seguido derramó el doble «Saratoga» sobre las cartas, sin cuidarse de que la inquietante guinda que se

entreviera en la solución alcohólica rebotara un par de veces sobre la mesa para precipitarse luego al vacío.

—¿¡Qué..., qué hace!?! —alcanzó a balbucear Muller con voz estrangulada por el odio. Pero los resultados de la inopinada acción del sirio pronto le dieron respuesta a sus ojos desorbitados. Al humedecerse, el resto de las cartas tomaron un aspecto similar al trozo de papel rescatado por Seller de la caja de caudales.

—Ahora están todas iguales —explicó. Seller entrecerrando los párpados.

La furia de Muller se había

cristalizado en la crispación del rostro y en el peligroso diámetro que habían alcanzado las venas de su cuello. Pero ahora daba paso, en tanto contemplaba con asombro los papeles empapados, a un estupor inmenso que dilataba el tamaño de sus ojos opacos.

—¡Ésta es, ésta es! —estallaron ambos hombres al unísono, señalando uno de los rectángulos de papel. Muller aferró la carta con las dos manos y la puso frente a sus ojos, comparándola con la otra.

—¡La misma colita enrollada en las «efes», el mismo borrón hacia la derecha en los puntos suspensivos, los

mismos círculos infantiles en las letras «o»!

Seller procuró incorporarse para observar los detalles que Muller acopiaba cual un detector de mentiras, pero Billy, jinete sobre sus espaldas, le descargó un tremendo puñetazo sobre la nuca que le hizo estrellar la nariz contra la mesa. Como si ese compulsado movimiento hubiese accionado el percutor de una trampa, el talón derecho del sirio disparó una coz tremebunda que se incrustó en las inmediaciones del dorsal mayor de Billy produciendo un retumbo similar al de un bidón de lata vacío golpeado por una cachiporra de

goma. El masajista no exhaló un solo sonido. Antes aun que su cabeza repicara contra el suelo, ya estaba Seller junto a Muller, comprobando el descubrimiento. Tras breves segundos en que ambos contemplaron las dos cartas con fijeza de pesadilla, sus miradas se encontraron. Por otros diez segundos ninguno de los dos dijo nada. Luego Muller alcanzó a articular una corta palabra.

—Ted —pronunció, en un ronquido.

—Ted —asintió Seller.

En una contracción casi animal, Muller estrujó los papeles. Seller, a su vez notó cómo se le secaba la boca y le

temblaban las piernas. Por esto último no se preocupó: Billy lo había atrapado por las pantorrillas, nuevamente.

CAPÍTULO 14

Seis veces se despertó Seller aquella noche con la sed abrasándole las entrañas. Mientras en la oscuridad manoteaba el bidón plástico que contenía agua sin gas glucosada, podía advertir el perfil de Obdan revolviéndose en su cama como un reptil. El polaco por momentos gruñía, en otras ocasiones gimoteaba y en dos oportunidades se sentó en el lecho, llamando a un primo desconocido y lejano.

La tenaza implacable de los nervios se iba cerrando lenta pero inflexible

sobre cada uno de los componentes del plantel del Spartan Soccer de Dyersville. El sirio sentía cómo, dentro de su propio estómago, se estrujaba un puñado de víboras rabiosas. Se maldijo. Él no era un novato. No era alguien para quien el hirviente aliento del peligro, la responsabilidad y el miedo, le significara una sensación extraña y estremecedora. Era un veterano en caminar por los angustiantes aledaños de la muerte. Conocía el impávido frío del plomo dentro de su cuerpo. El sibilino aletear de la metralla sobre su cabeza. Había experimentado la negritud densa y viscosa de la hora final

llamándolo desde los extremos de la pérdida de conciencia. Sabía de la callada irreversibilidad de los explosivos plásticos y de la drástica manifestación que podía derivar de ellos al manipularlos. Había vislumbrado una y mil veces las descarnadas espaldas del terror, porque lo había practicado. Y en todas esas ocasiones, el cuerpo duro del sirio había soportado sin desmayos el azote crispante de los nervios. Sin embargo, era diferente.

Seller sabía que no podría resistir a pie firme su ansiedad hasta la hora del match. Hasta las siete de la tarde, hora en que partirían hacia el Bombasí

Stadium, faltaba aún una eternidad. Eternidad que Seller había calculado mitigar durmiendo, reparando las fatigas de su investigación de la víspera. Pero allí estaba, despierto y lúcido como un animal de presa, echado boca arriba en la cama, escuchando los entrecortados llamados de Obdan entre sueños, y más allá, mucho más lejos, un ulular incesante e inhumano, un reclamo salvaje. Primero, al acostarse, había pensado en un coro ensordecedor de chicharras, luego en el ancestral llamado de algunas aves nocturnas.

Por último identificó aquel sonido inquietante e intermitente: lo proferían

voces humanas. Mujeres especialmente. Lo había escuchado y sufrido varios años atrás, en las desveladas noches de Argel, en un ululante concierto que hacía temblar a los perros en los rincones y aterrizzaba a los franceses. Ahora, Seller, y con seguridad todos sus compañeros de equipo, escuchaban aquel coro demoníaco y, gracias a ello, no dormían en vísperas del encuentro.

Procurando no hacer ruido, Seller se encaminó hacia la ventana de la habitación, entreabrió con dos dedos los visillos de la persiana, y el corazón le dio un vuelco. Allá a lo lejos, hacia el centro de la ciudad, un mar de fuego se

desplazaba hacia el norte. Miles y miles de antorchas señalaban el paso de la marea humana hacia el estadio. Y eran apenas las dos de la madrugada. Volvió a la cama y procuró dormir. El desasosiego que lo embargaba podía provenir de un detalle inusual en él, dedujo, introduciendo la cabeza bajo la almohada. Era ésta la primera vez que abordaba una operación inserto en un grupo de gente, de compañeros, entre los cuales se había solidificado la férrea argamasa de la amistad viril. El triunfo ya no era una simple conquista solitaria. Habría otros con quien gozarlo y compartirlo. Incluso por un momento

Seller, profesional celoso de su condición de tal, supuso que acaso el dinero ya no estaba en la mira de sus compañeros. Era tan sólo el viejo rito de la hombría frente a la aventura y el desafío. Y el viejo sentimiento de superación frente a la competencia. El estigma de los vencedores. Y el valor.

Siempre había despreciado Seller aquellos juegos donde no se hallara implícito el riesgo físico. El tenis, por ejemplo, le repugnaba. «El deporte blanco» podía estimular el adiestramiento muscular, la coordinación, la concentración y como máximo el amor propio. Pero no había

allí contacto personal con el adversario y por lo tanto no cabía el riesgo de devolver un perfecto «passing shot» y recibir un codazo en una ceja, o un rodillazo en los riñones.

El inquietante pavor de soportar el rostro transfigurado del rival a dos centímetros del propio rostro, escupiendo amenazas, insultos y maldiciones, recordándole a uno que la vida puede ser el costo de la osadía de triunfar en el próximo «game» tampoco era una sensación incluida entre las habituales del tenis. El viejo y universal culto al coraje, el coraje ante el riesgo físico, no se hallaba allí. De sólo

pensarlo Sellar mordía las sábanas y deseaba, ya, saltar al verde césped del Bombasí Stadium.

Sin darse cuenta del todo, cayó en una especie de sopor, vaporoso. Pasaron por su mente, entonces, los despiadados días de entrenamiento en los pantanos, las charlas de Muller, los dientes tan blancos de Dagomir, la cara de goma de Jerry, las cábalas de Massimo, el rostro atento de Ted, Ted, Ted, el canturreo distraído de su propia madre, su perro volviendo de disciplinar a las cabras, los muslos duros y resbaladizos de Nargileh, la agilidad saltimbanqui de Billy, el restallar de los dientes de

Frankie Lane, la textura aguachenta del queso de leche de liebre carpidora de los montes Marayaini, el olor penetrante del aceite con que Zorba se calentaba los músculos antes de las prácticas, el día en que el granizo lo sorprendió dentro de un carro blindado y Jail Ganem salió por la escotilla con los brazos en alto.

Luego se durmió. Cinco minutos después se despertó, se vistió y tras vomitar sólo bilis optó por bajar a desayunar. Obdan dormía hecho un ovillo, pero el rechinar de sus dientes había rajado en dos partes los vidrios de la ventana.

Eran las seis de la mañana cuando Seller llegó a la cafetería del hotel y allí estaban todos sus compañeros. Hubo algunas bromas, pero el clima era tenso y contenido. Ted procuraba distraer a los demás con bromas ingenuas, como pegarles goma de mascar en los cabellos o asestarles tremebundos puñetazos en los omóplatos.

«El bastardo», pensó Seller para sus adentros. No sabía aún cuál era la determinación que tomaría Muller con respecto al arquero. Al comprobar la infidelidad de su guardametas, el técnico alemán sólo se había limitado a palidecer hasta la transparencia, y

marcharse hacia su habitación.

Nadie hablaba dentro de la silenciosa y amplia cafetería. Renault, Zorba y Gianni caminaban de una esquina a otra, sorteando mesas, saltando sillas, pateando mesitas con vajilla, como animales enjaulados. Pedro hablaba solo, en voz baja, y descargaba cortos puñetazos contra la pared. Jerry, finalmente, convenció a Ted para que abandonara sus intentos de entretener a sus compañeros, y se decidiera a enfrentarlo en una partida de ajedrez. El insultante sistema de juego influyó para que la partida no durase mucho. A cada pieza por él tomada, le

aplicaba un violento papirotazo y la arrojaba como un proyectil contra el pecho de Ted. A la tercera de estas agresiones, Ted estrelló el puño derecho contra el rostro gomoso de Jerry, le lanzó la mesa encima y saltó sobre él procurando segmentarle la carótida con los talones. Hubo un revuelo general y el resto de los compañeros cayó sobre los combatientes en procura de separarlos. Por un instante, Seller temió que el entuerto se propagara a la totalidad del grupo. Hubo una docena de golpes salvajemente arrojados entre los cuerpos amontonados, denuestos irreverentes y hasta algunos puntapiés

propinados por Zorba indiscriminadamente cada vez que veía asomar alguna cabeza entre aquel revuelo de cuerpos entrelazados.

—¡Basta! ¡Basta! —la orden estentórea los paralizó. Por la amplia puerta de la cafetería había aparecido Muller, imponente en su uniforme deportivo reservado para las grandes ocasiones. Bajo la visera de su gorra a cuadros marrones con un inmenso pompón que casi configuraba un penacho, los ojos del alemán despedían chispas. Los hombres se fueron poniendo de pie, recomponiendo sus ropas, palpándose las regiones

doloridas, pero sin quitar la vista de la figura intimidatoria de Muller. El buzo azul oscuro del técnico, ribeteado a lo largo de brazos y piernas por tres franjas doradas, se recortaba nítido contra el fondo rojo lacre del forro de la capa que pendía de sus hombros.

Lentamente, y en silencio, los hombres de Muller fueron tomando asiento junto a la mesa más larga del salón, frente a su técnico.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Billy, quien había corrido a pararse junto a Muller, cual un obediente perro de custodia.

—No ha sido nada... —apenas se

escuchó la voz de Jerry, quien se palpaba con cuidado la mejilla izquierda—. Ocurre que Ted no sabe jugar al ajedrez...

—¡No me importa lo que haya pasado! —ladró Muller.

—¡Tal vez esto —gritó también Billy— les haya servido para alivianar tensiones!

—¡No me importa una mierda todo eso! —reventó Muller, sin mirar siquiera a su segundo—. ¡Al contrario!

Billy, desautorizado, retrocedió unos pasos hasta casi apoyarse contra una pared y allí permaneció, callado. Parecía haberse reducido aun más en su

económico físico.

—¡Así es como quiero que estén! —
pareció sonreír Muller. Los jugadores se
miraron entre ellos y un bálsamo
intangible les aflojó los nervios faciales
—. ¡Así! ¡Quiero que hoy sean fieras
salvajes, perros de pelea! ¡Eso quiero!
¡Nada de calma, nada de tranquilidad,
nada!

Sin soltar su mano derecha del
reborde de la capa a la cual ceñía como
una garra, Muller cruzó a largos trancos
el salón. Se detuvo frente a los amplios
ventanales y corrió las cortinas de un
tirón enérgico. El rojo sol del amanecer
teñía de carmín el cielo.

—¡Hoy es el día! —señaló Muller hacia afuera—. Hoy es el día para el cual ustedes se han preparado, se han adiestrado, se han fortalecido. ¡Se han mentalizado!

Volvió sobre sus pasos y se desplazó lentamente frente a su plantel como pasando revista.

—¡Para el día de hoy es que han aceptado privarse de las comodidades más elementales, que se han alimentado durante meses de cosas nutricias pero desagradables! ¡Cosas que yo no me hubiese animado ni tan siquiera a darle a un perro famélico de la calle! ¡Para el día de hoy lo han hecho!

»¡Por llegar hoy al campo de juego y ser en él un grupo de colosos imbatibles, durante meses se han arrastrado por el fango de las ciénagas, han ofrendado la sangre a los mosquitos más despiadados del planeta, se han despellejado los pies pateando cocos, piedras, troncos de árboles!...

»¡Por el día de hoy se han privado de tocar tan sólo un cabello de mujer! ¡Ni en fotos las han visto! ¡Y eso lo sienten acá! —La mano derecha de Muller cacheteó crudamente su propio miembro viril.

»¡Hoy es el día! ¡Para hoy no sólo se han disciplinado, se han sacrificado, se

han convertido casi en bestias insensibles! ¡Para el día de hoy han nacido! ¡Las vidas de todos ustedes sólo se justifican en la victoria de esta noche! ¡La gloria que han perseguido inútilmente a través de sus respectivas carreras está al alcance de vuestras manos! ¡El triunfo, sólo el triunfo nos justificará como seres humanos!

Muller había abierto sus brazos en cruz sosteniendo con ambas manos los extremos de la capa. Miraba ahora hacia el techo del salón con una fijeza demencial. La luz sanguinolenta del alba caía, lateral, sobre su cuerpo trémulo y lo envolvía un halo ambarino, como si

estuviese poseído por el marinero fuego de San Telmo.

Seller sintió cómo dentro de su propio pecho bullía una caldera hirviente. La sangre ensoberbecida le rebotaba loca por las venas y un calor animal le derramaba picores y estremecimientos que amenazaban con ahogarlo. Le pareció estar sumido dentro de un coro celestial. Un cántico vivo y acompasado daba la impresión de verterse sobre su carne hipertensa. Eran sus compañeros, sus compañeros que cantaban. Las viriles voces habían comenzado primero quedamente, pero poco a poco, aquellos tonos ásperos y

gruesos se iban tornando más vigorosos y altivos. Los puños golpeaban en las mesas. De a uno se fueron poniendo de pie sin dejar de cantar. Primero Jerry, luego Gianni, después Ted, todos por último. El himno deportivo del Spartan Soccer hizo retemblar las paredes del hotel cinco estrellas. Las mil veces escuchadas estrofas marciales que movilizaban a los Mapaches Aulladores de Dyersville aturdieron los oídos de los asombrados empleados de conserjería, echaron al aire las servilletas de papel que esperaban sobre las mesas contiguas y empañaron los cristales de los ventanales por donde se

atrevía el sol rotundo de la mañana.

«¡Vamos, vamos, Mapache Aullador!
¡Quiero escuchar el latido vegetal del
césped, cuando en mi bota de fútbol
brille el sol!».

CAPÍTULO 15

Durante unos dos o tres minutos, Seller perdió la noción de dónde se encontraba, tal era su aturdimiento.

Comenzó a trotar en forma lenta y, de a poco, el aroma del césped le fue devolviendo la claridad conceptual.

Frente a sus ojos cruzaban como exhalaciones, flotando en el aire caldeado, manchones amarillos y naranjas. Pronto reconoció en esas manchas a sus compañeros, realizando los ejercicios de calentamiento. La gritería del público era ensordecedora y el sirio no se atrevía aún a levantar la

vista hacia las graderías.

Todo era exagerado. La luz desmesuradamente blanca que caía desde las ocho torres de focos de cuarzo daba al césped del Bombasí Stadium un tono quizás celeste. El ruido era un motor poderoso y descontrolado, metido en los cerebros mismos de cada uno de los componentes del Spartan. Los colores se exaltaban y parecían saturarse aun más de pigmentación, vistos a través de aquel clima húmedo, palpable y sensual. Los olores a su vez se introducían ariscos en las amplias fosas nasales de Seller. Le llegaba el ácido llamado de los aceites que

lubricaban sus piernas y las de sus compañeros, el sinuoso aroma a transpiración y adrenalina derramada por las axilas, las ingles y el canal divisorio de los glúteos. Había también un tufo empalagoso a flores podridas, a frutas demasiado maduras, a una mezcla de incienso, tabaco, golosinas machacadas, fritangas, tortillas y dulces de mangos.

A poco de trotar en círculos, cerca de la mitad del campo, Seller notó que el aire no le llegaba a los pulmones. Sentía los músculos de las piernas endurecidos, y dolores en ambas pantorrillas. Un redoble sordo le latía en

los oídos y le golpeaba las sienes como un pistón. Comprendió que no se trataba de la gritería apabullante que llegaba desde las tribunas, sino que provenía de su propio corazón, aparentemente cercano al estallido. Se detuvo con las piernas abiertas y cerró los ojos, aspirando muy hondo.

—¡Vamos, «Turco», vamos! —sintió que lo alentaba al pasar junto a él, trotando, el argentino. Reparó entonces en sus compañeros. Saltaban y hacían gimnasia mecánicamente. Algunos miraban de soslayo hacia las hirvientes tribunas, con ojos levemente desorbitados. Casi todos procuraban

normalizar sus ritmos respiratorios. Ninguno hablaba, ninguno sonreía. Los rostros parecían de cera. Ted, entre los tres palos, procuraba contener los envíos con que Dagomir lo exigía. Muller, parado en uno de los extremos del área, contemplaba a cada uno de sus muchachos. Seller corrió hacia él.

—¡Profesor! —le gritó el sirio al oído, para hacerse escuchar—. ¿Ha resuelto usted algo con respecto a Ted?

Bajo la sombra que arrojaba sobre sus ojos la visera de la gorra, Muller lo miró con rostro cadavérico. Abrió la boca para contestar, y fue cuando el estadio pareció partirse en mil pedazos.

Muller y Seller debieron aferrarse el uno del otro para no perder el equilibrio. El equipo local estaba saliendo al campo. Una seguidilla de camisetas azul eléctrico parecía ser escupida por la boca del túnel, en el otro extremo del campo, y durante cinco minutos el cielo se cuajó con las explosiones de los fuegos de artificio, las bombas de estruendo, las luces de bengala, y el estallido de los morteros que arrancaban manojos de pasto a los costados de las líneas demarcatorias de la cancha. En algunas explosiones, Seller alcanzó a reconocer a sus viejas amigas, las granadas «Energa».

Una densa capa de humo blanco invadió la olla ardiente del estadio en tanto el solo grito de «Congodia, Congodia» uniformó el aturdimiento.

Muller tomó a Seller de un brazo, Seller hizo lo propio con Renault, que pasaba a su lado, y así, en tremulenta fila india se dirigieron entre el humo hacia el banco de suplentes que se les había destinado.

Dos o tres centenares de fotógrafos habían invadido el campo y corrían revoloteando junto al plantel visitante, ametrallándolos con sus flashes. Seller logró alejar a puntapiés a varios de ellos, los más audaces, que procuraban

primeros planos de los rostros demudados de los «Mapaches Aulladores».

La aparición de los árbitros bajo una catarata inenarrable de silbidos alejó en parte a los chasiretes. Muller se acuclilló junto a la fosa de cemento en donde se hallaba el banco de auxiliares y sus hombres lo rodearon. Ted saltó dentro de la fosa y, sentándose, comenzó a aflojar un poco los cordones de sus botines. Todos prestaron atención a Muller en sus últimas indicaciones. La gritería se había calmado un tanto, y se apreciaba una suerte de calma expectante, agorera, como el agua mansa

que se arremolina sobre el frágil sueño de un irascible leviatán antediluviano. Eso permitió escuchar a Muller.

—Sólo una cosa debo decirles ahora —puntualizó el técnico alemán, articulando con dificultad las palabras—. Una cosa que no cambiará en nada nuestro planteo de juego, mi nuestro espíritu de lucha.

Los trece rostros lo contemplaron con ansiedad.

—Ustedes ya están habituados a escuchar y obedecer —continuó Muller—, por eso les ordeno que tras esto que les diga simplemente den media vuelta y vayan a formar para escuchar los

himnos.

Algunos ojos se entrecerraron como si eso mejorase la audición.

—Ted no juega —gatilló Muller.

El arquero, abstraído en acomodarse los cordones de su botín derecho, dejó de hacerlo congelando su sempiterna y rumiante oscilación de las mandíbulas al mascar goma. Miró con ojos incrédulos a Muller.

—Juega Gunnar Heineken — sintetizó el técnico, dando por terminada la explicación. El arquero suplente, con nórdica disciplina, se soltó de la mano de su hermano mellizo y comenzó a hacer ejercicios de elongación.

—¿Qué es esto...?! —rugió Ted, poniéndose de pie dentro de la fosa de cemento. Su mano derecha se aferró al parapeto para saltar fuera de ella hacia donde estaba Muller. Fue un segundo. Pero bastó para que la suela artillada con una veintena de agudos clavos de la bota de alpinista que calzaba Billy aplastara la mano de Ted como quien aplasta una araña pilosa. Billy no quitó de inmediato el pie de encima del dorso de la mano. Lo dejó allí, bien afirmado, imprimiéndole un leve movimiento rotativo hasta que seis o siete nachos de sangre se escabulleron por la áspera superficie del cemento. Ted quedó como

paralizado, la boca abierta en un alarido sin sonido. Billy elevó su pie derecho, pero la mano diestra del arquero titular se mantuvo adosada a la suela de clavos, atravesada por éstos, elevándose también. Billy tornó a apoyar su pie, con la mano bajo la suela, sobre el cemento. Seller, entonces, depositó su botín derecho sobre el antebrazo cautivo de Ted y lo aplastó contra el piso. De esa forma sí pudo Billy elevar su bola de alpinista y desprenderla de la mano de Ted, no sin esfuerzo, sin embargo. El robusto guardameta se tomó la muñeca de la mano herida con su otra mano, y con un gesto de total sorpresa y dolor

cayó pesadamente dentro de la fosa que pretendía abandonar, cuan largo era.

—¡A formar, a formar para los himnos! —palmoteó Muller, desinteresándose del asunto.

Los jugadores, algo desconcertados, corrieron para ubicarse frente al palco oficial. Seller vio a pocos pasos el rostro transfigurado de Garfagnoli, insultando mientras trotaba para situarse junto a la banda de música.

—¿Qué pasa? —lo increpó el sirio.

—¡Hijos de puta! —casi lagrimeó el sudamericano—. ¿Por qué le hicieron eso a Ted?

—Ya te lo explicaré —gritó Seller

—. ¡Vamos a formar!

—¿Cómo vamos a jugar un partido así con el imbécil del mellizo en el arco? —el argentino estaba desorbitado.

—Todo saldrá bien. Todo saldrá bien —intentó tranquilizarlo Seller.

—¡Estamos todos locos! —se tapó el rostro Garfagnoli—. Yo sabía, yo sabía...

—¿Qué sabías?! —se sulfuró Seller.

—¡Que los norteamericanos harían esto con el fútbol! —prácticamente le escupió el argentino en el rostro.

Seller no dijo nada. Se cuadró militarmente, acomodándose en la fila

ya hilvanada por sus compañeros en el costado del campo, junto a la línea que delimitaba el recuadro de juego. Aún le temblaban las piernas, pero pensó que sería criterioso aprovechar la tregua de los himnos para normalizar el buen funcionamiento de su cuerpo. La ceremonia comenzó con la canción patria de Congodia, rítmica, acompasada, y coreada estentóreamente por los ciento veinte mil espectadores. Luego llenó el aire la presencia del himno de los Estados Unidos. Muy poco de él pudo escucharse, bajo la tormenta de silbidos que estremeció el estadio. Lo mismo ocurrió con los himnos de

Brasil, interpretado en honor a Dagomir; de Grecia, en virtud de la presencia de Zorba; y de Francia, para cumplimentar la actuación de Renault. Los himnos de Italia, por Gianni y Massimo; el argentino, por Garfagnoli; y un tradicional madrigal sirio sólo los adivinó Seller, más que escucharlos, siguiendo con atención las oscilaciones en la nerviosa batuta del director de la banda de música. Cuando la orquesta se dispuso a atacar el himno alemán, para solaz de Muller, una lluvia alucinante de frutas, mangos y dátiles cayó sobre los ejecutantes como un alud, dando por tierra con dos oboes y un pífano. El

árbitro pitó tres veces, terminando la ceremonia previa, y corrió hacia el centro de la cancha, huyendo de los proyectiles. La orquesta, formando cuadro, retrocedió en patético orden hacia la boca del túnel. La caída de un lechón pequeño sobre la cabeza del primer trombón determinó la pérdida total de disciplina y los restantes músicos rompieron filas arrojándose hacia el negro acceso a los vestuarios. La hora de la verdad se acercaba, y el azote auditivo que significaba el aliento de la parcialidad de Congodia recrudeció hasta límites inimaginables. El árbitro ya llamaba a los capitanes

hacia el centro del terreno. Seller se encaminó hacia allí. Renault corrió y lo tomó de un brazo.

—¡Oye, Best! —gritó—. ¡Hay gente armada detrás de los arcos!

Seller miró en la dirección indicada.

—Son fotógrafos —replicó.

—¡No, aquéllos! —señaló el francés—. ¡Tienen machetes!

—¡Ah, sí! ¡Despreocúpate! —le palmeó Seller la cara—. Están allí por las enredaderas.

—¿Qué enredaderas?

—¡Ya ves cómo es el clima acá! ¡Las malezas comienzan a enredarse en las redes de los arcos y antes de diez

minutos las cubren todas! Esos hombres las destruyen.

Renault miraba con recelo hacia los grupos de hombres enfundados en ropas jardineras.

—¡No hay nada que temer! — insistió Seller—. Es por el clima. Ya verás cómo en el segundo tiempo debemos cambiar de calzado. El césped habrá crecido dos o tres centímetros para ese entonces.

El francés observó el piso, con horror. El silbato del referí volvió a reclamar, furioso. Junto a la tenebrosa figura del árbitro, se hallaban sus dos jueces de línea y la majestuosa

imponencia de Berén-Berén, el fullback centro de Congodia. Medía aproximadamente dos metros, y la camiseta azul, sobre su pecho inconmensurable, casi se tornaba transparente ante el estiramiento del tejido al soportar la presión interna de los pectorales. Los ojos de Berén-Berén eran dos chispas escapadas de un soplete de acetileno bajo la sombra de los arcos superciliares en voladizo. Junto a él, el sombrío recuerdo de Sonny Liston era Shirley Temple, gorjeando angelical. El árbitro miró acercarse a Seller con expresión de odio. Recién reparó en él entonces el sirio. El sorteo

había recaído sobre el belga.

—¡Venga para acá, señor! —estalló el hombre de negro, sacudiendo su larga melena y señalando junto a sus propios pies, como quien indica a un perro dónde debe adoptar la posición de «sentado». Hasta allí llegó el sirio, cruzando sus manos sobre los glúteos, y permaneciendo su rostro a escasos tres centímetros del enervado rostro del referí.

—¿No lo llamé yo para realizar el sorteo?! —rugió el belga.

—¡Sí, señor!

El árbitro, con movimiento digno de la cámara lenta, llevó su mano derecha,

siempre sin abandonar la mirada hipnótica sobre las pupilas de Seller, hasta el bolsillo superior izquierdo de su blusa negra y de allí la extrajo, brillante como un pequeño sol de plástico, la tarjeta amarilla. El rectángulo color limón se elevó en la noche y el estadio retembló como atacado de un mal extraño. El rugido multitudinario hizo flamear enloquecidas a las banderas en sus mástiles, como castigadas por una tempestad.

—¡Y la próxima vez...! —amenazó el belga.

—¿Por qué, señor? —atinó a interrumpir Seller.

—¡La próxima vez... —elevó su volumen el pelirrojo— lo echo de la cancha!

El juez guardó la tarjeta con gesto enérgico y acto seguido extrajo del bolsillo del pantalón una moneda. Llevó ambas manos a sus espaldas y las volvió a extender frente a sí, esta vez cerradas con los pulgares hacia abajo.

—¿Dónde está la moneda? —interpeló a ambos capitanes.

Seller agudizó su mirada, estudiando la coloración de los nudillos. Algunos jugadores atraídos por la amonestación infligida al sirio habían abandonado los peloteos previos, acercándose. Seller

dudó un instante en la elección. Ganar el sorteo podía ser un golpe psicológico importante. Máxime tras aquella humillación a que había sido sometido momentos antes. Miró a Obdan. Éste, con las cejas, le indicó el puño derecho del árbitro. Dagomir pasó trotando tras del sirio y musitó a su oído:

—Izquierdo, izquierdo.

—Derecho —disparó Seller.

El belga, con una semisonrisa, abrió su puño izquierdo mostrando la moneda. Un ronquido animal de salvaje alegría brotó de la monstruosa boca de Berén-Berén. Giró sobre sus talones y se abrazó con varios de sus compañeros,

que seguían el sorteo ansiosamente.

—Usted elige —apresuró el belga señalando al gigantesco negro, capitán de Congodia. Zorba se tomaba la cabeza y Gianni, que había dado la espalda a la escena para no ver el desenlace, apretaba ahora los puños con desesperación.

—¡Aquel arco! —gritó Berén-Berén, señalando los tres palos que quedaban frente a él, en tanto se desembarazaba de los abrazos simiescos de sus compañeros.

—¡Le digo que elija «cara» o «cruz»! —pareció enloquecerse el árbitro saltando hasta quedar su nariz

junto al pecho del moreno—. ¡No el arco! ¡Usted acierta en qué mano está la moneda y eso le da derecho a elegir primero «cara» o «cruz»! ¡No el arco!

—Yo pensé... —comenzó a explicarse el negro, pero la mano diestra del referí, subiendo vertiginosa hasta el bolsillo superior de la camisa, le paralizó la voz.

—¡Se calla, señor! —tronó el belga—. ¡Se calla y me dice si elige «cara» o «cruz»!

—¡«Cara»! —gritó el negro.

El belga tomó a Seller del brazo y de un tirón lo acomodó a su derecha. Luego hizo lo propio con Berén-Berén, a

su izquierda. Ambos quedaron frente a frente, los dos con una pierna levemente adelantada, casi tocándose las puntas de los pies.

—¡Deben esperar a que la moneda toque el suelo! —gritó el juez—. ¡Ninguno se mueve antes!

El belga mantuvo la moneda en su mano derecha, entre aquellos dos titanes expectantes, unos segundos. Luego hizo ademán de arrojarla hacia arriba, pero no la soltó. A punto estuvo Berén-Berén de abalanzarse sobre el amague. El belga lo pulverizó con la mirada y llevó la mano hacia el bolsillo superior. Berén-Berén bajó la cabeza, contrito.

Tras otra pequeña pausa, el belga lanzó la moneda al aire. Esta describió una curva y botó en el césped. Los tres hombres, veloces como rayos, quebraron sus cinturas para comprobar sobre qué cara había caído, y fue así que las tres cabezas se golpearon los respectivos cueros cabelludos, los tres salieron zigzagueando hacia atrás, arqueadas las piernas, logrando a duras penas no derrumbarse sobre el césped. El ruido de los cráneos al chocar se había percibido, incluso, sobre la gritería de las tribunas. El belga, aún sin enderezarse, observó minuciosamente sus manos buscando rastros de sangre en

ellas. Pero lo que halló entre los dedos de su mano derecha fueron algunos retorcidos cabellos crespos desprendidos de la maciza cabeza de Berén-Berén. Transfigurado, el árbitro desenfundó nuevamente la refulgente tarjeta amarilla y la plantó, admonitoria, frente a los enrojecidos ojos del negrazo. Éste abrió los brazos, desalentado, mientras el estadio se erizaba en una rechifla pavorosa.

—¡El saque corresponde a ustedes!
—giró el juez hacia Seller, quien aún se tomaba la cabeza. Tenía la impresión de que, tras los parietales, crujía algo suelto.

—Estamos en manos de un loco —le susurró al oído Dagomir, acercándose para comenzar el juego. Seller no contestó. No estaba de acuerdo con el brasileño. Le gustaba ese árbitro. Le veía fibra para dominar aquel encuentro. Pensándolo bien, ninguna persona en su sano juicio hubiese aceptado dirigir ese match. Le inquietaba, tan sólo, una extraña babosidad espesa que se acumulaba ahora en la comisura de los labios del belga. El sirio llamó con un gesto a Pedro, el mejicano.

—Díle a Muller —le ordenó— que tenga previsto un examen antidóping al referí. Creo que se ha drogado.

Pedro miró al juez con ojos de espanto. Afirmó con la cabeza y volvió corriendo hacia su puesto. Ya todo estaba listo para el comienzo del formidable partido. Dagomir; junto a la pelota, había repetido por sexta vez la señal de la cruz. Seller ya se disponía a retroceder hacia sus posiciones defensivas, cuando observó que Berén-Berén le estiraba la diestra. Tomó la mano del negro y sintió como si sus dedos hubiesen quedado atrapados por una prensa hidráulica.

—Suerte —musitó el gigante oscuro, entrecerrando apenas sus ya pequeños ojos de mandril. Seller rebuscó en su

memoria los datos acumulados sobre Berén-Berén.

—¿Sigues tu madre acostándose con aquel marinero turco? —preguntó con una sonrisa. El tenebroso rostro del negro se endureció y el sirio sintió que sus dedos, presos en la inflexible mano del capitán rival iban siendo sometidos a una presión creciente e irreversible. Apretó a su vez su propio puño y se dispuso a resistir a pie firme la bestial fuerza de aquel energúmeno. El cuerpo de Seller se bañó de sudor en tanto recepcionaba en las articulaciones de sus dedos la potencia animal de esa tenaza negra y sólida como de hierro.

Durante dos o tres minutos ninguno de los dos paladines pareció percatarse de la mortal lucha en la cual se hallaban trabadas sus manos diestras, pero pronto Seller advirtió que dos gruesas lágrimas se asomaban en los ojos del moreno. El dolor electrizante y agudísimo que él sentía estallar en sus falanges, comenzó prontamente a treparle por el brazo hasta el hombro, amenazando con desarticularle el codo. Se oyó un chasquido grave y Seller comprendió que la uña de su dedo mayor había salido despedida ante la presión que la fustigaba. Pero el sirio no cedió. Ambos rivales no habían dejado ni un solo

segundo de mirarse fijamente a los ojos. Con una galvanización extrema de su cuerpo entrenado, el sirio duplicó la fuerza en su mano derecha. Vio cómo un fino hilo de sangre escapaba por una de las achatadas fosas nasales de Berén-Berén. Lo estaba reventando. A su vez advirtió, con horror, una calurosa picazón en el antebrazo. La sangre era rebatida venas arriba y ya no circulaba por las aplastadas regiones de su mano. Estaba al borde de la embolia. Sintió cómo la cabeza se le iba y el piso se sacudía bajo sus pies. En ese instante, sorprendentemente, Berén-Berén aflojó la fuerza de su mano y soltó la de Seller.

Al sirio le dio la impresión de que en los dedos le latían cinco corazones desbocados y que la mano entera había tomado una dimensión tres veces su tamaño. Vio vacilar también a Berén-Berén y entonces comprendió. El piso temblaba ostensiblemente. Mombasa les recordaba a todos que él se hallaba allí debajo. Esta manifestación telúrica no pareció amedrentar a los ciento veinte mil espectadores, y apenas terminado el temblor que había agitado al Bombasí Stadium, retomaron aun con más enjundia el griterío.

Dagomir se hallaba junto al balón. Renault, a su lado. Los delanteros de

Congodia, con rostros crispados y respiración dificultosa, detrás del círculo demarcatorio de la media cancha parecían perros rabiosos aguardando el momento de saltar sobre sus presas.

Seller recorrió con la vista los rostros de sus compañeros. Mostraban una coloración blanca verdusca, a pesar de que varios elevaron sus dedos pulgares en señal de optimismo. Seller frunció el entrecejo, adelantó su mandíbula y practicó su más estremecedora cara de guerra.

—¡Fuerza, fuerza! —les gritó a todos. Casi ninguno lo escuchó bajo la zarabanda infernal de ese momento.

Apenas se percibió el estridente silbato del árbitro. Dagomir dibujó sobre su cuerpo por décima vez la señal de la cruz y tocó el balón débilmente para Renault. La trascendental partida había comenzado.

Cuando Renault se hizo del balón las camisetas azules saltaron hacia él como buscando despedazarlo. El francés retrasó el esférico hacia Obdan, quien vio, con espanto, cómo el alud enemigo se lanzaba sobre él.

—¡Atrás, atrás! —gritó Seller logrando asestar una zancadilla a uno de los rivales que, ululando, pasaba como una exhalación a su lado.

El polaco, espantado, alargó el balón hacia su arquero no pudiendo evitar con eso que Galuga, el inquietante punta de lanza rival, le triturara un tobillo de un puntazo de su botín zurdo. El mellizo Heineken llegó a la pelota con tranquilidad y advirtiendo la carga de sus rivales elevó su pierna derecha a la altura de la cabeza con las cuatro filas de taponés hacia adelante. Allí se fue a incrustar la nariz de Galuga, al no poder detener éste su marcha. Un cuajarón de sangre salpicó las medias de Heineken. La visión de la sangre enardeció a los hombres de Congodia. Ninguno detuvo su marcha y dos de ellos atropellaron

como kamikazes al frágil portero sueco. Hubo un crujido de huesos en el choque y Heineken cayó hecho un ovillo sin soltar el balón. De inmediato se arremolinaron en torno a él, y encima de él, los restantes veintiún jugadores. Pero ya el árbitro había interrumpido el juego y se zambulló como una tromba pelirroja en lo más álgido del entrevero repartiendo trompis y mandobles.

—¡Atrás, atrás, afuera todos! — gritaba como un poseso, parado sobre las espaldas de Heineken. Los empujones y forcejeos continuaron hasta la sincronizada carga de los linesmen, quienes, blandiendo sus banderillas

como pesados sables de caballería, cayeron sobre los jugadores desde dos flancos opuestos sembrando el desconcierto y la confusión. Seller sintió un azote hirviente sobre sus dorsales que lo hizo retorcerse como una anguila. Los gruesos mangos de las banderillas de los jueces de línea no eran de madera. Eran de una goma dura y apenas flexible, como la de los bastones policiales. Los congodios, empujados por el belga, iban retrocediendo hacia su campo. Algunos pocos, aún, intentaban golpear al arquero. Seller corrió hacia Heineken, no sin antes escupir un espeso gargajo en el rostro de un rival, y le gritó al

oído.

—¡No te levantes aún! ¡No te levantes! ¡Debemos aguantar los diez primeros minutos!

El sueco se puso de rodillas con gesto de dolor, tomándose aparatosamente la cintura. Asintió con la cabeza.

Ya los hombres rivales se habían replegado y Seller trotó en busca del jugador que le correspondía en la marcación. Pasó junto a un par de delanteros que lo insultaron con expresión de odio. Comprendió cuál era la característica determinante de ese equipo local, en apariencia invencible:

la ferocidad. Se los veía tensos y saltarines, moviéndose en carreras cortas y nerviosas, sacudiendo los brazos y las cabezas como monos enfurecidos. Se gritaban órdenes entre ellos y parecían dispuestos a morir en la empresa.

Heineken disparó el saque libre, fuerte y hacia el centro de la cancha. Allí se elevó Berén-Berén como una ballena surgiendo de las profundidades oceánicas y rechazó de cabeza. La pelota cayó para el ocho rival, el hombre custodiado por Seller. El sirio midió la resistencia de aquellas piernas delgadas y, al parecer, quebradizas. El

ocho lanzó el balón hacia adelante, dos metros adelante, superando la línea del sirio. Seller giró como un gato y derrapando sobre el césped propulsó su pierna como un pistón en busca de la rodilla rival. Pero el atacante saltó al mandoble y a velocidad de vértigo encaró hacia la valla del Spartan. Maldiciendo, se rehizo Seller con la boca llena de césped. Pedro había salido sobre el dribbling del ocho, también se había arrojado con los tapones hacia adelante, levantando una catarata de grama, y también había pasado como una locomotora bajo el salto del ocho, quien una fracción de

segundo antes había tocado apenas el balón evitando la embestida del mejicano. Seller, corriendo en procura de retomar posiciones defensivas, vio a Gianni enfilar hacia el ocho con ojos de pánico. El sirio intuyó el penal en el gesto extraviado del italiano. El ocho impulsó la pelota dentro del área y aceleró. Allí fue donde lo calzó en un estampido brutal la mole de 86 kilos de músculos y huesos de Gianni haciéndolo volar por los aires como a un muñeco de trapo. El negrito cayó once metros más allá, botó un par de veces en el suelo, y cuando pretendió reincorporarse abriendo sus brazos y su boca para pedir

la pena máxima, le reventó en el pecho el pelotazo tremendo de Seller, quien se encontró con la pelota boyando en el área tras el choque y el pitazo enérgico del belga.

—¡Penal! ¡Penal! ¡Penal! —gritando desaforados, los congodios se abalanzaron sobre el árbitro, quien se había plantado en el lugar de la infracción mirando hacia el arco y con la mano derecha en alto.

Un remolino de hombres rodeó al árbitro y varias camisetas azules parecían intentar encaramarse sobre él. Jerry Kaminski, el duro vaquero de Cincinnati, aprovechó el momento de

confusión para pasar velozmente sobre el cimbreado número ocho de los locales, que aún se revolcaba sobre el piso, y triturarle de un tacazo una de sus negras manos. Su acción no quedó impune. Uno de los masajistas locales, que llegaba presuroso a auxiliar al caído, observó su golpe y le estrelló en el rostro la arista más filosa de su botiquín de madera. Jerry no cayó, se tomó el rostro, dio cuatro pasos postreros y se derrumbó entre el maremágnum de hombres que hostigaban al juez.

—¡No lo dio, no lo dio! —
sollozaban algunos congodios

tomándose la cabeza. Otros se oprimían las manos, incrédulos. Galuga reía sarcásticamente, en una crisis de nervios.

Seller aferró a Zorba de un brazo. El griego temblaba como una hoja.

—¡Tírate al suelo! —le ordenó el sirio—. ¡Tírate al suelo, debemos ganar tiempo!

—¡Jerry está en el suelo, Jerry! —le señaló Zorba, desencajado.

El belga había logrado dominar la situación, arrancándose de sus espaldas a un pequeño marcador de punta congodio que se le había encaramado en un hombro. Ahora se mantenía el brazo

derecho en alto con la palma de la mano mirando hacia el arco del Spartan. Había puesto la pelota bajo la planta de su pie derecho e indicaba a las claras la condición de tiro libre indirecto a favor de los locales, dentro del área. Mientras sus compañeros corrían a socorrer a Jerry, Seller sacudió al árbitro por los hombros.

—¡Le han pegado a uno de los nuestros! ¡Está caído!

—¡Arriba, arriba! —tan sólo se dignó a replicar el belga haciendo un gesto con las manos.

—¡No puede levantarse! —insistió el sirio—. ¡Sangra!

—¡Que lo saquen de la cancha!
¡Inmediatamente! —vociferó el árbitro.

—¡No puede! ¡No puede! ¡Nuestro masajista le ha recetado reposo absoluto!

El árbitro se zafó de las manos de Seller, aplicó un hands-off violento sobre el rostro de un congodio que aún seguía reclamando el penal, y con largas zancadas tomó distancia para la formación de la barrera. Allí corrió Obdan palmoteando y reclamando con alaridos desgarradores la presencia de sus compañeros.

—¡Aquí, aquí, todos aquí! ¡Renault, Dagomir, los delanteros, todos aquí!

¡Zorba, estúpido de mierda, aquí!
¡Todos, todos!

Seller, consciente, dentro del aturdimiento, de que su ardid para ganar tiempo había fracasado, se plantó frente al balón procurando desde allí, desde el punto de vista del ejecutante, ordenar la barrera. Sólo su disciplina le permitió resistir sin volverse, los trompis en la nuca, los cortos puntapiés sobre sus talones, que le propinaban los hombres de Congodia. El ulular de las tribunas era sobrehumano.

—¡Gunnar! —se desgañitó Seller, llamando al arquero—. ¿Está bien allí?
¡Gunnar! ¿Está bien allí? ¡Gunnaaar!

El sirio no podía ver a su arquero, oculto por la barrera. Algunos hombres de azul se habían unido a los costados del muro de contención y sostenían allí un duelo de empujones, insultos y codazos con sus integrantes.

Obdan, enfurecido como un animal lastimado, había enlazado sus brazos con el derecho de Garfagnoli y el izquierdo de Massimo y a tirones brutales procuraba obedecer las indicaciones de Seller. Dagomir susurraba por lo bajo y era evidente que estaba rezando.

—¡Más adelante, adelántense! — rugió Obdan.

—¡Acá, señor, acá estoy diciendo!

—insistía el juez sobre el costado del área.

—¡Más atrás, más atrás! —chillaban los congodios, exasperados.

—¡Cierren las piernas, las piernas!

—¡No se suelten, no se suelten!

—¡Gunnar! ¡Gunnaaaar! —volvió a reclamar Seller, a punto de perder la VOZ.

—¡Cuidado con aquél, cuidado con aquél! —Dagomir había descubierto un marcador rival que se abría sigiloso por la derecha, esperando el pase.

—¡Ven acá, ven acá! —maldijo Obdan atrayendo el brazo del brasileño.

Éste perdió pie, arrastró en su caída a Zorba y toda la barrera se fue al suelo como un castillo de naipes.

—¡Gunnaaaar! —Seller abandonó su puesto frente al balón. Al caer la barrera y convertirse en una suerte de inmenso insecto donde se retorcían piernas y brazos en desorden, había visto al arquero fuera de su marco, al costado del campo de juego, abrazado con su hermano mellizo, Dukla.

—¡Gunnaaaar!

Saltó sobre los cuerpos entrelazados de la barrera, y cuando se lanzaba sobre Heineken, el silbato del árbitro desgarró sus oídos clavándolo casi en la línea de

gol. Un congodio tocó apenas el balón hacia el medio. Berén-Berén, que venía bufando como un bisonte desde media cancha, midió los palos con sus ojos de mandril. Con un esfuerzo sobrehumano, Obdan había logrado desembarazarse de la tenaza que significaban las dos piernas de Garfagnoli sobre su cuello, logró reincorporarse y así, de rodillas, recibió en pleno plexo el espantoso pelotazo que como un obús salió despedido del empeine diestro de Berén-Berén con estampido de artillería. Se oyó un crujido como de maderas rotas y el rebote casi desarticulaba la rodilla de otro

delantero que ya gritaba el gol. El balón pegó en cuatro o cinco hombres más y picó dos veces en el punto del penal. Galuga llegó relamiéndose pero la aleve pierna de Pedro, cruzando el aire como un boomerang, alcanzó a rozarle el pie de apoyo. El mandoble de Galuga pasó sobre el esférico y fue a dar en el estómago de Seller, quien permanecía en el arco. Remató el once, cayéndose, pegando el disparo en Gianni. Empalmó el rebote el ocho y nuevamente las piernas de Gianni interrumpieron la trayectoria. El balón pegó dos botes, enloquecido, y hasta él llegaron Renault y Jerry, buscando, desesperados,

arrojarlo lo más lejos posible. Ambos chocaron entre sí con estruendo alcanzando apenas a impulsar el balón más hacia el centro del área adonde, como burlándose, llegó girando sobre su eje cual un trompo, flotando en el césped. Allí el botín del cinco de los azules no se hizo esperar, y le aplicó un puntazo homicida que lo tornó oblongo. Fue un sablazo increíble, un fulgor blancuzco en el aire, un relámpago de láser en los ojos de todos y el ruido del travesaño, al estrellarse en él el balonazo, los ensordeció. Antes que nadie alcanzase a moverse, la pelota ya había rebotado en el suelo, a tres

centímetros del lado de afuera de la línea de sentencia, había vuelto a castigar el larguero, había repicado de nuevo junto a la línea para salir por último cielo arriba hasta elevarse unos quince metros. Los diez endemoniados congodios cargaron entonces como perros embravecidos, buscando aquella pelota que bajaba ahora con lentitud de pesadilla, sobre el centro mismo del área pequeña.

—¡Gunnaaar! —gritó Seller, en tanto se afirmaba con los suyos, esperando a pie firme el embate de aquellos desaforados que llegaban ensombreciendo el área como la cresta

despiadada de un maremoto—.
¡Gunnaaar!

Fueron diez delfines, diez orcas asesinas elevándose en busca de la esfera de cuero. Hubo un estrépito de huesos, músculos y carne sufriendo al castigarse. Los codos, las rodillas, las caderas, buscaron ávidas zonas blanduzcas donde incrustarse. Los parietales sonaron como maracas al estrellarse unos contra otros con potencia sobrecogedora. Varios hombres se desparramaron por el piso con gritos de dolor. El balón, esquivo, dio un bote sobre la espalda de Pedro y ganó cierta altura.

—¡Deje! —se escuchó el grito del número cuatro de los congodios, quien como invitado final al entrevero llegaba, en diagonal, con la boca llena de espuma. Desde ocho metros se lanzó hacia el balón en un vuelo espectacular, la cabeza al frente, el motoso pelo extendido en el aire como un ala, los brazos abiertos a los lados corrigiendo la dirección de su parábola sobre los cuerpos de los abatidos. Fue un reflejo intuitivo el que impulsó a la pierna derecha de Massimo, desde el suelo, a elevarse como un látigo, golpear el cuero de la pelota, y sacar a ésta una milésima de segundo antes que el testuz

de aquel ícaro congodio le aplicase el testarazo goleador. El balón se fue lamiendo el poste con rumbo al foso de protección, y el cráneo del cuatro de los locales retumbó como un melón que se destroza contra el granito al dar de lleno contra ese mismo palo.

La barahúnda de las tribunas se multiplicó por mil y en los cuatro costados avalanchas humanas se precipitaron desde lo más alto escalera abajo. Seller, poniéndose de pie, observó de reojo cómo cientos de personas caían como una lluvia desde las barandas de contención de las bandejas elevadas. Pero no podía

distraerse en tonterías. El área era una dantesca escena de ayes, maldiciones, quejidos y cuerpos que se retorcían.

—¡Doc, Doc! —clamó Jerry junto Obdan, que no se movía. Enredado entre las redes, dentro del arco, Garfagnoli se oprimía la frente con ambas manos. Dos hombres de Congodia procuraban, no sin cierto cuidado, despegar la masa encefálica del número cuatro, único elemento orgánico que retenía al atrevido marcador adosado al poste donde había finalizado su postrer vuelo.

El árbitro, impertérrito, señalaba, como una estatua, el lugar desde donde debía ser ejecutado el córner.

Todo el Spartan estaba rodeando a Obdan. Billy había llegado a la carrera y se arrodillaba a su lado. Seller hizo lo propio.

—¡Obdan, Obdan! —lo llamó. Los ojos vidriosos del polaco miraban al infinito, y su respiración se hacía angustiada. Los dedos veloces de Billy tanteaban la zona pectoral de Obdan. Donde debía tener el pecho, una profunda depresión, una semiesfera en bajorrelieve, dibujaba el sitio exacto adonde había hecho impacto el cañonazo de Berén-Berén.

—¡Obdan, Obdan! —reclamó de nuevo Seller.

—No le reconoce —musitó Billy, como envejecido.

—¡Obdan, Obdan! —la cara de goma de Jerry, aún cubierta de sangre, se desfiguró en un gesto de inútil exasperación.

—¿Vivirá? —los ojos de cernícalo de Seller buscaron los de Billy. Éste había tomado la mano del polaco y tanteaba torpe en busca del pulso.

—Sergei... Sergei... —articuló quedamente Obdan, a través de sus labios aguachentos.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que tiene? ¡Arriba pronto! —el árbitro belga procuró apartar el enjambre de

camisetas amarillas, empujando a Dagomir, quien rezaba en portugués.

—¡Habla, habla, algo dice! —gritó Seller aferrando a Obdan por los hombros.

—Sergei... Sergei... —repitió el polaco con los ojos perdidos en el infinito.

Una película brillante le iba nublando la mirada.

—Es el hermano —aportó Billy.

—¡Descuento, árbitro, descuento! —llegaban de fondo, como un sonsonete, los reclamos de los locales. La silbatina también atronaba.

—¿Vivirá? —preguntó de nuevo

Seller a Billy. Éste meneó la cabeza negativamente, muy lentamente.

—¡Traigan agua, agua, traigan agua! —gritó, al borde del paroxismo, Garfagnoli. Asomado sobre los hombros de sus compañeros, recién se imponía de lo dramático de la situación.

—Traigan una pala, mejor. Es lo único que podemos hacer por él —dijo Billy, dejando caer la mano exánime de Obdan.

—¡Best! —gritó de pronto éste, con un atisbo de lucidez en la mirada que, no obstante, seguía fija en un punto lejano.

El sirio atrapó la mano reclamante de Obdan, y éste estrujó las suyas con

fuerza.

—¡Sí! —aguardó el sirio.

—Si vuelves... a... —comenzó a articular dificultosamente Obdan.

—¡Sí!

—Si vuelves..., dile a Sergei... que no quise...

El rostro del polaco, enrojecido por el esfuerzo de girar hacia la voz de Seller, se cubrió de fría transpiración.

—¡Sí!

Seller sintió que en sus manos la mano de Obdan se crispaba aun más y luego se aflojaba. Los músculos del cuello dejaron de sostener la cabeza del polaco y ésta pegó con ruido muelle

contra el césped. Seller lo miró fijamente, incapaz aún de comprender lo irreversible.

—¡Que se cambie el otro mellizo Heineken! —estalló Billy poniéndose de pie de un salto.

—¡Heineken, Heineken! —exclamó Zorba.

—¡Saquen ese hombre pronto de allí, rápido! —ordenó el juez belga.

—¡Camilleros, camilleros! —urgió Pedro. El grupo se fue apartando del caído. Garfagnoli se tomaba la cabeza, incrédulo. Dos o tres congodios corrieron hacia el cuerpo yacente y tomándolo de una pierna procuraron

arrastrarlo hacia afuera del campo. Seller, con un rugido, desbarató la mandíbula del más cercano de un puntapié. Nuevamente el belga llegó a toda marcha y arrojó al suelo a empujones a aquellos que intentaban sacar a Obdan. La tarjeta amarilla relampagueaba en su mano diestra como un sable. Los camilleros llegaron a trote intenso. El árbitro pitó pidiendo la ejecución del córner.

—¡Me agarra, señor, me agarra! — se escuchó gritar a un congodio.

El juez se volvió. La mano izquierda de Obdan, convertida en garra por el rigor mortis, se había aferrado en un

último intento de la camiseta del once de los locales. Éste intentaba desembarazarse de aquella zarpa inflexible y arrastraba el cuerpo del polaco por las inmediaciones de la línea de córner.

—¡No toques a ese hombre! —tronó Seller echándose sobre el moreno. Todos se interpusieron en su asalto. Fue Muller el primero en llegar hasta el colgante Obdan en procura de abrir esos dedos convenidos en cinco flejes metálicos y fríos. Varios más, locales y visitantes, se unieron en el intento. Pero fue en vano.

—¡Corten esa mano! —gritó alguien.

—¡Lo agarra en el área, referí, es penal! —acució otro.

—¡Que cambie de camiseta, que cambie de camiseta! —ordenó el árbitro.

Un minuto después, el cuerpo de Obdan, cubierto hasta la cabeza por un lienzo blanco, era trasladado en camilla por detrás del arco defendido por Gunnar Heineken. Una camiseta azul con el número once colgaba por debajo de la sábana, arrastrándose por el piso.

Los «Mapaches Aulladores», sobrepuestos, tomaron sus posiciones para esperar el tiro de esquina. El área era una olla ardiente, donde las parejas

de hombres se empujaban, saltaban, se insultaban y se medían con las miradas.

—¡Dagomir! —gritó Seller, mientras pechaba con el hombro al frágil ocho de los azules—. ¡Dagomir! ¡El dos, con el dos!

El negro brasileño buscó con la vista al gigantesco Berén-Berén y se ubicó enfrente de él, con el espartano estoicismo de quien se dispone a lanzarse al paso de una oscura y devastadora locomotora. Seller se acercó aun más a las espaldas del ocho, quien brincaba frente a él aguardando el envío. El sirio le apoyó los pectorales contra los omóplatos y contempló la

nuca del ocho por donde una transpiración grasosa chorreaba entre pelos retorcidos que se perdían bajo la áspera tela de la camiseta. El aliento de Seller escaldó el occipucio del forward. Sonó el silbato. La mano del ocho fue sorpresivamente hacia atrás y golpeó a Seller en los testículos. Éste se encogió de dolor un instante, el suficiente para que el delantero saliese disparado a enfrentarse con el balón que llegaba rasante, violento. El ocho saltó y rozó con su cabello motoso el volátil cuero, elevándolo un tanto en su trayectoria. Los hombres congodios llegaron catapultados como gamos buscando la

pelota, cada uno con su marcador adosado como una lapa, sin alcanzar ninguno el esférico de improviso levantado por el rebote en la mollera del ocho cerca del primer palo. Y por atrás, como una renegrida nube de tormenta, como un tornado alucinante e incontenible, llegaron los 118 kilos de empuje vivo de Berén-Berén tras arrollar la quebradiza oposición de Dagomir con la presteza con que un rinoceronte pulveriza un trasto de cerámica. Se elevó en el aire como un dirigible y aplicó un frentazo formidable al esférico proyectándolo paralelo a la línea de gol, a escasos tres metros del

travesaño, hacia la llegada en masa de la segunda oleada de sus compañeros embravecidos.

—¡Gunnaaar! —se alzó el grito desgarrador de Seller, una centésima de segundo antes de lanzarse por los aires al bulto, procurando interceptar aun a costa de su integridad física el arribo salvaje de los atacantes azules. El choque, con características de tragedia aérea, produjo un ruido sobrecogedor y Seller, antes de desmayarse, oyó cómo sus riñones retumbaban como bongós ante el impacto de las rodillas del seis local. La multitud de atacantes y defensores se precipitó, alud humano,

dentro del arco en una mezcla de imprecaciones y miembros entrelazados. Sólo por milagro el balón no fue alcanzado por nadie y tras rozar la frente de Galuga, a manera de burlón beso de despedida, se prolongó esquivo hacia el costado opuesto. Allí lo localizó Saphir Bengela el puntero derecho, el mismo que había ejecutado el córner, y lo disparó con fuerza de bazukazo hacia el arco. Pegó en la nariz del ocho, que estaba tomándose la cabeza en un desgarrador lamento por la oportunidad perdida, y se fue afuera a sólo dos centímetros del travesaño. El ocho cayó knockout sin comprender siquiera quién

le había castigado.

Tal vez fue el estruendo de las avalanchas humanas en las tribunas lo que devolvió el sentido a Seller, a la sazón sepultado por una estiba de cuerpos que se retorcían dentro del arco, semicubierto por la red. A golpes y empujones logró quitarse de encima compañeros y adversarios. Se escuchaban quejidos e insultos de toda estofa, entre el sordo resonar de los cuerpos de los espectadores que se abatían desde las plateas más elevadas en las aguas del foso olímpico.

Esto perturbó al sirio. Recordó las películas que había visto sobre la

Segunda Guerra, cuando los japoneses rellenaban con sus propias humanidades las trincheras para posibilitar el paso de sus compañeros. Eso mismo estaba sucediendo ahora, tal vez involuntariamente; pero poco a poco, ante el loco precipitarse de los espectadores, el foso estaba perdiendo su condición de límite de seguridad. El dolor sobre la zona renal devolvió a Seller al partido.

—¡Gunnaaar! —rugió, buscando entre los hombres que se retorcían dentro del arco. Sobre uno de los costados, aferrado a uno de los postes, localizó al nórdico, acurrucado como un

niño. Pisoteando sin cuidado a dos rivales y a Pedro, llegó hasta él y lo sacudió por los hombros.

—¿Dónde te has metido, imbécil? — le vociferó junto al oído. El fino rostro del arquero suplente se volvió a Seller. Heineken tenía los ojos arrasados por las lágrimas.

—¡Tengo miedo, señor Seller, tengo miedo!

Seller lo atrapó por el pelo casi blanco y pajizo y lo puso de pie de un tirón.

—¡Escúchame, basura, acá al único que debes tener miedo es a mí! ¿Me entiendes? ¡A mí!

Heineken aceptó silenciosamente con la cabeza, tragando saliva.

—¡Juego, señor, juego! —se escuchó la orden del árbitro, reclamando el saque desde el arco.

—¡Si vuelves a quedarte clavado en la línea, yo te estrangularé con mi cinta de capitán! —le prometió el sirio, sacudiéndolo impiadosamente.

—¡No podemos jugar con ese infradotado! —se acercó, gritando, Garfagnoli—. ¡Que ataje otro, que ataje cualquiera!

—¡No! —rebatió Seller, sin soltar su presa—. ¡Seguirá él, es un buen arquero! ¡Tienes que demostrarlo,

Gunnar!

Heineken asintió con la cabeza. Seller lo crucificaba con la mirada. Luego le asestó un tremebundo cachetazo en la cara que dio la impresión por un momento de que arrancaría la cabeza del sueco de su apoyatura sobre los hombros.

—¡Juego, señores, juego! —urgió nuevamente el belga.

Todos corrieron a sus puestos. Seller buscó con la mirada al número ocho, pero algo, internamente, le decía que si los rivales mantenían aquel ritmo enloquecedor, poco duraría la resistencia que podían ofrecer. Vio al

costado del campo a Muller agitando los brazos como las aspas de un molino.

Elevaba rítmicamente el puño derecho sobre su cabeza, en tanto con la mano izquierda trazaba una horizontal frente a su pecho y la pierna diestra golpeaba contra el suelo rudamente.

«Ha enloquecido», pensó Seller, azorado. Muller lo miraba ahora, con ojos alucinados y repetía toda aquella parafernalia indescriptible de movimientos.

—¿Qué? —gritó Seller. El alemán hizo bocina con ambas manos a los costados de su boca pero era totalmente inútil hacerse escuchar bajo el ulular

inmarcesible de las tribunas.

—¡Jugada 134, jugada 134! —gritó Massimo a Seller. El italiano, más cercano a Muller, lo había escuchado, o había leído en sus labios.

—¿Jugada 134? —se preguntó Seller. Rebuscó en su memoria, pero una suerte de latido angustiante le retumbaba dentro de la cabeza confundiéndole los datos, entreverándole las referencias. Era como si un obscuro y peristáltico erizo de mar boqueara su agonía entre los miles de centros nerviosos programados de una sofisticada computadora, destrozando las sensibles entrañas de la máquina con sus

estertores.

—¡Jugada 134! —transmitió Sellar a Renault, esperando que éste recordara el despliegue correcto.

—¿Cómo? —el rostro del francés era un afiche de la confusión.

—¡Muller ordena la jugada 134!

—¿Qué, Muller?

El balón, impulsado por Gianni, había surcado el aire para ir a caer sobre el medio de la cancha. El seis de los rivales se había hecho de él y venía a la carga como un carro blindado. Sellar comprendió que se hallaban en una emergencia. Los meses de adiestramiento, la concientización

previa, el diagrama técnico-táctico-estratégico cuidadosamente pergeñado por el genio de Muller, todo, todo, se había disuelto como una pompa de jabón sobre el césped del Bombasí Stadium bajo el empuje de aquellos salvajes rivales. Nadie recordaba nada, nadie acertaba ni la más sencilla maniobra de contención. Vio a Dukla Heineken, a Zorba y a Jerry, mientras el mellizo, tras resbalar unos diez metros sobre el césped, se estrellaba contra la vertical dureza del banderín demarcatorio de media cancha. Aquello era el caos. Sólo quedaba en los hombres del Spartan el reflejo animal del deportista, el instinto

físico del atleta, el pánico propio de la sabandija acorralada.

—¡Atrás, atrás, rearmarse, agruparse atrás! —gritó Seller a los suyos corriendo a plantarse en la línea del área dieciocho, dentro de la medialuna —. ¡Formen cuadro!

Miró hacia adelante y sintió lo mismo que debía haber sentido el primer alemán que en el amanecer del 6 de junio de 1944 dirigió sus ojos hacia el mar que bañaba las playas de Normandía y vio desplegado frente a él todo el poderío de la flota aliada.

Los azules se lanzaban sobre ellos como lobos rabiosos. El balón iba y

venía entre los hombres congodios a una velocidad tal que era dificultoso seguirlo con la vista. Los toques de primera intención dibujaban sobre la verde grama una serie interminable de triángulos, cuadrados, octaedros, pentágonos, trapezoides, y dentro de las líneas que los componían quedaban absortos, como atornillados al piso, desconcertados, los hombres de Muller. Intentar detenerlos parecía una empresa tan desesperanzada como procurar contener el empuje formidable de un vendaval. Ahora era el brioso puntero derecho de los locales el que, con velocidad de misil, había escapado por

su costado, saltando como un mico sobre el puntapié criminal que, al estilo del más despiadado de los karatecas, había arrojado sobre su humanidad Massimo. El balón, impulsado al frente por el siete, a una distancia que parecía imposible de alcanzar, bogó sobre el césped ante la vista ansiosa del fornido Pedro, que se proyectó sobre él seguro de llegar antes que el delantero. Pero aquel wing, de igual forma como un cohete espacial acciona su segunda y más potente carga impulsora, aceleró en su carrera a punto tal que en un instante pareció que levantaría vuelo. La punta de su pie derecho tocó el cuero hacia

adelante al tiempo que brincaba como un gamo para evitar la embestida de Pedro, quien, apretados los dientes, henchidos como cables los músculos de todo el cuerpo, al viento los ásperos cabellos negros, pasó bajo el siete proyectando al aire un torrente de césped y terrones de tierra para luego, cual un meteoro rastrero, roturar una zanja en la pista de atletismo y sepultarse bajo las chapas de un cartel publicitario. El griterío de las tribunas se acentuó. El siete no dejó llegar el balón a la línea final. Sin dominarlo despidió un cañonazo a ras del piso, hacia la llegada frontal de sus compañeros que, como torpedos,

acudían sobre el punto del penal buscando el centro. Sellar también llegaba corriendo en la misma dirección, procurando enganchar con sus codos a algunos de los rivales. Todo sucedió en fracción de segundos. El sirio vio los rostros enardecidos de los delanteros, vio ojos enrojecidos, dientes apretados, mandíbulas amartilladas, bocas babeantes. Vio la cabeza del nueve encogerse entre los hombros y el cuerpo mismo del forward inclinarse levemente hacia la izquierda buscando el ángulo de disparo. No obstante el balón pasó como una exhalación frente a Galuga sin darle tiempo a acomodarse,

pasó frente a Gianni, no fue tocado por el impresionante mandoble que lanzó el once y de pronto Seller lo advirtió llegar como una rata aterrorizada entre un bosque de piernas. Su propio impulso no le permitió detenerlo y lo vio «perdersse tras sus talones», hacia sus espaldas, adonde sabía llegaban en escuadrilla más hombres azules, piafando como corceles. Seller quedó mirando su propio arco y antes aun de poder girar, protegió su nuca entre los hombros y esperó el estampido final. Oyó una explosión similar a la de un tenso parche de tambor que estalla y una bala trazadora blanca y ovalada rasgó el

aire para explotar contra el pecho del paralizado Gunnar Heineken, restallar contra la parte interna del travesaño, repicar contra el suelo y caer mansa, entregada, ante la llegada hambrienta de Alí-el-Mekki, el fulmíneo número diez de los azules. En el cerebro de Seller se imprimieron, a velocidad fantasmal, una serie de pantallazos visuales inolvidables: la expresión huérfana de afecto de Gunnar Heineken boqueando, como una trucha sobre una roca, en busca del aire que se había marchado de sus pulmones ante el balonazo feroz. El puño derecho de Alí-el-Mekki, extendiéndose en el aire en procura de

equilibrio para descargar el cañonazo final. El rictus deforme y peripatético en la cara gomosa de Jerry, allá atrás, a sólo dos metros pero ajeno a la definición de la cosa. Los ojitos sanguinolentos de Alí-el-Mekki entrecerrándose en el cálculo y la codicia. La boca que se abría inmensa en el rostro pálido de Heineken gritando un «¡No!» desgarrador ante la evidencia del fusilamiento inminente. El pelo de Heineken. El muslo derecho oscuro y abultado de Alí-el-Mekki. El borrón azul en el aire de la media en la pierna del diez como una mancha de ténpera extendida en estela hacia atrás por un

dedo infantil. Una detonación seca, plena, neta, como un disparo de pistola 44 dentro de una habitación. Y un relámpago blancuzco. De inmediato, el sacudirse espasmódico de las redes, una cuadrícula estremeciéndose como atacada por un extraño mal, un chasquido flácido, susurrante entre los hilos de nylon, y el infierno.

Ante los ojos de Seller, a través de aquella suerte de tramado que no parecía cesar nunca de agitarse, todo el estadio saltó por los aires. Jamás en su vida, salvo en aquella oportunidad en que una abeja reina se le introdujera dentro de un tímpano cuando el sirio

fuera a dinamitar los colmenares judíos en Eilat, los oídos de Seller habían sufrido castigo semejante. Fue, simplemente, un barritar de elefante herido multiplicado por ciento veinte mil. Frente a Seller, por detrás de Seller, por sobre Seller, saltaban, corrían y se multiplicaban, al parecer cientos de figuras azules brincando como posesas. Las inmensas sonrisas de immaculado blanco cruzaban el área como centellas e iban a encaramarse unas sobre otras en una pirámide humana en la pista olímpica, casi sobre el banderín del córner. Fotógrafos, suplentes y espontáneos que se arrojaban desde lo

alto de las tribunas se sumaban al festejo. Los hombres del Spartan dentro de aquel maremágnum habían quedado como petrificados en sus sitios, las manos en la cintura, las cabezas gachas. Apenas si Gianni, con dudosa convicción, señalaba vagamente hacia un punto del área como reclamando del árbitro la sanción de una presunta falta. Al costado del campo, tirado sobre el césped, Muller trompeaba el piso como un esquizofrénico.

Seller giró hacia el centro del campo y caminó lentamente hacia allí. Pegó cinco o seis veces con el puño contra su muslo derecho. El sueño americano se

estaba haciendo trizas. Y con él, la ambición del grupo de compañeros. Y con la ambición del grupo de compañeros, su propia ambición.

Pero aquello no podía terminar así. Un fuego interno, algo similar a un regurgitar orgánico le incineró las entrañas y se autoimpulsó hacia arriba, hacia el cerebro. Toda la rebeldía de un hombre fraguado en la lucha y en el orgullo de una raza le estrujó el pecho como un puño de hierro y le amartilló la mandíbula. No era para él, el conformismo.

—¡Vamos, vamos, vamos! —alentó a sus compañeros, reclamando que

llevasen el balón al medio del campo—. ¡Rápido, hay que empatar! —El balón pasó picando junto a él, rumbo al centro. Curiosamente, el bestial impacto que le propinara Alí-el-Mekki, no lo había destrozado. Dagomir, persignándose, se acercó a Seller.

—¡Vamos! —repitió el brasileño, procurando unirse al optimismo.

—Nos van a hacer catorce —masculló junto a ellos Garfagnoli.

—¡Basta, estúpido! —lo fulminó con la mirada Seller—. ¡Arriba, todos arriba! —arengó a sus hombres el sirio.

De allí, hasta el final de la primera etapa, aquello fue una lucha ciclópea.

Apenas puesta en movimiento la pelota tras el gol, los azules se lanzaron al ataque y vapulearon sin misericordia al conjunto de Muller.

Fueron treinta minutos de angustia inenarrable, sólo interrumpidos por los cinco minutos en que un pequeño ejército de técnicos entró a apuntalar el marco defendido por Heineken, peligrosamente móvil ante los impactos netos de catorce disparos colosales.

Una y mil veces el balón rondó, como un murciélago perseguido dentro de una choza, por las puertas mismas del arco de Heineken. Una y mil veces el anhelado grito de «gol» se deformó en

las gargantas congodias transformándose en bramidos de furia y frustración. Una y mil veces las piernas, las espaldas, los pies, los testículos y las cabezas de los defensores del Spartan se interpusieron, mártires, en el rumbo ambicionado por el esférico. Más de una vez Sellar estuvo tentado de solicitar al juez que detuviera el partido para contar a los adversarios. No parecían once. Eran cientos, miles. Una invasión de monos con velocidad, fuerza y determinación de demonios. No se detenían nunca. No se cansaban nunca. No se quejaban nunca ante los golpes alevosos que el sirio y los suyos descargaban con

intenciones criminales sobre sus cuerpos. Eran duros. Y aun tenían tiempo para devolver los codazos, intercambiar insultos, aceptar el trueque de salivazos.

Los valientes de Muller, como los espartanos de Leónidas en las Termopilas, se abroquelaron en el área y allí soportaron a duras penas el embate enemigo. En esa primera etapa, los centros cayeron, frente a los espantados ojos de Gunnar Heineken, como morteros, y las oleadas atacantes se sucedieron una tras otra, sin un instante de alivio. Los tres pitazos del árbitro dictaminando el final del primer período

fueron trompetazos de gloria para los Mapaches Aulladores. Pero la desesperanza y la amargura contraían los rostros de todos.

El final sorprendió a Renault retorciéndose por el suelo atacado por un calambre y a Massimo, cautivo entre los cordeles de la red de su arco, como un ocelote preso. Zorba y Seller se acercaron a liberarlo.

—¡No los dejen venir! ¡No los dejen venir! —gritaba el italiano.

—Quédate quieto —pidió Seller—. Ya terminó el primer tiempo.

—¡No los dejen, no los dejen! —continuó gritando Massimo. El brillo

nacarado que Seller observó en sus ojos no gustó nada al sirio.

—Oye, Massimo..., déjanos sacarte de aquí. Ya terminó el primer tiempo.

—¡No los dejen venir! ¡No los dejen venir! ¡Deténganlos!

—¡Massimo, Massimo! —Seller lo cacheteó.

—¡Massimo! —se alarmó también Zorba.

—¡No los dejen venir, no los dejen!

Dagomir también se acercó a ayudar, y entre los tres lograron reincorporar al italiano. Seller debió tomarlo de los brazos para que no los golpease.

—¡Tiene una crisis de nervios! —

diagnosticó Dagomir.

—¡No los dejen venir! ¡No los dejen!

—Llévemoslo —ordenó Seller con la voz desarticulada ante el esfuerzo de contener las contracciones de Massimo. Casi a la rastra lo fueron conduciendo hacia la boca del túnel entre una lluvia de frutas y bombas de estruendo que caían alrededor. Habían quedado peligrosamente separados del resto del equipo y debían evitar por sobre todas las cosas la desintegración física del grupo. Los últimos metros hasta la boca del túnel debieron salvarlos a la carrera. El torrente de monedas y latas de

gaseosas se hizo intenso. Se zambulleron por la escalera donde Billy, ofuscado, los aguardaba. Zorba había recibido el golpe cortante de una tuerca sobre una ceja y la sangre le cubría el ojo derecho.

—¿Qué esperaban, imbéciles? —gritó Billy, cerrando con un envión enérgico la tapa corrediza del túnel.

—Massimo —señaló jadeante Seller—. Está loco.

—Creo que... —comenzó a decir Zorba, pero perdió pie y se fue rodando escaleras abajo.

—¡No los dejen venir, no los dejen venir!

Billy fue más drástico, apresó a

Massimo por los cabellos y comenzó a descender apresuradamente, tironeando de aquel mechón ante la resistencia del italiano, que se debatía cual un mulo terco.

—¡Pronto! —urgió Billy—. ¡Muller nos espera! ¡Está en llamas!

Arriba, sobre la chapa de la cobertura del túnel, los proyectiles atronaban. Aquel túnel no era el mismo y angustioso túnel por el cual habían salido a la cancha antes del encuentro. Ya no estaba la interminable escalinata ni el pasillo que se angostaba hasta límites de asfixia, ni el agua sucia y tibia en la oscuridad. Se mantenía, sí, el calor

sofocante, y el temblar bronco de las paredes y de la tierra. Seller ya no sabía si atribuirlo al griterío que a cada momento parecía a punto de pulverizar el estadio, o bien a la siempre latente advertencia de Mombasa, que recordaba su presencia. Pero no hubo demasiado tiempo para reflexiones. De inmediato llegaron al vestuario, donde ya se hallaba el resto de los compañeros. El espectáculo era dantesco allí dentro. Los hombres del Spartan, lejos de arrojarse, destrozados, sobre las incómodas banquetas de madera, iban y venían como fieras enjauladas por sobre el empapado piso de mosaicos, insultando,

maldiciendo, jurando, chocándose entre ellos, arrancándose los cabellos. Cualquier atisbo de cordura o criterio parecía haber desaparecido en el otrora sólido conjunto visitante. En uno de los ángulos, Muller, el único que permanecía en su sitio sin moverse, mostrando un color verde oliva, gritaba procurando hacerse oír, pero su intento era inútil.

—¡Dios, Dios, Dios! —golpeaba con los puños Dagomir contra una de las paredes húmedas como para voltearla.

—¡Los delanteros, los delanteros no ayudan! —se desgañitaba Jerry, sin que nadie le prestase atención.

—¡Es el ocho, es el ocho! ¿Quién toma el ocho?

—¡Hay que pegar más, hay que pegar más!

—¡Yo sabía que iba a pasar esto!

—¡A ese wing hay que matarlo!

—¡No podemos jugar así!

—¡No los dejen venir, no los dejen!

—¡Mi ojo, mi ojo, me han reventado el ojo!

—¡El nueve de ellos, el nueve!

—¡¿De quién es el ocho?!

—¡No lo dejen venir, no los dejen!

—¡Basta!

—¡A mí no me culpen!

—¡Mi ojo, mi ojo!

—¡No los dejen venir, no!

—¡Hay que matarlos!

—¡*Basta!*

La última desgañitada orden de Muller, rubricada con un histérico puntapié contra los casilleros metálicos, logró atraer la atención de los desencajados jugadores y conseguir un atisbo de silencio. Máxime cuando desde uno de los casilleros altos, sacudidos por la coz de Muller, se abatieron sobre la gorra del técnico unos ocho kilos de ropas deportivas, mugrosas y entreveradas, al abrirse la puertita de latón.

—¡Basta! —repitió, convulso,

Muller, desenredándose del cuello un par de inmundas zapatillas de basket unidas por los cordones. Los jugadores lo miraron y parecieron recobrar, en parte, el viejo instinto de disciplina que alguna vez se les había impreso, como un tatuaje, en los espíritus.

Muller cruzó de dos zancadas el vestuario y se trepó sobre una de las banquetas de madera. Recién entonces vio Seller, a espaldas del técnico alemán, la camilla donde yacía el cuerpo de Obdan. Sólo el perfil se adivinaba del polaco, cubierto totalmente por una sábana blanca. Alguien, sin embargo, en un raptó

emotivo dentro de aquella locura, había depositado sobre el pecho del polaco una pequeña bandera norteamericana, un banderín donde campeaba el Mapache Aullador del Spartan, y, a manera de ofrenda floral, un pan de césped arrancado del mismo Bombasí Stadium. Por debajo de la sábana, como un símbolo, asomaba la mano crispada de Obdan aferrando con mortuoria determinación la camiseta número once.

—¡Los odio! —las palabras golpearon las mejillas de los hombres cuando Muller las escupió al aire. El alemán se contrajo, miró a todos y frunció la boca como para seguir

hablando. Entreabrió aquellos labios filosos como navajas, pero el labio inferior le comenzó a temblar. Las arrugas de la frente se le acentuaron, denotando alcanzar una profundidad insospechada. Era notorio que quería decir algo, pero aquello no le salía.

Un enjambre de palabras ardientes se le enredaba en el pecho, conformando una suerte de protuberancia nudosa e inmensa que no lograba ascender tráquea arriba. Mil visajes catalépticos deformaron el rostro del germano, en tanto procuraba que ese globo punzante de rencor le pudiese trepar por la garganta que ya se advertía del doble de

su ancho normal y recordaba a la imagen de un pitón deglutiendo un cordero. Los jugadores lo contemplaban azorados. De un salto, Billy llegó hasta Muller y le aplicó una sonora palmada en la espalda.

—¡Los odio! —vomitó el alemán al instante—. ¡Son ustedes una piara de descastados inservibles! ¡No merecen ustedes nada, nada de nada! ¡Son...! — los puños del técnico oscilaron en el aire como buscando los adjetivos más despectivos e hirientes.

»¡No han hecho ustedes nada, pero nada de lo que les he enseñado! — continuó Muller—. ¿Para qué, para qué,

digo yo, me he roto el cerebro, he hipotecado mi salud, he malgastado las últimas energías que me tiene reservadas la vida, estudiando cientos de tácticas, de jugadas, de movimientos endemoniados, si luego me encuentro que aquellos en quienes yo confié, creí, no son otra cosa que una sarta de imbéciles infradotados? ¿Para qué arruiné mi vista y mis pulmones repitiéndoles una y mil veces todo, absolutamente todo lo que debe saber un jugador de fútbol, para qué? Para que ahora venga una manada de negros masturbados y nos atropellen, nos humillen y nos lleven por delante, como

a..., como a...

Nuevamente la metáfora se resistió a comparecer en el vocabulario de Muller. Aquello pareció conferirle más odio. Los rostros de los jugadores eran la más pura imagen de la consternación y la vergüenza. Había lágrimas en los ojos de varios.

—¡Han traicionado a la Burnett, miserables! —arremetió de nuevo Muller—. ¡La han traicionado! ¡La empresa ha gastado en ustedes miles y miles de dólares, los ha ido a buscar, los ha mantenido, les ha dado de comer! ¡A ustedes! ¡Porque no digo a Pelé, a Beckenbauer, a Bobby Charlton, digo a

ustedes...!

—¡No los dejen venir, no los dejen!

—¡A ustedes, que son y han sido siempre unos pobres fracasados, desconocidos anónimos mediocres! ¡La empresa ha invertido miles de dólares para que yo hiciese de ustedes algo parecido a jugadores de fútbol! ¡Y yo, yo, pobre iluso ingenuo, pensé que lo había conseguido, pensé que había logrado un equipo capaz de competir a cualquier nivel! ¡Pero, cómo...!

—¡No los dejen venir, no los dejen!

—... ¡Cómo me equivoqué, cómo me equivoqué! —Muller se tomaba la cabeza como golpeado de pronto por

una pedrada feroz—. ¡Debí imaginarme que con estiércol no se logra porcelana!

«Competir a cualquier nivel», Dios, ¡qué infantil pretensión la mía! ¡Enfrentarnos a once monos incivilizados y nos destrozan en cinco minutos! ¡La Burnett les daba a ustedes la última...!

—¡No los dejen venir, no los...!

—¡Hagan callar, a ese insano! —
estalló Muller, buscando entre el grupo la figura macilenta de Massimo. En dos saltos de ardilla, Billy estuvo junto al italiano con una aguja hipodérmica. Sus dedos nerviosos buscaron el antebrazo del jugador, que se hallaba tirado hecho

un ovillo bajo una banqueta.

—¡Háganlo callar, por favor!... ¡La Burnett les daba a ustedes una última oportunidad para que fueran algo en sus podridas vidas! ¡Los sacó del fango, les puso frente a los ojos la posibilidad de conseguir la fama y el dinero que no han tenido nunca! ¿O piensan que yo no conozco cuál era la situación de cada uno de ustedes antes de estar bajo mi mando? ¡Ratas! ¡Eso eran, ratas!

Los ojos enfermizos de Muller recorrieron como un escalpelo los demudados rostros de sus jugadores.

—¡Óiganme, imbéciles, óiganme! — continuó—. ¡Con sólo empatar, con sólo

empatar, ustedes podían ser millonarios, millonarios! ¡Pedro no tendrá que volver a cuidar asnos en Mérida, ni Best a limpiar boñiga de cordero en Marayani! ¡Sólo con empatar! ¡Pero me han traicionado, me ha dado vergüenza verlos revolcarse por el césped como criaturas infradotadas corriendo detrás de esos negros trogloditas! ¿Alguien puede decirme, acaso, qué hay en la media cancha que defendía el equipo rival? ¿Alguien me lo puede decir?

Todos miraban a Muller procurando sostener el brillo maligno que resplandecía en sus ojos por lo común opacos.

—¡Si yo les digo... —se exasperó aun más el alemán— que en el campo defendido por esos negros trogloditas hay sembrado lino, o cactus, o rosas chinas, alguno de ustedes, pobres fracasados!, ¿podría decirme si eso es o no es cierto? ¡Ninguno! ¡Ninguno podría decírmelo porque no cruzamos ni una vez tan siquiera la media cancha! ¡Al otro lado de esa línea blanca que divide el campo, miserables, hay otro campo similar al campo donde se revolcaron ustedes como perras en celo! ¡Al otro lado hay una tierra prometida, donde el césped no es venenoso ni habitan monstruos horribles! Pero ¿cómo pueden

saberlo si ni una vez tan siquiera cruzaron al otro lado? ¿Alguien puede decirme si el arquero de ellos es blanco o negro?

Nuevamente los ojos de Muller pasaron revista por las caras de sus jugadores con expresión de desafío. El silencio era un hielo.

—¿Alguien me lo puede decir? ¿Alguien lo vio? —martilló el técnico.

El incómodo mutismo general ardía.

—Tiene usted razón —se oyó finalmente la voz de Seller—. Lograremos el empate en este segundo tiempo.

Hubo un distendido murmullo

aprobatorio.

—¿Empate? —se retorció sobre la banqueta Muller como si hubiese escuchado una palabra perteneciente a ningún idioma conocido—. ¿Empate? ¡Por favor! ¡No me hagan reír! ¡Son ustedes escoria, escoria!

—Ya lo verá —rechinó los dientes Seller.

—Se las tendrán que arreglar solos —masculló Muller—. Ya he perdido bastante tiempo con ustedes... Escoria...

Una chicharra enervante sonó, potente, al tiempo que una luz roja, en el techo del vestuario se encendía

intermitente.

—¡Cinco minutos! —anunció la voz chillona de Billy.

—¡Arriba, arriba! —urgió el sirio a sus compañeros—. ¡No está todo perdido, es un solo gol tan sólo lo que necesitamos! ¡Arriba, Jerry, Pedro, Gianni!

Palmoteando las manos, Seller llamó a los compañeros. Así, al recorrer con la vista la longitud del vestuario, fue que vio aquella pila de ropa tirada en el suelo, que no era otra cosa que Ted. Se hallaba derrumbado en un rincón, olvidado casi por el cono de luz, una expresión vacía en los ojos, su mano

derecha envuelta en una toalla enrojecida.

—¡Dagomir, Renault, Zorba! —
continuó animando el sirio, sin detenerse en el detalle. Los Mapaches Aulladores, tras la gélida inercia que acompañara a la desmerecedora arenga de Muller, comenzaban a moverse, a recobrar un atisbo, al menos, de no muy lejanos orgullos.

—¡Zorba! ¿Dónde está Zorba? —
repitió inquieto Seller.

—¡Zorba, Zorba! —llamaron varios.

—¿Dónde está Zorba?

—¿Dónde se ha metido ese griego idiota? —indagó Muller, pareciendo

retomar su interés por el grupo.

—Hay que ir saliendo. Hay que ir saliendo —repitió Billy tomando los bidones de agua y el botiquín.

—¡Zorba, Zorba!

—Vayan —ordenó Seller, palmeando en el hombro a Jerry, que pasaba cabizbajo a su lado.

—Vayan. Yo buscaré a Zorba.

—Lo único que falta es que salgamos con un hombre menos —farfulló Renault, mientras se encaminaba hacia el túnel.

—Debe haber equivocado el camino, Best —Dagomir acercó su negro rostro al del sirio para hablarle.

Le habían pegado con algo en el ojo. Le salía sangre.

—Ahora voy yo a buscarlo —urgió Seller al brasileño, empujándolo.

—Luego se cayó por las escaleras, quizás estuviera aturdido —insistió el negro.

—¡Zorba! —volvió a gritar Seller. El rugido de las tribunas volvía a hacerse intolerable. Las paredes mostraban un temblor ostensible.

—Oye, Best —trotando se acercó Garfagnoli, en tanto se acomodaba el suspensor con mano experta bajo los pantaloncitos—. No podemos seguir jugando con ese retardado de arquero.

Nos harán catorce.

—Sal a la cancha —casi no lo miró el sirio—. Yo iré a buscar a Zorba.

—¿Cómo podemos ir al ataque si tenemos que estar continuamente...?

—¡Sal a la cancha!

—... cuidando que a ese mogólico no se le escape la pelota o se esconda detrás de un poste? ¡Que ataje cualquiera, Best!

—¡Afuera, he dicho! —el manotazo de Seller hizo rebotar al argentino contra el marco de la puerta de acceso al túnel. Garfagnoli insultó en español, y se alejó a la carrera. Todo el vestuario se estremeció de pronto, y al sirio le dio

la impresión de que el piso cambiaba de orientación bajo los tapones de sus botines. Observó hacia el techo y vio cómo un fino polvillo se desprendía del cielo raso. No podía detenerse en detalles. En algún lugar de aquel dédalo de pasillos y corredores debía hallarse el griego, aturdido y casi ciego, buscando el retorno a los suyos, a merced de ser localizado primero por el populacho local. Sin pensarlo demasiado, guiándose más que nada por aquel intuitivo sentido animal de la orientación que aún creía conservar, Seller se zambulló a la carrera por un estrecho pasillo escasamente iluminado,

casi una catacumba.

CAPÍTULO 16

Un retumbar más violento que los anteriores, algo así como un rebuzno telúrico desmedido, sacudió las paredes e hizo trastabillar al sirio. Sin detenerse vio cómo se rajaban ligeramente los muros y una suerte de espumarajos grumosos se asomaban por las grietas. Bajo los mosaicos que parecían bailotear daba la impresión de que corriese un río subterráneo.

—¡Zorba! —gritó Seller. Tomó un recodo del pasillo y se halló frente a otro mucho más iluminado. Oyó voces apagadas al fondo y el clásico sonido de

los tapones escalando unos peldaños. A unos treinta metros una puerta de metal estaba abierta. Era sin duda el vestuario de los locales y acababa de ser abandonado por los jugadores, rumbo a la cancha.

Seller se estremeció. No era completamente descartable la posibilidad de que el griego, cegado por su propia sangre, hubiese ido a parar al vestuario de los congodios. De ser así, no envidiaba Seller su suerte.

El sirio aguardó un instante, adosado a la pared como un afiche. Luego en tres saltos, llegó a la puerta. De un vistazo veloz constató que allí no había nadie.

Al fondo una puerta pequeña daba a otro habitáculo, pero se hallaba cerrada.

—Zorba —llamó Seller, sin levantar demasiado la voz. Sólo le respondió el griterío alucinante que llegaba desde arriba. Y el cada vez más continuo estertor bronco, que estremecía el suelo que pisaba. Sin esperar más, el sirio se abalanzó dentro del desierto vestuario. Buscó en todos los rincones donde pudiese ocultarse un cuerpo. O los pedazos de un cuerpo.

—Zorba —reclamó, en tanto abría vertiginosamente las largas filas de pequeños casilleros que contenían húmedas ropas deportivas.

—¡Zorba! —gritó, ya sin demasiados reparos, mientras introducía hasta el codo su brazo derecho en los distintos inodoros tanteando en las apestosas profundidades de las aguas espesas.

—¡Zorba!

—¿Qué quiere usted? —La pregunta, a su espalda, como un latigazo, lo estremeció.

Giró con la velocidad de un gato, y vio plantado, en el marco de la puerta que daba a la habitación contigua, a un veterano auxiliar con los brazos cargados de buzos azules y camisetas desteñidas.

Pero no fue la imprevista aparición del potencial enemigo, ni el advenimiento sorpresivo de una situación peligrosa, ni la palmaria realidad de verse descubierto como un torpe niño en falta, ni la aterrada expresión de pavor en el ceniciento rostro del recién llegado, lo que estuvo a punto de paralizar el corazón del sirio.

Ni fue tampoco el sobresalto de hallarse de repente frente a un ágil y nervioso energúmeno explorador, ni el incongruente hecho de que la dislocada figura del Mapache Aullador de los Spartan refulgiese sobre la pechera de la amarilla camiseta que lucía el intruso, lo

que abrió la boca y expandió las órbitas que habían sorprendido a Seller.

Fue el hecho, simplemente, de que ya ambos se conocían.

En la mente de Seller, trabajando a destajo como una planta atómica al borde de la fisura final, fueron pasando una dupla de millones de rostros procurando determinar dónde, en qué situación, en qué momento, había estado enfrente de esos mismos rasgos ahora distorsionados por el terror.

—¿Dónde...? —alcanzó a balbucear Seller, pero ya el hombre le había arrojado a la cara el desordenado montón de buzos mal doblados.

Un rugido transfiguró al sirio y, lanzándose hacia adelante, alcanzó a impedir, con un puntapié, que la puerta violentamente impulsada por el auxiliar se cerrase. El fugitivo había girado con una velocidad que desmentía su edad, y saltando por sobre una banqueta de masajes, procuraba alcanzar otra pequeña puerta que se veía al fondo. Fue en ese instante, en ese preciso instante, cuando su cuerpo tenso y musculoso surcaba el espacio en un salto memorable intentando atrapar al auxiliar, cuando el sirio recordó. Fue un flash de discernimiento que alumbró en un destello fulmíneo las

circunvoluciones más recónditas e intrincadas del acalorado cerebro de Seller. Como llegando desde el centro mismo de sus anaqueles memoriosos, cavernosa y retumbante, una voz interna le vociferó desde los laberintos internos de sus tímpanos: «¡El museo!»

Esa esquiva figura que acababa de abrir la pequeña puerta del fondo, tras un breve y desesperado forcejeo, era la misma que había acompañado al sirio por los pasillos del museo, luciendo en aquella oportunidad el uniforme de empleado, ayudándolo a buscar la inexistente carta que Seller había mencionado como excusa para acceder a

las ocultas dependencias que fueran residencia de Von Papen.

Un bramido animal transfiguró el acerado rostro del sirio. Su percepción de ave depredadora le dictaba, como un impulso eléctrico constante, que se hallaba cercano a una revelación aterradora. Toda la potencia descontrolada de su cuerpo entrenado rebotó contra el portazo feroz que aquel fugitivo recurrente había lanzado intentando cortar la persecución de Seller. Pero ni siquiera la sólida compuerta de una bóveda bancaria hubiese podido sofrenar el empuje bravío de Seller. Aquel auxiliar

deportivo, que ahora corría desesperado por el sector de las duchas, era el mismo hombre cansado y macilento que él había dejado exánime, asfixiado por el polvo en suspensión, sobre el maderamen del piso de la antigua oficina de Von Papen. Y era la curiosidad sobre aquella coincidencia extraña la que accionaba las piernas del sirio, como émbolos, en procura de alcanzar a su presa.

Cuatro saltos de leopardo pegó Seller para ponerse a distancia suficiente como para apreciar en la nuca de su perseguido el erizamiento de los cabellos posteriores. El sirio calculó la

distancia que lo separaba del fugitivo, y se lanzó al aire como quien se arroja envuelto en llamas a un estanque con agua. Pero en el preciso instante en que su pie izquierdo tocaba el piso procurando el despegue, los tapones plásticos de su botín zurdo resbalaron sobre el charco inmenso que provenía de las duchas. El sirio maldijo en el aire al ver que no llegaba en su zarpazo definitivo. Sus dedos crispados arañaron la espalda del hombre que escapaba, quien dio un grito al verse tocado. Antes de estrellar su esternón y vientre contra el húmedo piso, de la misma forma como puede hacerlo un

transporte militar sin tren de aterrizaje, el manotazo de Seller alcanzó a aprehender el fundillo del pantalón del auxiliar. Seller crispó su mano en torno a la tela, aun sufriendo el terrible golpe de sus costillares azotando contra el suelo. El hombre, debatiéndose como un antílope enlazado, corrió dos o tres metros más, casi en cámara lenta, arrastrando a Seller por el piso. Finalmente, aterrado, giró procurando patear el rostro del sirio, pero esa garra sosteniéndole la zona de los glúteos le estorbaba el movimiento. Tras aletear vanamente en el aire unos instantes, la mano izquierda de Seller también

alcanzó el pantalón del fugitivo. Fue allí cuando la presa comprendió que si no realizaba un último esfuerzo estaba perdida. El hombre tornó a girar, abandonando sus intentos de destrozar a puntapiés la región nasal de Seller, y se afirmó en el marco de la estrecha puerta hacia la que había corrido angustiosamente. Imprimió a sus brazos el resto de energía que atesoraba, y con la suela de su zapatilla izquierda se catapultó hacia adelante. Se escuchó un rasgido larguísimo, que hizo pensar al sirio que su vieja entorsis de tobillo había regresado en el momento más inoportuno, y el pantalón del buzo como

así también el calzoncillo del auxiliar se desgarraron por completo. Al ceder la resistencia de la tela que lo unía con su atrapado, los codos del sirio resonaron violentamente contra el piso, como así también su mentón. Esto solo hubiese bastado como para atontarlo, pero lo que en realidad lo dejó paralizado en su sitio fue lo que alcanzó a ver con nitidez de pesadilla: al cetrino y ajado trasero de su enemigo le faltaba, completo, un glúteo.

—Von Papen —musitó, absorto, Seller, sin dar crédito sus oídos a las palabras proferidas por su propia boca.

Junto a la escasa turgencia, pero

turgencia al fin, del glúteo izquierdo, trémulo por el esfuerzo, en las asentaderas del fugitivo, se abría sobre la derecha de la línea divisoria de las nalgas un descampado grisáceo y horrible surcado por un trazado de arrugas y cicatrices.

—Von Papen —volvió a musitar Seller, arrodillado ahora sobre el piso siempre móvil y sin dar importancia alguna al afluyente de sangre que le resbalaba mentón abajo, hacia el cuello.

»Von Papen —con el retazo de tela del pantalón del espía, se limpió mecánicamente la barbilla. Se puso de pie. Hizo un bollo con el trapo y lo tiró.

La silueta saltarina del hombre que había estado a punto de atrapar se había esfumado en alguno de los recodos de aquellos corredores fantasmales.

»Von Papen, Von Papen, ¡Von Papen! —repitió Seller, sacudiendo la cabeza como intentando alejar una evidencia demasiado terrible o una abeja insistente y peligrosa. ¡Está claro, está claro! ¡Hijo de puta!

El sirio salió a escape de los vestuarios congodios. Corrió como un demonio y trepó a saltos de cinco escalones hacia el campo de juego. De nuevo recibió en los ojos, cual un puñado de sal, el cachetazo formidable

de las luces y en los oídos la presión desgarradora del griterío. Tres escalones antes de saltar al césped vio, sentada en la boca del túnel, la figura de Massimo. El pitazo taladrante del árbitro indicando el comienzo del segundo tiempo lo castigó.

—¿¡Qué haces aquí?! —sacudió por los hombros a Massimo. El italiano lo observó con una mirada vacía de toda expresión.

—Tú..., tú eres Seller... —le sonrió Massimo tontamente.

—¡Vamos, vamos, comienza el segundo tiempo! —intentó hacerlo incorporar Seller. Era como procurar

poner de pie un muñeco desarticulado.

—Oye..., tú eres Seller...

—¡Vamos, vamos, a jugar!

—Tú..., quizá no te acuerdes de mí... —balbuceaba Massimo. Seller vio a Billy llegar a la carrera por el costado del campo de juego. Soltó al italiano, que cayó de nuevo sentado. Su equipo se hallaba jugando con tres hombres menos, él no podía perder más tiempo.

—¡¿Qué le pasa?! —increpó el sirio a Billy, señalando a Massimo.

—¡Le di un calmante muy fuerte en el vestuario! ¡Estaba loco!

—Seller... Seller... —articulaba despaciosamente Massimo—, nos

conocimos en Florencia, creo... Tú no te acuerdas...

—¡A jugar, a jugar! —graznó Billy, empujando a Massimo brutalmente hacia la cancha. Con ojos perdidos, el italiano traspuso la línea del «out» pero de inmediato se volvió hacia Seller, balbuceando en tanto caminaba de espaldas hacia el centro del campo.

—Tú no te acuerdas..., en Florencia..., era invierno...

A velocidad de centella un congodio lo embistió, arrojándolo despatarrado por el suelo.

—¡Seller, Seller! —gritó Muller, advirtiéndole que la recia figura del sirio

había emergido por el túnel y caminaba despaciosa hacia la fosa de los suplentes—. ¿Dónde se había metido, irresponsable? ¡Entre al campo, entre al campo!

Seller no contestó. Llegando hasta junto la socavada trinchera de la fosa, se acuclilló junto al técnico, quien parecía al borde del colapso.

—¡Entre al campo, estamos jugando con nueve! —le espetó Muller en el rostro. De inmediato, y contradiciendo la orden anterior, atrapó a Seller por la pechera de la mojada camiseta y lo sacudió—. ¿Dónde se ha metido Zorba, dónde se habían metido usted y Zorba?

—¡Seller, Seller! —se escucharon, entre el fragor inenarrable de la tribuna, los alaridos desesperados de Renault, desde el campo de juego.

—Escúcheme... —comenzó a decir el sirio.

—¡No sólo son pésimos jugadores, miedosos, pusilánimes... —se enardeció Muller—... sino también desertores!

—Escúcheme...

—¡Seller, Seller, nos rodean! —llegaban como una súplica de animal agonizante los gritos de Renault.

—¡Y yo puedo admitir incluso que mis jugadores no sepan jugar al fútbol,

pero no puedo soportar a los desertores!
—El rostro transfigurado del alemán casi golpeaba contra la nariz de caprichosa curva del sirio.

—¡Seller, Seller, nos destrozan!

—¡Escúcheme... —reaccionó Seller y tomó a su vez las solapas de Muller agitándolo en el aire como a un monigote—, Ted es inocente!

—¡Nunca he podido soportar a un desertor!

—¡Seller, Seller, ayúdanos, nos destruyen!

—¡Ted es inocente!

—¡Ni siquiera en la guerra...! —un destello de comprensión cristalizó la

frase de Muller—... ¿Cómo «inocente»?
¿Ted?

—¡Sí, Ted, sí, nuestro arquero! ¡Es inocente! —El sirio parecía haber superado el shock de la fundamental revelación y acometió a explicarla como una máquina parlante.

—¡Von Papen vive, está vivo!

Ahora los ojos de Muller se expandieron, elevando las cejas hasta que éstas casi tocaron el fieltro mismo de la gorra.

—¡Fue toda una patraña perfecta que nos hicieron los congodios —siguió Seller—, los congodios en sociedad con su admirado Von Papen! ¡Ahora

comprendo por qué fue a parar a la cárcel encerrado por los mismos alemanes durante la guerra! ¡Siempre tuvo vocación de traidor! ¡Nos hicieron creer que entre nosotros había un traidor que había denunciado a Von Papen y la verdad era que entre nosotros no había ningún traidor ni nadie había denunciado a ese cerdo! ¡Ese cerdo se había pasado solo a los congodios y armaron todo para hacernos creer que había sido muerto por sus captores! ¡La maniobra fue perfecta, incluso Von Papen ofrendó su glúteo izquierdo para que con la piel que de allí obtuvieran hiciesen el balón que nos mandaron a nosotros!

Las manos de Muller habían soltado la camiseta de Seller y ahora pendían inertes e inútiles a ambos lados del cuerpo.

—¡Querían que nosotros pensáramos que en nuestro equipo había un traidor, para dividirnos, para enemistarnos, para quebrar nuestra confianza! —continuó Seller.

—Y por supuesto eligieron como víctima al que, según ellos, más importante podía ser dentro de un equipo que debía jugar su chance a un empate, ¡el arquero!

—Pero... —atinó a balbucear Muller—, la carta... la carta...

—¡Seller, Seller, no nos dejes, nos rebasan! —los gritos desde el campo eran ya estertores.

—¡La carta! —lanzó una risotada amarga Seller—. Consiguieron un pedazo estúpido de cualquier carta escrita por Ted. ¡Ellos me estaban esperando! ¡Sabían que yo vendría! ¡Lo tenían calculado! ¡Lo tenían todo calculado! ¡Han sido más inteligentes que nosotros! —Seller soltó a Muller, y éste rebotó con sus talones contra el piso de la fosa. Recién ahí comprendió el sirio que había mantenido al técnico suspendido en el aire durante su explicación. Seller golpeó con su puño

contra el césped. Un odio intenso había comenzado a escalarle desde los talones, muslos arriba, hacia el pecho. Con el rabillo del ojo vio a su lado el rostro demudado de Billy. Había escuchado todo.

—¡Ve a donde está Ted —le ordenó al masajista, tomándolo de un brazo—, cúrale esa mano, pídele disculpas por lo sucedido, opéralo si es necesario!

Billy asintió un par de veces con la cabeza, asustado. No sólo lo asustaba el rigor del sirio, sino el ver a su conductor, mister Muller, deshecho, desflecado y desprovisto del más mínimo hálito de energía en su magro

cuerpo, contemplando un punto indefinido en el espacio, como ajeno a todo.

—Han sido más inteligentes que nosotros —repetía el alemán.

—¡Ve pronto! —lo sacudió Seller.

—Sí, sí —acomodó Billy su botiquín—, pero esa mano está destrozada.

—¡Hazle un injerto, cualquier cosa, córtate tu mano! ¡Con Ted, no está todo perdido!

—¡Seller, Seller, ven, no nos dejes!

—¿Cómo, cómo... se enteró de lo de Von Papen...? —la voz de Muller era apenas un murmullo.

—¡Ya le explicaré! —gritó Seller, poniéndose en pie.

Pero algo, como si la Tierra hubiese acelerado imprevistamente su movimiento de rotación, lo arrojó de nuevo al suelo.

El estadio entero tembló y el sirio, aun rodando, advirtió cómo desde los inmensos pilares luminosos se desprendían algunos focos, y caían sobre las tribunas cual estrellas fugaces. El estrépito fue sobrenatural, y por las bocas de ambos túneles se elevaron densas bocanadas de humo de vapor blanquecino. Seller miró hacia el campo de juego con ojos aterrados. Los

jugadores congodios saltaban y brincaban como gacelas y se iban amontonando unos sobre otros en un costado del terreno. El aire se había tapizado de pequeñas explosiones de petardos y morteros y azoraba la noche el rugido de los ciento veintemil espectadores ululantes. Había también un intenso y penetrante olor a azufre.

Seller vio la figura abatida de Dagomir, con los brazos en la cintura. Los cuerpos caídos de Dagomir y Gianni. El paso cansino y errático de Massimo preguntándole algo al mellizo Heineken y, en el fondo del arco, como una maléfica perla blanca, la pelota.

Dos a cero.

—Está todo perdido —sintió barbotar a sus espaldas a Muller—. Todo perdido.

Pero Seller estaba experimentando algo agudo y carnal, algo que le iba galvanizando los músculos y que le llegaba desde el fondo puro de sus ancestros, de la historia feroz de su raza: el coraje.

La hoguera intensa del amor propio le aceleró el paso y le colocó una brasa en la planta de cada pie que hollaba, firme, el tembloroso césped del Bombasí Stadium. Entre las corridas enloquecidas en los festejos de los

congodos, entre los saltos cimbreantes de las camisetas azules, Seller se encaminó hacia las redes de su propio arco. No lo detuvo ni lo distrajo el salivazo ácido que un congodio le depositó en el rostro al pasar a su lado, ni la mirada honda y cargada de reproche de Renault, que lo miró pasar. Pisó la espalda de Garfagnoli para llegar hasta la línea de gol y ni siquiera reparó en el lento y doloroso arrastrarse de Jerry hacia la línea de fuera tomándose con patético cuidado su pierna derecha fracturada en cuatro partes.

—¡Apure, apure! —llegó la orden

jactanciosa del árbitro belga, desde el centro del campo—. ¡Apure!

Seller apresó el balón en las tenazas de sus dedos de acero y el cuero gimió bajo la presión de éstos.

—Perdone, perdone... —escuchó muy quedo el sirio.

Massimo lo miraba con ojos de extrañeza, parado junto a él.

—¿No nos hemos visto antes..., usted?

El empujón de Seller desbarató al italiano por el césped. Nada podría detener ya al capitán de los Mapaches Aulladores. Batía en su pecho el redoblante parche de la gloria, o más

justamente, de la grandeza.

—¡Rápido, rápido! —urgió el árbitro belga.

Pero Seller no apuró su paso, que, lento y parsimonioso, lo iba llevando hasta la medialuna de su propia área. El sirio, alta la frente, enclavados los ojos en el punto exacto donde el espacio y el porvenir se cruzan, al viento leve los hirsutos rizos renegridos cromados casi por la transpiración, acunado el balón bajo la reciedumbre de su brazo derecho, la otra mano depositada con desdén sobre la cintura, era un ídolo pagano, una bandera de lucha, un símbolo de determinación cruzando el

área. La mirada zahorí desconocía el ámbito, omitía el entorno, ignoraba rivales, parcialidad y estadio. Nueve minutos tardó en llegar hasta la línea de su propia área 18. Trepidaba el piso, surtidores ansiosos de agua sulfurosa saltaban cada vez más a menudo entre los panes de césped, y el rugido interminable, el espantoso y aterrador rugido del ulular de las tribunas, se fue acallando.

CAPÍTULO 17

Hasta el árbitro detuvo un ademán de apurar el trámite, dejando paralizado su brazo derecho en el aire. Uno a uno, como animales volviendo junto a su líder tras una estampida, los hombres del dolorido Spartan comenzaron a unirse a Seller. En silencio. Eran tan sólo nueve desesperados, apretados en un racimo miserable dentro de la medialuna.

La voz del capitán se alzó, como haz de luz, cortando el aire.

Come on, come on, Howling

Raccoon

*Let me hear the green pulse
on the grass*

*whenever the sunbeams
twinkle*

on my football boots.^[1]

Primero fue Dagomir el que lo imitó. Luego se unió la quebrada voz de Gianni, después Renault, y de inmediato todos se hallaban cantando.

El silencio que, como un sudario, se había estado insinuando desde el preciso momento en que Seller tomó el balón de entre las redes, se fue apoderando de las tribunas lentamente.

*How many times will the sun
be high?*

*How many times will the
Summer be back?*

*You cannot know for you
Are only a frightfull
Howling Raccoon.* ^[2]

La escena tomó algo de dantesca cuando Best Seller, sin dejar de cantar, comenzó a caminar, despacioso, hacia el centro del campo. Un puñado de hombres, primero quebrados física y anímicamente, desgarradas sus ropas, cubiertos de tierra, césped y manchas de cal, parecía ir paulatinamente cobrando

altura, corpulencia, vigor. Las voces, en un primer momento inaudibles, simples muecas distorsionadas desde las distancias que las separaban de las tribunas, eran ya nítidas voces que alcanzaban los confines más remotos del estadio, recorrían los rostros demudados de los congodios y hacían tremolar en pánico las mil banderas de los locales. En el silencio casi litúrgico, en el atemorizado y expectante silencio que había sellado las voces de los ciento veinte mil espectadores, la marcha enérgica de los Mapaches Aulladores aturdía.

*Who knocks at my door in
the morning?*

*Who wants to find out who
the winner was?*

*Don't look far for what is at
your side*

*It is the fierce Howling
Raccoon.*^[3]

Los nueve valientes se detuvieron frente al círculo central. El himno había cesado, y en aquella cámara muda en que se había convertido el recipiente del estadio congodio pudo oírse el crujido del césped al ser pisado por Seller cuando salvó los últimos metros hacia el

punto central del campo.

El sirio se detuvo allí con la pelota bajo el brazo y, girando sobre sus talones, clavó sus ojos de cernícalo en todos y cada uno de los ciento veinte mil espectadores.

Luego tomó el balón con ambas manos y lo elevó hacia lo alto como quien eleva la sangrante cabeza de su enemigo. Se escuchó un refrenado huracán cuando los ciento veinte mil espectadores aspiraron una inhalación profunda de sobresalto y miedo. Sin soltar el balón, Seller quebró su cintura como un rayo estrellando la esfera contra el césped con fuerza de balancín

hidráulico. El estadio retembló, se sacudieron sobre sus bases las torres de iluminación y nuevamente varios focos se desprendieron de sus soportes rayando la noche cual cometas. Seller giró su rostro galvanizado hacia sus compañeros, apuntó con el dedo índice de su mano diestra a un punto situado entre ambas cejas del arquero rival y gritó una orden que pegó como un cachetazo en los empalidecidos rostros de los congodios.

—¡Allá vamos!

Una nueva vibración, potente, y esta vez telúrica, pareció a punto de fragmentar el Bombasí Stadium en mil

pedazos. Toneladas de agua, impulsadas ante el vaivén frenético de la tierra, abandonaron su lecho en el foso olímpico, salpicando a aquellos gladiadores lanzados a la lid. Quizá fue eso lo que arrancó de su letargo a la parcialidad local. Como si hubiese estado tomando fuerza, como si se rompiese un dique tras soportar el embate de un oleaje catastrófico, la grita tornó a ensordecir la noche. Ni se escuchó el silbato del árbitro llamando a la lucha.

Un bramido escapó de la garganta de Seller cuando tocó el balón hacia Garfagnoli. Sin mirar hacia atrás, se

lanzó hacia el arco rival triturando en su paso a Galuga que se le cruzaba. No miró quiénes lo seguían. Sabía perfectamente que a sus talones, como bizarra carga de pelotón de húsares, venían los suyos.

El balón cruzó el aire como un meteoro hacia el área congodia. Berén-Berén alistó su monumental figura calculando la parábola, el arco caprichoso del vuelo, la derivación del viento y el peso específico del cuero que llegaba. Sus músculos se abultaron en el salto y fue arriba con la plasticidad de una marsopa. Pero el estampido de los 87 kilos de fibrosos tendones de

Seller llegando con el impulso de un tren-bala, al dar contra el inconmesurable pecho del negro, estremeció el espacio. Sobre los dos cuerpos colisionados se desprendió una nube de polvo, sudor y oscuras motas de Berén-Berén. Espesas gotas de sangre alcanzaron a la pelota que, casi oval ante el apretujón a que había sido sometida por ambas cabezas, se elevó sobre el mismo sitio del encontronazo. Como tigres se lanzaron hacia ella tres camisetas azules. El balón tocó el piso y allí la alcanzaron los puntapiés furibundos de los defensores locales. Pero apenas una fracción de segundo

antes, el pie derecho de Seller había clavado su taco junto a la esfera y ese pie había penetrado prácticamente en la tierra martirizada de la cancha. No era una pierna la pierna derecha del sirio: era el pilar de acero de una isla petrolera flotante que se afirmaba en las rocosas profundidades de un lecho marítimo dispuesto a no ceder ni una milésima de pulgada. Se oyó el estallido de las tibias y tres figuras oscuras, batiendo en el aire las azules telas de las casacas, garabatearon un brinco de saltimbanquis improvisados, yendo a caer casi diez metros más lejos de ese balón que, firme como una lápida,

estaba depositado bajo el flanco interno del botín diestro de Seller. No trepidó el sirio, desclavó su taco, echó atrás su pierna derecha y percutió sobre el balón un puntazo letal. El arquero alcanzó a elevar sus manos como una súplica procurando que el proyectil no le arrancase la cabeza. El balón pegó en las palmas desnudas, tocó el travesaño arrancando astillas del cilindro de madera y se fue al córner.

Al igual que si alguien hubiese desenchufado algo, de nuevo el silencio atormentó al estadio. Renault no dio tiempo para nada. Como una luz llevó el balón hasta el rincón correspondiente y,

sin mirar, lo disparó hacia la ardiente cazuela del área. Con alaridos karatecas los nueve Mapaches Aulladores se precipitaron sobre el arco rival. Todo allí fue confuso. Se oyeron desgarradores gritos de espanto, chasquidos de huesos al romperse, crujidos de articulaciones descalabradas, tañidos de músculos castigados por los desgarros. El balón, como un jaqueado zorro entre la jauría de mastines, se escabulló primero de entre los brazos del arquero cuando Pedro cayó sobre éste y le sepultó una rodilla en el vientre. Luego rebotó contra el palo, dio en la frente de Berén-

Berén, pegó en el pecho de Seller, fustigó la cadera del seis de los locales, siempre sin perder su velocidad, y finalmente salió rebotado hacia el costado ante la vista ávida y desesperada de defensores y atacantes. Cuando el balón cayó sobre el punto donde se unen las líneas demarcatorias del área pequeña y la del fondo, ni imaginaba que aún no había finalizado su tortura. Reclamando su posesión con un grito combatiente, llegaba Renault lanzando espumarajos de rabia por entre sus labios. Seller, Dagomir y Garfagnoli se zambulleron hacia las puertas mismas del arco, zafándose de un cañamazo de

codos y manotazos, reclamando con alaridos conmovedores el centro atrás.

Pero el arquero congodio, sobreponiéndose al dolor que le significaba el hecho de tener dos de sus mejores costillas fracturadas ante el rodillazo de Pedro, cruzó el aire con elasticidad de leopardo, al frente sus manos ofrendando el pecho aún crujiente ante el seguramente demoledor pelotazo del puntero francés. La mandíbula del portero y la capellada del pie derecho de Renault llegaron al mismo tiempo al contacto con el estremecido cuero de la pelota y hubo una implosión ahogada, como cuando detona una carga explosiva

submarina. Seller, Dagomir y Garfagnoli derraparon inútilmente por el césped buscando algún punto de sujeción en el terso verde, yendo a caer los tres dentro del arco, en tanto la pelota, tras el choque entre el portero y Renault, salía despedida afuera del área.

Desde el suelo, Seller observó hacia sus últimas líneas y se le paralizó el corazón. Solamente el mellizo Heineken, Dukla Heineken, vacilante sobre sus piernas, aguardaba la llegada de ese esférico. Solamente él se interponía entre el arco defendido por su hermano y la carga de siete hombres congodios que habían salido despedidos como

flechazos hacia el contraataque.

El griterío del estadio irrumpió al unísono. Dukla Heineken pareció un instante volver grupas, pensando quizá refugiarse en la soledad de su propia área junto a la familiar presencia de su hermano, pero de pronto viró hacia el balón dispuesto a triunfar o morir en el anticipo. Fueron quince metros de loca carrera hacia el esférico, donde las blanquecinas piernas del nórdico dibujaron una vía láctea en su trayecto, intentando llegar antes que los embravecidos rivales. Dos de ellos, los más adelantados, los más veloces, los más voraces, se arrojaron por los aires

con las estremecedoras tres filas de filosos taponos hacia adelante, al observar que la punta del botín derecho de Heineken alcanzaba ya el balón. El nórdico vio, en un relámpago, el peligro. Apretó fuerte los dientes y cerró los ojos. Nadie reparó en el espantoso choque de los tres hombres ni en el sonido disparatado de los huesos al plegarse sobre sí mismos. Los ojos de los restantes jugadores y de cada uno de los ciento veinte mil espectadores persiguieron, absortos, ese balón que había partido, violento y elevado, hacia la valla congodia. Pero lo que detuvo el tránsito sanguíneo en las venas de los

locales fue comprobar, de un vistazo, que la meta estaba vacía. Mapaches y congodios habían corrido hacia el centro del campo siguiendo aquella pelota aérea y ahora la veían, de pronto, volver por sobre sus cabezas, con rumbo impertérrito hacia los tres palos, donde no había nadie.

A cuatro metros de allí, revolcándose aún sobre el pasto como una víbora decapitada, el arquero congodio procuraba mantener unido el maxilar inferior al resto de su rostro, asiéndolo con ambas manos.

Pero fue tal vez su instinto nato de arquero lo que lo hizo mirar hacia su

valla. Y vio llegar el objeto volador, como un globo sonda. Lo suyo, entonces, fue patético. De rodillas, la mandíbula pendiendo tan sólo de un hilo epidérmico, se dirigió hacia los tres palos en lo que parecía la conmovedora promesa religiosa de un mutilado. El balón botó en el medio del área grande, botó otra vez con menos energía y su impulso se fue apagando sin por eso disminuir su clara intención de vulnerar la meta congozosa. Sin embargo, los grotescos movimientos del arquero se abalanzaron ya sobre él. Fue cuando ocurrió.

Hubo, junto al foso olímpico, un

emerger nervioso y movedizo, entre salpicones de agua derramada. Un manchón marrón verdusco cruzó como un rayo la angosta pista olímpica. Entre los reporteros gráficos, inmóviles y ateridos ante la inminencia del tanto visitante, se produjo un revuelo frenético y se alzaron brazos en expresiones de horror. Y ya cuando el esférico era casi atrapado por las manos del arquero local, éste sintió con espanto cómo su pierna derecha era atrapada y tironeada por una fuerza irrefrenable y demoníaca. Giró su rostro donde el asombro se magnificaba debido a la desprendida mandíbula y

vio, aún sin comprender bien lo que ocurría, cómo aquel cocodrilo lo tenía aprehendido. Frankie Lane había surgido de las profundidades acuáticas y tironeaba ahora con su empecinamiento de saurio, procurando llevar aquella presa hacia el foso del cual había surgido.

Fue como si el tiempo se hubiese detenido en aquel momento en el estadio. Lo único que parecía mantener vida y movimiento a través de esos fatídicos segundos eran el balón picando débilmente hacia la línea de sentencia y las manos del arquero, aleteando primero agónicas sobre el césped y

luego clavando sus uñas en la tierra, mientras Frankie Lane lo arrastraba, obcecado, hacia el foso.

Los gritos de «gol» de los Mapaches se oyeron claramente hasta en las graderías más altas del Bombasí. Fueron ocho camisetas amarillas saltando como enajenadas y estrujándose entre ellas. Algunos congodios se abalanzaron sobre el árbitro reclamando la anulación del tanto, mientras otros más solidarios, junto con algunos reporteros, pugnaban por retener a su arquero tomándolo por los brazos. Pero la fuerza ancestral de Frankie Lane habría de imponerse en esa cinchada. Sus pequeñas y cortas patas y

su cola formidable se afirmaron en el suelo, y de un último tirón retrocedió hasta sumergirse de nuevo en el foso llevándose bajo las turbias aguas al portero local. Una multitud de ball-boys se amontonaron junto al lugar, con sus circulares redes desplegadas. Pero ya era inútil.

—¡Es válido, es válido! —había sentenciado el belga agitando como una tea su cabellera roja—. ¡Es un elemento ajeno al juego, por lo tanto, no puedo invalidarlo!

Cuando los eufóricos hombres del Spartan se fueron reincorporando, tras haberse acumulado a manera de estiba

humana sobre Dukla Heineken, comprobaron que el nórdico estaba muerto.

—¡Le han quebrado el cuello! — casi sollozó Gianni.

—¿Piensas que podemos haber sido nosotros mismos? —preguntó Pedro a Seller.

—¡Que no se den cuenta! ¡Tapémoslo, que no se den cuenta! — ordenó el sirio. De inmediato todos volvieron a arrojarse sobre el cuerpo exánime del sueco. De entre el cúmulo de piernas y brazos, entre los renovados y simulados nuevos gritos de «gol» se oyó la voz de Seller.

—¡No deben darse cuenta de que Dukla ha muerto! ¡Si nos ven tan disminuidos en número, se envalentonarán!

—¡Le clavaron los tapones en la carótida los hijos de puta! —documentó alguien.

—¡Cuando nos pongamos de pie, levantémoslo con nosotros! —ordenó Seller.

—¡Dukla, Dukla, lo hiciste, Dukla! —pudieron reconocer la voz de Gunnar Heineken que llegaba alborozado desde su arco a festejar.

—¡Juego, señores, juego! —solicitó, enérgico, el belga.

—¡Arriba, arriba! ¡Agárrenlo! —
dijo el sirio.

Se fueron poniendo de pie. Garfagnoli, Seller y Renault sostenían al inerte nórdico.

Renault fingía aún congratularlo, tomándolo del pelo con lo que evitaba el bamboleo sospechoso de la cabeza.

—¡Gol, Dukla, gol! —gritaba junto al grupo el mellizo Heineken, procurando llegar a tocar a su hermano entre los torsos y brazos de sus compañeros.

—¡Déjalo, Gunnar! ¡Ve a tu arco! ¡Creo que Dukla está desmayado! —le gritó Seller.

—¡Es la emoción! —agregó Garfagnoli.

El portero pegó un par de brincos más de alegría, y corrió hacia su meta elevando los puños hacia las hostiles tribunas. En ese instante el suelo tornó a temblar con intensidad.

—¡Es conveniente que Gunnar no se dé cuenta aún de la muerte de su hermano! —exclamó Seller, en tanto, arrancándose uno de los botines, comenzaba a sacarle los cordones.

—¡Juego, señor, juego! —gritó el belga.

Dagomir, Seller y Garfagnoli llevaron a Dukla hasta su propio arco y

apoyaron el cadáver de pie, con las espaldas contra uno de los postes.

—¡Atémoslo, atémoslo al poste! —gritó el sirio, mientras pasaba sus cordones por debajo de las axilas del sueco.

—¿Qué pasa, qué le pasa? —se acercó demudado Gunnar.

—Nada, nada —contestó sin mirarlo el sirio—. No conviene que se den cuenta de que está desmayado.

—¡Pedirán que lo atendamos! —refrendó el argentino—. Lo usarán como pretexto para perder tiempo.

—Acá, contra el poste, sólo pensarán que juega demasiado atrasado

—argumentó Renault.

—Pero... el off side... —protestó Gunnar.

—¡Estamos jugados, Gunnar! ¿Qué importa el off side? —rugió Seller.

Habían terminado el trabajo con el malogrado goleador y salieron a escape hacia el centro del campo donde el balón aguardaba, ansioso.

—Con el Cid resultó —memoró el sirio.

—¡Vamos, vamos, vamos! —palmoteo Dagomir. Los ocho hombres se miraron entre ellos apretando los puños. Una suerte de corriente eléctrica los galvanizó a través de las miradas

cargadas de determinación suicida. Nada ni nadie podría detenerlos. El estadio volvió a sacudirse y el piso osciló.

Inmensos rodillos corrían desenfrenados bajo el pasto.

Seller sintió que una mano se depositaba en su brazo.

—Usted no lo recuerda... —dijo la voz vacua de Massimo—, creo que nos vimos una vez..., en Florencia..., o en Génova...

Seller se sacó de encima al italiano con un empujón inmisericorde. Poco a poco, como una letanía al comienzo, pero paulatinamente ganando el antiguo

vigor, el rugido de las tribunas los sepultó. Se unía también a un fragor horrísono que llegaba desde las entrañas de la tierra.

Seller no escuchó el silbato, pero vio la mano del árbitro señalando hacia adelante. Vio el fanatismo en los rostros de los congodios y al fondo, los movimientos gimnásticos del nuevo arquero de los locales que había corrido a reemplazar al malogrado portero anterior víctima de las fauces de Frankie Lane. El juego se reinició con mayor fiereza, denuedo y ferocidad que antes.

Pero en el puñado de camisetas amarillas ardía algo intangible y bárbaro

que los convertía en perros rabiosos. Los había invadido la excitación sensual de lo definitivo y les inyectaba de vigor los músculos el olor de la sangre. La vieja pasión del juego los consumía. Ya no era el incentivo del dinero lo que los acicateaba. Era el triunfo. La gloria.

Seller, con su particular percepción siria, detectó en los ojos congodos la nerviosa y temblequeante chispa que dilata las pupilas y contrae el iris convirtiéndolo en un pájaro asustado: la chispa de la duda. Aquel gol, aquel dramático gol del desaparecido Heineken, erecto ahora junto a su hermano como un Cid sobre su caballo,

había derramado en los otras superconfiados espíritus congodos el acíbar de una gota de inseguridad. Habían comprendido que no eran invulnerables.

—¡Allá vamos! —tornó a ordenar Seller cinco minutos después de reanudarse el juego, cuando recuperaron el balón. Su mano señalaba el entrecejo del gigante negro que ahora custodiaba la valla local. Tembló el moreno bajo su gorra. Y allá fueron los valientes. Una carga de coraceros imperiales no habría alcanzado la magnificencia ni el brío de aquel ataque alocado.

El balón, rebotando como la esfera

metálica de un «pinball», al dar contra los históricos obstáculos de plástico luminoso, pasó de Pedro a Renault, de Renault a Garfagnoli, de Garfagnoli a Dagomir, de Dagomir a Pedro, de Pedro a Massimo, de Massimo a Seller, de Seller a Renault, de Renault a Dagomir.

Las camisetas amarillas se entrecruzaban, giraban, describían círculos concéntricos y excéntricos, picando, corriendo y desplazándose en todas direcciones. No parecían siete, parecían mil.

—¡Estamos rodeados! —gritó Berén-Berén. Y vio venir sobre él la figura siniestra de Seller, su antiguo

enemigo, por la derecha. Y el balón, bajo y silbante por la izquierda. Apretó los dientes hasta que las muelas rechinaron como un viejo puente levadizo enmohecido y disparó los tapones de su pie derecho hacia adelante. Ensordeció el ruido de las piernas al estrellarse y saltó por el aire el botín diestro de Seller, flojo en su agarre ante la falta de los cordones que habían quedado sosteniendo al mellizo Heineken por las axilas ya heladas. La pelota viboreó martirizada sin alejarse del lugar del choque. El haber perdido su zapato no contuvo el empuje del sirio, y apenas tocó tierra salió propulsado

hacia el esférico cual una lancha con motor fuera de borda al entrar nuevamente en contacto con su elemento natural. Fue un error. El perverso cerebro de Berén-Berén no desperdiciaría la oportunidad. En el nuevo choque, el macizo calzado calibre 44 del gigante moreno no buscó el cuero del balón. Las ocho filas de sus mellados tapones y los ciento dieciocho kilos de violencia en estado químicamente puro se depositaron, plenos, sobre el desprotegido empeine de Seller. El crujido horrorizó a todos. Sólo el grueso tejido de la media del sirio impidió que las uñas del pie de

Seller surcaran el aire como pequeños boomerangs supersónicos. Renault, a diez metros, recibió en las mejillas el salpicón de la sangre pardusca.

Nada pudo ver el sirio, revolcándose por el césped, tragando bocados apresurados de gramilla, arando estrías de cinco centímetros de profundidad en el suelo con sus manos, sintiendo cómo la pierna se le incendiaba hasta las ingles y el dolor le repicaba en los tímpanos. Las camisetas amarillas cayeron sobre Berén-Berén y fue el caos. Cuando Seller se atrevió a abrir los ojos dando paso a un torrente de sudor que fue un puñado de pimienta

sobre sus pupilas, sólo vio una mancha roja que se agitaba, loca, en el aire. La tierra se sacudía y el olor a azufre envolvía sus narices. Pensó que se estaba por quedar ciego, que la paquidérmica pisada del defensor sobre su empeine le había afectado algún nervio óptico. Escuchó el rugido de la tribuna acrecentado. Y entonces vio el brazo levantado del árbitro belga y entre sus dedos tensos, fanal inclemente, la tarjeta roja.

—¡Usted, usted y usted! —ladró el belga.

Eso podía ponerlos en igualdad numérica. Seller se puso de pie de un

brinco sin dar importancia al dolor que lo atravesaba de lado a lado como una lanza. Fue cuando comprendió que los tres expulsados eran Dagomir, Pedro y Renault. Una multitud de reporteros, policías y tropas con uniformes de combate habían invadido el campo. Los policías llevaban a los jugadores visitantes entre forcejeos y gritos.

—¡No puede ser, árbitro, no puede ser! —se acercó el sirio a los saltos al belga—. ¡Mire, mire, mire esto! —exclamó, señalando su pie destrozado que pendía en el extremo más austral de su pierna como un guiñapo irreconocible.

—¿¡Y esto, y esto?! —gritó, a espaldas del árbitro, Berén-Berén, mostrando la tremenda acequia roja que había suplantado el lugar de su ceja, abatida ahora junto con el arco superciliar sobre su ojo izquierdo, náufrago en un mar de sangre. También en la mejilla de ese costado del gigante negro se apreciaban tres nítidos costurones morados, diagonales y paralelos, claro impacto de un botín Adidas.

Seller quedó como atornillado al piso. Aquel partido se complicaba. Miró a sus espaldas y vio a Garfagnoli tomándose la cabeza y más atrás a

Gunnar Heineken, abrazado al cadáver de su hermano, aún pendiente del poste. Se había percatado de su extraña rigidez, impropia de un deportista.

—Se acabó, Turco... —musitó el argentino.

—No, no —se resistió el sirio—. No.

—Somos apenas cinco, Turco —se mesó los cabellos Garfagnoli.

—No, no, no...

—Contando a Massimo, que está convertido en un idiota —señaló el argentino al italiano, que caminaba describiendo círculos en torno al banderín demarcatorio de la media

cancha, parloteando vaguedades.

—Y Gunnar —agregó Garfagnoli—, que no creo que quiera seguir jugando.

Seller miró hacia su propio arco y no vio al nórdico ni al cadáver del hermano. Lo localizó unos metros más atrás, rodeado de fotógrafos, hincado en tierra, arrancando matas de pasto, cavando en el suelo con los débiles bordes de uno de los protectores de aluminio que había sacado de debajo de una de sus medias.

—Está por enterrar a Dukla —informó el argentino con tono monocorde.

El pitazo del árbitro los sacudió.

Seller oprimió sus puños hasta que se le adormecieron los antebrazos.

—¡No, no! —barbotó.

Era una fiera herida y cercada procurando apartar de su mente la tenebrosa idea de la derrota.

—Somos apenas cinco, Turco, si vuelve Gunnar —repitió Garfagnoli.

—¡Yo cuento seis, yo cuento seis! —gruñó de pronto Seller. El argentino repasó con la vista los restos humanos de sus compañeros en pie.

—¡Ha entrado Jerry! ¡Ha vuelto Jerry! —gritó Garfagnoli con un atisbo triunfal en su voz.

—¡Jerry! —se emocionó Seller.

Desde el costado de la cancha, desprendiéndose de los brazos tutores de Billy, Jerry avanzaba dificultosamente hacia su área con pasos grotescos y decididos. Un trapo rojo le ondeaba a la altura de la cintura.

—¡Billy le ha entablillado la pierna!
—exclamó Garfagnoli.

—¡Se la ha entablillado con el banderín del córner!

Seller no podía creer lo que sus ojos veían. También los rivales habían visto el reingreso de Jerry en el campo y demoraban la reanudación del juego, contemplando el trabajoso paso del marcador de punta con una mezcla de

admiración, frustración y temor.

—¡Vamos, Seller, vamos, compañeros! —azuzó Jerry a los suyos desde el punto del penal. Ante la luz incandescente de los focos de cuarzo las lágrimas relampagueaban en sus pupilas.

—¡No podemos perder! —estalló Seller. A su lado, Garfagnoli apretó una sonrisa tensa y se golpeó con el puño contra un muslo.

—¡Ahora van a ver! —gruñó.

La tierra tembló como sufriendo las consecuencias de un castigo bíblico, algunos panes de césped levitaron en el aire y la temperatura se elevó unos ocho grados centígrados más. El temblor hizo

caer aparatosamente a Jerry, pero Seller no alcanzó a verlo.

El árbitro había reclamado una nueva detención y hacía señas repetidas hacia el costado del campo, instando a alguien a que entrase al rectángulo de la contienda.

—¡Ted, es Ted! —aulló de alegría Garfagnoli.

—¡Ted! —repitió Seller, y ahora sí, las lágrimas se derramaron por sus curtidas mejillas sin control alguno.

Junto a la línea de toque, la corpulenta figura del arquero titular se levantaba como un coloso rubio. Con su brazo derecho en alto solicitaba permiso

para cubrir la valla de los Mapaches.

Pero entre la nube lacrimosa el sirio advirtió algo extraño en el formidable portero. En ambas manos llevaba guantes, protección que siempre Ted había desechado en su cerril omnipotencia. Y aquella mano, la derecha, la que se agitaba en el aire reclamando la atención del árbitro, mostraba una pendulación excesiva y arrítmica. Seller supo que allí, bajo el duro cuero del guante, donde hubiese debido estar la diestra mano de Ted, no había nada. O bien, había un apelmazado manojo de estopa, algodón y paja.

En el pecho de Seller crepitó una

rara mezcla de bravura, cariño, odio, rencor, revancha, amor propio y determinación suicida, sentimientos todos en estado larval y primitivo.

Los Mapaches sobrevivientes se miraron entre ellos en un acuerdo tácito y febril. No necesitaron siquiera decirse nada.

—¡Al empate! —ordenó Seller, y su vozarrón ahogó el rugido intermitente de las tribunas y el terruñal clamor subterráneo que sacudía ahora a las redes como castigadas por cientos de goles invisibles.

Los minutos siguientes fueron testigos de una contienda alucinante.

Los Mapaches, borrachos por el dulce licor del heroísmo, embotados sus raciocinios ante el esfuerzo monumental, el calor angustiante y los vapores neblinosos que se desprendían del suelo, atontados hasta la obstinación por el olor conjugado a transpiración, sangre, pólvora, vegetación pútrida y azufre, enloquecidos como reses que adivinan la excitante perspectiva del sacrificio final, arremetieron sobre las huestes congodias dispuestos a cambiar ataque por ataque, golpe por golpe, carga por carga.

Del cerebro exacerbado de Seller desapareció el concepto del tiempo, el

riesgo y el dolor. No sentía el pie destrozado ni la fatiga que segundo a segundo se le instalaba en los músculos como una anestesia total. El estruendo era de tal magnitud que podía ser el equivalente al silencio absoluto. Pero una nueva cadencia atrajo su atención. Las tribunas ahora reiteraban, machacaban, una suerte de cantinela ritual y acompasada.

—¿¡Qué gritan, qué gritan?! — indagó el sirio, estupefacto.

—¡287, 286, 285! —atronaban las graderías.

—¿¡Qué es eso, qué es eso?! —el sirio olvidó por un instante el loco

trajinar del balón y los panes de césped que salían despedidos desde el piso cual si fueran tapones de champaña, como si algo extraño y avernal los despidiera hacia lo alto.

—¡280, 279, 278!

—¡Vamos, Best! —escuchó el sirio que lo acuciaban.

—¿Qué...? —insistió Seller, lanzándose cual un perro de presa sobre el wing derecho de los congodios.

—¡Cuentan los segundos que faltan, los segundos que faltan! —comprendió Jerry, cruzando sin piedad el duro cilindro de madera de alcornoque que mantenía estirada su fracturada pierna en

la carrera del forward de los locales.

—¡208, 207, 206! —continuaba el coro multitudinario la cuenta regresiva.

Seller creyó enloquecer. El furor y la impotencia tendieron una cortina roja frente a sus ojos. El empate se les iba de las manos y nada parecía poder torcer ese destino. Desde la reiniciación del match luego de la expulsión de los tres valores Mapaches, el juego, a pesar del heroico despliegue de aquel puñado de camisetas amarillas, había pasado al casi total contralor del equipo local.

—¡193, 192, 191!

Ante la angustia de Seller y los suyos, los hombres congodios se

limitaban a trasladar el balón de unos a otros, sin arriesgar su posesión en pases largos ni maniobras personales, sin exponer tampoco sus integridades físicas frente a la enceguecida furia de los visitantes. Tan sólo aguardaban la gloriosa instancia del pitazo final, sin dejar por ello de moverse permanentemente, girando y trocando puestos en procura de mantener el dominio del balón y eludir las atroces embestidas con que intentaban desarticularlos los sobrevivientes del Spartan.

—¡108, 107, 106! —el coro iba acrecentando su potencia a medida que

la cuenta regresiva se aproximaba al cero, y los oídos de Seller lo recibían como una palpitación más que se sumaba a la palpitación inquietante de la tierra bajo sus pies sufridos y al tremolar casi agónico de las venas que abultaban sus sienes empapadas en sudor. Las camisetas azules pasaban frente a sus ojos y por instantes Seller comprendía que no sabía a ciencia cierta en dónde se hallaba y qué estaba haciendo. El cansancio le ajustaba el pecho como un corsé de acero e intuía que ya la sangre no le irrigaba el cerebro en la cantidad suficiente como para pensar. Tan sólo un débil chorro de

sangre, suponía el sirio, fino e intermitente, alimentaba de vez en cuando esa masa de ascuas que era su cerebro, logrando trepar con esfuerzo a través del impenetrable bloque de piedra que le atenaceaba la garganta impidiendo asimismo la llegada de aire puro a los pulmones.

El balón bailoteaba a la vista del sirio pero, mofándose, se alejaba siempre de él. Era un manchón blanco trenzando caprichosas líneas sobre el césped.

Seller supo que ya no quedaba oxígeno para atrapar con sus expandidas fosas nasales. Su nariz de pronunciada

curva venteaba el aire, buscando, con desesperación de animal preso en un incendio forestal, el espacio libre de emanaciones de ácido clorhídrico, de azufre, o de millones de infinitesimales gotitas de vapor incandescente que habían convertido al estadio en un caleidoscopio gigante.

—¡104, 103, 102!

Fue cuando sucedió. La exasperación y el denuedo de Garfagnoli en el acoso de los rivales tuvo, por una vez, su premio. Se lanzó en el aire con sus combadas piernas al frente y atrapó entre ellas el balón y el botín derecho de uno de los rivales. Tres hombres

cayeron sobre él cuando el sudamericano aún no había recobrado la vertical. Pero el contacto con el cuero de la pelota inyectó de bravura al argentino y rebotó en el césped como un resorte. Pisó el balón y lo retrotrajo por detrás de su pierna izquierda, lo impulsó apenas hacia adelante con la punta del botín y de inmediato lo volvió a sepultar bajo la suela de su zapato diestro para devolverlo al lugar de partida de la misma forma en que un gato podría jugar con un ratón moribundo. La parte superior del torso del argentino se insinuó hacia la derecha como para emprender la carrera pero fue tan sólo

una finta, la ilusión de un movimiento, el espectro móvil de una intención. La cintura tornó a quebrarse y Garfagnoli salió limpio hacia su propio campo con el balón misteriosamente adosado a la capellada de su botín derecho. Todo duró menos de dos segundos y en ese interín los tres congodios rozaron la humanidad del Mapache con velocidad de torpedos sin lograr tocarlo tan siquiera, embrujados en la tenacidad de acertar a una imagen que se había desvanecido ante sus embates. Garfagnoli avizó más con su intuición que con sus ojos la carga de dos nuevos rivales.

—¡Turco! —alertó con voz quebrada. Y disparó el balón largo y cruzado hacia el campo congodio, hacia el área rival, por sobre la cabeza de Berén-Berén. Seller no alcanzó a escuchar el sofocado grito del argentino cuando caía al suelo, tronchada su pierna derecha en tres pedazos.

Una alarma estridente repicó en su cabeza encendiendo una luz roja. Arrancando de sus músculos una postrera dosis de energía partió disparado hacia adelante como un fondista ante el pistoletazo inicial. Oyó a su lado un jadear estrepitoso y una mano como una garra lo tomó de un

brazo. Varios metros forcejeó Seller sin detenerse hasta que la transpiración hizo resbalar la mano opresora liberando la carrera del sirio. Pero el congodio aferró la camiseta y se colgó de ella intentando clavar sus talones en el piso. El empuje fenomenal de Seller no se lo permitió y el hombre de los locales se vio arrastrado abriendo dos profundos surcos con sus rodillas. Sin detenerse, el sirio elevó con salvajismo uno de sus tacos hacia atrás astillando el plexo solar de su perseguidor. Recobrada su velocidad inicial, Seller vio, a pesar de todo, que nunca llegaría primero a ese balón. Diez metros delante de él, con

tranco generoso, Berén-Berén se haría del esférico. Además, más lejos, casi en la línea del área grande, el arquero pedía el balón palmoteando como un chico.

Hubo entonces un bramido aun más tremendo que los que se habían percibido hasta ese momento, el suelo del estadio corcoveó abrupto y entre un verdadero geiser de solfataras de metano, amoníaco y ácido carbónico una grieta de unos tres metros de longitud y quince centímetros de ancho se abrió bajo los pies del gigantesco defensor congodio. Berén-Berén pisó malamente allí y rodó por el suelo.

La posibilidad cercana inflamó los pulmones de Seller y, apretando los dientes, saltó la grieta en busca de aquel esférico definitivo. Allí, en aquellas pocas libras de aire encerradas en los hexagonales gajos de cuero que botaban siete metros delante de sus narices, estaba el gol, el empate, la gloria.

Pero el arquero congodio había experimentado también el sobresalto mayúsculo del peligro inminente y había salido impulsado como por una ballesta hacia la pelota. Fue una carrera inenarrable de dos colosos hacia un mismo punto de encuentro. Seller sólo tuvo tiempo para ver el globo blanco

frente a sí, la sombra oscura e inmensa del arquero que llegaba con celeridad de saeta, el hueco que quedaba entre la pierna izquierda del portero y la axila de ese mismo flanco, el relumbrón lejano del poste más distante del arco congodio. Sintió en la punta de los desnudos dedos de su pie derecho un golpe que lo estremeció como si le hubiesen clavado allí un clavo al rojo vivo. De inmediato una fuerza colosal lo embistió a la altura de las rodillas y lo arrojó al aire como podría haberlo impulsado el impacto de un coche de Fórmula Uno. Sintió que el mundo daba vueltas y sus ojos atraparon manchones

negros de la noche, grisáceos de las tribunas, verdes del césped y rayones del immaculado blanco de los focos. Tras rebotar cuatro veces en el piso quedó boca abajo, escupiendo pasto, los ojos clavados en la trayectoria del balón que, lentamente, se alejaba en procura de las redes congodias.

—¡67, 66...!

La cuenta regresiva se apagó al momento y tan sólo se escuchó en el estadio el débil chasquido del césped al ser doblegado por el leve peso de la pelota en su marcha hacia la línea de sentencia.

—Gol, gol, gol —musitó el sirio,

augurando la definición y sin creerlo todavía. Sintió la picazón insoportable de la transpiración filtrándose en sus ojos, el dolor cimbreado que le fulguraba el pie derecho, todo el cansancio en los muslos apoyados ahora sobre el muelle de la grama, recibió el áspero y fresco contacto de lo verde bajo las palmas de sus manos, lo inundó aquel olor natural y perenne de lo vegetal y contempló de pronto, alucinado, cómo frente a su vista extasiada estallaba el piso de la cancha, cómo desde las entrañas de la tierra una fuerza recóndita vomitaba al exterior toneladas y toneladas de magma, piedra,

y chorros de vapor.

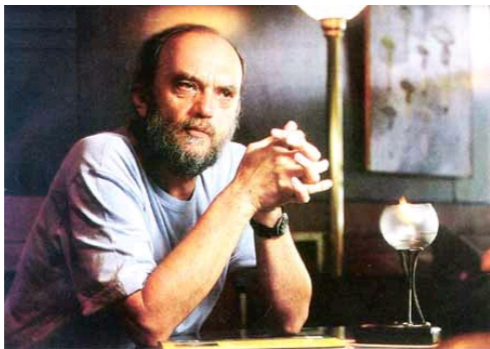
Vio cómo desaparecían de su vista el arco rival y el balón ante la erupción que con fuerza de ardiente champaña buscaba el cielo entre humos sulfurosos, lavas líquidas, viscosas, solidificadas, nubes de cenizas y guijarros de todo tamaño.

Vio también derrumbarse las tribunas como si fuesen de caramelo cristalizado y abatirse heridas de muerte las torres de iluminación.

El sirio aplastó su frente contra el césped, estrujó con fuerza la gramilla, pasó revista a la fatiga de su cuerpo y alcanzó a pensar, antes de perder el

conocimiento, que no sería aquélla, por cierto, una desagradable manera de morir.

* * *



Roberto *El Negro* Fontanarrosa, (Rosario, 26 de noviembre de 1944 – Ibídem, 19 de julio de 2007), fue un humorista gráfico y escritor argentino.

«De mí se dirá posiblemente que soy un escritor cómico, a lo sumo. Y será cierto. No me interesa demasiado

la definición que se haga de mí. No aspiro al Nobel de Literatura. Yo me doy por muy bien pagado cuando alguien se me acerca y me dice: “Me cagué de risa con tu libro”».

NOTAS

[1] Vamos, vamos, Mapache Aullador /
quiero escuchar el latido vegetal del
césped / cuando en mi bota de fútbol /
brille el sol. <<

[2] ¿Cuántas veces el sol estará alto? /
¿Cuántas veces volverá el calor? / Tú no
lo sabes porque sólo eres / un temible
Mapache Aullador. <<

[3] ¿Quién golpea mi puerta en la mañana? / ¿Quién desea conocer al vencedor? / No busques lejos lo que está a tu lado / Es el fiero Mapache Aullador. <<